

Emiliano Jiménez Hernández

HISTORIA DE LA SALVACIÓN



cruzgloriosa.org

PROLOGO	1
1. CREACION	5
a) La creación canta la gloria de Dios	5
b) Creación del hombre	9
c) Sábado: fiesta de la creación	11
2. PECADO	15
a) Pecado de Adán y Eva	15
b) El pecado: ¿ofensa a Dios?	17
c) El pecado ofende al pecador y a los demás	19
d) El pecado no vence el amor de Dios	21
3. ABRAHAM	23
a) El Dios creador es el Dios de la historia	23
b) Vocación de Abraham	24
c) Sacrificio de Isaac	27
d) Abraham, figura de María y prototipo del creyente	29
4. EXODO	32
a) De Abraham a Moisés	32
b) Moisés salvado de las aguas	34
c) Dios hace pascua con su pueblo	37
d) El canto de Moisés y del Cordero	39
5. DESIERTO	41
a) Desierto, lugar de paso	41
b) El desierto, tiempo de los esponsales de Dios con su pueblo	44
c) Las tentaciones del desierto	45
d) Jesús, Hijo de la Alianza, vence las tentaciones	47

6. ALIANZA	51
a) La alianza del Sinaí.....	51
b) Shavuot, fiesta de las semanas y de la alianza	54
c) La alianza nueva	56
d) Arca de la alianza	58
7. LA TIERRA PROMETIDA	61
a) Josué, sucesor de Moisés	61
b) Jueces, salvadores del pueblo. Débora	63
c) Gedeón y Sansón	65
d) Samuel, el último de los Jueces	69
8. EL REINO	71
a) Instauración de la monarquía	71
b) David ungido rey	73
c) David perseguido por Saúl	75
d) David, un hombre según el corazón de Dios	78
9. PROFETAS ANTERIORES AL EXILIO	84
a) Elías y Eliseo	84
b) Amos y Oseas.....	88
c) Isaías y Miqueas	91
d) Sofonías, Nahúm, Habacuc y Jeremías	93
10. EXILIO Y PROFETAS DEL EXILIO	97
a) Jeremías, testigo de la caída de Jerusalén.....	97
b) Ezequiel, el profeta en el exilio	101
c) El libro de la consolación de Isaías	104
11. VUELTA DEL EXILIO	106

a) Retorno a Jerusalén	106
b) Ageo, Zacarías, Malaquías, Abdías y Joel.....	109
c) Jonás, Tobías, Rut	111
d) Los sabios de Israel	115
12. JESUCRISTO.....	119
a) Cristo, Dios y hombre, plenitud de la historia	119
b) Siervo de Yahveh e Hijo del hombre	121
c) Muerto y Resucitado	124
d) Constituido Kyrios	125
13. LA IGLESIA SACRAMENTO DE SALVACION	128
a) La Iglesia como misterio	128
b) Comunión vital entre Cristo y la Iglesia	131
c) La Iglesia continúa la misión de Cristo	133
d) La Iglesia es santa, católica, una y apostólica	136
14. HISTORIA DE LA IGLESIA (I).....	139
a) La historia de la Iglesia es historia de salvación	139
b) Iglesia apostólica	141
c) Iglesia primitiva	143
d) El monacato	147
15. HISTORIA DE LA IGLESIA (II)	151
a) Edad Media	151
b) Edad Moderna	155
c) Vaticano II: Nueva imagen de la Iglesia	158
d) En el umbral del tercer milenio	161
16. PARUSIA	164

a) Venida de Cristo en poder y gloria	164
b) Inminencia de la parusía	167
c) En la espera de la parusía	170
NOTA FINAL.....	174

PROLOGO

El deseo primero y último de Dios es llevar a cabo su designio de salvación de los hombres: "Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1Tm 2,3-4). Pablo exulta ante este designio de Dios, que comprende desde la creación hasta la consumación en la vida eterna: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia, que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra" (Ef 1,3-10; Col 1,13-20).

La salvación de Dios se realiza plena y definitivamente en Cristo, "el Salvador" (Hch 4,12; 5,31; 13,23; Lc 2,11; Jn 4,42; Flp 3,20; 2Tm 1,10; Tt 1,4; 2,13). "Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1,9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (Ef 2,18; 2P 1,4). Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres y mora con ellos para invitarlos a la comunión consigo" (CEC 51). A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud: "Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo (San Agustín)" (CEC 102).

"Padre, ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo" (Jn 17,3). "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos" (Hch 4,12), sino el nombre de Jesús. La historia de la salvación culmina en Cristo y se prolonga en la Iglesia, cuerpo de Cristo. En la Iglesia, y por medio de ella, cada cristiano recibe la palabra de Dios y, meditándola en su corazón y con la ayuda del Espíritu Santo, camina hacia la plenitud de la verdad. "La contemporaneidad de Cristo con el hombre de todos los tiempos se realiza en su cuerpo, que es la Iglesia" (VS 25).

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo... Porque en los libros sagrados, el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos” (DV 21). “Por esta razón, no cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo” (CEC 103). “En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (1Ts 2,13). En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (CEC 104).

“La economía del Antiguo Testamento estaba ordenada, sobre todo, a preparar, anunciar proféticamente (Lc 24,44; Jn 5,39; 1P 1,10) y significar con diversas figuras (1Co 10,11) la venida de Cristo” (CEC 122). A través de múltiples figuras, Dios preparó la gran *sinfonía* de la salvación, dice san Ireneo. Un único y mismo plan divino se manifiesta a través de la primera y última Alianza. Este plan de Dios se anuncia y prepara en la antigua Alianza y halla su cumplimiento en la nueva. “Los libros del Antiguo Testamento, recibidos íntegramente en la proclamación evangélica, adquieren y manifiestan su plena significación en el Nuevo Testamento, ilustrándolo y explicándolo al mismo tiempo” (DV 16; CEC 129).

“De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1,1-2). “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En El lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta. San Juan de la Cruz, después de otros muchos, lo expresa de manera luminosa, comentando Hb 1,1-2: Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en El, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad” (CEC 65).

Antiguo y Nuevo Testamento se iluminan mutuamente, pues la primera Alianza conduce a la nueva, que la ilumina y lleva a plenitud. Así el Antiguo Testamento encuentra en Cristo el esplendor pleno del designio de Dios. Y, partiendo de Cristo, ascendemos por el cauce de la historia de la salvación iluminando el itinerario que Dios ha seguido y descubriendo en la primera Alianza la tensión íntima hacia la nueva. En la Escritura, como una obra unitaria y coherente, cada texto se explica por otro y cada palabra incluye multitud de significados. San Buenaventura escribe: “Toda la Escritura puede compararse con una cítara: una cuerda, por sí sola, no crea ninguna armonía, sino junto con las otras. Así ocurre con la Escritura: un texto depende de otro;

más aún cada pasaje se relaciona con otros mil”. La Biblia no puede reducirse a una simple evocación del pasado, sino que mantiene su sentido y valor real y vivo en el presente, además de ser prefiguración constante del futuro. La Escritura ilumina el momento presente del pueblo y, por ella, los creyentes pueden conocer en cada momento la voluntad de Dios. Así es como escucha el creyente la Escritura en la liturgia.

La historicidad es una dimensión esencial de la existencia humana. La historicidad hace referencia a la historia vivida. Se trata no de simples hechos, sino de acontecimientos. No todo pasado es historia. Un hecho entra en la historia sólo en cuanto deja sus huellas en el devenir humano. Por eso la historia abraza acontecimientos humanos del pasado, que perviven en el presente del hombre, proyectándolo hacia el futuro. Todo hecho sin horizonte de relación, es decir, sin pasado ni futuro, no constituye historia. La historia es acontecimiento y continuidad. El acontecimiento se hace *tradición*. Así crece y madura la historia. El presente madura al asumir, a veces dialécticamente, el pasado, lo que ha sido, y también el futuro, lo todavía pendiente, lo esperado. El presente es el centro de la cruz.

Apoyándose en lo que ha sido, aceptando la herencia del pasado, haciéndolo presente, se abre al futuro, que anticipa en la esperanza, haciéndolo actual, como impulso del presente hacia él. Es evidente que cuanto concierne a la fe ha de ser *recibido*. Ninguna interpretación

tiene validez si no está integrada en el cauce de la *tradición*. Nosotros quizás somos una generación de enanos, pero un enano que se sube a las espaldas de un gigante puede ver amplísimos horizontes. Así, apoyados y llevados por el cauce de la tradición, también nosotros podemos descubrir nuevos aspectos del misterio de Dios y de su voluntad sobre nosotros.

En la Escritura encontramos a Cristo en el testimonio de los hombres que le han visto con sus propios ojos, le han oído con sus oídos, le han palpado con sus manos, le han contemplado con su propio corazón, lo han experimentados en sus propias vidas (1Jn 1,1-3; Dt 4,32-40; Lc 2,29-32; Hch 2,32). Esto vale para el Nuevo Testamento y también para el Antiguo. A los discípulos de Emaús, Cristo resucitado “comenzando por Moisés y continuando por los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (Lc 24,28; 18,31; Hch 23,24; 1P 1,10-12). “Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (S. Jerónimo).

El Credo de Israel no confiesa verdades, sino hechos. Es un Credo histórico. “La revelación se realiza con palabras y con hechos” (CEC 53). “También los hechos son palabras”, dice San Agustín. La palabra narrativa nos hace participar de la historia, como sujetos del actuar de Dios. El estilo vivo de las narraciones bíblicas nos ayuda a entrar en contacto directo con Dios más que un tratado árido y científico. Con frecuencia, al hablar de Dios con un lenguaje muerto, en lugar de revelar a Dios, se le silencia, se le vela. Pero Dios, en su

deseo de acercarse al hombre, ha entrado en la historia del hombre. La Encarnación del Hijo de Dios es la culminación de la historia de amor de Dios a los hombres. Es una historia que busca, pues, ser contada más que estudiada, vivida más que conocida. Pero para vivirla necesitamos conocerla, guardarla en el corazón, siguiendo a María, que “guardaba todas las palabras en su corazón y las daba vueltas” (Lc 2,19.51). María “compara”, “relaciona” unas palabras con otras, unos hechos con otros, busca una interpretación, explicarse los acontecimientos de su Hijo, a la luz de las prefiguraciones del Antiguo Testamento (como se ve en el *Magnificat*). El Papa Juan Pablo II invoca a María, diciéndole: “¡Tú eres la memoria de la Iglesia! La Iglesia aprende de ti, Madre, que ser madre quiere decir ser una memoria viva, quiere decir *guardar y meditar en el corazón*”.

Hay una memoria en Dios, sobre la que se funda su fidelidad. Y hay una memoria en el hombre, que hace de su vida una liturgia de alabanza a Dios por las maravillas que ha obrado en la historia. Este memorial es el fundamento de la fe y la esperanza en Dios. Dios sigue vivo y fiel, presente hoy como en el pasado. Esta memoria del hombre fundamenta también la fidelidad del hombre a Dios en medio de las dificultades presentes.



La creación, icono griego, Monasterio de san Macrino

1. CREACION

a) La creación canta la gloria de Dios

Dos relatos complementarios de la creación abren el libro del Génesis (Gn 1-2). Son el pórtico de la fe en la salvación, elección y alianza de Dios con su pueblo. Apuntalan esta fe con el testimonio de que el Dios de la alianza con Noé, de la vocación de Abraham y de la alianza del Sinaí es el Creador del mundo. Muestran el camino que Dios siguió con el mundo y con los hombres hasta la llamada de Abraham y la constitución de la comunidad, de tal modo que Israel, partiendo de su elección, puede en la fe contemplar retrospectivamente la creación. Y desde la creación, como designio de Dios, contemplar la salvación de Dios. Los dos relatos de la creación son el prólogo de la alianza, el primer acto del drama que, a través de las variadas manifestaciones de la bondad de Dios y de la infidelidad de los hombres, constituye la historia de la salvación.

La primera frase de la historia de la creación -“en el principio creó Dios cielo y tierra” (Gn 1,1)- es el resumen de un largo proceso de reflexión de la fe de Israel. Puesto que este proceso fue madurando en el exilio, en la confrontación de la fe en Yahveh con las cosmogonías de los cultos religiosos de Egipto y Babilonia, esta frase refleja una fe consciente: el mundo no ha nacido de una lucha entre dioses, tampoco de un huevo primigenio o de una materia primera. Al decir que “Dios ha creado el mundo” se pone de manifiesto que Dios ha querido el mundo y que éste no es de esencia divina. No es una emanación de su ser eterno, sino el resultado de su decisión voluntaria. Cielo y tierra, creados por Dios, no son ni divinos ni demoníacos. No son eternos como Dios, pero tampoco son vanos, carentes de sentido. Son buenos: obra de Dios.

Dios crea el mundo de la nada mediante su palabra: “Mira al cielo y a la tierra y ve cuanto hay en ellos y entiende que de la nada hizo todo Dios y todo el linaje humano ha venido de igual modo” (2M 7,28). El Génesis distingue claramente entre crear y hacer. La interpretación de la creación como *creatio ex nihilo* es una atinada circunlocución de lo que la Biblia quiere dar a entender con el término creación. El mundo no ha sido creado de una materia preexistente ni de la esencia divina. Fue llamado a la existencia mediante la libre voluntad de Dios. Y cuando decimos que Dios creó el mundo desde la libertad, debemos añadir inmediatamente desde el amor: “Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado. Y ¿cómo subsistiría algo si Tú no lo hubieses querido? ¿Cómo conservarían su existencia los seres, si Tú no los hubieses llamado? Pero Tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor, que amas la vida, pues tu espíritu incorruptible está en todas ellas” (Sb 11,24-12,1; Dt 23,5). Si Dios

crea el mundo libremente, lo crea amorosamente: “Del amor del Creador surgió glorioso el universo”, canta Dante. La complacencia con que el Creador celebra la fiesta de la creación expresa que la creación fue llamada a la existencia por su amor gratuito.

Dios crea el mundo *mediante la palabra*: “Dijo Dios: haya luz, y hubo luz” (Gn 1,3). Su palabra es lo que vincula al Creador con la creación. La palabra de Dios no es una palabra vacía, sino cargada de potencia creadora (Dt 32,47; Is 55,10-11; Sal 33,6.9). Es la palabra que crea el mundo y dirige también la historia (Is 9,7; 50,10s; Jr 23,29; 1R 2,27). Esta creación que brota de la palabra de Dios es *buena*, responde al plan de Dios (Sal 10). Canta la gloria de Dios (Si 42,15-43,33). “Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante sus obras” (Rm 1,20; Sal 18,2.4-5). A la palabra creadora de Dios sigue la acción ordenadora de Dios. Dios ordena su creación separando la luz de las tinieblas, el cielo de la tierra, la noche del día. Mediante la separación ordenadora, las criaturas adquieren forma identificable, ritmo y simetría. La narración bíblica de la creación nos presenta el nacimiento de los seres y de la vida en el marco litúrgico de una semana; ocho obras son intencionadamente distribuidas a lo largo de seis días, mientras que es el descanso del séptimo día el que consagra la conclusión de la acción de Dios.

La creación comienza con la penetración de la luz en el caos. La luz es la primogénita de las criaturas. Sin luz no hay creación; ella hace surgir el contorno de las criaturas, difuminadas por las tinieblas. La luz se derramó y puso al caos en difuso amanecer. Entonces Dios separa en esta confusión la luz de las tinieblas, como día y noche. El día es luz de la luz primigenia; la noche es la oscuridad caótica, donde las formas creadas se diluyen en lo informe, el caos vuelve a alcanzar un cierto poder sobre lo creado (muchos salmos y cánticos de vísperas expresan los sentimientos de las criaturas ante la noche preñada de angustias). Y en cada mañana, se vuelve a repetir algo de la primera creación. Como la primera creación, cada intervención de Dios es gratuita, fruto de su amor. Su última intervención será la creación de cielos nuevos y tierra nueva (Is 65,17; 2P 3,11-13; Ap 21,1), de los que los primeros son imagen y figura.

La separación de la luz y las tinieblas es el primer acto del Creador y al final de la historia de la salvación la nueva creación no tendrá ya noche, pues Dios mismo será su luz (Ap 21,5.23; 22,5). De la luz que alterna con las tinieblas de la noche se pasará a la luz sin ocaso que es Dios mismo (1Jn 1,5). Hasta su consumación, la historia se desarrolla en forma de conflicto entre la luz y las tinieblas, enfrentamiento idéntico al de la vida y la muerte (Jn 1,4ss). Así, pues, la luz ocupa un puesto central entre los simbolismos de la Escritura. Luz y tinieblas son hechura de Dios (Is 45,7); por eso cantan el mismo cántico de alabanza al Creador (Sal 19,2ss; 148,3; Dn 3,71s). Pero esto no es obstáculo para que luz y tinieblas tengan un significado simbólico opuesto. La luz evoca las teofanías. La luz es como el reflejo de la gloria de Dios, es el vestido en que

Dios se envuelve (Sal 104,2). Cuando aparece, su resplandor es semejante al día (Hb 3,3s). En cuanto a las tinieblas, no excluyen la presencia de Dios, puesto que El las sondea y ve lo que acaece en ellas (Sal 139,11; Dn 2,22). Sin embargo, la tiniebla por excelencia, la del *seol*, es el lugar en el que los hombres son “arrancados de su mano” (Sal 88,6-7.13). En la oscuridad Dios ve sin dejarse ver, está presente sin entregarse. Hay, pues, una asociación entre la luz y la vida; la luz no es sólo la luz que se ve, sino también la luz de la vida, la luz de la alegría y el júbilo (Is 9,1; 60,19-20; Jn 8,12). Nacer es “ver la luz” (Jb 3,16; Sal 58,9). El ciego que no ve “la luz de Dios” tiene un gusto anticipado de la muerte (Tb 3,17; 5,11s; 11,8). Y el enfermo, a quien Dios libra de la muerte, se regocija al ver brillar de nuevo en sí mismo “la luz de los vivos” (Jb 33,30; Sal 88,13).

Luz y tinieblas tienen así para el hombre valores opuestos que fundan su simbolismo. Librando al hombre de las tinieblas del pecado, Dios es para él su luz y salvación (Sal 27,1), ilumina sus pasos (Pr 6,23; Sal 119,105), le conduce al gozo de un día luminoso (Is 58,10; Sal 36,10; 97,11; 112,4), mientras que el malvado tropieza en las tinieblas (Is 59,9) y ve extinguirse su lámpara (Pr 13,9; 24,20; Jb 18,5-6). Cristo se presenta a sí mismo como la luz, y en él no hay tinieblas (1Jn 1,5). Y “el que le sigue no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida” (Jn 8,12; 9). Desde las tinieblas del pecado “Dios nos llama a su luz admirable” (1P 2,9), para compartir con su Hijo la suerte de los santos en la luz (Col 1,12ss). Nacido al reino de la luz por el bautismo, el cristiano es llamado hijo de la luz y camina, como luz del mundo (Mt 5,14), hacia la Jerusalén celestial, donde será iluminado por la luz del Cordero (Ap 22,4ss). Tal es la oración que la Iglesia dirige a Dios por sus fieles en el momento de despedirlos en la tierra: “La luz eterna les alumbre. Que no caigan en la oscuridad, sino que el arcángel Miguel les introduzca en la santa luz” (Ritual de exequias).

El segundo día Dios crea el firmamento, como muro de separación entre las aguas superiores y las aguas inferiores. Las aguas tienen un significado ambivalente: aguas de muerte y aguas de vida. Es un milagro de bondad que Dios haya marcado una frontera salvadora a las aguas de muerte. Los salmos y los profetas hablan de las aguas que huyen ante Dios que las increpa, marcándolas la frontera que no deben franquear (Sal 104,7-9; Jr 5,22); su potencia caótica se halla bajo la vigilancia de Dios (Jb 7,12). Si se sublevan, Dios las acallará (Sal 89,10; Jb 26,12). En el diluvio, las aguas de abajo y las aguas de arriba rompen los diques que Dios les ha impuesto y es el retorno al caos (Gn 7,11). Por ello, el signo de la alianza de Dios con la creación, en Noé, aparece ante él en las nubes, a las que no permitirá más descargarse diluvialmente sobre la tierra.

El agua es, en primer lugar, fuente de vida. Sin ella la tierra es desierto árido, sin vida. El salmo 104 resume maravillosamente el dominio de Dios sobre las aguas: El creó las aguas de arriba y las del abismo. El regula el suministro de sus corrientes, las retiene para que no aneguen la tierra, hace manar las

fuentes y descender la lluvia, gracias a lo cual se derrama la prosperidad sobre la tierra, aportando gozo al corazón del hombre. El agua es signo de la bendición de Dios a sus fieles (Gn 27,28; Sal 113,3). Cuando el pueblo es infiel, haciendo “un cielo de hierro y una tierra de bronce” (Lv 26,19; Dt 28,23), Dios le llama a conversión con la sequía (Am 4,7). Dios, abriendo las compuertas del firmamento, deja caer sobre la tierra el agua en forma de lluvia (Gn 1,7; Sal 148,4; Dn 3,60) o de rocío, que por la noche se deposita sobre la hierba (Jb 29,19; Ct 5,2; Ex 17,13). Dios cuida de que caiga regularmente, “a su tiempo” (Lv 26,4; Dt 28,12); si viniera demasiado tarde, se pondrían en peligro las siembras, como también las cosechas si cesara demasiado temprano (Am 4,7). Por el contrario, las lluvias de otoño y de primavera (Dt 11,14; Jr 5,24), cuando Dios se digna otorgarlas, aseguran la prosperidad de la tierra (Is 30,23ss).

El agua no es sólo poder de vida, sino que tiene también un poder purificador (Ez 16,4-9; 23,40). El pecador que abandona sus pecados y se convierte es como un hombre manchado que se lava (Is 1,16); asimismo Dios lava al pecador a quien perdona sus faltas (Sal 51,4). Por el diluvio “purificó” Dios la tierra exterminando a los impíos (1P 3,20s). Juan bautiza en agua “para la remisión de los pecados” (Mt 3,11p), sirviéndose de las aguas del Jordán que en otro tiempo habían purificado a Naamán de la lepra (2R 5,10-14). Este simbolismo del agua halla su pleno significado en el bautismo cristiano. El bautismo es un baño que nos lava de nuestros pecados (1Co 6,11; Ef 5,26; Hb 10,22; Hch 22,16), purificándonos con la sangre redentora de Cristo (Hb 9,13s; Ap 7,14; 22,14). San Pablo añade otro simbolismo fundamental: la inmersión y emersión del agua por parte del neófito simbolizan su sepultura y resurrección con Cristo (Rm 6,3-11).

El tercer día aparece la tierra con su vida orgánica. La tierra, interpelada por la palabra de Dios, produce plantas con sus semillas y árboles de frutos donde esa semilla se contiene. La palabra de Dios señorea sobre la fecundidad de la tierra. El cuarto día Dios crea los astros. Los astros son considerados dependientes de la voluntad creadora de Dios. Cuidadosamente se ha evitado dar los nombres de sol y luna, para evitar toda tentación idolátrica. El texto señala además expresamente su finalidad de servicio a los hombres, contra todas las creencias astrológicas de la época. Su finalidad es señalar los tiempos para regular el culto y el trabajo de los hombres (Dt 4,19; Jr 10,2; Jb 31,26; Is 47,13; Si 43,1-8).

El quinto día Dios crea los peces y las aves, seres dotados de vida. Aparece de nuevo el verbo crear. La vida no es suscitada solamente por la palabra, sino que procede de una acción creadora de Dios más directa. Esta vida, que ha sido *creada* por Dios, recibe su *bendición*, con la que les comunica una fuerza de vida, que les capacita para transmitir, mediante la procreación, la vida que ellos han recibido. La enumeración, desde los monstruos marinos hasta los más pequeños peces y aves, expresa que ningún ser vivo queda fuera de la voluntad creadora de Dios, buenos todos ellos a sus ojos (CEC 279-301; 337-341).

b) Creación del hombre

El sexto día Dios completa la obra del quinto con la creación de los animales que pueblan la tierra: fieras, ganados y reptiles. Y, luego, con marcada diferencia, el texto describe la creación del hombre, que proviene con inmediatez total de Dios. El verbo crear (*bará*) alcanza la plenitud de su significado en este acto creador de Dios. Aparece tres veces en un solo versículo a fin de que quede claro que aquí se ha llegado a la cúspide de la creación. La creación del hombre está además precedida por la fórmula solemne de la autodecisión de Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y según nuestra semejanza” (Gn 1,26).

Adán es un nombre colectivo, que el texto especifica en la bipolaridad “hombre- mujer”. Es el hombre en la totalidad de su ser, como espíritu encarnado y bisexualmente relacionado, abierto al amor y fecundidad y a la comunión, tal como ha sido llamado a la existencia como imagen de Dios amor y comunión en su vida intratrinitaria. La división de sexos es de orden creacional, señalada expresamente en el texto. Por voluntad de Dios el hombre no ha sido creado solitario, sino que ha sido llamado a decirse “yo” frente a un “tú” de otro sexo. Sobre esta imagen de Dios en la tierra, que El mismo ha creado, derramó su bendición, capacitando al hombre para crecer y multiplicarse.

Esta nueva y única intervención *creadora* de Dios se debe a la *creación de su imagen en la tierra*. Lo que diferencia a los hombres -hombre y mujer- es su destino a ser imagen de Dios. En el plan, en la voluntad de Dios, la creación no sólo es obra de sus manos, sino que, con la creación del hombre, manifiesta su voluntad de reconocerse a sí mismo en su obra. La creación de la imagen de Dios en la tierra significa que Dios encuentra en su obra el *espejo* en el que se refleja su propia faz. Como imagen de Dios en la tierra, los hombres responden a las relaciones trinitarias de Dios y también a las relaciones de Dios con los hombres y con toda la creación. Responden a las relaciones internas de Dios, uno y trino, consigo mismo, con el interno y eterno amor de Dios, que se expresa y revela en la creación.

Las tradiciones mesiánicas de la semejanza con Dios permiten decir que las criaturas destinadas a ser imagen de Dios -los hombres- son también los destinatarios de la encarnación del Hijo de Dios, encarnación en la que se consume el destino de ellos. La “imagen del Dios invisible” (Col 1,15), creada en el principio, está destinada a convertirse en “imagen del Hijo de Dios encarnado”. El destino inicial de los hombres se revela así plenamente a la luz de Cristo: “Aquellos que han sido llamados según su designio, de antemano los conoció y también los llamó a reproducir la imagen de su Hijo, para que El fuera el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,28-29; 1Co 15,49; 2Co 3,18; Ef 1,3-14; 4,24; Flp 3,21).

El superlativo de Gen 1,31: “vio Dios todo cuanto había hecho y he aquí que estaba muy bien” formula la complacencia de Dios en la obra de la creación.

Cuando el hombre, iluminado por la fe, contempla la creación y vuelve sus ojos hacia Dios, lo único que puede decir es que Dios creó un mundo bueno. Todos los seres de la creación son buenos. Pero sin el hombre, el mundo es mudo (Gn 2,4-7). El hombre es el liturgo de la creación, que da gloria a Dios contemplando sus obras y dando nombre a las criaturas. Extremadamente sugestivo es el salmo 148, que nos ofrece una *liturgia cósmica* en la que el hombre es sacerdote, cantor universal, predicador y poeta. El hombre es el artífice de una coreografía cósmica, el director del coro en el que participan los monstruos marinos, los abismos, el sol, la luna, las estrellas lucientes, los cielos, el fuego, el granizo, la nieve, la niebla, los vientos, los montes, las colinas, los árboles frutales, los cedros, las fieras, los animales domésticos, los reptiles, las aves... Y el salmo 150, conclusión del Salterio, a la orquesta del templo de Jerusalén asocia en el canto de alabanza a “todo ser que respira”. Dios ha creado todos los seres y el hombre, dándoles nombre, les conduce a la celebración litúrgica.

La acción creadora de Dios, por medio de la palabra (Sal 104,7; 147,4; Sb 9,1; Is 40,26), bajo la guía de su sabiduría (Pr 8,22-31; Jb 1,26), aparece como una acción libre de Dios, que manifiesta la absoluta gratuidad con que actúa tanto en la historia de la salvación (Rm 9;8,30) como en la llamada del mundo a la existencia. Dios crea y se da por puro amor: “la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios: pues no existe si no es porque, creado por amor, por ese mismo amor es siempre conservado. Ni vive plenamente según la verdad a no ser cuando reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (CEC 27). En la creación, como en la elección y la alianza, se da la primacía del amor y de la gracia de Dios. Es el amor de Dios el que dirige la historia y la llevará a término como la puso en marcha al principio.

El mundo ha sido creado para la gloria de Dios. Y dice San Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación que hace de sí mismo creándolas confiere la vida a todas las criaturas que viven sobre la tierra, cuánta más vida da la manifestación del Padre por su Verbo a los que ven a Dios”. Y Clemente de Alejandría dice: “El hombre inmortal es un hermoso himno divino”.

La creación salida de las manos de Dios “en el principio” es una creación abierta hacia la consumación, que consiste en convertirse en morada de la gloria de Dios. Los cristianos experimentan ya, en la historia, la presencia de Dios en su vida, la inhabitación de Dios en ellos por su Espíritu. Estas primicias de Dios en su vida les llevan a esperar que, en el reino de la gloria, Dios habitará por completo y para siempre en ellos y rescatará su creación del mal y de la muerte. Esto es lo que anuncia “desde el principio” el sábado (CEC 342-379).

c) Sábado: fiesta de la creación

Según la narración del Génesis, la creación del mundo y del hombre está orientada al *sábado*, la fiesta de la creación. La creación se consuma en el sábado. El sábado es el distintivo bíblico de la creación. La culminación de la creación con la paz sabática diferencia la concepción bíblica del mundo de cualquiera de las otras cosmogonías, que ven el mundo como naturaleza siempre fructífera, en progreso, en evolución, que conoce tiempos y ritmos, pero desconocen el sábado: el reposo. Y precisamente lo que Dios hace *santo* no es la naturaleza, las cosas, buenas todas, pero no santas ni sagradas, con poderes mágicos; lo que Dios hace santo es el tiempo, el sábado: “Y dio por concluida Dios en el séptimo día la obra que había hecho, y cesó en el séptimo día de toda la obra que hiciera. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho” (Gn 2,2-3).

Dios se *reposa*, hace fiesta, se regocija con su creación. El sábado es la corona de la creación. El Dios creador llega a su meta, a su gloria precisamente en el reposo sabático. Los hombres que celebran el sábado captan el mundo como creación de Dios, pues permiten que, en el reposo sabático, el mundo sea creación de Dios. Dios bendice y santifica el séptimo día, es decir, le separó, le puso aparte para que le sirva a El. El sábado es puesto entre Dios y la creación. Es un día cargado de poder salvífico, como explicitan los profetas (Ez 20,12.20ss; 22,8.26; Is 56,2.4.6; 58,13). En el plan de Dios sobre la creación se manifiesta ya su plan de salvación como alianza con su pueblo e incluso su consumación escatológica. Como día último de la creación, el sábado carece de límite, falta la fórmula conclusiva: “y atardeció y amaneció”. En los demás días, según la narración de la creación, tras el día viene la noche, pero el sábado de Dios no conoce noche, se convierte en la fiesta sin fin. Para esta fiesta del Dios eterno fueron creados cielo y tierra, y cuanto vive en ella.

En el descanso del sábado se haya ya presente el descanso que la epístola a los Hebreos espera de manera escatológica (Hb 4). Israel celebra el sábado de la creación en el tiempo de su *historia*. Y el sábado, que se repite cada semana, no sólo interrumpe el trabajo y el ritmo de vida, sino que además apunta al *año sabático*, en el que se restablecen las primigenias relaciones interhumanas y entre el hombre y la creación: cada semana de años se deja en libertad a esclavos y deudores y se hace descansar la tierra (Ex 21,2; 23,20s; Dt 15,1ss; Lv 25,3s). Y este año sabático apunta al *año jubilar*: al cabo de siete semanas de años todo vuelve a la situación original, reconociendo que el hombre no es dueño y señor de la creación; es el año de la liberación por excelencia (Lv 25,8; Jr 25,11s; Dn 9,24). Y este año jubilar apunta en la historia al reposo del tiempo mesiánico: “año de gracia del Señor” (Lc 4,19). Cada sábado es una anticipación de la redención del mundo.

Gracias al sábado, los hombres conocen la realidad en que viven y lo que son como creación de Dios. El sábado abre la creación a su verdadero futuro. El

sábado es la presencia de la eternidad en el tiempo y una degustación anticipada del mundo venidero. El sábado es alegría, santidad y descanso; la alegría es parte de este mundo; la santidad y el descanso son del mundo venidero (Dt 12,9; 1R 8,56; Sal 95,11; Rt 1,19). El sábado es un “signo que une a Yahveh y a sus fieles” (Ex 3 1,17), en él Dios santifica al hombre (Ez 20,12). Reposar es mostrarse imagen de Dios. Reposar significa que uno no sólo es libre, sino también hijo de Dios.

El designio de Dios, su plan acerca del hombre, como interlocutor y partícipe de su vida, preside su actividad creadora. Dios nos ha hecho para la fiesta, para que lleguemos a la plenitud de vida en una comunicación vivificante con El: “Así nos eligió en Cristo desde antes de la creación para ser santos e inmaculados en su presencia mediante el amor” (Ef 1,4). El hombre, como imagen de Dios, ha sido creado para el sábado, para reflejar y ensalzar la gloria de Dios que penetra en su creación. El sábado permite al hombre entrar en el misterio de Dios. No consiste sencillamente en cesar en el trabajo, sino en celebrar con gozo al Creador y al Redentor. Puede llamarse delicia, pues el que lo celebre “hallará en Dios sus delicias” (Is 58,13ss).

El libro de los Proverbios presenta la *Sabiduría de Dios* -que el Nuevo Testamento y los Padres aplican a Cristo o al Espíritu Santo- “jugando con la bola de la tierra y deleitándose con los hijos de los hombres” (Pr 8,22-31). Sin duda, el hombre -varón y mujer en unidad y comunión de amor-, como imagen de Dios, ocupa una posición especialísima en la creación, pero el hombre no es el centro. El hombre, junto con las demás criaturas del cielo y de la tierra, ha sido creado para alabar la gloria de Dios y disfrutar de la divina complacencia en el reposo sabático.

El sábado es un día de paz y armonía, paz entre los hombres, paz dentro del hombre y paz con toda la creación. En este día el hombre no tiene derecho a intervenir en el mundo de Dios, a cambiar el estado de las cosas. En la quietud del sábado, los hombres no intervienen en su entorno con el trabajo, sino que permiten que el mundo sea por completo creación de Dios. Reconocen el don de la creación y santifican ese día mediante su propia alegría por existir como criaturas de Dios en comunión con la creación. La paz del sábado es, ante todo, la paz con Dios, pero esta paz abarca a todo el hombre como persona, consigo mismo y en relación con los demás y con los seres de la creación. El vestir, el comer, el comunicarse, el cantar y alabar a Dios llenan de júbilo el sábado.

El hombre está llamado a ser el ser vivo eucarístico, a expresar la experiencia de la creación en agradecimiento y alabanza (Sal 8; 19; 104). Los “salmos de creación” son cantos de acción de gracias y alabanza al Creador. Expresan la conciencia de que el mundo es regalo de Dios. El hombre, en gratitud, presenta en su canto el don recibido y aceptado al donante, a Dios. En el fondo, todas las criaturas de Dios son, como dones suyos, seres eucarísticos, pero el hombre ha sido capacitado para expresar ante Dios la alabanza de las

criaturas; con su canto de acción de gracias da voz a la lengua muda de la creación. El sol, la luna, la tierra, las aves, peces, animales glorifican a Dios a través del hombre (Dn 3,51-90). Por eso el hombre canta la *liturgia cósmica* en la alabanza de la creación; y el cosmos canta a través del hombre el canto eterno de la creación ante el Creador: “Cuanto tiene aliento alaba al señor” (Sal 150,6) y “los cielos y la tierra ensalzan la gloria del Señor” (Sal 148).

Quien quiera entrar en la santidad del sábado, primero debe abandonar la *profanidad* del bullicio del trabajo. Se trata de tomar conciencia de que el mundo ya ha sido creado y que sobrevivirá sin tu trabajo. El sábado es el día en que prestamos atención y cuidado a la semilla de eternidad sembrada en el espíritu del hombre. El sábado no es una ocasión para la *diversión* o frivolidad. El trabajo sin dignidad es causa de miseria; el descanso sin espíritu es origen de depravación. Por eso la oración de la tarde para el Sabbat judía dice: “Que tus hijos se den cuenta y entiendan que su descanso viene de ti y que descansar significa santificar tu Nombre”.

“Si llamas al sábado tu delicia, entonces te deleitarás en Yahveh, que te alimentará con la heredad de Jacob” (Is 58,13-14). El hombre en su totalidad participa de esta bendición de Dios. Pero el hombre moderno, al negar a Dios y la posibilidad trascendente del hombre, cae en el vacío. El espacio bíblico de la fe está abierto hacia arriba. Hay una escala que marca y orienta la mirada del hombre (Gn 28,12-19) hacia la morada de Dios y puerta del cielo.

La civilización técnica se caracteriza por la conquista del espacio por parte del hombre. En ella se gasta tiempo para conseguir espacio. Aumentar el poder en el mundo del espacio es el principal objetivo. Pero tener más no significa ser más. El poder que se consigue en el mundo del espacio acaba bruscamente en el límite del tiempo. Dar importancia al tiempo, celebrar el tiempo, lo *santo* de la creación, es vivir; no es poseer sino ser. Pero, en realidad, sabemos qué hacer con el espacio, pero no con el tiempo. Ante el tiempo el hombre siente un profundo temor cuando se enfrenta a él. Por ello, para no enfrentarse al tiempo, el hombre se refugia en las cosas del espacio, se afana en poseer cosas, llenar el vacío de su vida con cosas. Pero el afán de poseer, ¿es realmente un antídoto contra el miedo que crece hasta ser terror ante la muerte inevitable?

La verdad es que para el hombre es imposible evitar el problema del tiempo, que no se deja dominar con la posesión de las cosas. Sólo podemos dominar el tiempo con el tiempo, con la celebración del tiempo. Por ello, la Escritura se ocupa más del tiempo que del espacio. Presta más atención a las generaciones, a los acontecimientos que a las cosas. Le interesa más la historia que la geografía. Sin que esto signifique despreciar el espacio y las cosas. Espacio y tiempo están interrelacionados. No se puede eludir uno o despreciar el otro. Las cosas son *buenas*. Pasar por alto el tiempo o el espacio es estar parcialmente ciego. La tarea del hombre es conquistar el espacio y santificar el tiempo. Conquistar el espacio para santificar el tiempo. En la celebración del

sábado nos es dado participar de la santidad que está encerrada en el corazón del tiempo. Ese es el espíritu de la liturgia festiva del día de reposo. Seis días a la semana vivimos bajo la tiranía de las cosas, el séptimo sintonizamos con la *santidad del tiempo* (CEC 345-348; 2168-2173).

El sábado no está hecho para los días laborales, sino éstos para el sábado. No es un intermedio, sino la cúspide de la vida. El descanso sabático, como día de abstenerse de trabajar, no tiene por finalidad recobrase de las fuerzas perdidas, para mejorar la eficacia productiva. El sábado es fin y no medio: “Último de la creación, primero en la intención”. Es el día para cantar la vida y a Dios creador de la vida. Para los cristianos, la resurrección de Cristo “el primer día de la semana”, el día después del sábado, hace que el Domingo se convierta en el *Día del Señor*, día primero y octavo, símbolo de la primera creación y de la nueva creación, inaugurada con la Resurrección de Cristo (CEC 1166ss; 2174ss). “Para nosotros ha surgido un nuevo día: el día de la Resurrección de Cristo. El séptimo día acaba la primera creación. Y el octavo día comienza la nueva creación. Así, la obra de la creación culmina en una obra todavía más grande: la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Cristo, cuyo esplendor sobrepasa el de la primera” (CEC 349; 2174-2188).



Expulsión del Paraíso, Palermo (Sicilia), s. XII

2. PECADO

a) Pecado de Adán y Eva

Dios creó el mundo y le salió bien; contempló cuanto había hecho y vio que era muy bueno (Gn 1,31). Pero en este mundo armonioso, el pecado introduce la división: odio, injusticia, guerra, muerte. Tal es la explicación que nos da el Génesis de la presencia del mal en el mundo; y en varias escenas va mostrando la marea creciente del pecado: Caín, el asesino (Gn 4,1-16); Lamec, el vengativo (Gn 4,17-24); la humanidad corrompida, que perece en el diluvio (Gn 6-7). El género humano comienza de nuevo con Noé y su familia (Gn 9-10), pero el pecado no duerme; sigue corrompiendo al hombre y creando división: torre de Babel (Gn 11). Es la historia que ha llegado hasta nosotros (CEC 385; 401).

Este panorama desolador enseña, sin embargo, que el pecado no es ingrediente de la naturaleza humana, no es creacional, no forma parte “del principio”, del plan de Dios. Es defección, no defecto ingénito; virus, no cromosoma. Ahí residen la posibilidad y la esperanza de su curación. Es un misterio profundo que el hombre, que lo ha recibido todo de Dios y no puede subsistir un momento sin su palabra dadora de vida, pueda ir en contra de la auténtica significación de su vida. “Este acto de libertad que niega a Dios es la contradicción absoluta en la que Dios es afirmado y negado a la vez”. El hombre, creado como imagen de Dios, colocado en la cima del universo, en diálogo con Dios y en comunión con el “otro”, la mujer, su *ayuda adecuada*, contrasta dolorosamente con la experiencia inmediata de miedo, tristeza, violencia, incomunicación, odio y muerte. Sin embargo, el hecho de que el hombre juzga la realidad actual como anómala con su insatisfacción demuestra que el lado luminoso del hombre no puede negarse, sino que ha de suponerse como válido, aunque se halle contradicho y renegado.

La narración del pecado original (Gn 3) nace en Israel como fruto de su experiencia. Desde el período del Exodo ha vivido en alianza con Yahveh. Pero desde el primer momento Israel ha sido infiel, se ha rebelado contra Dios. En ese abandonar a Yahveh ha experimentado la amargura de su situación: “han dejado el manantial de aguas vivas para construirse cisternas agrietadas incapaces de retener el agua” (Jr 2,13). Abandonando a Dios, su bien, han abrazado el mal y se han encontrado con la muerte. Desde esta experiencia Israel descubre la existencia del mal en la humanidad entera, inclinada siempre al pecado (Gn 6,5- 12). La narración del Génesis explicita esta realidad del origen del mal en el mundo (CEC 386-401).

Adán y Eva, cediendo a la sugestión de la serpiente, desobedecen a Dios, pues quieren “ser como Dios conocedores del bien y del mal” (Gn 3,5), es decir, ponerse en lugar de Dios para decidir del bien y el mal, con autonomía absoluta de Dios. Según Gn 2, la relación de Dios con el hombre no era una relación de dependencia, sino sobre todo de amistad. Dios no había negado nada al hombre creado a su imagen; no se había reservado nada para sí, ni siquiera la vida (Sb 2,23). Pero por instigación de la serpiente, “la más astuta de los animales”, Eva, y luego Adán, dudan de este amor de Dios: el precepto dado para el bien del hombre (Rm 7,10) no sería más que una estratagema de Dios para salvaguardar sus privilegios; es la sospecha que insinúa el tentador al decir a Eva: “¿Cómo es que Dios os ha dicho: no comáis de ninguno de los árboles del jardín?” (Gn 3,1). Es como decir, si no puedes comer de un árbol es lo mismo que si no pudieras comer de ninguno, no eres libre, Dios te limita, no es un Dios bueno, sino un Dios celoso de su poder. Y la advertencia añadida al precepto, según el tentador, sería sencillamente una mentira, una amenaza para mantener al hombre sometido: “No, de ninguna manera moriréis. Pero Dios sabe muy bien que el día en que comáis este fruto, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gn 3,4).

El hombre cree a quien le adula y desconfía de Dios, a quien considera su rival. El pecado transforma la relación que unía al hombre con Dios. Todo cambia entre el hombre y Dios. Aún antes de que Dios intervenga (Gn 3,23), Adán y Eva, que antes gozaban de la familiaridad divina (Gn 2,25), “se esconden de Yahveh Dios entre los árboles” (3,8). La iniciativa es del hombre; es él quien ya no quiere nada con Dios, que le tiene que buscar y llamar. La expulsión del paraíso ratifica esa voluntad del hombre; pero éste comprueba entonces que la advertencia no era mentira: lejos de Dios no hay acceso posible al árbol de la vida (Gn 3,22); no hay más que muerte. Adán es en realidad todo hombre. La rebelión de Adán es la nuestra. Damos crédito al diablo, que “desde el comienzo es mentiroso y asesino” (Jn 8,44).

El salario del pecado es la muerte. La pretensión del hombre de alzarse por encima de Dios le hunde en el abismo (Gn 11,1-9). Al querer construir su vida con sus propias manos, se encuentra con el vacío interior radical (Jr 2,5-19). San Pablo ha visto con profundidad la relación entre pecado y muerte. Por Adán ha entrado el pecado en el mundo y con el pecado ha entrado la muerte, ya que el salario del pecado es la muerte (Rm 6,12-23). El pecado paga siempre con muerte. Esta situación pecadora en la que se encuentra el hombre se actualiza por la ley. La ley despierta, como a un león dormido, la concupiscencia del hombre, que tiende a afirmarse a sí mismo frente a Dios (Rm 7,7-10; 5,13; Ga 3,19). Este es el núcleo de la actitud pecadora del hombre, que quiere constituirse en señor absoluto y autónomo de su vida. Comenzando por el pecado de Adán, el impulso y la fuerza que mueven a todo hombre al pecar es levantarse contra Dios. Pecar es negar a Dios como único Señor; es ver a Dios y su ley no como expresión de su amor, sino como manifestación de rivalidad y dominio sobre el hombre.

También para nosotros, como para Adán, el sufrimiento y la muerte, la vergüenza y la huida de Dios, la ruptura de la comunión y la infidelidad, los cardos y la agresividad del corazón, son salario del pecado. El hombre, al negar el amor de Dios, por considerarlo celoso de su independencia, experimenta el dominio del pecado, al que se siente vendido (Rm 6,6- 20; 7,14). Así el hombre, antes de la muerte corporal, experimenta el poder de la muerte (Ef 2,1); siente dentro de su ser la fuerza del miedo de la muerte. La carta a los Hebreos presenta a Jesucristo, diciendo: “Así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó El de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, *por temor a la muerte*, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Hb 2,14-15). La división interior, que el hombre siente, entre la llamada al amor y la seducción del pecado, entre la obediencia a Dios y la dependencia de la “ley del pecado” es debida al poder del diablo, que se ha apoderado del hombre; su libertad está encadenada. “¡Pobre de mí!, exclama san Pablo, ¿quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm 7,24-25).

b) El pecado: ¿ofensa a Dios?

La Escritura distingue entre pecado, como poder de perversión del corazón humano, y los diversos actos y expresiones del pecado, a los que llama pecados. En Dt 27,15-26 encontramos doce maldiciones relacionadas con doce pecados que amenazan al pueblo de la alianza. La ley mosaica, al tiempo de Jesús, contenía seiscientos trece preceptos, que componían un código moral completo. San Pablo también presenta diversos catálogos de pecados, que cierran la puerta para entrar en el reino de Dios (1Co 5,10s; 6,9s; 2Co 12,20; Ga 5,19-21; Rm 1,29-31; Col 3,5-8; Ef 5,3; 1Tm 1,9; Tt 3,3; 2Tm 3,2-5). Pero más allá de los actos pecaminosos, San Pablo se remonta a su principio: en el hombre pecador, los pecados son expresión de la fuerza hostil a Dios y a su reinado. El pecado, en singular, parece a veces confundirse con Satán, el “dios de este mundo” (2Co 4,4); pero se distingue de él; el pecado pertenece al hombre pecador, es algo interior a él. Introducido por la desobediencia de Adán en el género humano (Rm 5,12-19) y, por él, en toda la creación (Rm 8,20), el pecado pasó a todos los hombres, arrastrando a todos hacia la muerte. De manera al parecer incongruente, en pleno estado de inocencia, surge un ser malo, la serpiente, el tentador. Antes que el hombre peque está ya presente el mal; “el mal no es sólo acto, es tradición”, sale a nuestro encuentro en la ruta, vive entre nosotros, en nosotros. Cada acto concreto de pecado ratifica y refuerza el pecado original.

El hombre, en esta situación, se encuentra “vendido al poder del pecado” (Rm 7,14), capaz todavía de “simpatizar” con el bien y hasta de “desearlo”, -lo que prueba que no todo está en él corrompido-, pero incapaz de realizarlo y, por tanto, necesariamente destinado a la muerte, salario, desemboque y remate del pecado (Rm 7,14-23). El pecado no es sólo ni ante todo una ofensa de naturaleza jurídica o personal que el hombre hace a Dios, sino la

autodestrucción de sí mismo, como consecuencia de la ruptura de su relación con Dios, con los hombres y con la creación. Se puede decir que el hombre, cuando peca, no ofende primordialmente a Dios, sino a sí mismo. Al destruirse a sí mismo, como obra e imagen de Dios, ofende a Dios: “¿Pero me ofenden a mí?, oráculo de Yahveh. ¿No es más bien a ellos para su confusión?” (Jr 7,19). “Quien tira una piedra al aire, sobre su propia cabeza la tira, el golpe a traición devuelve heridas. Quien cava una fosa, caerá en ella, quien tiende una red, en ella quedará preso. Quien hace el mal, lo verá caer sobre sí sin saber de dónde le viene” (Si 27,25-27). Como dice Santo Tomás: “Nosotros no ofendemos a Dios si no es por lo que hacemos contra nuestro bien”.

Ciertamente el hombre no puede herir a Dios en sí mismo. La Biblia recuerda frecuentemente la transcendencia de Dios: “Si pecas, ¿qué le haces? Si multiplicas tus ofensas, ¿le haces algún daño?” (Jb 35,6). Pecando contra Dios no logra el hombre sino destruirse a sí mismo, perdiendo su verdadera gloria y libertad. La libertad es esencialmente fruto de un don previo, acogido en la confianza y gratitud a Dios. El pecado surge cuando el hombre se yergue en poseedor y dominador, en lugar de ser acogedor, admirador y adorador. La verdadera gloria sólo surge cuando la libertad es acogida como don de Dios y vivida como amor a los hombres; aceptada en gratitud orante y vivida en la creación de gracia para los demás. La verdadera gloria del hombre es la de ser adorador y servidor. En palabras de Juan Pablo II a los jóvenes peregrinos a Santiago de Compostela, el domingo 20 de agosto de 1989: “El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor. En estas palabras se encuentra el criterio esencial de la grandeza del hombre. Este criterio es nuevo. Así fue en tiempos de Cristo y lo sigue siendo después de dos mil años. Este criterio es nuevo. Supone una transformación, una renovación de los criterios con que se guía el mundo... El criterio con que se guía el mundo es el criterio del *éxito*. Tener el poder económico para hacer ver la dependencia de los demás. Tener el poder cultural para manipular las conciencias. ¡Usar y abusar! Tal es el criterio de este mundo”.

Para este amor, que hace capaz de servir, ha sido creado el hombre. Y el pecado es el rechazo de esta plenitud del hombre. Es el rechazo de la libertad como don y servicio; es querer lograrla como conquista propia, en autonomía frente a Dios y como dominio de poder sobre los demás. Se es libre, no por la independencia e insolidaridad frente al mundo, frente a los hombres y frente a Dios. Esto se llama egoísmo y no libertad. Cuando el hombre quiere ser libre en este sentido, entonces sucumbe a su finitud ontológica, se queda solo consigo mismo; quiebra la corriente que lo religa a la creación. Y al querer desconectarse del origen mismo de su libertad, que es Dios, queda desnudo, reducido a sus limitaciones. El hombre existe en correlación. Cerrado en sí mismo, altera su orden ontológico. Por eso, cuando niega su dependencia de Dios, en su autonomía, experimenta la rebelión de la realidad contra él. Es lo que traduce la conocida frase de H. de Lubac: “No es verdad que el hombre no

pueda organizar la tierra sin Dios. Lo que es verdad es que sin Dios no puede organizarla en definitiva más que contra el hombre”.

Por eso el hombre ofende a Dios en el hombre. A Dios no puede tocarlo; pero puede herirlo en su imagen, y El toma como propias las ofensas a sus criaturas. El Dios de la Biblia no es el de Aristóteles, indiferente al hombre y al mundo. Por ello, si el pecado no hiere a Dios en sí mismo, le hiere en la medida en que afecta a los que Dios ama. Así, a David que, “hiriendo a espada a Urías el hitita y quitándole su mujer”, pensaba no haber ofendido más que a un hombre, Dios por el profeta Natán dice que “ha despreciado a Yahveh” (2S 12,9ss). Además, el pecado “cavando un abismo entre Dios y su pueblo” (Is 59,2), alcanza a Dios en su *designio de amor*. Dios, en su amor, se siente ofendido de ingratitud con la infidelidad de la *esposa* Israel: “¿Has visto lo que ha hecho Israel, la rebelde?” (Jr 3,7.12; Ez 16;23). El pecado aparece como violación de relaciones personales, en definitiva como la negación del hombre a dejarse amar por un Dios que es amor. El pecado no es, pues, transgresión de leyes; en su pleno sentido es romper la alianza. Moisés simbolizó este hecho al romper las tablas de la alianza (Dt 9,16-17).

c) El pecado ofende al pecador y a los demás

No reconocer a Dios, constituirse Dios de sí mismo, cambiando al Dios verdadero por uno falso (Rm 1,18-25), lleva como consecuencia a la ruptura con el prójimo. San Pablo enumera los pecados de los paganos, que han negado a Dios, contra el prójimo: “injusticia, perversidad, codicia y maldad; llenos de envidias, homicidios, discordias, fraudes, depravación; son difamadores, calumniadores, hostiles a Dios, insolentes, arrogantes, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, sin entrañas, despiadados...” (Rm 1,29-32).

El pecado, ruptura entre el hombre y Dios, introduce igualmente una ruptura entre los miembros de la familia humana. Ya en el paraíso, en el seno mismo de la pareja primordial, apenas cometido el pecado, Adán acusa a Eva, “la ayuda adecuada” que Dios le había dado (Gn 2,18), “hueso de sus huesos y carne de su carne” (Gn 2,23). El hombre se excusa a sí mismo acusando a la mujer; y la acusación a la mujer es, simultáneamente, acusación al mismo Dios: “la mujer que Tú me diste” (Gn 3,12). Es una expresión amarga que el hombre lanza con una sola frase en ambas direcciones: hacia su mujer y hacia Dios. Todo ha cambiado en las relaciones mutuas y para con Dios. La consecuencia es inmediata: “la pasión te llevará hacia tu marido y él te dominará” (Gn 3,16). En lo sucesivo esta ruptura se extiende a los hijos de Adán (Gn 4,8); luego, el reinado de la violencia y de la ley del más fuerte, que celebra el salvaje canto de Lamec (Gn 4,24). El pecado tiene siempre una dimensión social debido al vínculo de solidaridad que une a toda la familia humana (Jos 7). Cuanto más se disgrega la comunión con Dios tanto más crece la solidaridad con el mal, que el

pecado manifiesta y consolidada. El desorden del pecado incide en la vida de la comunidad humana y eclesial y en la misma presencia del hombre en el cosmos.

Los egoísmos individuales envenenan la vida social y se plasman en explotación, rivalidad, injusticia, crueldad, desprecio. El Evangelio, oponiéndose a la concepción ritualista de lo puro y lo impuro, coloca la *impureza* “que contamina al hombre” dentro del corazón, del que brota la maldad también para con los otros: “De dentro del corazón de los hombres salen los designios perversos, fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, codicia, maldades, engaños, inmoralidades, envidias, injurias, insolencias e insensatez; esto es lo que mancha al hombre” (Mc 7,20-23).

Según el Concilio Vaticano II, “el pecado rebaja al hombre impidiéndole lograr su propia plenitud” (GS 13). “Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar cabo. Por ello siente en sí mismo la división” (GS 10). La GS describe en diversos momentos los aspectos fundamentales en que se concreta esta *alienación* del hombre pecador: el pecado provoca la rebelión del cuerpo (n.13); oscurece y debilita la inteligencia (15); cuando deviene habitual entenebrece la conciencia (16); hiere la libertad (17); causa la muerte y la esclavitud humana (18; 41). El Concilio caracteriza al hombre pecador con la palabra *alienación*. Es como ve Pablo al hombre, a quien Cristo ofrece la salvación: alienado de la vida de Dios (Ef 4,18), alienado de la comunidad del pueblo de la alianza (Ef 2,12), alienado de su propia conciencia (Col 1,21), alienado, dividido en sí mismo, en su interior (Rm 7,14ss) . Por ello “el hombre se siente incapaz de domeñar por sí mismo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas” (GS 13; CEC 1707).

Ya en la narración del diluvio se dice, por dos veces, que el corazón del hombre está inclinado continuamente al mal desde la niñez (Gn 6,5; 8,21), que lleva a “la dureza de corazón y de cerviz” (Dt 9,6), como repite tantas veces la Escritura. Esta dureza de corazón hace “que con los ojos no vea ni con los oídos oiga” (Is 6,5-10). Para que cambie esta situación se necesitará “cambiar el corazón” (Dt 30,3-8; Jr 4,4). Sólo Dios puede cambiar el corazón; en los salmos se pide este corazón nuevo y espíritu nuevo (Sal 50). Por esto “todo hombre está bajo el pecado y privado de la gloria de Dios”, en confesión de Pablo (Rm 3, 23), que nos ha descrito la *división* interior del hombre con toda su fuerza (Rm 7,14-25; Hb 2,14; 1Jn 5,19; Jr 31,31-33; Ez 11,19-20; 36,25-27).

Esta división interior se manifiesta en el miedo (Gn 3,10), la *angustia* existencial, la *tristeza*. La tristeza contrariamente a la alegría, que está ligada a la presencia de Dios, es un fruto amargo del pecado que separa de Dios, llevando al hombre a esconderse de Dios (Gn 3,10) o a que “Dios le oculte su rostro” (Sal 13,2s), de modo que el hombre se siente condenado “a alimentarse de un pan de lágrimas” (Sal 80,6). Esta tristeza deprime el corazón (Pr 12,25), abate el espíritu (Pr 15,13) y deseca los huesos (Pr 17,22). El pecado priva a la

persona de la capacidad para gozar y reposar en el bien. Reduce la capacidad de apreciar el bien, de ser agradecido, de participar en el gozo de otras personas y de ser fuente de alegría para ellas. Quizás imite el gozo mediante una demostración de alborozo, pero su risa será hueca. Intentará proyectar un sentido de humor, pero será sarcasmo e ironía -hasta el cinismo- que daña las relaciones. Como no está en paz consigo mismo, se sentirá continuamente tentado a luchar contra algo o contra alguien.

La realidad de muerte del pecado se expresa con diversos símbolos. El primero es el *camino errado*. El pecado es una desviación, entrar por una senda que lleva al precipicio, a la muerte (Dt 30,15-20). La desviación degenera en extravío, que conduce a la perdición (Sal 1,6; Pr 12,28). El pecado, colocando al hombre en un camino tortuoso (Pr 21,8), hace que no encuentre el sendero recto, terminando en un callejón sin salida, que acaba en la ruina. La acción de Dios es creadora, la del pecado destructora. Caminando hacia la muerte, el hombre descarriado se aleja de Dios que es la vida; no se entiende a sí mismo, pues obra contra su sed de vivir; no se siente solidario de los demás, enemigos de su egoísmo, obligándolo a vivir encerrado en el círculo de su yo, que se restringe cada vez más por el miedo a la muerte, que le amenaza en los demás y en los hechos de la historia (Hb 2,14), encaminándole hacia el no ser.

Otro símbolo del pecado es la *esclavitud* bajo el poder del mal. San Pablo lo presenta como un tirano que somete al hombre a sus deseos, haciéndolo instrumento para el mal (Rm 6,12-13). Es una fuerza que aísla, bloqueando los puentes de comunicación con Dios, con los demás y con la creación. Su desenlace será la condena a muerte (Rm 6,16). Otro símbolo es el de *enfermedad*, un virus que mina las fuerzas del hombre, impidiéndole ser él mismo. La infección coincide con la abdicación de la libertad: la adhesión de la voluntad al mal enferma, y el hombre se encuentra afectado de un cáncer que no puede eliminar por sí mismo. El pecado es como la lepra, que le corroe la carne propia y le aleja de la comunidad (Lv 13,45- 46; Dt 24,8; Nm 12). Estos tres símbolos, expresión y manifestación de la realidad del pecado, indican que el pecado es un principio de muerte, una situación o actitud que produce confusión, error, desequilibrio, aislamiento, destrucción: “La paga del pecado es la muerte” (Rm 6,23; CEC 402-409).

d) El pecado no vence el amor de Dios

Por sus propias fuerzas el hombre no puede salir de su situación de pecado ni rectificar su vida para encontrar de nuevo a Dios. No basta una decisión de la voluntad. Al menos en sus mejores momentos -o en sus peores momentos, de mayor desesperación- puede desear el bien, pero cuando comienza a obrar tropieza con su impotencia y su propia inconsecuencia. Se encuentra sometido a una especie de hechizo, que le quita la libertad de acción, sintiéndose cautivo. Esa es la angustia que describe San Pablo, en el texto tantas veces citado:

“Estoy vendido como esclavo al pecado. Realmente no entiendo mi proceder, pues lo que yo quiero no lo hago y, en cambio, lo que detesto eso lo hago... Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo. Cuando quiero hacer el bien, es el mal el que me encuentro en las manos. En lo íntimo, cierto, me complazco en la ley de Dios, pero en mi cuerpo percibo otra ley contraria que lucha contra la ley de mi razón y que me hace esclavo de la ley del pecado que está en mi cuerpo... En una palabra, yo, por un lado, con mi razón, estoy sujeto a la ley de Dios; pero, por otro, con mis bajos instintos, sirvo a la ley del pecado” (Rm 7,14-25). Esta situación lleva a Pablo a gritar: “¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!” (Rm 7,24).

El pecado trastorna la relación del hombre con Dios, pero es incapaz de destruir la relación de Dios con el hombre. Sólo Dios que ha creado esa relación puede eliminarla y revocarla. La imagen de Dios en el hombre queda desfigurada por el pecado, pero no destruida, puede ser recreada. El pecado no vence el amor de Dios. ¿Quién nos separa del amor de Dios, que hemos conocido en Cristo Jesús? (Rm 8,31-39). Nada humano, ninguna criatura, ni siquiera el pecado, nos puede apartar del amor de Dios. No obstante el rechazo del hombre, mientras el hombre está en vida, Dios mantiene su relación de amor con él. La gracia de esta fidelidad de Dios a una imagen, que le contradice, apunta a la vocación salvadora del hombre mediante Cristo, que carga con el pecado, se hace pecado, deshecho de los hombres, desfigurado el rostro en la cruz, para devolver al hombre pecador el esplendor original, como imagen de Dios.

Frente a la realidad de desorden, que introduce el pecado, aparece luminosa la esperanza del protoevangelio: “la descendencia de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente” (Gn 3,14). Este anuncio se hace realidad con la venida de Jesucristo, “imagen visible de Dios invisible”. La recreación de la imagen de Dios, desfigurada en el hombre por el pecado, será un nuevo comienzo de la historia de los hombres. Jesucristo, enviado por Dios, abre de nuevo el paraíso: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,39), promete al ladrón desde la cruz. Cristo, nuevo Adán, repara lo que el primero deshizo: “Como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Y del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1Co 15,21- 22). La vida de Cristo es un continuo combate contra el tentador (Mc 1,12-13.23-27; 9,12- 27), especialmente en su pasión y muerte, con la que vence al tentador y a la muerte (Lc 22,3.53; Jn 13,2.27): “Cuando este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!” (1Co 15,54-57; Rm 5,19-20; CEC 55; 385; 410-412).



Abraham, sacrificio de Isaac, icono ortodoxo (South Glens Falls, NY)

3. ABRAHAM

a) El Dios creador es el Dios de la historia

La fe del pueblo de Dios en la creación está transida de la experiencia de la salvación de Dios con Israel, salvación que es historia y que culmina plena y definitivamente en Jesucristo. La relación que existe entre la economía salvífica y la creación no es la que existe entre dos hechos que se suceden cronológicamente. La salvación es el acontecimiento en que se basa la fe en la creación. La historia de la salvación está en germen en la creación, llamada desde el principio a una plenitud, que se manifestará en la “plenitud de los tiempos” en Cristo y se consumará en la nueva creación escatológica. Este germen salvífico es el espíritu de Dios que aletea sobre la creación, es el hálito de vida que Dios sopla en el hombre y que no retira de él ni siquiera después del pecado. Al pecado Dios responde con el anuncio - protoevangelio- de la salvación. Si el hombre se ha apartado de Dios, Dios no se ha alejado del hombre y, por ello, no ha desaparecido su amor al hombre. La voluntad de establecer su alianza con el hombre sigue en pie en la promesa de pisotear la cabeza de la serpiente. La señal divina de protección que se concede a Caín, después del asesinato de su hermano, expresa la misma voluntad inquebrantable de Dios (Gn 4,15).

Israel vive su historia viendo la presencia de Dios en ella. Lee los acontecimientos de su historia a la luz de su fe en esa presencia salvadora de Yahveh. De este modo su historia se hace historia de salvación. Los hechos son acontecimientos de la intervención salvífica de Dios *creídos*, leídos por la fe de Israel. Dios suscita acontecimientos, en los que El está presente, y suscita la fe que descubre su intervención en ellos. La historia bíblica es, pues, esa *confesión* de fe que Israel hace de la salvación que viene de Dios (Dt 26,5-9; Jos 24).

Esta confesión de fe, que convierte la historia de Israel en historia de salvación, no es en absoluto una interpretación gratuita o arbitraria. A la base están las experiencias históricamente vividas como experiencia de la intervención de Dios. Dios está presente en esos hechos como Creador y como Señor de la historia. Pero Dios es *invisible* (1Jn 4,12). Por ello, la revelación de Dios se hace imposible sin unas personas que penetran en los hechos por la fe y captan la intervención de Dios. Y es Dios mismo quien suscita estas personas, estos *profetas* intérpretes de su presencia salvadora en los hechos. El pueblo, atravesando el desierto, se pregunta constantemente, ante los hechos que no entran en su lógica: “¿Está Yahveh entre nosotros o no?” (Ex 17,7) y Moisés, el profeta de Dios, les dice: “Esta tarde sabréis que es Yahveh quien os ha sacado de Egipto; y por la mañana veréis la gloria de Yahveh” (Ex 16,6.12).

Preocuparse por saber cómo cree Israel no es una cuestión ociosa o erudita. La fe en Dios que se revela y salva, aceptada como base de su existencia como pueblo, hace de Israel un arquetipo de la experiencia de fe para todos los hombres. El Nuevo Testamento sólo nace y se mantiene sobre la historia de Israel. Por ello la fe cristiana solamente puede comprenderse a partir de una comprensión de la fe de Israel. Más aún, la fe cristiana sólo se puede vivir auténticamente cuando se llega a ella desde las actitudes de la Torá y los profetas. Los acontecimientos de la historia de Israel, vistos desde la misma fe de este pueblo, son palabra permanente de Dios. En el fondo, creer (*aman, amén*) significa reconocer a Dios como Dios en la interpretación del mundo y de la historia y en la experiencia de la propia vida. Esta es la fe de Moisés (Ex 4,18) y del pueblo (Ex 4,31). Ante los hechos de salvación, Israel cree en Yahveh (Ex 14,31), le confía el éxito de su aventura, el futuro de su vida. Creer es decir amén a Dios, aceptándolo como Dios.

La promesa pone en camino la historia. La fe de Israel no sabe de abstracciones. Su credo corresponde a experiencias concretas de salvación. En primer lugar se basa en las promesas hechas por Dios a sus padres. La historia de Israel parte con Abraham. Dios lo llama y le promete una tierra y una descendencia (Gn 15,4-7). Esta promesa es ratificada después a Isaac (Gn 26, 24-25) y a Jacob (Gn 35,11-15). Esta promesa es el fundamento de la fe y el punto de arranque de la historia de salvación. Se trata de algo firme, constante, confiable (*emunah*), pues Dios es fiel a sus promesas. Israel hace constantemente referencia a las promesas hechas a los padres. Yahveh es “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” (Ex 3,15). El Dios de las promesas aparece en el Exodo, para liberar a Israel de la esclavitud de Egipto: “Esto dirás a los hijos de Israel: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me manda a vosotros” (Ex 3,15). A la promesa no corresponde por parte del hombre el *conocimiento*, sino la fe y la obediencia. Es el proceso opuesto al pecado original. Así Abraham es constituido en padre de los creyentes (Rm 4,16). En él comienza la salvación que culminará en Jesucristo, obediente hasta la muerte en cruz.

b) Vocación de Abraham

El hombre ha roto con Dios por el pecado. El multiplicarse de la humanidad lleva consigo el multiplicarse del pecado. Diez generaciones hubo de Noé a Abraham, para mostrarnos la inmensa bondad del Señor, pues todas aquellas generaciones no hicieron más que provocar al Señor hasta que llegó nuestro padre Abraham, que cargó con el mal de todas ellas (Gn 11,10-26). La depravación de los descendientes de Noé había ido empeorando de generación en generación, hasta que apareció sobre la tierra “el amigo de Dios” (Is 41,8), “en quien serán bendecidas todas las familias de la tierra” (Gn 12,2; CEC 56-58; 1080).

La historia de Abraham -como la de los otros patriarcas- es más que simple *relato*; es *kerigma*, *profecía* vuelta al pasado y *doxología* respecto al presente. El presente es fruto de la promesa creída y obedecida.

Los descendientes de Noé se dijeron: “Dejemos el oriente” (Gn 11,2), donde nos puso el Señor del cielo. Se pusieron en camino, hallaron una vega en el valle de Senaar y allí se instalaron. Todo el mundo, entonces, hablaba una misma lengua. Así, pues, todos se pusieron manos a la obra, como si fueran un sólo hombre. Se dijeron el uno al otro: “Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego”. Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Trabajaban de día y de noche, incansablemente. La torre subía, a ojos vista, de altura. Contaba con dos rampas, una a oriente para subir y otra a occidente para bajar. Era tal la altura, que, mirando desde arriba, hasta los árboles más grandes parecían simples hierbas. En su afán por alcanzar el cielo, nadie se fijaba en nadie; cada uno iba a lo suyo. Si un hombre, exhausto, caía en el vacío, nadie se preocupaba por él; era sustituido por otro en su labor. No ocurría lo mismo cuando alguien se descuidaba y dejaba caer algún material, ladrillos o instrumentos de trabajo. Entonces se encendía toda la furia de los capataces, por la pérdida que suponía de tiempo y de dinero.

El Señor vio todo esto y sintió dolor por el hombre, obra de sus manos. Pero, después de la experiencia del diluvio, el Señor no pensó ya en destruirlos. El arco iris en el cielo le recordaba el “aroma de los holocaustos de Noé y la palabra de su corazón: Nunca más volveré a herir al hombre como ahora he hecho” (Gn 8,21). El Señor se limitó a interrumpir su loca empresa, confundiendo sus lenguas. El Señor dijo: “¡Ea, bajemos y confundamos su lengua!”. La torre, vista desde los hombres, era altísima. Pero, desde el cielo, el Señor, para darse perfectamente cuenta de lo que ocurría, tuvo que “descender para ver”. Es la ironía de las grandes obras del orgullo humano que, ante el Señor, no son más que sueños fatuos. ¡Cuanto más pretende subir a los cielos más se precipita en el abismo!

Así, pues, descendiendo hasta el hombre, el Señor vio el corazón de los hombres e hizo que saliera por la boca lo que llevaban dentro. De este modo confundió su lenguaje. Al no lograr entenderse, la gente se dividió y se desperdigaron por toda la haz de la tierra. “Una sola lengua les había llevado a la locura; la confusión de lenguas les serviría para tomar conciencia de su pecado y anhelar la conversión”, pensó el Señor, siempre solícito en ayudar al hombre, incluso pecador. Aquel lugar se llamó Babel, porque en él el Señor confundió la lengua de toda aquella gente (Gn 11,1-9).

Téraj engendró a Abraham en Ur de los caldeos y Dios comenzó con él su diálogo con la humanidad. Abraham aparece en la tierra como la respuesta de Dios a los hombres dispersos por toda la tierra a causa de su pecado. Es Dios quien comienza su historia de salvación. Israel, en su profesión de fe, confiesa la gratuidad de la iniciativa de Dios: “Vuestros padres habitaron al principio al

otro lado del río y servían a otros dioses. Yo tomé a vuestro padre Abraham de la otra orilla del río y lo conduje a través de todo el país de Canaán y multipliqué su descendencia” (Jos 24,2-3; Dt 26,3). Dios, para llevar a cabo esta historia, no pide nada a Abraham; es más bien Abraham, expresión de la impotencia de la humanidad, quien pedirá a Dios. Lo que Dios busca en Abraham no es que haga nada, sino que sea en el mundo de la idolatría, testimonio del único Dios. Abraham es, pues, en las manos de Dios, el primer eslabón, el primer patriarca, de una cadena de generaciones, con cuya vida Dios trenzará la historia de salvación de los hombres. En Abraham se inicia el gran coloquio de Dios con los hombres (CEC 59-61).

No es que Abraham sea un ser excepcional; se trata de un simple hombre, viejo como la humanidad, estéril como los hombres abandonados a sus fuerzas, pero el Señor encontró su corazón y se ligó con él en alianza, abriendo de este modo un camino nuevo, único, de unión entre el hombre y Dios: el camino de la fe, “la garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve” (Hb 11,1). De aquí que la vida de Abraham sea una perenne peregrinación, un camino desde lo visible a lo invisible o, mejor, hacia el Invisible. Abraham abandona patria, familia, casa paterna y marcha, lejos de los lugares conocidos y familiares, hacia una tierra de la que no conoce ni el nombre. La promesa es grande: “Haré de ti una nación inmensa; te bendeciré; te daré un nombre; tú serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra” (Gn 12,2-3). La promesa es grande, pero futura y sin apoyo en el presente. Sólo existe la voz del Invisible que le llama y pone en camino: “Sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré” (Gn 12,1- 2). “Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y *salió* para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba” (Hb 11,8).

Las promesas hechas a Abraham son gratuitas; no se fundan en las posibilidades ni en los méritos de Abraham. La tierra prometida no le pertenece a Abraham, es un extranjero en ella. La descendencia prometida contrasta con la esterilidad de su matrimonio. Y ante Dios no puede presentar ningún derecho, pues ni siquiera es su Dios. Es un Dios que irrumpe en su vida sin que le haya invocado (Jn 24,2). Las promesas se fundan únicamente en el designio de gracia de Dios. “Dios es bondad y fidelidad”, confiesa la fe de Israel (Sal 25,10; 37,6; 40,11; 57,4; 85,11; 88,12; 108,5; 117,2; 138,2.8). Bondad es *hésed*, don gratuito, *gracia*. Porque Dios es *hésed* (Ex 34,6-7), amor gratuito, por eso promete grandes cosas; y porque *es fiel*, cumple lo prometido. Esta gratuidad de la llamada y la fe de la respuesta, se encuentran en la alianza (Gn 15,6-12.17), con la circuncisión como signo (Gn 17) de la alianza, en la que Dios se ha comprometido a bendecir a todas las naciones en la descendencia de Abraham. La bondad y la fidelidad, en la plenitud de los tiempos, se hará *evangelio*: buena nueva de salvación gratuita plenamente cumplida.

Dios es bondad y fidelidad. Pero Dios es un Dios de vida. Nunca su presencia es extática, que instale al hombre en su mundo y en sus inestables seguridades. Su presencia es pascua, paso, irrupción, que pone al hombre en éxodo. Dios no promete a Abraham la posesión de la tierra de Ur de los Caldeos, sino una tierra desconocida: “ve a la tierra que te mostraré” (Gen 12,1). El hombre que se atiene a lo que tiene, a lo que posee, a lo que él fabrica, a sus máquinas, a sus sistemas científicos o políticos, pierde a Dios, el “Incontenible”, que no se deja reducir a nuestros deseos. Ciertamente, Dios aparece en la Escritura bajo imágenes tangibles; se le llama roca, refugio, protección, cayado, balaustrada que preserva de la caída en el abismo, alas que abrigan y protegen a su sombra. Pero estas expresiones de fe no hacen a Dios aprehensible. El es el inasible, que promete un futuro imprevisible. “¡Bienaventurados los ojos que no ven y creen!”, dice Jesús.

c) Sacrificio de Isaac

Abraham, anciano él y estéril su esposa Sara, ha sido elegido por Dios para ser padre de un pueblo numeroso. La descendencia futura es lo que cuenta y a la que Abraham mira, “riendo de gozo”, sin detenerse a mirar la actual falta de vigor en él y en Sara. Abraham emprende su camino sin otra cosa en el corazón más que la esperanza, fruto de la certeza de la promesa de Dios, a quien cree y de quien se fía. Ante lo incomprensible de la promesa divina, Abraham “no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido” (Rm 4,20).

Después de veinte años de peregrinar en la fe, cuando Abraham tiene noventa y nueve años, estaba sentado a la sombra de la encina de Mambré, cuando de pronto, alzando los ojos, vio a tres hombres que estaban en pie delante de él. En cuanto les vio, corrió, se inclinó hasta el suelo y dijo, reconociendo la presencia del Dios invisible en la presencia visible de sus tres ángeles: Oh, Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos, no pases de largo sin detenerte junto a tu siervo. Os traeré un poco de agua y os lavaréis los pies y descansaréis, recostados a la sombra de la encina. Yo, mientras tanto, iré a prepararos un bocado de pan y, así, repondréis vuestras fuerzas. Luego seguiréis adelante, pues no por casualidad habéis pasado hoy ante mi tienda. Abraham preparó tres medidas de flor de harina, corrió a los establos y escogió un ternero tierno y hermoso. Cuando todo estuvo aderezado, él mismo tomó cuajada y leche, junto con las tortas y el ternero guisado, y se lo presentó a los tres huéspedes, manteniéndose en pie delante de ellos. Acabado el banquete, el ángel preguntó: ¿Dónde está Sara, tu mujer? Ahí en la tienda, respondió Abraham.

Pasado el tiempo de un embarazo, volveré sin falta y para entonces Sara tendrá un hijo. Sara, que estaba escuchando tras las cortinas de la tienda, no

pudo contener su risa, diciéndose para sus adentros: Ahora que se me han retirado las reglas, ¿volveré a sentir el placer, y además con mi marido tan viejo? Dijo Yahveh a Abraham: “¿Por qué se ha reído Sara? ¿Es que hay algo imposible para Yahveh? Cuando vuelva a verte, en el plazo fijado, Sara habrá tenido un hijo”. El Señor cumplió lo que había prometido. Sara concibió y dio un hijo al viejo Abraham en el tiempo que Dios había dicho. Abraham llamó Isaac al hijo que le había nacido. Tenía cien años Abraham cuando le nació su hijo Isaac. Sara dijo: “Dios me ha dado de qué reír; y todo el que lo oiga reirá conmigo” (Gn 18,1-15; 21,1-7).

En Abraham nos encontramos con una historia hecha de acontecimientos concretos: abandona su país, su familia, su ambiente y marcha hacia un país extraño, desconocido para él. Vida y hechos, rumbo y destino de Abraham se presentan como señal de una obediencia a una palabra que promete y actúa con fuerza, manifestando su verdad y creando de este modo la fe y obediencia como confianza y abandono (Hb 11,8-19). Abraham, movido por la promesa, vive abierto al futuro, pero no a un futuro calculable, sino al futuro de Dios, que es desconocido, inverosímil, paradójico incluso. Así la fe se presenta como un absoluto apoyarse en Dios. La promesa de una *descendencia* numerosa y de una *tierra* contradecía abiertamente los datos existentes en el presente: desarraigo de su tierra, deambular por lo desconocido, esterilidad de la esposa no son los presupuestos humanos verosímiles para llegar a ser padre de un pueblo. La orden y la promesa aparentemente se contradicen. Pero Abraham cree y entra en la contradicción. La contradicción llega a su culmen con la palabra que le pide el sacrificio del hijo, el hijo de la promesa: “Dios puso a prueba a Abraham, diciéndole: Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto”. La fe vence el absurdo. Abraham espera contra toda esperanza (Rm 4,18- 22): “Por la fe, Abraham, sometido a prueba, presentó a Isaac como ofrenda. Pensaba que poderoso es Dios aún para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura” (Hb 11,17-19).

Dios es fiel a sus promesas. La promesa hecha a Abraham es cumplida en Isaac, pero sólo como comienzo. En Isaac el cumplimiento de la promesa vuelve a abrirse al futuro: “Las promesas se hicieron a Abraham y a su descendencia. No dice a los descendientes, como si fueran muchos, sino a uno solo, *a tu descendencia*, es decir, a Cristo” (Ga 3,16). Cristo es realmente el hijo de la promesa que, con su muerte, nos salvó (CEC 706).

“Abraham recobró a Isaac para que fuera figura” (Hb 11,19) de Cristo. Abraham, por la fe, vio el día de Cristo y se alegró (Jn 8,56); vio que de su seno nacería Cristo, que sería realmente ofrecido como víctima propicia por todo el mundo y resucitaría de entre los muertos. El Moria y el Gólgota están unidos en la mente de Dios. En el Gólgota Dios Padre lleva a cumplimiento pleno el sacrificio del Moria: “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a

los que de antemano conoció, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que El fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó. ¿Qué decir a todo esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿como no nos dará con El todo lo demás? ¿Quién se atreverá a acusar a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién podrá condenar? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió por nosotros? Más aún, ¿el que fue resucitado y está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros?*” (Rm 8,28-34).

Cristo Jesús, después de celebrar, como Abraham, un banquete, salió con sus siervos, los apóstoles, hacia Getsemaní. Abraham, manda a sus siervos que se queden en las faldas del monte; Jesús también dirá a los apóstoles: “quedaos aquí, mientras yo voy allá a orar” (Mt 26,36). Isaac carga con la leña para su holocausto, Cristo carga con el madero de la cruz. Isaac pide ser atado de pies y manos; Cristo es clavado de pies y manos a la cruz. El verdadero cordero, que sustituye a Isaac, es Cristo, “el Cordero de Dios que carga y quita el pecado del mundo” (Jn 1,29; Ap 5,6): “Sabéis que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha ni mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa vuestra” (1P 1,18-21).

Dios Padre, que interrumpió el sacrificio de Isaac, “no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros” (Rm 8,32). “Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único” (Jn 3,16); “en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su hijo único para que vivamos por medio de El” (1Jn 4,9). San Ambrosio concluye: “Isaac es, pues, el prototipo de Cristo que sufre para la salvación del mundo”.

d) Abraham, figura de María y prototipo del creyente

“El plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente relacionados entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras; y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas” (DV 2; CEC 53). Por ello, cuando la Escritura sitúa a Abraham en medio de una humanidad sumida en la maldición, sin posibilidad de darse la vida, está dando una palabra de esperanza a todos los hombres. La historia de salvación comenzada en Abraham “será bendición para todos los pueblos” (Gn 22,18). La “descendencia” de Abraham llega en Jesucristo. La Palabra prometida se cumple por la Palabra creadora: en Isaac como figura y en Jesucristo como realidad definitiva (Ga 3,16).

Dios invita a los creyentes a verse en Abraham: “Mirad la roca de donde os tallaron, la cantera de donde os extrajeron; mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; cuando lo llamé era uno, pero lo bendije y lo multipliqué” (Is 51,1-2). Abraham, el padre de los creyentes, es el germen y el prototipo de la fe en Dios. Abraham es el “padre en la fe” (Rm 4,11-12.16), es la raíz del pueblo de Dios. Llamado por Dios (Hb 11,8), mediante su Palabra creadora Dios fecunda el seno de Sara con Isaac como fecundará el seno de la Virgen María con Jesús, pues “nada es imposible para Dios” (Gn 18,14). (CEC 145-147)

Abraham es figura de María. Abraham es constituido padre por su fe; es la palabra de Dios sobre la fe. María, proclamada bienaventurada por su fe, hace, como Abraham, la experiencia de que “para Dios nada es imposible” (Lc 1,37; CEC 148-149; 494). La fe de María, en el instante de la Anunciación, es la culminación de la fe de Abraham. Dios colocó a Abraham ante una promesa paradójica: una posteridad numerosa como las estrellas del cielo cuando es ya viejo y su esposa estéril. “Abraham creyó en Dios y Dios se lo reputó como justicia” (Gn 15,5). Así es como Abraham se convirtió en padre de los creyentes “porque, esperando contra toda esperanza, creyó según se le había dicho” (Rm 4,18). Como Abraham cree que Dios es capaz de conciliar la esterilidad de Sara con la maternidad, María cree que el poder divino puede conciliar la maternidad con su virginidad.

La fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. María está situada en el punto final de la historia del pueblo elegido, en correspondencia con Abraham (Mt 1,2-16). En María encuentra su culminación el camino iniciado por Abraham. El largo camino de la historia de la salvación, por el desierto, la tierra prometida y el destierro se concretiza en el resto de Israel, en María, la hija de Sión, madre del Salvador. María es la culminación de la espera mesiánica, la realización de la promesa. El Señor, haciendo grandes cosas en María “acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre” (Lc 1,54-55). Así toda la historia de la salvación desemboca en Cristo, “nacido de mujer” (Ga 4,4). María es el “pueblo de Dios”, que da “el fruto bendito” a los hombres por la potencia de la gracia creadora de Dios (CEC 422).

En la hora de la Anunciación, María acepta existir enteramente desde la fe. En adelante ella no es nada al margen de la fe. La fe se hizo la forma de su vida personal y la realidad en que creía se convirtió en contenido de su existencia. Con esa fe María pasa del Antiguo Testamento al Nuevo. Al hacerse madre se hace cristiana. Abraham cree la promesa de un hijo que Dios le hace, “aún viendo como muerto su cuerpo y muerto el seno de Sara” (Rm 4,19). Y “por la fe, puesto a prueba, ofreció a Isaac, y ofrecía a su primogénito, a aquel que era el depositario de las promesas” (Hb 11,17). Son también los dos momentos fundamentales de la fe de María. María cree cuando Dios le anuncia a ella, virgen, el nacimiento de un hijo

que será el heredero de las promesas. Y cree, en segundo lugar, cuando Dios le pide que esté junto a la cruz donde es inmolado el Hijo que le ha sido dado. Y aquí aparece la diferencia, la superación en María de la figura. Con Abraham Dios se detiene en el último momento, sustituyendo a Isaac por un cordero. Abraham empuña el cuchillo, pero se le devuelve el hijo... Bien diverso es en el Nuevo Testamento, entonces la espada traspasa, rompiendo el corazón de María, con lo que ella recibe un anticipo de la eternidad: esto no lo obtuvo Abraham (CEC 165).

Dios, que sustituyó a Isaac por un carnero, “no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros” (Rm 8,32), como verdadero Cordero que Dios ha provisto para que “cargue y quite el pecado del mundo” (Jn 1,29; Ap 5,6). María, como hija de Abraham, acompaña a su Hijo que, cargado con la leña del sacrificio, la cruz, sube al monte Calvario. El cuchillo de Abraham, en María, se ha transformado en “una espada que le atraviesa el alma” (Lc 2,35). Abraham sube al monte con Isaac, su único hijo, y vuelve con todos nosotros, según se le dice: “Por no haberme negado a tu único hijo, mira las estrellas del cielo, cuéntalas si puedes, así de numerosa será tu descendencia”. La Virgen María sube al Monte con Jesús, su Hijo, y descenderá con todos nosotros, porque desde la cruz Cristo le dice: “He ahí a tu hijo” y, en Juan, nos señala a nosotros, los discípulos por quienes El entrega su vida. María, acompañando a su Hijo a la Pasión, nos ha recuperado a nosotros los pecadores como hijos, pues estaba viviendo en su alma la misión de Cristo, que era salvarnos a nosotros.

Abraham, con la fuerza de la fe, se pone en camino, abandona la patria, la familia, los lugares comunes de la rutina; en su viaje conoce sus flaquezas, dudas, pecados y también la fidelidad de Quien le ha puesto en camino. En su peregrinación va sembrando la fe y el germen de la descendencia “numerosa como las estrellas del cielo”. De ese germen nace su Descendiente: “Jesús, hijo de Abraham”, y los “nacidos a la misma fe de Abraham”: tú, yo y tantos otros esparcidos “por todas las playas del mundo”. Pues no son hijos de Abraham sus hijos de la carne, sino los que viven de la fe de Abraham (Ga 3,6-9), hijos de la promesa (Rm 9,7-9; Jn 8,31-59). Pues no basta con decir: “somos hijos de Abraham”, es preciso dar frutos de conversión (Mt 3,8-9), siguiendo las huellas de Abraham, siempre peregrino en busca de la Patria (Hb 11,16). La profecía de su vida sigue viva hoy, resonando “para nosotros que creemos en Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos para nuestra justificación” (Rm 4,24).

Con la resurrección de Cristo, Dios ha dado cumplimiento a las promesas hechas a Abraham (Lc 1,51). Cristo, con su resurrección, ha traído al mundo la bendición prometida a Abraham: “Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose El mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito el que cuelga del madero, a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa” (Ga 3,13-14). Bautizados en Cristo hemos sido hechos partícipes de la herencia de nuestro padre Abraham: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa” (Ga 3,26-29).



Moisés, la zarza ardiente (Mosaico Bizantino)

4. EXODO

a) De Abraham a Moisés

“Abraham, padre insigne de una multitud de naciones, no se halló quien le igualara en gloria. El guardó la ley del Altísimo, y con él entró en alianza. En su carne grabó la alianza, y en la prueba fue hallado fiel. Por eso Dios le prometió con juramento bendecir por su linaje a las naciones, multiplicarle como el polvo de la tierra, encumbrar como las estrellas su linaje, y darles una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra. A Isaac le aseguró lo mismo, en gracia a su padre Abraham. La bendición de todos los hombres y la alianza las hizo reposar en la cabeza de Jacob. Le confirmó en sus bendiciones, y le otorgó su herencia. El dividió sus partes y las repartió entre las doce tribus” (Si 44,19-23; Gn 17,19; 26,3-5).

Esaú y Jacob son hermanos gemelos, nacidos del mismo seno y en el mismo parto. Esaú, el mayor, se hace experto cazador, mientras Jacob, el menor, es muy amante de la tienda. Isaac, el padre, prefiere a Esaú; Jacob, en cambio, es el preferido de la madre. Y Dios, que se complace y exalta a los últimos, elige al menor para continuar la historia de la salvación: “Rebeca concibió de nuestro padre Isaac; ahora bien, antes de haber nacido, cuando no habían hecho ni bien ni mal, -para que se mantuviera la libertad de la elección divina, que depende no de las obras sino del que llama- le fue dicho a Rebeca: *El mayor servirá al menor*, como dice la Escritura: *Amé a Jacob y odié a Esaú* (Ml 1,2-3)” (Rm 9,10-13). La elección gratuita de Dios se va actuando en la historia. Esaú despreció su primogenitura y la vendió a su hermano por un plato de lentejas: “Velad porque nadie quede excluido de la gracia de Dios; que no haya ningún impío como Esaú, que por una comida vendió sus derechos de primogénito. Sabéis que más tarde quiso heredar la bendición, pero fue excluido, pues no obtuvo la retractación por más que la pidió hasta con lágrimas” (Hb 12,15-17).

Jacob llega a Canaán, compra un campo y planta sus tiendas (Gn 33,18). Y en Betel Dios le confirma la promesa hecha a sus padres: “La tierra que di a Abraham y a Isaac te la doy a ti y a tus descendientes. Un pueblo nacerá de ti y saldrán reyes de tus entrañas” (Gn 35,1-15). Como comenta Ruperto de Deutz, “con plena verdad Dios bendijo a Jacob cuando Cristo, nacido de su linaje, tomando carne, anuló la vieja maldición y después de la pasión derramó la bendición, es decir, el Espíritu Santo”. En Getsemaní, al lado del Cedrón, Cristo pasa la noche en agonía, en lucha con la voluntad de Dios para alcanzar la bendición primordial, perdida por el pecado. Gracias a su combate amaneció el sol del amor que reconcilia a los hermanos con el Padre y entre ellos. Al sol que

alumbra a Jacob en Penuel (Gn 32,23-33) corresponde ahora el sol del día de la resurrección.

Entre los descendientes de Jacob, sus doce hijos, destaca José, el primer hijo de su amada esposa Raquel. José goza de las preferencias de su padre (Gn 37). Esto suscita la envidia de sus hermanos, quienes, para librarse de él y de sus sueños, le venden a unos comerciantes madianitas, que lo llevan a Egipto. Dios está con él y lo colma de bendiciones. José es el portador de la bendición de los padres, Abraham, Isaac y Jacob. Dios, por él, bendice a su señor egipcio, Putifar, que lo pone al frente de toda su casa, confiándole cuanto posee. Pero, acusado por la mujer de Putifar, José va a parar a la cárcel (Gn 39). El Señor, que está con él, le protege y hace que caiga en gracia al jefe de la prisión. Este encomienda a José todos los presos de la cárcel, de modo que todo se hace en ella según su deseo. El Señor le hace prosperar también en la prisión (Gn 40). Y, al interpretar el sueño del Faraón, se gana la confianza del Faraón, que le pone al frente de todo Egipto. Dios está guiando los pasos de José para llevar a cabo su plan de salvación (Gn 41).

La carestía cubrió todo el país, según había anunciado José. Todo el mundo iba a Egipto a comprar grano a José, pues el hambre arreciaba por todas partes. Entre los que van a Egipto, bajan también los hermanos de José. Sin saberlo, para conservar la vida, se encaminan hacia su hermano (Gn 42-44). El salvó la vida para poder salvar la vida de otros. Tal era el designio de Dios. En el segundo viaje, José se da a conocer: “Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios”. José no elude el recuerdo de la culpa, lo hace aflorar en la conciencia de los hermanos, que se turban y no saben qué decir. Pero José no les condena. Sabe que Dios está detrás de toda su historia y saca el bien hasta del pecado: “Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. Pero ahora no os aflijáis ni os pese haberme vendido; porque para salvar vidas me envió Dios por delante. Llevamos dos años de hambre en el país y nos quedan cinco más sin siembra ni siega. Dios me envió por delante para que podáis sobrevivir en este país. No fuisteis vosotros quienes me enviasteis acá, sino Dios, que me ha hecho ministro del Faraón, señor de toda su corte y gobernador de Egipto. Ahora, daos prisa, subid a casa de nuestro padre y traedle acá sin tardar” (Gn 45).

Jacob con todo lo suyo se pone en camino hacia Egipto. En Berseba, de noche, en una visión Dios le dice: “Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas bajar a Egipto porque allí te convertiré en un pueblo numeroso. Yo bajaré contigo a Egipto y yo te haré subir de allí” (Gn 46,3). Todas las personas, que emigran con Jacob a Egipto, nacidos de él, y añadiendo los dos hijos nacidos a José en Egipto, hacen un total de setenta. José instala a su padre y hermanos en lo mejor de Egipto, en el territorio de Gosén. Allí Israel crece y se multiplica en gran manera.

Al morir el padre, los hermanos de José, que no han superado del todo su sentido de culpabilidad, temen que José les guarde rencor y les haga pagar el mal que le hicieron. Le dicen a José: “Antes de morir, tu padre nos dijo que te dijéramos: Perdona a tus hermanos su crimen y su pecado y el mal que te hicieron. Por tanto, perdona el crimen de los siervos del Dios de tu padre”. Al oírlo, José se echó a llorar y les dijo, recogiendo el sentido de toda su historia: “No temáis. ¿Ocupo yo el lugar de Dios? Vosotros intentasteis hacerme mal, Dios lo dispuso para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso. Así que no temáis” (Gn 50,15-20). Dios juega con los proyectos de los hombres y sabe mudar en bien sus designios torcidos. No sólo se salva José, sino que el crimen de los hermanos se convierte en instrumento del plan de Dios: la llegada de los hijos de Jacob a Egipto prepara el nacimiento del pueblo elegido.

José es figura de Cristo. Cristo es el verdadero José, el único capaz de interpretar plenamente el designio del Padre, escondido bajo el velo de la Escritura. Cristo se hace hermano nuestro para hacernos hermanos suyos, hijos del mismo Padre. “El no se avergüenza de llamarnos hermanos” (Hb 2,11). El, el Unigénito, ha querido ser el Primogénito de muchos hermanos (Rm 8,29). Vendido y traicionado por los hombres, Cristo desciende al abismo de la muerte, pero con su muerte destruye nuestra muerte. Cristo victorioso de la muerte nos reconcilia con el Padre y nos hace hermanos suyos y entre nosotros. Su muerte es nuestra vida. Su resurrección es nuestra salvación. Del pecado Dios saca la vida. “Vence el mal con el bien” (Rm 12,21). San Pablo, en sintonía con José, nos dice: “Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que han sido llamados según su designio” (Rm 8,28). El Catecismo de la Iglesia Católica comenta la historia de José diciendo que “Dios en su providencia puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas... Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia, sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra redención” (CEC 312).

b) Moisés salvado de las aguas

“Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo, salvándolo de la esclavitud de Egipto” (CEC 62). La “descendencia” de Abraham llegó a alcanzar en Egipto la categoría de pueblo (Ex 1,17); pero pueblo reducido a esclavitud (Ex 1,8ss), a la misma impotencia de su padre Abraham: “Se alzó en Egipto un nuevo rey, que nada sabía de José; y que dijo a su pueblo: Mirad, los israelitas son un pueblo más numeroso y fuerte que nosotros. Tomemos precauciones contra él para que no siga multiplicándose, no sea que en caso de guerra se una también él a nuestros enemigos para luchar contra nosotros y salir del país. Les impusieron, pues, capataces para aplastarlos bajo el peso de duros trabajos; y así edificaron para Faraón las ciudades de depósito: Pitom y Ramsés. Y redujeron a cruel servidumbre a los

israelitas, les amargaron la vida con rudos trabajos de arcilla y ladrillos, con toda suerte de labores del campo y toda clase de servidumbre que les imponían por crueldad” (Ex 1,8-14).

En ese momento interviene “el Dios de Abraham, Isaac y Jacob” (Ex 3,6): “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor, conozco sus sufrimientos. Voy a liberarlo de manos de Egipto” (Ex 3,7-8). En esta liberación de Israel de manos de Egipto se manifiesta la fidelidad de Dios a sus promesas y la voluntad firme que tiene de establecer su alianza con Israel, como expresa el mismo nombre de Yahveh: “Dios salva” es el Dios que conduce al pueblo al Sinaí para establecer con él la alianza de salvación (Ex 24,7).

Israel descubre a Dios en su actuar en la historia a través de su liberación y del cumplimiento de las promesas. En este sentido es fundamental el libro del Exodo. La liberación de la esclavitud de Egipto es el centro de los “credos” o profesiones de fe (Ex 20,2; Dt 26,5-9; Jos 24,16-18; 1S 12,6). Desde este acontecimiento medular, Israel va recorriendo su historia hacia adelante y hacia atrás. La historia de la salvación de Dios y también de las infidelidades humanas, de la elección gratuita y de las alianzas que han sellado la amistad y relación particular de Dios con Israel, son los artículos del credo de Israel.

Moisés, el elegido de Dios para liberar a su pueblo, nace en medio de la dura esclavitud de Egipto. Los israelitas se han multiplicado y el Faraón teme por su seguridad e intenta aplastar a los descendientes de Abraham, no sólo sometiénolos bajo el peso de duros trabajos, sino que decreta la muerte de todos los niños varones: “Todo niño que nazca lo echaréis al Nilo” (Ex 1,22). En este momento nace Moisés y es arrojado al río, pero es “salvado de las aguas” por la hija del Faraón (Ex 2,1-10). El elegido por Dios para salvar a su pueblo es él mismo el primer salvado de la muerte.

Moisés crece en la corte del Faraón hasta que, ya mayor, fue a visitar a sus hermanos y comprobó su penosa situación. Herido en su corazón, Moisés comienza a actuar por su cuenta, intentando defender a sus hermanos, que no le comprenden ni aceptan. Moisés tiene que huir al desierto (Ex 2,11-22). Allí apacienta el rebaño de Jetró durante cuarenta años sin que ninguna fiera salvaje devorara las crías; antes bien, el rebaño crecía y se multiplicaba extraordinariamente. En una ocasión “condujo el rebaño al fondo del desierto” (Ex 3,1), hasta el Horeb y allí se le reveló el Santo, bendito sea, desde en medio de la zarza, como está escrito: “Se le apareció el ángel de Yahveh a manera de llama de fuego en medio de una zarza” (Ex 3,2).

Moisés ve el fuego arder en medio de la zarza, sin que el fuego consuma la zarza ni la zarza apague las llamas del fuego. Moisés mira y, con el corazón lleno de admiración, se dice: “Voy a acercarme a contemplar este espectáculo tan admirable: cómo es que no se quema la zarza” (Ex 3,3). ¿De quién es la gloria que hay en el interior de la zarza? El Señor le dice: Moisés, “no te

acerques. Quítate las sandalias de los pies” (Ex 3,5). Y añade: “Anda, que te envío al Faraón” (Ex 3,10). Le responde Moisés: Señor de todos los mundos, ¿no te he dicho que yo no tengo fuerza pues tengo un defecto en la lengua? (Ex 4,10). Señor de todos los mundos, “envía al que tengas que enviar” (Ex 4,13), a ese que en el futuro has de enviar. Le dice el Señor: Yo no te he dicho: “anda, que te envío a Israel”, sino “anda, que te envío al Faraón”. Ese hombre que tú dices es el que yo enviaré a Israel en el futuro que ha de venir, como está escrito: “Yo os enviaré al profeta Elías antes que venga el día de Yahveh” (Ml 3,23). Moisés le suplica: Señor de todos los mundos, dame a conocer tu Nombre grande y santo, para que pueda invocarte por tu Nombre y Tú me respondas. Y Dios se lo da a conocer, según está escrito: “Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy y será” (Ex 3,14-15).

Allí Dios se le aparece, le revela su nombre y su designio de salvación. Le envía a liberar a su pueblo de manos del Faraón. En vano se excusa el elegido: “¿Quién soy yo para presentarme al Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”. Dios, al revelarle su nombre, le da la fuerza para desempeñar su misión: “Yo estaré contigo”. “Cuando comienza a realizarse la oración de Moisés es la figura cautivadora de la oración de intercesión que tiene su cumplimiento en el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo-Jesús (1 Tm 2,5). También aquí Dios es el primero en intervenir. Llama a Moisés desde la zarza ardiente. Este acontecimiento quedará como una de las figuras principales de la oración en la tradición espiritual judía y cristiana. En efecto, si el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob llama a su servidor Moisés es que él es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres. El se revela para salvarlos, pero no lo hace solo ni contra la voluntad de los hombres: llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión, y Moisés, después de debatirse, acomodará su voluntad a la de Dios salvador. Pero en este diálogo en el que Dios se confía, Moisés aprende también a orar: rehuye, objeta y sobre todo interroga; en respuesta a su petición, el Señor le confía su Nombre inefable que se revelará en sus grandes gestas” (CEC 2574-2575).

“Dios se reveló a su pueblo Israel dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. No es una fuerza anónima. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente. Dios se reveló progresivamente y bajo diversos nombres a su pueblo, pero la revelación del Nombre Divino, hecha a Moisés en la teofanía de la zarza ardiente, en el umbral del Exodo y de la Alianza del Sinaí, demostró ser la revelación fundamental tanto para la Antigua como para la Nueva Alianza” (CEC 203-204; 205-213).

El punto culminante de la teofanía es la revelación del nombre de Dios: “Yo soy el que soy” (Ex 3,14). La revelación de este nombre significa que ningún

lugar sagrado, ninguna montaña, ningún templo, es el lugar de residencia del Dios que envía a Moisés. No tiene morada; está en el *aquí y ahora* de la historia de Israel. No habla tampoco de su esencia o de su existencia; habla de su *asistencia*. El faraón ha de ver, aunque se niegue a admitirlo, que en su tierra domina uno más potente que él. Israel, esclavizado, condenado a morir, lo experimentará, verá en acción a su libertador y salvador. El invisible se hará visible en hechos históricos, se revelará en su actuación en la historia.

c) Dios hace pascua con su pueblo

Con la revelación del nombre de Dios, Moisés es enviado a sacar a Israel de la esclavitud de Egipto para que pueda “dar culto” al Dios que el Faraón se niega a reconocer. Para ello, Dios le promete estar con él y “actuar con mano fuerte”, hiriendo a los egipcios hasta que el Faraón les deje salir. A Moisés le acompaña su hermano Aarón (Si 45,1-22). El faraón se endurece (Ex 8,10.15.28), recrudece la opresión (Ex 5,6-14), con lo que la liberación de Dios se hace más gloriosa. Con las plagas Dios lleva al faraón a la confesión de fe: “El dedo de Dios está aquí” (Ex 8,15) y al reconocimiento de su pecado: “He pecado contra Yahveh, vuestro Dios y contra vosotros” (Ex 10,16). En las plagas brilla el poder de Dios, la fidelidad de su palabra, el amor de su corazón hacia su pueblo.

La liberación comienza con la celebración de la *pascua*. El paso de Dios, matando a los primogénitos egipcios y pasando de largo ante las casas marcadas con la sangre del cordero pascual (Ex 11,4-5; 12, 12-13), marca el momento de la salida de Egipto. El exterminio del pecado es gracia de salvación para Israel. La promesa hecha a Moisés, en la revelación del nombre de Yahveh, se cumple en la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto y en la cadena de acontecimientos portentosos relacionados con ella: plagas de Egipto, paso del mar Rojo, travesía del desierto, encuentro con Dios en el Sinaí, conclusión de la alianza y conquista de la tierra prometida. Estos acontecimientos de la historia de Israel son hechos de Dios, *mirabilia Dei*: portentos de Dios. Por ello, desde entonces y por siempre, fueron *recordados* y celebrados en el culto. El credo de Israel mantiene en vigencia actual el hecho y lo celebra: Yahveh ha salvado portentosamente a su pueblo. Lo que ha pasado una vez es promesa y garantía del presente y del futuro, fundamento de la fe y de la esperanza. Esto se formula de una manera particularmente expresiva en el *proverbio* del águila: “Vosotros habéis visto lo que he hecho con Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído hacia mí; ahora, si escucháis mi voz y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad entre todos los pueblos. Ciertamente, toda la tierra es mía, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y un pueblo consagrado” (Ex 19,4-6).

Este acontecimiento portentoso de liberación, al ser celebrado, al hacer memoria de él, rebasándose a sí mismo, se abre a otro acontecimiento salvador

mayor. Es el acontecimiento pasado, hecho actual en la celebración fruto de él, que se hace promesa de algo futuro y por venir: la liberación mesiánica, el día de Yahveh, el reino del Ungido. La palabra y el acontecimiento histórico tienden a la plenitud de los tiempos. “La Escritura ve en el día del Señor un memorial de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto: Acuérdate de que fuiste esclavo en el país de Egipto y de que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo; por eso el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado" (Dt 5,15)” (CEC 2170).

El Exodo es un *memorial* de la intervención salvadora de Dios (CEC 1362-1366). Cada vez que se proclama se hace presente esa fuerza salvadora de Dios. “Cada generación debe considerarse como si ella misma hubiera salido de Egipto”, dice el tratado del Talmud sobre la Pascua. Por eso el Exodo es una revelación de Dios que actúa dentro de la historia. La confesión de fe de Israel proclama constantemente: “Yahveh que nos ha hecho salir de Egipto”.

Con la victoria sobre el faraón, el pueblo emprende gozoso el camino del desierto, pero el faraón, al verse privado de sus esclavos, sale en su persecución. Ante el mar Rojo Israel vive la primera prueba de la libertad: “¿Es que no había sepulcros en Egipto que nos has traído al desierto a morir? ¿Qué es lo que nos has hecho con sacarnos de Egipto?” (Ex 14,11). El mar les cierra el paso por delante y el ejército del faraón está a sus espaldas: el pueblo sólo ve muerte por delante y por detrás. Pero cuando no hay salida posible, Dios abre un camino en la muerte, abriendo el mar para que pase su pueblo, cerrando sus aguas para ahogar en ellas a sus enemigos: “Aquel día libró Yahveh a Israel de los egipcios. Israel vio la mano potente que mostró Yahveh con Egipto, y el pueblo temió y creyó en Yahveh y en Moisés, su siervo” (Ex 14,30-31). Entonces Moisés y los israelitas entonaron el canto triunfal en honor de Yahveh (Ex 15).

La Iglesia ve en el paso del mar Rojo un símbolo del bautismo: “Si el agua de manantial simboliza la vida, el agua del mar es un símbolo de la muerte. Por lo cual, pudo ser símbolo del misterio de la Cruz. Por este simbolismo el bautismo significa la comunión con la muerte de Cristo. Sobre todo el paso del mar Rojo, verdadera liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, es el que anuncia la liberación obrada por el bautismo: ¡Oh Dios!, que hiciste pasar a pie enjuto por el mar Rojo a los hijos de Abraham, para que el pueblo liberado de la esclavitud del faraón fuera imagen de la familia de los bautizados [Misal Romano]” (CEC 1220-1221).

Los profetas mantendrán vivo el recuerdo de los acontecimientos del primer éxodo, para que a la luz de este memorial se haga eficaz en el presente de la historia la fuerza salvadora de Dios (Is 43,14-21; Jr 23,7-8). Esta es la fuerza del *memorial* señalada ya en la Torá (Ex 13,3-10; Dt 26,1-10; Sal 95): “Recordando su palabra fiel para con Abraham, su siervo, Dios hizo salir a su pueblo en medio de la alegría” (Sal 105,42s), canta el pueblo con el salmista. El culto es el momento privilegiado para recordar y actualizar las actuaciones de

Dios. Moisés debe poner fin a la opresión que impide a Israel celebrar el culto al Dios que el Faraón se niega a reconocer (Ex 4,22s; 5,1-18). Sin la fiesta, que celebra la actuación de Dios, no hay futuro ni esperanza, pues el presente se queda sin el apoyo del pasado.

d) El canto de Moisés y del Cordero

Para el creyente la historia está marcada por las visitas del Señor, en tiempos, días, horas, momentos privilegiados. El Señor vino, viene sin cesar, vendrá con gloria y majestad. Estos encuentros con el Señor en el devenir de la historia señalan el “día del Señor” como *kairós* de salvación. La celebración conmemora y anuncia el día del Señor, la intervención de Dios en la historia. Todas las intervenciones de Dios, unidas a la celebración de la liberación de Egipto, hacen esperar su intervención definitiva en el futuro con la llegada del Mesías, que nos libera de la muerte para dar a Dios el verdadero culto en espíritu y verdad (Jn 4,23s). Esta salvación definitiva (escatológica) aparece como una nueva creación (Is 65,17), un éxodo irreversible (Is 65,22), una victoria total sobre el mal recobrando de nuevo el paraíso (Is 65,25).

Dios y la libertad del hombre están íntimamente unidos. La historia del Exodo es el relato de las actuaciones liberadoras de Dios. Y la culminación del Exodo en la Pascua de Jesucristo es la culminación de la actuación liberadora de Dios, salvando al hombre de la esclavitud del pecado y de la muerte. “Para ser libres nos liberó Cristo” (Ga 5,1). La fe en Dios Creador y Salvador libera al hombre en tres campos: en su relación con la naturaleza, en su relación con la historia y en su relación con la muerte.

Confesar que Dios es el Creador del hombre es afirmar que el hombre no es un producto del cosmos, sometido a sus leyes mecánicas, a los procesos naturales biológicos, fisiológicos y cosmológicos. El hombre, creado por Dios, está en el mundo, pero no sometido a la naturaleza. Es siempre un ser singular, irrepetible, que “domina el mundo” (Gn 1,28). La fe en Dios Creador coloca al mundo en su sitio: el mundo es mundo y no dios; es creación, criatura y no creador. Esto significa que Dios, al crear al hombre, le da la libertad sobre el mundo.

Y la fe ve a Dios como Salvador en su actuación en la historia. Esto significa que Dios libera al hombre de los condicionamientos que encuentra al nacer en una determinada situación familiar, social, económica o política. El hombre, gracias a la acción salvadora de Dios, vive abierto al futuro con esperanza. El Dios Creador crea situaciones nuevas, liberando al hombre del “poder del destino”, del “capricho del hado”, que hace del mundo “una galera de esclavos”. Un pueblo de esclavos, por el poder de Dios, vence el “destino” y experimenta la libertad “imposible”.

Y la fe en Dios, “que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean” (Rm 4,17), libera al hombre de la esclavitud de la muerte, que aniquila toda libertad y esperanza. Ante la muerte, todo hombre experimenta la impotencia que hace gritar a San Pablo: “¡Pobre de mí! ¿Quién me librá de este

cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm 7,24). Sólo Dios, creador de la vida, puede liberar al hombre de la amenaza permanente de la muerte. Y su fidelidad salvadora, manifestada en la historia, es la garantía de que su amor no se dejará vencer por la muerte. Por ello, Pablo grita: “¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!” (Rm 7,25). Ni las fuerzas de la naturaleza, ni el progreso humano de la historia pueden liberar al hombre del miedo a la muerte, “con el que el señor de la muerte, es decir, el diablo, le somete a esclavitud de por vida” (Hb 2,14-15).

La libertad, que Dios otorga, es liberación del egocentrismo, del individualismo, es libertad para el amor. Sólo en la comunión es posible la libertad personal. El otro, pues, no es el límite de mi libertad, sino la condición de mi libertad. El hombre solitario ni es hombre ni libre. No es verdadera libertad la que lleva al hombre a actuar contra lo que él es o en contra de su relación con los otros hombres o contra Dios: “Actuar como hombres libres, y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios. Honrad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios” (1P 2,16-17). Sólo el don que Dios hace de sí mismo en Jesucristo, puede salvar al hombre, liberándolo de sí mismo y recreándolo, para que pueda vivir en la libertad, en la comunión con Dios, con los hombres y con la creación. Por ello, San Pablo exclama: “¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor... Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu” (Rm 7,25-8,4).

Sólo Cristo es realmente capaz de librar al hombre de la esclavitud del pecado. A diferencia de la ley que no salva, la fe en Cristo sí salva: “Y así, antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la ley, en espera de la fe que debía manifestarse. De manera que la ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo, para ser justificados por la fe” (Ga 3, 23-24). La fe en Cristo nos sitúa en la libertad filial. El Espíritu de Cristo, infundiendo el amor de Dios en nuestro interior, cambia nuestro corazón y nos conduce a vivir plena y amorosamente la voluntad de Dios. Esta es la “ley nueva”, “ley espiritual”, pues es el mismo Espíritu que actúa en nosotros.

La celebración de la pascua será el memorial de la liberación de la esclavitud. El pan sin fermentar será por siempre un memorial del éxodo apresurado y liberador (Ex 13; CEC 1334). “Cristo, cordero de Dios que quita el pecado del mundo es el cordero pascual, simbolizado en el cordero de la redención de Israel cuando celebró la primera pascua” (CEC 608; 1169). Cristo es el cordero inmolado, cuya sangre salva a los hombres (Jn 1,19.29: 19,36; 1Co 5,7). Su pascua es nuestra pascua, nuestro éxodo de la muerte a la vida, del pecado a la gracia. Dios nos hace pasar, por el bautismo, como a través de las aguas del mar Rojo, de la muerte a la vida. Las aguas bautismales anegan a nuestro hombre viejo, y nos hacen surgir renovados, como hombres nuevos. Sin embargo esta salvación no es plena. Estamos salvados en esperanza y esperamos a que el Señor vuelva para pasar con él a la pascua eterna. Sólo entonces cantaremos “con las cítaras de Dios el canto de Moisés, siervo de Dios, y el canto del Cordero” (Ap 15,2-3).



Las tres tentaciones de Jesús en el desierto (Mosaico Bizantino)

5. DESIERTO

a) Desierto, lugar de paso

Moisés es el hombre “más humilde” de la tierra (Nm 12,3; CEC 2576). Esa humildad que, en un principio, le hace temblar ante la misión que Dios le encomienda, le ayuda a realizarla, guiando al pueblo con una suavidad sin igual a través de las oposiciones y rebeliones continuas del mismo pueblo. Dios mismo le declara su “más fiel servidor” (Ex 12,7s), lo trata como amigo y le habla cara a cara desde la nube (Ex 33,11). Sostenido por Dios, verdadero guía del pueblo, Moisés conduce al pueblo hacia la libertad, hacia el Sinaí. Sólo un pueblo libre puede aceptar la alianza que Dios le ofrece.

El desierto es el camino escogido por Dios para llevar al pueblo a la tierra prometida, aunque no era el más corto entre Egipto y Canaan (Ex 13,17s). Dios, como guía del pueblo (Ex 13, 21), le conduce por el desierto al Sinaí, donde “los hebreos deben adorar a Dios” (Ex 3,17; 5,1s), recibir la Torá, concluyendo la alianza con ellos. Dios quiso que su pueblo naciera como tal en el desierto. Yahveh “les subió de la tierra de Egipto, les llevó por el desierto, por la estepa y el páramo, por tierra seca y sombría, tierra por donde nadie pasa y en donde nadie se asienta” (Jr 2,5). “Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche” (Ex 13,21; 40,36-38; Dt 1,33; Sal 78,14; 105,39; Sb 10,17; 18,3). De este modo, el camino del desierto, con Dios al frente, es un continuo manifestarse de la gloria del Señor en los “prodigios” (Mi 7,15) que realiza ante el pueblo. En el desierto, cuando Israel era un niño, Yahveh lo amó: “con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como un padre que alza a un niño contra su mejilla; me inclinaba hacia él y le daba de comer” (Os 15,1-4). “Tú, en tu inmensa ternura, no los abandonaste en el desierto”, dice Nehemías (Ne 9,19). Y Dios mismo puede decir antes de sellar la alianza con el pueblo: “Ya habéis visto cómo os he llevado sobre alas de águila y os he atraído a mí” (Ex 19,4).

La vida del hombre es un éxodo, un atravesar el desierto de la existencia bajo la gloria de Dios hasta entrar en el Reino. El itinerario del desierto en precariedad lleva al hombre a seguir al Señor en la fe hasta la alianza con El. El desierto es un lugar de paso, no un lugar permanente; es el paso de la esclavitud a la libertad, de Egipto a la tierra prometida: “Halló gracia en el desierto el pueblo que se libró de la espada: va a su descanso (tierra) Israel” (Jr 31,2). El esquema tipo éxodo-desierto-tierra, salir-caminar-entrar sintetizan la experiencia de la vida humana.

Salir es una experiencia fundamental; en primer lugar está el salir de un lugar espacial: de un lugar a otro; y, luego, por derivación, de una situación a otra. Al comienzo de la vida de todo hombre encontramos el salir del seno materno como experiencia primordial, como salida del lugar cerrado, que supone, al mismo tiempo, pérdida de la seguridad, para poder comenzar la vida. Esta situación la encuentra frecuentemente el hombre, tentado, por ello, de renunciar al riesgo de la libertad por temor a la inseguridad. La experiencia del salir, al nacer, se repite en las fases sucesivas del crecimiento humano: salir de la propia familia para formar una nueva, salir de un ambiente conocido, de una situación dada.

El salir está orientado al *entrar*. Si al salir no correspondiese un entrar, se trataría de un vagar sin meta y sin sentido. En el plan de Dios (Dt 6,27-28), el salir de Egipto es para entrar en la tierra prometida (Ex 3,8;6,3-8), entrar en alianza con Dios, verdadero término de la liberación. El hecho de entrar en el lugar del culto, con las primicias de la tierra, es el cumplimiento del Exodo (Dt 26,3). Pero entre el salir y el entrar está el desierto, el camino, el tiempo intermedio. La vida humana está llena de tiempos intermedios, que crean una tensión dinámica entre el pasado y el futuro, como por ejemplo el noviazgo, el noviciado. Características del tiempo intermedio son la provisoriedad y la tensión al término final, sin que esto signifique que el tiempo intermedio no tenga su valor. Dios ha querido asumir esta realidad humana fundamental y ha hecho del desierto una etapa privilegiada de la salvación. Así el camino se convierte en experiencia humana cargada de simbolismo: ir por el camino recto o extraviarse, seguir a Cristo, cambiar de dirección o convertirse, seguir los caminos del Señor o caminar según sus designios.

El desierto, camino del pueblo de Dios, es una prueba para saber si Israel cree en Dios, única meta auténtica de la vida: “Yahveh vuestro Dios os pone a prueba para saber si verdaderamente amáis a Yahveh vuestro Dios con todo el corazón y con toda vuestra alma” (Dt 10,16). El desierto es la prueba de la fe; como lugar árido y estéril, “lugar donde no se puede sembrar, donde no hay higueras ni viñas ni granados y donde no hay ni agua para beber” (Nm 20,5). Es inútil la actividad humana; el desierto no produce nada, símbolo de la impotencia humana y, por ello, de la dependencia de Dios, que manifiesta su potencia vivificante dando el agua y el maná, juntamente con su palabra de vida.

En el desierto Dios se revela como salvador de las aguas de muerte de Egipto y conduce al pueblo a las aguas de una vida nueva en la tierra de la libertad. El camino por el desierto es el itinerario de la fe con sus pruebas, tentaciones, rebeliones y murmuraciones. En él se muestra la pedagogía divina para llevar al pueblo a ser “pueblo de Dios”, elegido, consagrado, con una misión sacerdotal en medio de las naciones. El Deuteronomio nos da una visión global del tiempo del desierto: “Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte,

probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios. No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a lo largo de esos cuarenta años. Reconoce, pues, en tu corazón que, como un padre corrige a su hijo, así el Señor tu Dios te corregía a ti. Guarda, por tanto, los mandamientos del Señor tu Dios siguiendo sus caminos y temiéndolo” (Ex 8,2-6).

Este caminar por el desierto queda como memorial para Israel en la fiesta de *Sukkot*: fiesta de las tiendas: “El día quince del séptimo mes, después de haber cosechado el producto de la tierra, celebraréis la fiesta en honor de Yahveh durante siete días. El primer día tomaréis frutos de los mejores árboles, ramos de palmeras, ramas de árboles frondosos y sauces de río; y os alegraréis en la presencia de Yahveh, vuestro Dios. Celebraréis fiesta en honor de Yahveh durante siete días cada año. Durante siete días habitaréis en tiendas, para que sepan vuestros descendientes que yo hice habitar en tiendas a los israelitas cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo, Yahveh, vuestro Dios” (Lv 23,39-43).

La fiesta de las Tiendas era una fiesta agrícola, a la que se superpuso el sentido histórico, vinculándola a la memoria del desierto. *Sukkot*, fiesta de la vendimia, marcaba el final de la recolección de la fruta, cuando se vivía en el campo, en chozas, uniendo trabajo y cantos de fiesta; se celebraban banquetes, se agitaban ramas y las jóvenes danzaban (Jc 9,25- 49; 21,19-23). Terminada la recolección, iban en peregrinación a Jerusalén. Cada peregrino aparecía con un ramillete de palmera, limón, mirto y sauce y, agitando estas ramas, desfilaban ante el templo cantando el *Hallel*, los salmos de júbilo y acción de gracias a Dios por el don de la cosecha. Pero la fiesta de *Sukkot*, enraizada en el suelo de la humanidad, en la Escritura se caracteriza, como toda fiesta, por su conexión con la historia de la salvación, poniendo al pueblo en contacto con Dios que actúa sin cesar en favor de sus elegidos.

Esta fiesta celebra la alegría de la cosecha (Ex 23,14-16; 34,22). Pero en el Deuteronomio ya cambió su nombre por el de fiesta de las Tiendas (Dt 16,13-14). Y el Levítico le dio el nuevo contenido histórico, asociándola al desierto, donde los israelitas moraron en tiendas en su marcha itinerante. A los hombres satisfechos, instalados, Dios prefiere los peregrinos, que caminan hacia el futuro, sin raíces permanentes, bajo la guía de la nube de su gloria. La tienda rudimentaria levantada en el patio o azotea, donde el israelita vive durante los siete días de la fiesta, le arrancan de su mundo de instalación, que siempre corrompe la vida. El frágil edificio, expuesto a todos los embates de la intemperie, con un techo de ramas, por el cual se cuelan la lluvia y el viento, pero por el que asoma también la luz del cielo, abre al creyente a lo imprevisible y gratuito del amor de Dios. Así el recuerdo de los amores de Dios se actualizan en la fiesta como garantía de esperanza para el presente y el futuro. El reinado

de Yahveh, Señor de la creación y de la historia, se extenderá a todas las naciones, que subirán a Jerusalén para la fiesta de las Tiendas (Za 14,16-19). Esta esperanza hace que el pueblo, en el desierto presente de su vida, se “llene de gozo” (Sal 118; 122;126), pues está en presencia de Dios (Dt 16,11-15; Lv 23,40). Cada año se cumple la profecía de Oseas: “Te haré habitar en tiendas como en los días de tu juventud” (12,10).

b) El desierto, tiempo de los esponsales de Dios con su pueblo

El simbolismo del desierto es doble. Como lugar geográfico, el desierto es una tierra que Dios no ha bendecido. Es rara el agua, como en el jardín del paraíso antes de la lluvia (Gn 2,5), la vegetación nula o raquítica, la vida imposible (Is 6,11); hacer de un país un desierto es devolverle al caos de los orígenes (Jr 2,6; 4,20-26), lo que merecen los pecados de Israel (Ez 6,14; Lm 5,18; Mt 23,38). En esta tierra infértil habitan los demonios (Lv 16,10; Lc 8,29; 11,24) y otras bestias maléficas (Is 13,21; 14,23; 34,11-16; So 2,13s). En esta perspectiva, el desierto se opone a la tierra habitada como la maldición a la bendición (Gn 27,27-29.39-40). Ahora bien, Dios quiso hacer pasar a su pueblo por esta “tierra espantosa” (Dt 1,19) antes de hacerle entrar en la tierra en la que fluyen leche y miel. Este acontecimiento transforma su simbolismo. El desierto evoca una época privilegiada de la historia de salvación: el tiempo de los esponsales de Yahveh con su pueblo. En el desierto Dios se manifiesta a su pueblo, le habla al corazón (Os 2,16), le da su palabra sin interferencias, para enamorarlos y ser para ellos “su primer amor”. Por eso el pueblo que nace en el desierto, donde está a solas con Dios, -“amado mío, ven, vamos al campo” (Ct 7,12)-, Israel despierta al amor, que se expresa en cantos de fiesta: “Allí cantará como cantaba los días de su juventud, como en los días en que salió de la tierra de Egipto” (Os 2,17). Así ve el tiempo del desierto Jeremías, como noviazgo lleno de ilusión y entrega: “Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma” (Jr 2,2). Israel arrostraba las fatigas del desierto por seguir a su amado (Ct 2,7;3,2;5,6).

El desierto es el lugar del encuentro con Dios. Es el camino de la fe en Dios como guía único de Israel. En el desierto, donde no hay vida, Dios interviene con amor en favor de su pueblo (Dt 32,10; Jr 31,12; Os 9,10) para unirlos a El; le guía para que pase la prueba (Dt 8,15; 29,4; Am 2,10; Sal 136,16); le lleva sobre sus hombros como un padre lleva a su hijo. Es El quien le da un alimento y un agua maravillosos. Constantemente Dios hace resplandecer su santidad y su gloria (Nm 20,13). El desierto es el tiempo de la solicitud paternal de Dios (Dt 8,2-18); el pueblo no pereció, aunque fue puesto a prueba para conocer lo que había en su corazón. La sobriedad del culto en el desierto era una realidad auténtica, perennemente evocada frente a una piedad formalista (Am 5,25; Hch 7,42). Los cuarenta años de lento caminar en la fe fue una sublime pedagogía divina para que el pueblo se adaptara al ritmo de Dios (Sal 106,13s) y contemplara el

triunfo de la misericordia sobre la infidelidad (Ne 9; Sal 78). Recordar el tiempo del desierto fue siempre para Israel actualizar las maravillas que marcaron el tiempo de sus desposorios con Dios: el maná era un alimento celeste (Sal 78,24), un pan de sabores variados (Sb 16,21); celebrar la memoria del desierto será por siempre prenda de una presencia actual, pues Dios es fiel, es un padre amoroso (Os 11), un pastor (Is 40,11; 63,11-14; Sal 78,52).

c) Las tentaciones del desierto

El camino del desierto es el itinerario de la fe. Este camino de vida en la libertad, Dios se lo revela al pueblo en la Torá, que se resume en el Shemá: “Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Dios. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Dt 6,4). Esto “te hará feliz en la tierra que mana leche y miel” (Dt 6,3). Pero frente a este camino de vida se alzan tres tentaciones, que arrastran al hombre a la muerte: el hedonismo, el deseo de autonomía y el afán de dinero, fuente de gloria.

El hambre y la sed, por expresar una necesidad vital, muestran el sentido de la existencia humana delante de Dios. En el desierto Dios hace experimentar a su pueblo el hambre y la sed para probarlo y para conocer el fondo de su corazón (Dt 8,1ss). Israel debía aprender que su existencia dependía totalmente de Yahveh, único que le da el pan y la bebida; pero, más allá de estas necesidades físicas, Israel debe descubrir su necesidad más vital de Dios, dador de vida. Pero el pueblo no comprende y sucumbe a la tentación frente al hambre y la sed: “En el desierto Dios hendió las rocas, los abrevó a raudales sin medida; hizo brotar arroyos de la peña y descender las aguas como ríos. Pero ellos volvían a pecar contra El, a rebelarse contra el Altísimo en la estepa; a Dios tentaron en su corazón reclamando pan para su hambre. Hablaron contra Dios, diciendo: ¿Será Dios capaz de aderezar una mesa en el desierto?” (Sal 78,13-20).

La prueba se convierte en tentación y en ella interviene un tercer personaje, junto a Dios y el hombre: el tentador (CEC 394). La prueba es un don de gracia, ordenada a la vida (Gn 2,17; St 1,1-12), la tentación es una invitación al pecado, que “engendra la muerte” (Gn 3; St 1,13-15). Se trata de la prueba de la fe, que pone en juego la libertad del hombre frente a Dios. El hambre, la sed, el sufrimiento ponen al hombre en la situación de decidirse por la promesa, por la alianza, por el futuro, por Dios o por el presente, por el placer inmediato, por el plato de lentejas de Esaú, las carnes de Egipto, aunque sea en esclavitud. Es la prueba de la fe, que pasan Abraham, José, Moisés, Josué (Hb 11,1-40; Si 44,20; 1M 2,52). Frente a esta prueba, el pueblo sucumbe a la tentación: “Toda la comunidad de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto. Los israelitas les decían: ¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta

hartarnos. Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea” (Ex 16,2-3).

Esta es una tentación típica de la era tecnológica y de la sociedad de consumo, que multiplica sus productos y con ellos las necesidades artificiales y el deseo de posesión. Esta tentación lleva al hombre actual a perderse en la superficialidad, absorto en los mil espejismos de felicidad, que la publicidad le ofrece para asegurar su vida o darle felicidad, sin dejarle tiempo ni espacio para interrogarse sobre el sentido de su vida. Con las cosas intenta cubrir el vacío interior, que crece en él cada día. El entretenimiento o diversión aliena al hombre de sí mismo. El ser se pierde en el tener. Al final, la depresión es el fruto de la instalación.

La tentación del hedonismo es consecuencia de la tentación de autonomía. El hombre rompe con la creación cuando rompe con el Dios creador. Es otra tentación del desierto y de todo hombre. Es la tentación de Adán y Eva: “ser como Dios, conoedor del bien y del mal” (Gn 3). Es la tentación de Massá y Meribá, “donde los israelitas tentaron a Yahveh diciendo: ¿Está Yahveh entre nosotros o no?” (Ex 17,7). El hombre es hombre por su posibilidad de elegir libremente a Dios. Ahora bien, el hombre se escogió a sí mismo como Dios. El hombre escoge su autonomía, que es lo mismo que su soledad, pensando hallar en ella la vida; pero en ella no encuentra más que la desnudez, el miedo y la muerte. Esto prueba que el hombre ha sido engañado por alguien “que es maligno y mentiroso”, que impulsándole a la independencia le lleva a la pérdida de la libertad, que sólo se vive en la verdad (Jn 8,32-44).

La tentación de rebelión contra Dios tiene una doble manifestación: tentar a Dios o negarle. Ante el desierto, ante la historia concreta del hombre, en su condición de criatura con sus límites, ante la cruz de la existencia, ante la *prueba*, el hombre tienta a Dios (CEC 2119), prueba a Dios, intimándolo a quitarle la cruz, a cambiarle la historia (Ex 15,25;17,1-7; Sal 95,9). El hombre desnaturaliza su relación con Dios cuando cede a la tentación de utilizar a Dios y servirse de El para realizar sus planes, en lugar de abandonarse a El y adorarlo como Dios. La segunda forma de rebelión contra Dios es su negación o ateísmo. Ante la pregunta del desierto “¿está Dios en medio de nosotros o no?”, el hombre responde con la negación. Dios es amor y nos llama, en su insondable amor, a entrar en unión con El. La acogida de esta gracia convierte a la persona en creyente. La palabra *religio* significa una relación de comunión, de religación con Dios. “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador. Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo” (CEC 27).

El camino de la vida, que Dios muestra a su pueblo en el desierto, se resume en confesar que “Yahveh, nuestro Dios, es el único Dios”. Por ello, cuando el hombre niega a Dios y busca su autonomía, creyéndose más inteligente que El, entonces experimenta la desnudez y el miedo, que le obligan a venderse a los poderes del señor del mundo, y pierde la vida y la fiesta. El hombre sin Dios se construye su becerro de oro, para poder vivir la fiesta, que le es necesaria: “Aarón hizo un molde y fundió un becerro. Entonces ellos exclamaron: Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto. Viendo esto Aarón, erigió un altar ante el becerro y anunció: Mañana habrá fiesta ante Yahveh” (Ex 32,5). El hombre se vende a la obra de sus manos y celebra sus éxitos, en la pseudofiesta de la diversión. El hombre se vende al dinero, al poder, a la gloria, a la ciencia, porque necesita sentirse dios potente, pues sin Dios no se puede vivir.

d) Jesús, Hijo de la Alianza, vence las tentaciones

Jesucristo, “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios”, sino que “se hizo semejante a los hombres” (Flp 2,6-7) y, “habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados”, añade la carta a los hebreos (Hb 2,18;4,15). Las respuestas que Jesús da al tentador son tres citas del Deuteronomio, que recuerdan tres acontecimientos de la permanencia de Israel en el desierto. Las tentaciones de Jesús se comprenden desde la historia de las tentaciones de Israel, que son las tentaciones de todo hombre. Jesús asume en su persona a Israel para integrarlo en su fidelidad a Dios.

En los tres evangelios sinópticos, las tentaciones de Jesús siguen a la narración del bautismo en el Jordán. En el bautismo el cielo cerrado se abre (Mc 1,10; Is 63,19; Ez 1,1) y Jesús ve al Espíritu Santo “descender sobre El”. El tiempo del Exodo y de los profetas retornan porque el Espíritu es dado a Jesús. La voz que se siente -“Tú eres mi hijo predilecto, en ti me complazco” (Mc 1,11)- evoca a Isaac, “el hijo predilecto”, el hijo obediente que “es atado sobre la leña” (Gn 22,2-9) y contempla, según la tradición hebrea, los misterios de Dios. Esta palabra evoca también la profecía mesiánica de Natán hecha a David: “Será para mí hijo” (2S 7,14), que recoge el salmo (2,7) y también el comienzo de los cantos del Siervo (Is 42,1). Jesús, “el Hijo amado” del Padre, bautizado en el Jordán, como Israel atravesando el mar Rojo, recibe el Espíritu para entrar en el desierto como Siervo que cumple una misión: llevar a cumplimiento las esperanzas mesiánicas, en la obediencia y sacrificio prefigurado en Isaac. Esto es Jesús, quien es “arrojado al desierto”, como el macho cabrío que llevaba sobre sí al desierto todas las iniquidades del pueblo en la fiesta de *Yom Kippur*. Así Jesús va al encuentro de Satanás, el dominador del reino del pecado.

Jesús pasa en el desierto “cuarenta días y cuarenta noches” (Mt 4,2), como Moisés estuvo sobre el Sinaí en presencia de Dios “cuarenta días y cuarenta

noches sin comer pan ni beber agua” (Dt 9,9-18), esperando la Palabra del Señor. Allí se le presenta el diablo, que es el que divide, el que intenta separar a Jesús del Padre, robarle la palabra recibida en el bautismo (CEC 2851-2853). Pero Jesús no pronuncia la palabra que le sugiere el diablo para cambiar las piedras en pan, sino que se apoya en la palabra de Dios: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. El se nutre de la palabra y del acontecimiento bautismal apenas recibido: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,17). Así se muestra Hijo y “cumple toda justicia”. Jesús vive la palabra del libro de la Sabiduría: “De este modo, los hijos que amas aprendían que no son las diversas especies de frutos las que alimentan al hombre, sino que es tu palabra la que mantiene a los que creen en Ti” (Sb 16,26).

Durante la primera tentación, Jesús se muestra como hijo obediente y fiel, que se alimenta de la palabra del Padre. Satanás, entonces, le tiende otra trampa, llevándole al pináculo del templo, lugar no sólo de la presencia de Dios, sino también de la protección de Dios, lugar donde se encuentran “los ojos y el corazón de Dios” (1R 9,3), lugar donde su *sekinah* extiende las alas para proteger al justo (Ex 19,4; Dt 32,11). Sobre el pináculo del templo, el diablo le propone: Si eres hijo de Dios, manifiéstalo, tírate de lo alto y las alas protectoras de Dios te custodiarán mediante sus ángeles. Así todos sabrán que eres el Mesías esperado y acogerán tu mensaje. “El que mora bajo la protección del Señor y en El confía, refugiándose bajo sus alas, será protegido y no temerá algún mal, pues el Señor ha dado orden a sus ángeles de custodiarlo en todos sus pasos” (Sal 91).

Jesús se mantiene fiel. No tiente a Dios como el pueblo en el desierto; no necesita “signos” maravillosos para confiar en El. La historia según el plan del Padre es buena, aunque pase por el desierto, por la insignificancia de proceder de Nazaret y no sea escriba o sacerdote de Jerusalén; es buena aunque pase por la cruz: “En lugar de la gloria que le proponía, se sometió a la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios” (Hb 12,2). Satanás, en la tercera tentación, le propone su ayuda, como dominador del mundo (1Jn 5,19; Ap 13,3-8), ofreciéndole riqueza, poder y gloria. Jesús, realmente rey, rechaza la tentación de Satanás. Su reino no es un reino de dominio (Jn 18,33-37). Su corona será una corona de espinas y su trono, la cruz. Jesús acepta el camino que el Padre le muestra: el del justo que entrega la vida para inaugurar el reino del amor, el reino del Dios: “Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y sólo a El darás culto” (Mt 4,10; CEC 538-540).

Jesús ha cumplido el *Shemá*: El Señor es el único Dios. Y, por tanto, no se puede servir, ni dar culto a Dios y al dinero (Mt 6,24). No son las fuerzas humanas sino Dios Padre quien le da en herencia los pueblos. El *Shemá*, que Jesús recita dos veces al día, se hace carne en su vida, es su misma vida. Corazón, alma y fuerzas manifiestan que El es totalmente Hijo, el Hijo de la

Alianza, el Israel de Dios. Cristo opone una triple renuncia al triple pecado del pueblo: negarse a sí mismo, confiar no en sí mismo sino en Dios, adorándolo como único Dios (CEC 2846-2849). Así Jesús lleva a cumplimiento el Exodo. El es, en su persona, el lugar, el camino de nuestro paso al Padre, el lugar donde el Padre se hace presente (Jn 14,7), el paso obligado para entrar en la gloria (Jn 14,6), alimento y fuerza a lo largo del itinerario de conversión que lleva al Reino. Cristo, “camino, verdad y vida”, es nuestro desierto, el lugar de nuestros esponsales con Dios.

El Exodo, para los profetas y para el Nuevo Testamento, manifiesta el camino de todo creyente (Sal 95; Hb 4,7.11). Egipto es figura de la esclavitud del pecado; el desierto corresponde al itinerario de la conversión; la Tierra equivale al “ser en Cristo” (Col 1,13s). El desierto, símbolo del caos original, de la esterilidad de la tierra (Nm 20,5) y del hombre, muestra a Dios como creador y recreador de la vida (Sal 104; Is 41,18s; 43,19; 51,9-11). La recreación es obra gratuita y exclusiva de Dios. La conversión es un don de Dios, fruto de su espíritu, como anuncian los profetas para el tiempo mesiánico: “Os daré un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ez 11,19; Jr 31,31-34). La misión de Juan Bautista consiste en anunciar esta conversión para “preparar la vía al Señor” (Mc 1,2-5). Y tras él, Jesús anuncia el gran acontecimiento: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). Con la llegada de Jesús llega el tiempo de la conversión, de renacer a una vida nueva. La misericordia de Dios se hace presente. Misericordia, que en nuestras lenguas latinas hace referencia al corazón, en hebreo la palabra *rahamin* hace referencia a la matriz. Se trata de entrar en el seno y renacer de nuevo, como dice Jesús a Nicodemo. O como dice, mostrando un niño para explicar lo que es la conversión: “Si no os convertís, haciéndoos como niños no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18,3). Se trata de nacer, convertirse en otro hombre, pequeño, no autónomo e independiente del Padre, sino que vive en dependencia filial del Padre.

La conversión es reconocer confiadamente ante Dios el propio pecado y ponerse en las manos de Dios. El se encarga del perdón y la regeneración: “Si reconocemos nuestros pecados, Dios que es fiel y justo perdona nuestros pecados y nos purifica de toda injusticia” (Jn 1,9). Este es el caso de la pecadora en casa de Simón (Lc 7,36-50), de Zaqueo (Lc 19,1- 10), del ladrón en la cruz (Lc 22,39-43). Y cuando el hijo pródigo vuelve y confiesa: “Padre, he pecado”, se organiza sin más la fiesta y se le reviste de las vestiduras de hijo. Un banquete festivo sella la conversión de Mateo, de Zaqueo, del hijo pródigo; y las parábolas de la misericordia (Lc 15) nos presentan toda la alegría de Dios en el perdón y la fiesta de la que participan los ángeles del cielo, los amigos y vecinos. El cielo y la tierra celebran la comunión del amor restablecido con el perdón. Cristo, con el don de su Espíritu, comunica una vida nueva, que florece en fiesta. En Cristo han hallado su *amén* todas las promesas de Dios (2Co 1,20). La fiesta es el *amén* del hombre a Dios, la aclamación a su gloria, el canto agradecido de alabanza a su bondad y fidelidad. Es la invitación al canto universal de la creación (Sal 97). La fiesta brota del corazón rebosante de vida y alegría, se difunde envolviendo cuerpo y espíritu y salta a la

comunidad de los hermanos, cuerpo único rebosante del mismo gozo del Espíritu. La fiesta es efusión de gozo, que alumbra en el arte, la belleza, el canto y la comunión fraterna. Vestido, comida y danza, abundancia y derroche son expresiones de la riqueza interior de la fiesta. Es el hombre que en Cristo se ve a sí mismo como imagen del Dios del amor, del Dios de la vida y la alegría (1Jn 1,3-4) .

El desierto es el tiempo que el cristiano vive en la liturgia de la cuaresma. La cuaresma le orienta a renovar su bautismo, siguiendo las etapas del antiguo catecumenado. La palabra de Dios, que se proclama, le introduce en la experiencia vital de la salvación que nos alcanzó en el bautismo. El bautizado entra a participar de la victoria de Cristo sobre las tentaciones y, de este modo, se constituye en el nuevo pueblo de Dios que realiza el éxodo de la esclavitud del mal a la libertad del amor de Dios. Victorioso de las tentaciones, el bautizado se transforma en imagen del Señor (2Co 3,18), viviendo la experiencia de una transfiguración con Cristo. Efectivamente, el cristiano recibe incesantemente el agua viva del Espíritu Santo, la luz de la fe para reconocer al Señor en la vida y bendecirlo por los prodigios de salvación que realiza en su existencia; así camina en una vida nueva, que no es fruto de sus fuerzas o propósitos, sino absolutamente don de Dios, pues es vida divina, vida de resucitado.

Los cuarenta días de la cuaresma hacen vivir al cristiano la experiencia del perdón. Cuarenta días duran las aguas del diluvio (Gn 7,17), antes de que Dios selle el pacto con Noé en favor de toda la creación. Cuarenta días está Moisés en el monte antes de recibir el don de las nuevas tablas de la Torá, signo del perdón de Dios del pecado de idolatría. Cuarenta años camina Israel por el desierto antes de entrar en la Tierra, signo del perdón de sus infidelidades. Cuarenta días Elías camina en el desierto para encontrarse con el Señor en el Hored. Cuarenta días Jesús, nuevo Moisés y nuevo Elías, pasa en el desierto; al final sale con la victoria sobre las tentaciones, signo y realidad de victoria sobre el pecado. Cuarenta días se manifiesta el Resucitado antes de la Ascensión a la gloria, signo del tiempo de la Iglesia peregrina en la tierra con el Señor Resucitado, en la espera de participar con El en el Reino del Padre.

Pablo recoge la tipología del Exodo y distingue dos éxodos: el de Egipto y el del final de los tiempos (1Co 10,11). Entre los dos éxodos se extiende el tiempo de la salvación. El segundo éxodo ha comenzado con la resurrección de Cristo: el cristiano camina, pues, bajo la nube de la gloria de Dios a través del mundo. Esto significa morir al hombre viejo en el bautismo y renacer como hombre nuevo, pasando de la muerte a la vida. Bautizados en la nube y en el mar, somos alimentados con el pan vivo y abrevados con el agua del Espíritu que brota de la roca; y esta roca es Cristo (1Co 10,1-4). Por ello, el bautizado “vive en Cristo”; con él atraviesa el desierto, figura de la vida peregrina en la tierra. El cristiano, en la Iglesia, vive en el desierto hasta el retorno glorioso de Cristo, que pondrá fin al poder de Satán (Ap 12,6-14). Cristo es el agua viva, el pan del cielo, el camino y el guía, la luz en la noche, la serpiente que da la vida a quienes le miran para ser salvos (Nm 21,4-9; Jn 3,14); es aquel en quien se realiza el conocimiento íntimo de Dios por la comunión de su carne y de su sangre. En Cristo, la figura se hace realidad.



Virgen Theotokos de Vladimir (Icono Ruso)

6. ALIANZA

a) La alianza del Sinaí

El camino del desierto fue el itinerario escogido por Dios para llevar al pueblo a una vida de comunión con El, en alianza con El. De Egipto salió “una muchedumbre abigarrada, una masa de personas” (Ex 12,37-39). Es una “chusma” confusa (Nm 11,4) la que se ha visto liberada de la esclavitud. Apenas existen lazos de unión entre ellos. La unión se va a establecer, entre ellos y Dios, y entre sí, mediante la alianza. En el Sinaí se va a constituir el pueblo de Dios. Con la alianza comienza Israel su existencia como pueblo (Ex 19-24). Los momentos fundamentales de la historia de Israel se hallan jalonados por la renovación de esta alianza fundacional (Dt 28-32; Jos 24; 2R 23; Ne 8-10). En el Sinaí Yahveh otorga su alianza al pueblo, que la acepta con su fe (Ex 14,31). Dios, que ha hecho a Israel objeto de su elección y depositario de una promesa, le revela su designio: “Si escucháis mi voz y observáis mi alianza, seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación consagrada” (Ex 19,5).

El motivo de la elección no es otro que “porque el Señor os ama” (Dt 7,8). “Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ¿Qué significan esas normas, esas leyes y decretos que os mandó Yahveh, nuestro Dios?, responderás a tu hijo: Eramos esclavos del Faraón y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte. Yahveh realizó ante nuestros ojos señales y prodigios grandes en Egipto, contra Faraón y toda su casa. Y a nosotros nos sacó de allí para entregarnos la tierra prometida a nuestros padres. Y nos mandó cumplir todos estos mandamientos..., para que fuéramos felices siempre y para que vivamos como el día de hoy” (Dt 6,20-25).

La alianza parte de Dios, que toma la iniciativa. Dios llama a Moisés para comunicarle las cláusulas de la alianza: “Al tercer mes después de la salida de Egipto, ese mismo día, llegaron los hijos de Israel al desierto de Sinaí. Partieron de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Allí acampó Israel frente al monte. Moisés subió hacia Dios. Yahveh le llamó desde el monte, y le dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel” (Ex 19,1-6).

En el Sinaí Dios se presenta a Israel proclamando: “Yo, Yahveh, soy tu Dios”. Sus acciones salvadoras le permiten afirmar, no sólo que es Dios, sino realmente “tu Dios”, tu salvador, el “que te ha liberado, sacándote de la esclavitud”. La alianza es pura gracia de Dios. El pueblo, que ni siquiera es pueblo, no puede presentar título alguno que le haga acreedor a la alianza con Dios: “Tú eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra. No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahveh de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres” (Dt 7,6-8).

La conclusión de la alianza en el Sinaí es la teofanía grandiosa, que hace sentir al pueblo la presencia de Dios en medio de ellos: “La nube cubrió el monte. La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yahveh aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte. Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y Moisés permaneció en el monte cuarenta días y cuarenta noches” (Ex 24,15-8). Entonces Yahveh entregó a Moisés las tablas con las Diez Palabras, que Yahveh había escrito (Ex 24,12):

“Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto.
No habrá para ti otros dioses delante de mí.
No te harás imagen... Ni te postrarás ante ellas ni les darás culto, pues yo soy un Dios celoso.
No tomarás en falso el nombre de Yahveh tu Dios.
Recuerda el día del sábado para santificarlo.
Honra a tu padre y a tu madre,
No matarás.
No cometerás adulterio.
No robarás.
No darás testimonio falso contra tu hermano.
No codiciarás la casa, la mujer..., de tu prójimo” (Ex 20).

El Decálogo, las diez palabras de este Dios rico en amor, son diez palabras de vida y libertad, expresión del amor y cercanía de Dios. La primera palabra del Decálogo es el “Yo” de Dios que se dirige al “tú” del hombre. El creyente, que acepta el Decálogo, no obedece a una ley abstracta e impersonal, sino a una persona viviente, conocida y cercana, a Dios, que se presenta a sí mismo como “Yahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes” (Ex 34,6-7). “La primera de las *Diez Palabras* recuerda el amor primero de Dios hacia su pueblo... Los mandamientos propiamente dichos vienen en segundo lugar... La existencia moral es respuesta a la iniciativa amorosa del Señor... La Alianza y el diálogo

entre Dios y el hombre... se enuncian en primera persona (Yo soy el Señor) y se dirigen a otro sujeto (tú). En todos los mandamientos de Dios hay un pronombre personal en singular que designa al destinatario. Al mismo tiempo que a todo el pueblo, Dios da a conocer su voluntad a cada uno en particular” (CEC 2061-2063).

Vivir el Decálogo no es someterse a un Dios potente que impone su voluntad, sino la respuesta agradecida al Señor que se ha manifestado potente en amor, al salvar al pueblo de la opresión. La liberación de Egipto y la alianza con Dios es lo que ha constituido a Israel como pueblo. Sólo manteniéndose fiel a la alianza seguirá siendo tal pueblo. El Decálogo le recuerda las condiciones para no desaparecer como pueblo. La bondad de Dios, que toma la iniciativa de liberar a Israel y conducirlo a una relación de alianza y comunión con El, es lo que da sentido al Decálogo. “El Decálogo se comprende ante todo cuando se lee en el contexto del Exodo, que es el gran acontecimiento liberador de Dios en el centro de la antigua Alianza” (CEC 2057).

La razón por la que aceptamos los mandamientos de Dios, no es para salvarnos, sino porque ya hemos sido salvados por El. El Decálogo es la expresión de la alianza del hombre salvado con el Dios salvador. La salvación de Dios es totalmente gratuita, precede a la acción del hombre. El Decálogo, que señala la respuesta del hombre a la acción de Dios, no es la condición para obtener la salvación, sino la consecuencia de la salvación ya obtenida. No se vive el Decálogo para que Dios se nos muestre benigno, sino porque ya ha sido misericordioso. Esta experiencia primordial del amor de Dios lleva al hombre a una respuesta de “fe que actúa en el amor” (Ga 5,6). Esta fe se hace fructífera, produciendo “los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Ga 5,22-23).

El Decálogo es la guía práctica de esa libertad. Es la respuesta de la fe a la acción salvadora de Dios. Es, en definitiva, el seguimiento de Dios. Así, en el Nuevo Testamento, el Decálogo es asumido como creer en Cristo y seguir a Cristo. De este modo el Decálogo significa vivir en la libertad recibida como don de Dios en Cristo Jesús. La libertad humana, don de Dios, no es nunca una libertad vacía, ni caprichosa: “Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud... Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda ley alcanza su plenitud en este solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Ga 5).

La conclusión de la alianza tiene su rito y su memorial. Según Ex 24, la conclusión de la alianza tuvo lugar en una celebración litúrgica. Hay dos cosas importantes en toda la ceremonia: en primer lugar, de la sangre (propiedad exclusiva de Dios) se ofrece sólo la mitad a Yahveh, presentándola sobre el altar, mientras que, con la otra mitad, se rocía al pueblo, diciendo: Esta es la

sangre de la alianza que Yahveh ha hecho con vosotros, según todas estas palabras; en segundo lugar, antes de rociar al pueblo, es decir, en medio de la liturgia de la alianza, Moisés toma el libro de la alianza y lo lee ante el pueblo, que responde: “Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahveh”. La “liturgia de la palabra”, con la palabra del Dios de la alianza y la respuesta del pueblo, da a la alianza una relación comunitaria profundamente personal. Y mediante la acción de rociar a la comunidad con la sangre de la alianza, Dios mismo la declara alianza de sangre, esto es, el lazo más estrecho e indisoluble mediante el cual Dios se puede unir con los hombres.

La alianza crea entre Yahveh e Israel una relación de propiedad: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Lv 26,12; Ez 36,28; 37,27; 2Co 6,16; Ap 21,3). Esta pertenencia mutua hace de Israel un pueblo elegido, “un reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex 19,6). Se trata de una alianza de amor (Dt 7,7-8), cuyas relaciones son las de un padre con su hijo (Is 44,1-2; 49,1-15; Os 11,1-6) o las de un esposo con su esposa (Os 2-3; Jr 2-3). En el Cantar de los Cantares, la esposa dice: “Mi amado es mío y yo soy suya” (Ct 2,16).

b) Shavuot, fiesta de las semanas y de la alianza

Shavuot es una de las tres fiestas que la liturgia hebrea solemniza de un modo especial, junto con la Pascua y la fiesta de las Tiendas (Ex 23,14-17; 34,18-23; Dt 16,1-17; Lv 23). La Pascua es la fiesta del comienzo de la siega; la fiesta de Pentecostés o de las Semanas se celebra a las siete semanas y un día (pentecostés = el día que hace cincuenta) de haber comenzado la siega. Y el 15 del séptimo mes se celebra la fiesta de la recolección o fiesta de las Tiendas.

Shavuot es la fiesta de las primicias: “Celebrarás la fiesta de las Semanas: la de las primicias de la siega del trigo” (Ex 34, 22). “Llevarás a la casa de Yahveh, tu Dios, lo mejor de las primicias de los frutos de tu suelo” (Ex 34,26; 23,19). Esta fiesta de la siega, al celebrarse a las siete semanas más un día, termina llamándose Pentecostés (Tb 2,1; 2M 12,31-32). En la Pascua se usan panes ázimos, amasados con harina del grano nuevo, sin levadura vieja, como signo de renovación. El pan que se come en Pentecostés, al final de la siega, es fermentado, pan habitual de la vida. Estos cincuenta días, la asamblea del pueblo de Israel celebra, en un clima de alegría y agradecimiento a Dios, el don de la nueva cosecha. Día de ofrenda de las primicias (Nm 28,26ss), fiesta de regocijo y de acción de gracias. Es la ofrenda agradecida a Dios, dueño de la tierra y fuente de toda fecundidad: “He aquí que traigo ahora las primicias de los productos de la tierra que Yahveh me ha dado” (Dt 26,10), confiesa el israelita al presentar su ofrenda.

El judío creyente, aún en el fruto que su mano arranca de la tierra con su trabajo, ve un don de Dios y una prueba más de su bondad. Por ello, de los frutos que gracias a la bendición de Dios se han extraído del suelo, se destinan

las primicias como ofrenda agradecida a Dios. Ningún cereal de la nueva cosecha se utiliza antes del 6 de *Sivan*, fecha en que esa ofrenda se hace efectiva. Shavuot, como Pésaj y Sukkot, es una fiesta de peregrinación. Los peregrinos se organizan en largas procesiones y marchan hacia Jerusalén, acompañados durante todo el trayecto por los alegres sonos de las flautas. En cestos decorados con cintas y flores lleva cada uno su ofrenda: primicias de trigo, higos, granadas... Llegados a la ciudad Santa, son acogidos con cánticos de bienvenida y penetran en el templo, donde hacen entrega de sus cestos al sacerdote. La ceremonia se completa con salmos y danzas. Toda fiesta es una invitación a la alegría. Las tres grandes fiestas de peregrinación, - “tres veces al año harás el *hag* (danza) en mi honor” (Ex 23,14)-, muestran esa alegría con danzas. “Durante tus fiestas te alegrarás en presencia de Yahveh, tu Dios”, repite el Deuteronomio (16,11.14); y Nehemías dice: “En el día consagrado al Señor no estéis tristes, pues la alegría de Dios es vuestra fuerza” (8,10).

La primitiva fiesta de las primicias, de origen agrícola, se transforma posteriormente en una conmemoración solemne del don de la Ley y la Alianza del Sinaí (Ex 19). Es la ofrenda de Dios al pueblo, que ha liberado y ahora le obsequia con el don de la Ley. La teofanía de Pentecostés, con el don del Espíritu y los signos que lo acompañan, viento y fuego, será la culminación plena de la teofanía del Sinaí. Pentecostés se convierte finalmente en la fiesta del Espíritu, que inaugura en la tierra la nueva alianza. A través de múltiples figuras, Dios preparó la gran “sinfonía” de la salvación, dice San Ireneo. Y así San Agustín ve la fiesta de Pentecostés como fiesta del don de la Ley para los hebreos y del Espíritu Santo, ley interior de la nueva alianza, para los cristianos.

Pedro, citando a Joel (3,1-5), anuncia que Pentecostés realiza las promesas de Dios (Hch 2). Es la coronación de la pascua de Cristo. Cristo, muerto, resucitado y exaltado a la derecha del Padre, culmina su obra derramando su Espíritu sobre la comunidad eclesial. Así Pentecostés es la plenitud de la Pascua, inaugurando el tiempo de la Iglesia, que en su peregrinación al encuentro del Señor, recibe constantemente de El su Espíritu, que la reúne en la fe y en la caridad, la santifica y la envía en misión. Los Hechos de los Apóstoles, “Evangelio del Espíritu Santo”, revelan la actuación permanente de este don (Hch 4,8; 13,2; 15,28; 16,6). Partiendo de la tipología “Moisés-Cristo”, aparece una clara vinculación entre la teofanía del Sinaí y la alianza con la efusión del Espíritu Santo en la fiesta cristiana de Pentecostés. En esta fiesta, la comunidad cristiana celebra la ascensión de Cristo, nuevo Moisés, a la gloria del Padre y la donación del Espíritu Santo a los creyentes. La ley de la alianza y el Espíritu, ley interior de la nueva alianza, son las manifestaciones de la economía de salvación en los dos Testamentos.

El Padre no se conforma con entregarnos su propia palabra salvadora en Jesucristo; nos envía también el Espíritu Santo a fin de que podamos responder a su amor con todo nuestro corazón, con toda la mente y con todas nuestras

fuerzas. En el marco de la alianza, el *hesed* (bondad) de Dios es gracia, misericordia y fidelidad; gracias al Espíritu, el *hesed* del cristiano es fe, obediencia y culto festivo. Cristo, esposo divino, hace a la Iglesia, su esposa, el gran don de su Espíritu. En efecto, “terminada la obra que el Padre había encomendado al Hijo realizar en la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, para que santificara constantemente a la Iglesia” (CEC 767). Simultáneamente con la vida, el Espíritu Santo da al cristiano la ley de esa vida. Gracias al Espíritu Santo comienzan las relaciones de Padre e hijo entre Dios y el hombre. De este modo, toda la vida del cristiano será conducida bajo su acción, en un espíritu auténtico de filiación, espíritu de fidelidad, de amor y confianza y no en el temor del esclavo.

c) La alianza nueva

El pueblo respondió a Dios en el Sinaí: “Haremos todo cuanto ha dicho Yahveh” (Ex 9,8). Pero, pronto, experimentó su incapacidad y, a consecuencia de la infidelidad de Israel (Ex 32; Jr 22,9), la alianza queda rota (Jr 31,32), como un matrimonio que se deshace a causa de los adulterios de la esposa (Os 2,4; Ez 16,15-43). A pesar de ello, la fidelidad de Dios a la alianza subsiste invariable (Jr 31,35-37; 33,20-22). Habrá, pues, una alianza nueva (CEC 64). Oseas la evoca bajo los rasgos de nuevos esponsales, que darán a la esposa como dote amor, justicia, fidelidad, conocimiento de Dios y paz con la creación entera (Os 2,20-24). Jeremías precisa que Dios cambiará el corazón humano y escribirá en él la ley de la alianza (Jr 31,33s; 32,37-41). Ezequiel anuncia la conclusión de una alianza eterna, una alianza de paz (Ez 6,26), que renovará la del Sinaí (Ez 16,60) y comportará el cambio del corazón y el don del Espíritu divino (Ez 36,26ss). Esta alianza adopta los rasgos de las nupcias de Yahveh y la nueva Jerusalén (Is 54). Alianza inquebrantable, cuyo artífice es “El siervo”, al que Dios constituye “como alianza del pueblo y luz de las naciones” (Is 42,6; 49,6-7).

Yahveh, en la fórmula de la alianza del Sinaí, se presenta así: “Yo soy Yahveh, tu Dios, que te he sacado de Egipto, de la casa de esclavitud”. Yo soy el que está contigo, salvándote. En mi actuar salvador me conocerás siempre. En la plenitud de los tiempos, en la revelación plena de Dios a los hombres, el nombre de Dios es Jesús: “Yahveh salva”. Este es “el nombre sobre todo nombre” (Flp 2,10). En Jesús, el siervo de Dios, se cumplirán las esperanzas de los profetas (CEC 580; 610). En la última cena, antes de ser entregado a la muerte, tomando el cáliz lo da a sus discípulos, diciendo: “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que será derramada por la multitud” (Mc 14,24p) La sangre de los animales del Sinaí (Ex 24,8) se sustituye por la sangre de Cristo, que realiza eficazmente la alianza definitiva entre Dios y los hombres (Hb 9,11-27; 10,11-14). Gracias a la sangre de Jesús será cambiado el corazón del hombre y le será dado el Espíritu de Dios (Jn 7,37-39; Rm 5,5; 8,4-16). La nueva alianza se consumará en las nupcias del Cordero y la Iglesia, su esposa (Ap 21,2.9).

En Cristo, la ley cede el puesto al Espíritu. El Espíritu es la nueva ley: “No estáis bajo la ley, sino en la gracia” (Rm 6,4), entendiendo por gracia la presencia del Espíritu en nosotros, “pues si os dejáis conducir por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Ga 5,18). Para que el hombre viva conforme a la vocación cristiana, a la que ha sido llamado, necesita ser transformado por el Espíritu. Sólo El puede darle una *mentalidad* cristiana, darle los sentimientos del Padre y del Hijo. Antes de nada, es necesario que el cristiano se atreva a llamar al Dios todo santo “Padre”; que tenga la convicción íntima de ser hijo. Esto sólo se lo puede dar el Espíritu: “En efecto, cuantos son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Porque no recibisteis el espíritu de esclavos para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el Espíritu de hijo de adopción que nos hace clamar: ¡Abba! ¡Padre! El mismo espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm 8,14- 16). “Porque sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba! ¡Padre!” (Ga 4,6). El Espíritu Santo, hablando al corazón del cristiano, le *da testimonio* y le persuade de su auténtica filiación divina. El cristiano, regenerado por el Espíritu, vive según el Espíritu: “El es el Espíritu de la vida o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14; 6,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales (Rm 8). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los cristianos como en un templo (1Co 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (Ga 4,6; Rm 8,15-16.26)” (LG 4).

De este modo queda establecida la nueva alianza anunciada por el profeta Jeremías: “Pondré mi ley en el fondo de su ser y la escribiré en sus corazones” (31,31-34). “La ley nos fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo” (Jn 1,17; CEC 1965-1972). El Espíritu Santo, santificando, iluminando y dirigiendo la conciencia de cada fiel, forma el nuevo pueblo de Dios, cuya unidad no se basa en la unión carnal, sino en su acción íntima y profunda: “Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo (1P 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (Jn 3,5-6), son hechos por fin linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición, que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios (1P 2,9- 10)” (LG 9; CEC 781-782).

La acción del Espíritu pasa por la vida sacramental para llegar a toda la vida del cristiano y de la Iglesia, a la que edifica con sus dones y carismas: “El mismo Espíritu Santo no solamente santifica y dirige al pueblo de Dios por los sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que, distribuyendo sus dones a cada uno según quiere (1Co 12,11), distribuye entre los fieles de todo orden sus gracias, incluso especiales, con las que dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia” (LG 12; CEC 798). “Por la gracia del Espíritu Santo los nuevos ciudadanos de la sociedad humana quedan constituidos en hijos de Dios para perpetuar el pueblo de Dios en el correr de los tiempos. Los bautizados son consagrados como casa espiritual y

sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (1P 2,4-10)” (LG 10; CEC 1141).

d) Arca de la alianza

En el *arca de la alianza* se depositan las “tablas del testimonio” (CEC 2058). El arca es el memorial de la alianza y el signo de la presencia de Dios en Israel (Ex 25,10-22; Nm 10,33-36). Sólo a su luz tiene sentido la Ley. La *Tienda*, en que se coloca el arca de la alianza, esbozo del templo futuro, es el lugar del encuentro de Dios y su pueblo (Ex 33,7-11). Arca de la alianza y tienda de la reunión marcan el lugar del culto a Dios en la liturgia y en la vida.

“Concebirás en tu seno” (Lc 1,31) expresa el cumplimiento de los anuncios proféticos a la Hija de Sión: “Alégrate, Hija de Sión; Yahveh, Rey de Israel, está en tu seno” (So 3,16- 17). Por medio de María se realiza la aspiración de la antigua alianza, la habitación de Dios en *el seno de su pueblo* (Is 12,6; Sal 46,6; Os 11,9; Mi 3,11). El tabernáculo y el templo son la morada de Dios en el seno de Israel (So 3,5; Jl 2,27): “No tiembles ante ellos, porque en tu seno está Yahveh, tu Dios, el Dios grande y terrible” (Dt 7,21). María, Hija de Sión, es la Madre del Mesías y, en el momento de su concepción virginal, Yahveh viene a morar en su seno, como en el arca de la alianza (CEC 2676). Sobre María, nueva arca de la alianza, baja la nube del Espíritu, lo mismo que descendía y moraba sobre la tienda de la reunión de la antigua alianza (Lc 1,35; Ex 40,35). Dios que, en su espíritu, baja a morar en el monte Sinaí, más tarde en el arca y luego en el templo bajo la forma de nube, descansa ahora en el seno de María de Nazaret. Ella, envuelta por la nube del Espíritu, fuerza del Altísimo, está llena de la presencia encarnada del Hijo de Dios.

María se encuentra entre la antigua y la nueva alianza, como la aurora entre el día y la noche. Juan Bautista, aún en el seno de su madre, exulta de alegría al oír la voz del Esposo de la nueva alianza, presente en el seno de María: “El que tiene a la novia es el novio, pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz de novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud” (Jn 3,29). La descripción de Lucas, que nos presenta a María subiendo “con prisa” a la montaña de Judá, evoca las palabras del libro de la Consolación de Isaías: “¡Qué hermosos son sobre las montañas los pies del mensajero de la buena nueva que proclama la paz, que trae la felicidad, que anuncia la salvación, que dice a Sión: Tu Dios reina!” (Is 52,7). María es la primera mensajera de la Buena Nueva; en su seno lleva el Evangelio. La exultación suscitada por el Mesías en Isabel y en el hijo que salta de gozo en sus entrañas es la alegría del Evangelio que se difunde en las personas, “llenándolas del Espíritu Santo”.

La persona misma de la Virgen parece presentarse ya como el nuevo templo. Lucas nos dice que el ángel Gabriel “entró donde ella” (Lc 1,28). La persona misma de María es el lugar donde Dios desciende a dialogar con ella. Están comenzando los tiempos nuevos. El Dios de la alianza, encarnándose en el seno de una mujer de “la Galilea de los gentiles”, es el Dios que se acerca a “toda persona de cualquier nación, que lo tema y practique la justicia” (Hch 10,35). En María, “la llena de gracia”, resplandece la iniciativa libre, gratuita y poderosa de Dios, ella no tiene que desplazarse, porque el ángel “es enviado donde ella”. En la nueva alianza, no es el hombre quien va hacia Dios, sino Dios quien viene a buscar al hombre. Antes los hombres debían “subir” al templo para hallar la presencia de Dios, ahora es Dios quien “baja” a los hombres. En María Dios desciende en medio de los hombres. La anunciación del Hijo de Dios tiene lugar lejos de Jerusalén y de su templo, porque con la Encarnación María es consagrada como nuevo templo, como nueva arca de la alianza, como nueva morada de Dios. Más tarde serán llamados templo de Dios, además de Cristo, también la Iglesia y los cristianos (Jn 2,21; 1Co 3,16; 6,19).

La imagen del arca aparece en filigrana en la narración de la visitación de María a Isabel. María, que lleva en su seno al Mesías, es el arca de la nueva alianza, el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El relato de Lucas (Lc 1,39-59) parece modelado sobre el del traslado del arca de la alianza a Jerusalén (2S 6,2-16; 1Cro 15-16 y Sal 132). El contexto geográfico es el mismo: la región de Judá. El arca de la alianza, capturada por los filisteos, tras la victoria de David sobre ellos, es llevada de nuevo a Israel en diversas etapas, primero a Quiriat Yearim y luego a Jerusalén. En ambos acontecimientos hay manifestaciones de gozo; David y todo Israel “iban danzando delante del arca con gran entusiasmo”, “en medio de gran alborozo”; “David danzaba, saltaba y bailaba” (2S 6,5.12.14.16). Igualmente, “el niño, en el seno de Isabel, empezó a dar saltos de alegría” (Lc 1,41.44). El gozo se traduce en aclamaciones de sabor litúrgico: “David y todo Israel trajeron el arca entre gritos de júbilo y al son de trompetas” (2S 6,15). También “Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces” (Lc 1,41-42).

Durante la peregrinación se revela la presencia de Dios en el arca: Uzzá que, viéndola balancearse sobre el carro, la toca para sujetarla, queda fulminado al instante. Ante esta manifestación de Dios, David, lleno de temor sagrado, exclama: “¿Cómo va a venir a mi casa el arca de Dios?” (2S 6,9). Entonces lleva el arca a casa de Obbedom de Gat: “El arca de Yahveh estuvo en casa de Obbedom tres meses y Yahveh bendijo a Obbedom y a toda su casa” (2S 6,11). Después David hace subir el arca de Dios de casa de Obbedom a su ciudad con gran alborozo. María sube a la Montaña, a la casa de Zacarías. La exclamación de Isabel coincide totalmente con la de David: “¿Cómo es que viene a mí la madre de mi Señor?” (Lc 1,43). Tres meses está el arca en casa de Obbedom, llenándola de bendiciones, como tres meses está María en casa de Isabel, dichosa de tener junto a sí el arca de la nueva alianza. La liturgia, inspirada en el Evangelio, aplica a María las figuras del arca, del tabernáculo y

del templo. Como la canta la liturgia maronita: “Bendita María, porque se convirtió en trono de Dios y sus rodillas en ruedas vivas que transportan al Primogénito del Padre eterno”.

San Juan Damasceno en una *homilía sobre la Dormición de María* imagina así la sepultura de la Virgen: “La comunidad de los apóstoles, transportandote sobre sus espaldas a ti, que eres el arca verdadera del Señor, como en otro tiempo los sacerdotes transportaban el arca simbólica, te depositaron en la tumba, a través de la cual, como a través del Jordán, te condujeron a la verdadera tierra prometida, a la Jerusalén de arriba, madre de todos los creyentes, cuyo arquitecto es Dios”.



Josué, de Hosios Loukas (Icono Griego s. XII-XIII)

7. LA TIERRA PROMETIDA

a) Josué, sucesor de Moisés

La salvación de Israel, comenzada por Moisés, la lleva a término Josué, que recoge su espíritu e introduce al pueblo en la tierra prometida. Josué, como dice su nombre (con la misma raíz que Jesús), es el Salvador, que no ha “venido a abolir la Ley, sino a darla cumplimiento” (Mt 5,17). “Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn 1,17).

La misión de Josué es esencial en la historia de la salvación. Con Aarón, Josué es el fiel ayudante de Moisés. En el camino hacia el Sinaí se interpone Amalec, el enemigo declarado del pueblo de Dios. Moisés llama a Josué y le dice: “Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y al amanecer ataca a Amalec. Yo estaré de pie en la cima del monte con el bastón de Dios en la mano”. Josué hace lo que le dice Moisés y ataca a los amalecitas, mientras Moisés, con Aarón y Jur, sube a la cima del monte. Mientras Moisés tiene los brazos en alto, Josué vence; cuando los baja, se impone Amalec. Al atardecer es derrotado Amalec. El Señor dice a Moisés: “Escríbelo en un libro de memorias y léelo a Josué: Borraré la memoria de Amalec bajo el cielo”. El Señor está en guerra con Amalec de generación en generación hasta que llegue el nuevo Josué (Ex 17,8-16). Jesús, al atardecer, con los brazos en alto, clavados en la cruz, vence definitivamente al enemigo del pueblo de Dios.

Sólo Josué sube con Moisés al monte de Dios, entrando con él en la nube de la gloria de Dios (Ex 24,13). Luego Moisés levanta la tienda de Dios, que llama Tienda de la reunión. En ella el Señor habla con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo. Después sale y se vuelve al campamento, mientras que Josué, su joven ayudante, no se aparta de la Tienda (Ex 33,11). Muerto Moisés, Dios habla con Josué, diciéndole: “Lo mismo que estuve con Moisés estaré contigo. No te dejaré ni te abandonaré. Tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré a sus padres. Yahveh, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas” (Jos 1,1-9).

Siguiendo siempre a Moisés, a Josué se le iluminan los ojos de la fe, como se manifiesta en la exploración de la tierra de Canaán. De los doce exploradores, sólo Caleb y él saben ver en la tierra el don que Dios ha dispuesto para su pueblo. Mientras los otros desacreditan a la tierra, Caleb y Josué la exaltan ante la asamblea de Israel: “La tierra que hemos recorrido en exploración es una tierra excelente. Si Yahveh nos es favorable nos hará entrar en ella y nos la dará. Es una tierra que mana leche y miel. El Señor ha retirado de ellos su sombra protectora, mientras que está con nosotros. ¡No tengáis

miedo!” (Nm 13). Caleb y Josué son los únicos salidos de Egipto que entran en la tierra. Y con ellos la nueva generación, nacida en el desierto, según la palabra del Señor: “A vuestros niños, de quienes dijisteis que caerían cautivos, los haré entrar para que conozcan la tierra que vosotros habéis despreciado” (Nm 14,30-31).

Elegido por Dios para suceder a Moisés como guía de Israel, Josué es investido del Espíritu de Dios cuando Moisés le impone las manos. El Señor dice a Moisés: “Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el espíritu e impón la mano sobre él” (Dt 31,14). Moisés le dice en presencia del pueblo: “Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, prometió dar a tus padres. Y tú les repartirás la heredad. El Señor avanzará ante ti. El estará contigo, no te dejará ni abandonará. No temas ni te acobardes” (Dt 31,1-8). Y Dios confirma la palabra de su profeta Moisés, añadiendo: “Yo estaré contigo” (Dt 31,23).

Así, muerto Moisés, Josué es puesto al frente del pueblo. El les introduce en la tierra prometida, haciéndoles cruzar el Jordán (Jos 3). El hecho de ser Josué y no Moisés quien introduce al pueblo en la tierra da a entender que las promesas de Dios no serán completa realidad bajo la ley sino en Jesucristo. La persona de Josué y la tierra donde introduce al pueblo son figura de Jesús, el verdadero Salvador, quien, cruzando las aguas del Jordán, símbolo del bautismo, nos abre el acceso a Dios, introduciéndonos en la verdadera Tierra Prometida (CEC 1222).

Josué dirige la conquista de la tierra, que no es fruto de las armas, sino don de Dios. Por encima de Moisés y de Josué se alza Dios, el verdadero protagonista de la historia. La tierra, donde Josué introduce al pueblo, es promesa de Dios, es decir, es palabra de Dios antes de convertirse en hecho. Y es un hecho en virtud de la palabra. Las murallas de Jericó se desploman gracias a la procesión de antorchas del pueblo, precedida por el Arca del Señor (Jos 6). Cuando los cinco reyes amorreos se alían para enfrentarse a Israel, el Señor dice a Josué: “No les tengas miedo, que yo te los entrego, ni uno de ellos podrá resistirte”. Para ello el Señor lanza desde el cielo un fuerte pedrisco, muriendo más enemigos por los granizos que por la espada de los israelitas. Para acabar con ellos del todo el Señor alarga el día deteniendo el sol, “porque el Señor luchaba por Israel” (Jos 10). El valor de Josué es ante todo confianza en Dios más que valentía militar. Lo que hace es seguir los caminos que le abre el Señor. La victoria de sus batallas está garantizada por la promesa de Dios. Cuando Dios cumpla su promesa, el pueblo profesará de nuevo su fe en Dios, renovando la alianza. La renovación de la alianza (Jos 24) enlaza con la celebración de la alianza en el Sinaí. En la tierra Israel es el pueblo de Dios.

Los sabios de Israel recuerdan con admiración las proezas de Josué: “Valiente fue Josué, hijo de Nun, sucesor de Moisés como profeta. El fue, de acuerdo con su nombre, grande para salvar a los elegidos del Señor, para tomar

venganza de los enemigos e introducir a Israel en su heredad” (Si 46,1ss). Y, sin embargo, Josué no era más que una figura del otro Jesús, que había de venir para salvar a los elegidos de Dios de la esclavitud del pecado y de la muerte y llevarles al verdadero reposo del octavo día: “Porque si Josué les hubiera proporcionado el descanso, no habría hablado Dios más tarde de otro día. Por tanto es claro que queda un descanso sabático para el pueblo de Dios” (Hb 4,8-9). Es el descanso de la patria celeste, tierra prometida en herencia a los mansos (Mt 5,4), donde mana leche y miel, la comunión plena con Dios (Ap 21,1-7).

b) Jueces, salvadores del pueblo. Débora

Los Jueces, que prolongan la acción de Moisés y Josué, son personas elegidas por Dios para salvar a su pueblo. Para ello Dios les reviste de un carisma especial, no sólo para administrar justicia, sino para gobernar a Israel. El libro de los Jueces, que recoge sus historias, menciona doce jueces, símbolo de todo Israel. El último es Samuel, cuya historia llena los dos libros de su nombre, donde se narra el paso a la monarquía. El esquema, que hace de este tiempo una figura para los creyentes, se repite constantemente: Los israelitas han sido infieles a Dios. Dios les entrega en manos de sus enemigos; bajo el yugo de los enemigos toman conciencia de su infidelidad e imploran el auxilio de Dios, que suscita un juez como salvador (Jc 2,11-19; 10,6-16).

Si la época de Josué es el período de la fidelidad de Israel, la de los jueces es el tiempo de la infidelidad: “Mientras vivió Josué y los ancianos que le sobrevivieron y que habían visto los prodigios del Señor en favor de Israel, los israelitas sirvieron al Señor. Pero murió Josué y toda su generación. Les siguió otra generación que no conocía al Señor ni lo que había hecho por Israel. Entonces los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba: dieron culto a los ídolos, abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y se fueron tras otros dioses, dioses de las naciones vecinas, y los adoraron, irritando al Señor, que se encolerizó contra Israel: los entregó a las bandas de los enemigos de alrededor, hasta llegar a una situación desesperada. Entonces el Señor suscitaba jueces, que les libraban de los enemigos” (Jc 2,7-15). La instalación corrompe siempre. El pueblo se entrega a los dioses locales, poniendo en ellos su seguridad y olvidando a Dios, que le ha dado la prosperidad. Sólo volviendo a situarse en la precariedad, volviendo a la situación de esclavitud de los padres en Egipto, Israel se vuelve al Dios salvador, que interviene suscitando los Jueces. Dios es quien salva a su pueblo suscitando a un hombre que realiza concretamente esa salvación (Jc 3,9; 6,36-37; 7,7; 10,13).

El primer Juez, cuyas gestas recoge el libro de los Jueces, es Otniel. El Espíritu del Señor vino sobre él y salvó a Israel de las manos de Edom. Tras cuarenta años de paz, Israel se olvidó de Dios y cayó bajo el poder de Moab

hasta que Dios les salvó con el puñal del zurdo Ehud. Siguen después los jueces Samgar, Débora y Baraq.

Débora aparece como juez y profeta de Israel. Bajo la Palmera, que lleva su nombre, entre Ramá y Betel, en las faldas del Tabor, acoge a los israelitas que acuden a ella con sus asuntos. Como profeta les interpreta la historia a la luz de la Palabra de Dios: “Yahveh me ha dado una lengua de discípulo para que sepa dirigir al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como un discípulo: El Señor me ha abierto el oído” (Is 50,4). Con su palabra, recibida de Dios, y con su vida, Débora revela el poder de Dios en medio de un pueblo que vive desesperado. Su misión es desvelar que la historia que el pueblo vive es historia de salvación, porque Dios está en medio de ellos.

Israel se halla conquistando la tierra prometida, que habitan los cananeos. Pero, en la fértil llanura de Izre'el, el rey Yabin, bien armado con sus carros de guerra, opone una fuerte resistencia a Israel, gobernado por el titubeante Sangar y su débil general Baraq. En este momento Dios elige una mujer para salvar a Israel: “En los días de Sangar, hijo de Anat, en los días de Yael, no había caravanas... Vacíos en Israel quedaron los poblados, vacíos hasta tu despertar, oh Débora, hasta tu despertar, oh madre de Israel” (Jc 5,6-7). Una mujer, en su debilidad, es cantada como la “madre de Israel”, porque muestra a Israel la presencia potente de Dios en medio de ellos. Débora misma lo canta en su oda, que respira la alegría de la fe en Dios Salvador: “Benedicid a Yahveh” (Jc 5,9), que en la debilidad humana, sostenida por El, vence la fuerza del enemigo. Ante Yael, “bendita entre las mujeres”, Sísara “se desplomó, cayó, yació; donde se desplomó, allí cayó, deshecho” (Jc 5,27). Esta es la lógica de Dios, que sorprende a los potentes y opresores. Es la conclusión del cántico: “¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Yahveh! ¡Y sean los que te aman como el sol cuando se alza con todo su esplendor!” (Jc 5,31).

Esto se cumple plenamente en María (CEC 489). El Señor se fija en la pequeñez de su esclava para realizar en ella “grandes cosas”, “desplegando la potencia de su brazo... para derribar a los potentes de sus tronos y exaltar a los humildes” (Lc 1,51s). En realidad, “Dios elige lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Dios escoge lo pobre y despreciable del mundo, lo que no es, para reducir a la nada lo que es” (1Co 1,27-28). “¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?” (St 2,5). La conciencia de la propia pobreza y simplicidad brilla en María, como en Débora. Sin embargo, en su pequeñez, ambas saben que tienen una misión que cumplir en la historia de la salvación. Así María se ofrece como “sierva del Señor” para que a través de ella realice su obra. Como Débora ha sido llamada “madre de Israel”, María ha sido llamada desde la cruz “madre de los creyentes” (Jn 19,25-27). Y también es, como Yael, procamada “bendita entre las mujeres” (Lc 1,42).

c) Gedeón y Sansón

A Débora le sucede Gedeón, cuya historia es la más fascinante de este período. “Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba, y el Señor los entregó a Madián por siete años” (Jc 6). La instalación del largo período de paz lleva al pueblo a olvidarse de Dios o al sincretismo religioso, mezclando el culto al Dios verdadero con el culto a los *Baales*, dioses locales. Entonces Dios les entrega a Madián. Los madianitas se infiltran en los dominios israelitas en busca de pastos y comida. Nómadas aguerridos y sin escrúpulos obligan a los israelitas a refugiarse en las cuevas de los montes. Los madianitas asolan el país, destruyendo los sembrados y los ganados, sin dejar nada con vida en Israel. Llegan en sus incursiones numerosos como langostas; sus camellos son incontables como la arena de la playa. Ante la situación desesperada, los israelitas gritan a Dios, que les dice: “Yo os hice subir de Egipto, os saqué de la esclavitud, os libré de todos vuestros opresores y os dije: Yo soy el Señor, Dios vuestro, no adoréis a los dioses de los amorreos, en cuyo país vais a vivir. Pero no habéis escuchado mi voz” (Jc 6,8-10).

Sin embargo, el Señor, ante el grito de su pueblo, interviene para salvarlo. El se mantiene fiel a la alianza aunque el pueblo sea infiel (2Tm 2,13). Manda a su ángel a la era donde Gedeón está trillando el trigo. El ángel le saluda: “El Señor está contigo, valiente”. Gedeón le replica: “Perdón; si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha venido encima todo esto? ¿Dónde han quedado aquellos prodigios que nos contaban nuestros padres? La verdad es que ahora nos ha desamparado y nos ha entregado a los madianitas”. El Señor se vuelve a él y le dice: “Ve y con tus propias fuerzas salva a Israel de los madianitas. Yo te envío”. Gedeón contesta: “Perdón, ¿cómo puedo yo salvar a Israel? Mi familia es la menor de Manasés y yo soy el más pequeño de la casa de mi padre”. El Señor le responde: “Yo estaré contigo y derrotarás a los madianitas”. Pero Gedeón, hombre de campo, no se fía a la primera y pide una señal: “Si realmente vas a salvar a Israel por mi medio, mira, voy a extender en la era un vellón de lana; si cae el rocío sobre el vellón mientras todo el suelo queda seco, me convenceré de que vas a salvar a Israel por mi medio”. Así lo hace el Señor. Pero Gedeón aún pide al Señor que confirme el signo al revés: “No te enfades conmigo si te hago otra petición; que sólo el vellón quede seco y, en cambio, caiga rocío sobre el suelo”. Y así lo hace el Señor (Jc 6,11ss).

En un ambiente seco como el de Palestina, el rocío es signo de bendición (Gn 27,28), es un don divino precioso (Jb 38,28; Dt 33,13), símbolo de su amor (Os 14,6) y señal de fraternidad entre los hombres (Sal 133,3); es, igualmente, principio de resurrección, como canta Isaías: “Revivirán tus muertos, tus cadáveres revivirán, despertarán y darán gritos de júbilo los moradores del polvo; porque rocío luminoso es tu rocío, y la tierra echará de su seno las sombras” (Is 26,19). Es fácil establecer el paralelismo entre el vellón y el rocío y el seno de María fecundado por el Espíritu Santo y transformado en principio de vida divina. El vellón es el seno de María en el que cae el rocío del Espíritu

Santo que engendra a Cristo. La liturgia sirio-maronita canta: “Oh Cristo, Verbo del Padre, tú has descendido como lluvia sobre el campo de la Virgen y, como grano de trigo perfecto, has aparecido allí donde ningún sembrador había jamás sembrado y te has convertido en alimento del mundo. Nosotros te glorificamos, Virgen Madre de Dios, vellón que absorbió el rocío celestial, campo de trigo bendecido para saciar el hambre del mundo”

Elegido por Dios, el espíritu del Señor reviste a Gedeón. Con el espíritu de Dios, Gedeón reúne a su gente y acampa frente al campamento de Madián. El Señor le dice: “Llevas demasiada gente para que yo os entregue Madián. Si lo vences así Israel podrá decir: Mi mano me ha dado la victoria. Despide a todo el que tenga miedo”. Se quedan mil. Aun le parecen muchos al Señor, que dice a Gedeón: “Todavía es demasiada gente. Hazles bajar al río. Los que beban el agua con la lengua, llevándose el agua a la boca con la mano, ponlos a un lado; los que se arrodillen, ponlos a otro”. Los que beben sin arrodillarse son trescientos. El Señor le dice: “Con esos os voy a salvar, entregando a Madián en vuestro poder” (Jc 7,1- 8).

Gedeón divide a los trescientos hombres en tres cuerpos y entrega a cada soldado una trompeta, un cántaro vacío y una antorcha en el cántaro. Luego les dice: “Fijaos en mí y haced lo mismo que yo. Al acercarme al campamento madianita, yo tocaré la trompeta y conmigo los de mi grupo; entonces también vosotros la tocáis en torno al campamento y gritáis: ¡El Señor y Gedeón!”. Al relevo de la media noche, Gedeón, con sus cien hombres, llega al campamento y rompe el cántaro que lleva en la mano. Entonces los tres grupos tocan las trompetas y rompen los cántaros. Con las antorchas en la mano izquierda y las trompetas en la derecha, comienzan a gritar: ¡El Señor y Gedeón! El estruendo de los cántaros rotos, de las trompetas y los gritos siembra el pánico en el campamento madianita. Los madianitas comienzan a huir, presa del terror, hiriéndose unos a otros. Así el Señor les entrega en manos de Gedeón, que les persigue y derrota. Madián queda sometido a los israelitas y ya no levantará cabeza. Con ello Israel queda en paz los cuarenta años que aún vive Gedeón (Jc 7,16-25).

Gedeón es figura de todo elegido de Dios para una misión. Dios llama al hombre y le confía una misión. El hombre se siente impotente y se resiste. Dios le promete su ayuda, dándole un signo de cuanto promete. Y Dios lleva a cabo con la debilidad humana su actuación salvadora. Dios derriba del trono a los potentes y exalta a los humildes. Gedeón triunfa con una tropa reducida a la mínima expresión para que toda la gloria sea atribuida a Dios y no a la fuerza humana. La victoria sobre el enemigo no es fruto de la fuerza, sino de la fe en Dios, que está con su pueblo. En el comienzo del Evangelio se nos anuncia: “He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que será dado el nombre de Emmanuel: Dios-con-nosotros” (Mt 1,23).

A Gedeón siguen, como Jueces, su hijo Abimelec, Tolá, Yair, Jefté, Ibsán, Elón, Abdón y Sansón, introducido con la fórmula clásica: “Los israelitas volvieron a hacer lo que el Señor reprueba y el Señor los entregó, esta vez, a los filisteos durante cuarenta años” (Jc 13). Entonces Dios suscita a Sansón para salvar a su pueblo. Con Sansón concluye el libro de los Jueces.

Sansón es un personaje singular. Su historia es diferente de la de los otros jueces. Es fuerte como un gigante y débil como un niño; seduce a las mujeres y éstas le engañan; odia a los filisteos, pero se enamora de las filisteas. Con sus genialidades se ha granjeado la estima del pueblo, que admira su fuerza, habilidad y valor, sonriendo ante sus excentricidades, aventuras amorosas y las tretas que juega a sus adversarios, los filisteos. Es el héroe popular por excelencia, cuyas gestas corren de boca en boca a lo largo de la historia. Su fuerza se la debe a la irrupción del espíritu de Dios sobre él (Jc 13,25;14,6.9). Sansón es un *nazir*, un consagrado a Dios. Durante toda su vida, para cumplir su misión, debía conservar intacta su cabellera y abstenerse de toda bebida alcohólica. A esta consagración externa Dios corresponde con el carisma singular de su fuerza extraordinaria. A pesar de su conducta poco recomendable, Sansón es un testimonio viviente del Dios salvador de su pueblo. En él brilla la bondad gratuita de Dios en favor de sus elegidos. El Señor envía su ángel a la mujer de Manóaj, que es estéril. El ángel le anuncia: “Eres estéril y no has tenido hijos. Pero concebirás y darás a luz un hijo. No pasará la navaja sobre su cabeza, porque el niño estará consagrado a Dios desde antes de nacer. El empezará a salvar a Israel de los filisteos”. La palabra del Señor se cumple y la mujer de Manóaj da a luz un hijo y le pone de nombre Sansón. El niño crece y el Señor lo bendice con el don de su espíritu (Jc 13).

Con su fuerza extraordinaria, Sansón lo mismo descuartiza a un león que a treinta filisteos, a quienes provoca casándose con una muchacha filisteas, con los acertijos que les pone o quemando las mieses de sus campos, las viñas y olivares con trescientas zorras, a las que ata de dos en dos, cola con cola, poniendo entre ambas colas una tea encendida. Los mismos israelitas le entregan atado con sogas a los filisteos, cuando se alzan contra Israel en venganza contra las acciones de Sansón. Pero cuando los filisteos salen a recibirlo, le invade el espíritu del Señor y las sogas de sus brazos son como mecha que se quema y las ataduras de sus manos se deshacen. Entonces echa mano de una quijada de asno y con ella como arma vence a mil filisteos (Jc 14-15).

Veinte años juzga Sansón a Israel, es decir, hace justicia de los filisteos, enemigos de su pueblo. Pero un día Sansón, débil de corazón, sobre todo, con las mujeres extranjeras, va a Gaza, ve allí una prostituta y entra en su casa. Enseguida se corre la voz entre los de la ciudad: “¡Ha venido Sansón!”. Cercan la ciudad y esperan apostados a la puerta toda la noche, diciéndose: “Al amanecer lo matamos”. Sansón se levanta a medianoche, arranca de sus quicios las puertas de la ciudad, con jambas y cerrojos, se las echa al hombro y las sube

a la cima del monte, frente a Hebrón. Los filisteos no pueden apresarlos (Jc 16,1-3).

Más tarde Sansón se enamora de una mujer llamada Dalila. Los príncipes filisteos la visitan y le dicen: “Sedúcelo y averigua a qué se debe su fuerza y cómo podemos dominarla. Te daremos cada uno mil cien siclos de plata”. Dalila pone en juego toda su astucia femenina para ablandar el corazón de Sansón hasta que le arranca el secreto de su fuerza. Rapada su larga cabellera queda violado su voto de nazareato y, como consecuencia, Dios le retira el carisma de la fuerza que le había otorgado en vistas de su misión, quedando reducido a la condición de un hombre cualquiera. Los filisteos se apoderan fácilmente de él. Le arrancan los ojos y, atado de pies y manos con una doble cadena de bronce, le conducen a Gaza, condenándolo a dar vueltas en torno a una noria. Tratado como esclavo y blanco de las burlas de los filisteos, Sansón reflexiona sobre su infidelidad a la misión para la que Dios le había escogido. Su arrepentimiento sincero y su oración ferviente hace que Dios le conceda de nuevo la fuerza. Mientras los príncipes y todo el pueblo filisteo aclama a su dios Dagón por haberles librado de Sansón, su enemigo, reclaman la presencia de Sansón para que les divierta. Le obligan a bailar, lo zarandean de una parte a otra, siendo el hazmerreír de toda aquella gente ebria de vino y de triunfo. Agotado, le conceden descansar a la sombra de la terraza sostenida por columnas. Sansón invoca a Dios, se agarra a las dos columnas centrales, sobre las que se apoya el edificio, y las sacude con tanta fuerza que la casa se derrumba, quedando sepultado él mismo, junto con un gran número de filisteos, entre los escombros: “Los filisteos que mató al morir fueron más que los que había matado en vida” (Jc 16,4-31).

Sansón es figura de su mismo pueblo. Dios realiza sus planes con él así como es. Hasta toma ocasión de su amor por las mujeres filisteas para llevar a cabo la historia de la salvación: “Su padre y su madre no sabían que el matrimonio con la joven de Timma venía de Dios, que buscaba un pretexto contra los filisteos, pues por aquel tiempo los filisteos dominaban a Israel” (Jc 14,4). Sansón, consagrado a Dios desde antes de nacer, con sus infidelidades a su vocación, causa de su ruina, es figura de Israel, infiel a la alianza con Dios, por lo que le vienen todos sus males. Sin embargo, a pesar de sus infidelidades, Dios hace justicia a su pueblo con él. La historia de Sansón termina derruyendo el templo del dios Dagón. La “fuerza de Dios” triunfa sobre la idolatría, invitando a Israel a la fidelidad a la Alianza.

Sansón, cuya fuerza viene de Dios, es un don del Señor a Israel, señalado desde el comienzo con la esterilidad de su madre. La carta a los Hebreos le incluye en la nube de testigos de la fe en Dios: “¿Qué más queréis que os diga? Porque si me detuviera con Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los Profetas, me faltaría tiempo. Ellos *con su fe* subyugaron reinos, administraron justicia, consiguieron promesas, taparon bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, se repusieron de enfermedades, fueron

valientes en la guerra y pusieron en fuga ejércitos extranjeros” (Hb 11,32-35). Sansón, figura de Jesucristo, da su vida por el pueblo, poniendo en juego contra los enemigos de Israel la fuerza que ha recibido de Dios. Sansón invoca a Dios, exclamando: “Señor, dignate acordarte de mí, hazme fuerte nada más que esta vez, oh Dios, para que de un golpe me vengue de los filisteos”.

d) Samuel, el último de los Jueces

Samuel es más profeta que juez. El es el anillo entre la cadena de Jueces y Reyes. Con él se pasa de los Jueces a los Reyes. Samuel es el prototipo del profeta. Su persona y su palabra son presencia y palabra de Dios. Aunque no detenta el poder, con su auténtica fe, se yergue con toda su autoridad por encima de todos. Resuelve pleitos y casos, aunque no empuña la espada o el bastón de mando. El decide, organiza y gobierna el destino de Israel.

Confidente del Señor, recibe sus oráculos y ante el Señor se presenta como intercesor en favor del pueblo.

Elcana y su esposa Ana viven en Ramá, un pequeño pueblo de la llanura de Sarón, frente a las montañas de Efraím. Se han casado realmente enamorados. Pero pasan los años y el seno de Ana sigue cerrado. Mientras tanto, Pennina, la otra mujer de Elcana, orgullosa de su seno, continuamente engendra hijos, ganándose el primado de la familia y suscitando los celos de Ana. Ana, la estéril, sufre el oprobio de su esterilidad y el desprecio e insultos de la fecunda, porque “Dios le ha cerrado el seno”(1S 1,6). Y, aunque Elcana repita que su amor vale por diez hijos, no logra ocultar la arruga de amargura que cruza de vez en cuando su frente. Cuando Ana contempla esa arruga, cada vez más honda, en la frente de su esposo, siente una inquieta ansiedad en su corazón. Ana, con su pena acuestas, cada año acompaña a su esposo al Santuario de Silo, donde se halla el Arca del Señor, para la fiesta de las Tiendas. En esta peregrinación, Ana no participa del alborozo de la fiesta, sino que se refugia en el templo y ante el Arca de la Alianza, a solas, “desahoga su pena ante el Señor”. Con el corazón, sin que se oigan sus palabras aunque mueva sus labios, suplica: “Señor, si te fijas en la humillación de tu sierva y te acuerdas de mí, dándome un hijo varón, se lo entrego al Señor de por vida y no pasará la navaja por su cabeza” (1S 1,11). Como se prolonga su oración, el sacerdote Elí, que observa sus labios, la cree borracha. Se le acerca y le dice: ¿Hasta cuando va a durar tu borrachera? Ana le responde: No es así, señor, sino que soy una mujer acongojada, que desahogo mi aflicción ante el Señor. Entonces Elí le dice: “Vete en paz. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido” (1S 1,12-18). De vuelta a casa, Elcana se une a su mujer Ana y el Señor se acuerda de ella. Concibe y da a luz un hijo, al que pone por nombre Samuel, diciendo: “Al Señor se lo pedí”. Samuel, hijo de la esterilidad, es un don de Dios. Nace por vocación de Dios para una misión singular (1S 1,19-20).

A los tres años, después del destete, Ana vuelve con el niño al santuario, “para presentarlo al Señor y que se quedara allí para siempre”. Al presentar el niño al sacerdote Elí, Ana entona su canto de alabanza: “Mi corazón exulta en el Señor; me regocijo en su salvación. No hay santo como el Señor, no hay roca como nuestro Dios. La mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía. El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta del polvo al desvalido” (1S 2,1-10). A Dios le gusta el juego del columpio: lo fuerte baja y lo débil sube. Lo fuerte lleva el signo de la arrogancia y de la violencia, mientras lo débil se viste de humildad y confianza en Dios.

Samuel se queda en el santuario de Silo bajo la custodia del sacerdote Elí. Este tiene dos hijos perversos, que abusan de la gente que acude al santuario (1S 2,12-25). Samuel, en cambio, “crecía y era apreciado por el Señor y por los hombres” (1S 2,26). La palabra de Dios era rara en aquel tiempo. Elí es muy anciano y sus ojos comienzan a apagarse. Una noche, mientras la lámpara de Dios aún ardía, Samuel se halla acostado en el santuario. El Señor le llama: “¡Samuel, Samuel!”. Este responde: “¡Heme aquí!”. Samuel no conoce todavía al Señor; aún no se le había revelado la palabra del Señor. Por tres veces le llama el Señor y por tres veces corre a donde estaba Elí, creyendo que es él quien le llama. A la tercera vez Elí comprende que es el Señor quien llama al niño y le dice: “Si te vuelve a llamar alguien, dices: Habla, Señor, que tu siervo escucha”. El Señor se presentó de nuevo y lo llamó como las otras veces. Y, ahora, Samuel, iluminado por el sacerdote, escucha al Señor, que le llama a él en lugar de los hijos de Elí (1S 3).

Samuel crece y el Señor está con él. Todo Israel sabe que Samuel está acreditado como profeta ante el Señor. Pero los filisteos se reúnen para atacar a Israel. Los israelitas salen a enfrentarse con ellos e Israel es derrotado una primera vez. Los israelitas se dirigen a Silo a buscar el Arca de la Alianza del Señor, “para que esté entre nosotros y nos salve del poder enemigo”. Los dos hijos de Elí van con el Arca. Cuando el Arca llega al campamento, todo Israel lanza un gran grito que hace retemblar la tierra. Entonces los filisteos se enteran de que el Arca del Señor ha llegado al campamento. Presa del pánico se lanzan a la batalla con todo furor para no caer en manos de Israel. Los filisteos derrotan de nuevo a los israelitas, que huyen a la desbandada. El Arca de Dios es capturada y los dos hijos de Elí mueren. Cuando le llega la noticia a Elí, éste cae de la silla hacia atrás y muere (1S 4). Por siete meses va a estar el Arca en territorio filisteo, yendo de un sitio a otro, porque la mano de Dios cae con dureza sobre ellos y sobre su dios Dagón hasta que la devuelven a Israel (1S 6).

Samuel, viendo que todo Israel añora al Señor, les dice: “Si os convertís de todo corazón al Señor y quitáis de en medio los dioses extranjeros, sirviéndole sólo a El, El os libraré del poder filisteo”. El pueblo confiesa arrepentido su pecado de infidelidad y Samuel ora por ellos al Señor. El Señor acoge la confesión del pueblo y la súplica de Samuel. Los filisteos quieren atacar de nuevo a Israel, pero el Señor manda aquel día una gran tormenta con truenos sobre los filisteos, llenándolos de terror. Israel puede finalmente derrotarlos. Samuel se vuelve a Ramá, donde tiene su casa. Desde allí gobierna a Israel.



Icono del "Tronco de Jesé": David, Salomón, la Theotokos, rodeados por los profetas (s. XII)

8. EL REINO

a) Instauración de la monarquía

Desde la entrada en la Tierra prometida Israel comienza un proceso que le lleva a establecerse en Canaán como “pueblo de Dios” en medio de otros pueblos. La experiencia del largo camino por el desierto, bajo la guía directa de Dios, le ha enseñado a reconocer la absoluta soberanía de Dios sobre ellos. Dios es su Dios y Señor. Durante el período de los Jueces no entra en discusión esta presencia y señorío de Dios. Pero, pasando de nómadas a sedentarios, al poseer campos y ciudades, su vida y fe comienza a cambiar. Las tiendas se sustituyen por casas, el maná por los frutos de la tierra, la confianza en Dios, que cada día manda su alimento, en confianza en el trabajo de los propios campos. Al pedir un rey, “como tienen los otros pueblos”, Israel está cambiando sus relaciones con Dios. En Ramá Samuel y los representantes del pueblo se enfrentan en una dura discusión: “Mira, tú eres ya viejo. Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones” (1S 8,5; Hch 3,21- 23). Samuel, persuadido por el Señor, cede a sus pretensiones y, como verdadero profeta del Señor, descifra el designio divino de salvación incluso en medio del pecado del pueblo. Samuel lee al pueblo toda su historia, jalonada de abandonos de Dios y de gritos de angustia, a los que Dios responde fielmente con el perdón y la salvación. Pero el pueblo se olvida de la salvación gratuita de Dios y cae continuamente en la opresión. El pecado de Israel hace vana la salvación de Dios siempre que quiere ser como los demás pueblos. Entonces experimenta su pequeñez y queda a merced de los otros pueblos más fuertes que él (1S 12,6-11). Esta historia, que Samuel recuerda e interpreta al pueblo, se repite constantemente, hasta el momento presente (1S 12,12-15).

Samuel califica a la monarquía de idolatría. Pero Dios, en su fidelidad a la elección de Israel, mantiene su alianza y transforma el pecado del pueblo en bendición. El rey, reclamado por el pueblo con pretensiones idolátricas, es transformado en don de Dios al pueblo: “Dios ha constituido un rey sobre vosotros” (1S 12,13). Dios saca el bien incluso del mal, cambia lo que es expresión de abandono en signo de su presencia amorosa en medio del pueblo (Rm 5,20-21). Samuel unge como rey, primero, a Saúl y, después, a David.

Samuel se retira a Ramá, donde muere y es enterrado con la asistencia de todo Israel a sus funerales. Así le recuerda el Eclesiástico: “Amado del pueblo y de Dios. Ofrecido a Dios desde el seno de su madre, Samuel fue juez y profeta del Señor. Por la palabra de Dios fundó la realeza y ungió príncipes sobre el pueblo. Según la ley del Señor gobernó al pueblo, visitando los campamentos de Israel. Por su fidelidad se acreditó como profeta; por sus oráculos fue reconocido

como fiel vidente. Invocó al Señor cuando los enemigos le acosaban por todas partes, ofreciendo un cordero lechal. Y el Señor tronó desde el cielo, se oyó el eco de su voz y derrotó a los jefes enemigos y a todos los príncipes filisteos. Antes de la hora de su sueño eterno, dio testimonio ante el Señor y su ungido: ¿De quién he recibido un par de sandalias? y nadie reclamó nada de él. Y después de dormido todavía profetizó y anunció al rey (Saúl) su fin; del seno de la tierra alzó su voz en profecía para borrar la culpa del pueblo” (Si 46,13-20). Samuel, el confidente de Dios desde su infancia, es su profeta, que no deja caer por tierra ni una de sus palabras. Con su fidelidad a Dios salva al pueblo de los enemigos y de sí. Es la figura del hombre de fe, que acoge la palabra de Dios, y deja que esta se encarne en él y en la historia. Es la figura de Cristo, el siervo de Dios, que vive y se nutre de la voluntad del Padre, aunque pase por la muerte en cruz.

Saúl es el primer rey de Israel. Con él se instaura la monarquía, deseada por el pueblo, contradiciendo la elección de Dios, que separó a Israel de en medio de los pueblos, uniéndose a él de un modo particular: “Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios”. Samuel encuentra a Saúl en el campo, buscando unas asnas perdidas, toma el cuerno de aceite y lo derrama sobre su cabeza, diciendo: “El Señor te unge como jefe de su pueblo Israel; tú gobernarás al pueblo del Señor, tú lo salvarás de sus enemigos” (1S 9-10). El espíritu de Dios invade a Saúl, que reúne un potente ejército y salva a sus hermanos de Yabés de Galaad de la amenaza de los ammonitas. El pueblo, tras esta primera victoria, le corona solemnemente como rey en Guilgal (1S 11). Reconocido como rey, Saúl comienza sus campañas victoriosas contra los filisteos. Pero la historia de Saúl es dramática. Ante la amenaza de los filisteos, concentrados para combatir a Israel con un ejército inmenso como la arena de la orilla del mar, los hombres de Israel se ven en peligro y comienzan a esconderse en las cavernas. En medio de esta desbandada, Saúl se siente solo, esperando en Dios que no le responde y aguardando al profeta que no llega. En su miedo a ser completamente abandonado por el pueblo llega a ejercer hasta la función sacerdotal, ofreciendo holocaustos y sacrificios, lo que provoca el primer reproche airado de Samuel: “¿Qué has hecho?”.

Saúl mismo se condena a sí mismo, tratando de dar las razones de su actuación. Ha buscado la salvación en Dios, pero actuando por su cuenta, sin obedecer a Dios y a su profeta. Se arroga, para defender su poder, el ministerio sacerdotal: “Como vi que el ejército me abandonaba y se desbandaba y que tú no venías en el plazo fijado y que los filisteos estaban ya concentrados, me dije: Ahora los filisteos van a bajar contra mí a Guilgal y no he apaciguado a Yahveh. Entonces me he visto obligado a ofrecer el holocausto”. Samuel le replica: “Te has portado como un necio. Si te hubieras mantenido fiel a Yahveh, El habría afianzado tu reino para siempre sobre Israel. Pero ahora tu reino no se mantendrá. Yahveh se ha buscado un hombre según su corazón, que te reemplazará” (1S 13).

Samuel se aleja hacia Guilgal siguiendo su camino. Pero Samuel vuelve a enfrentarse con Saúl para anunciarle el rechazo definitivo de parte de Dios. Saúl, el rey sin discernimiento, pretende dar culto a Dios desobedeciéndolo. Enfatuado por el poder, que no quiere perder, se glorifica a sí mismo y condesciende con el pueblo, para buscar su aplauso, aunque sea oponiéndose a la palabra de Dios. Samuel se presenta y le dice: “Escucha las palabras del Señor, que te dice: Voy a tomar cuentas a Amalec de lo que hizo contra Israel, cortándole el camino cuando subía de Egipto. Ahora ve y atácalo. Entrega al exterminio todo lo que posee, toros y ovejas, camellos y asnos, y a él no le perdones la vida”. Amalec es la expresión del mal y Dios quiere erradicarlo de la tierra. La palabra de Dios a Saúl es clara. Pero Saúl es un necio, como le llama Samuel, ni escucha ni entiende. Dios entrega en sus manos a Amalec. Sin embargo Saúl pone su razón por encima de la palabra de Dios y trata de complacer al pueblo y a Dios, buscando un compromiso entre Dios, que le ha elegido, y el pueblo, que le ha aclamado. Perdona la vida a Agag, rey de Amalec, a las mejores ovejas y vacas, al ganado bien cebado, a los corderos y a todo lo que valía la pena, sin querer exterminarlo; en cambio, extermina lo que no vale nada. Entonces le fue dirigida a Samuel esta palabra de Dios: “Me arrepiento de haber constituido rey a Saúl, porque se ha apartado de mí y no ha seguido mi palabra” (1S 15,1-10).

Samuel va a buscar a Saúl. Cuando Saúl le ve ante sí, le dice: “El Señor te bendiga. 66

Ya he cumplido la orden del Señor”. El orgullo le ha hecho inconsciente e insensato, creyendo que puede eludir el juicio del Señor. Pero Samuel le pregunta: “¿Y qué son esos balidos que oigo y esos mugidos que siento?”. Saúl contesta: “Los han traído de Amalec. El pueblo ha dejado con vida a las mejores ovejas y vacas, para ofrecérselas en sacrificio a Yahveh, tu Dios”. Samuel no se deja engañar y le replica: “¿Acaso se complace Yahveh en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a su palabra? Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros. Por haber rechazado la palabra de Yahveh, El te rechaza hoy como rey”. Samuel, pronunciado el oráculo del Señor, se da media vuelta para marcharse, pero Saúl se agarra a la orla del manto, que se rasgó (Lc 23,45). El manto rasgado es el signo de la ruptura definitiva e irreparable, como explica Samuel, mientras se aleja: “El Señor te ha arrancado el reino de Israel y se lo ha dado a otro mejor que tú” (1S 1,12-28; Os 6,6; Am 5,21-25; Mt 27,51).

b) David ungido rey

Dios, el Señor de la historia, encamina los pasos de Samuel hacia David: “Yo te haré saber lo que has de hacer y ungirás para mí a aquel que yo te indicaré”. Samuel se dirige a Belén y los ancianos de la ciudad le salen al encuentro. Samuel les tranquiliza: “He venido en son de paz. Vengo a ofrecer un

sacrificio al Señor. Purifícaos y venid conmigo al sacrificio”. De un modo particular, Samuel purifica a Jesé y a sus hijos y les invita al sacrificio. Jesé tiene siete hijos. Pero sólo seis de ellos se presentan ante Samuel. El más pequeño se halla en el campo pastoreando el ganado. Samuel, que aún no sabe quién será el ungido, comienza llamando al hermano mayor, a Eliab. Se trata de un joven alto, de impresionante presencia. Samuel, al verle, cree que es el elegido de Dios: “Sin duda está ante Yahveh su ungido”. Pero el Señor advierte a su profeta: “No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado”. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre. El hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón. Los criterios de Dios no coinciden con los criterios humanos.

Siguen pasando ante Samuel los seis hijos de Jesé, uno detrás de otro. Todos son descartados. Samuel pregunta a Jesé: “¿No tienes otros hijos?”. Jesé responde: “Sí, falta el más pequeño que está pastoreando el rebaño”. “¡Manda que lo traigan!, exclama Samuel. ¡No haremos el rito hasta que él no haya venido!”. El muchacho, el menor de los hermanos, es también el más pequeño, tan insignificante que se han olvidado de él. Pero Dios sí le ha visto. En su pequeñez ha descubierto el vaso de elección para manifestar su potencia en medio del pueblo. Es un pastor, que es lo que Dios desea para su pueblo como rey: alguien que cuide de quienes El le encomiende. Mejor la pequeñez que la grandeza; mejor un pastor con un bastón que un guerrero con armas. Con la debilidad de sus elegidos Dios confunde a los fuertes (1S 16,1-11).

Corren al campo y llevan a David ante el profeta. La voz del Señor le dice: “¡Es el elegido! ¡Anda, úngelo!”. Samuel toma el cuerno y lo derrama sobre la cabeza rubia de David. Con la unción, el espíritu de Yahveh, que había irrumpido ocasionalmente sobre los jueces, se posa para permanecer sobre David (1S 16,12-13; CEC 695). Es el espíritu que se ha apartado de Saúl, dejándole a merced del mal espíritu, que le perturba la mente (1S 16,14). Celebrado el sacrificio, Samuel se vuelve a Ramá y David regresa con su rebaño, donde se prepara a su misión de rey de Israel. Como pastor aprende a cuidar de los hombres que le serán confiados, cuidando ahora de las ovejas y corderos. Yahveh, que escruta al justo, examina a David en el pastoreo. Así el Señor aprecia el corazón de David con el ganado: “Quien sabe apacentar a cada oveja según sus fuerzas, será el que apaciente a mi pueblo”. Así Yahveh “eligió a David su servidor, le sacó de los apriscos del rebaño, le tomó de detrás de las ovejas, para pastorear a su pueblo Israel, su heredad. El los pastoreaba con corazón perfecto, y con mano diestra los guiaba” (Sal 78,70-72).

Saúl, ya rechazado por Dios, y David, ya ungido para sustituirlo, son dos figuras unidas y contrapuestas. Sus vidas y sus personas seguirán unidas por mucho tiempo. Saúl, con su inestabilidad emocional, cae en depresiones al borde de la locura. Oscilando como un péndulo entre momentos de lucidez y disposiciones de ánimo oscuras, queriendo agradar a Dios y a los hombres, sólo logra indisponerse con todos. David, aún un muchacho, se presenta en la corte

colmado del espíritu que ha abandonado a Saúl. Pero David no se presenta para suplantar a Saúl, sino para ayudarlo en sus delirios con su música. La música, que David arranca al arpa, se difunde por la habitación como alas protectoras, serenando la mente turbada de Saúl. Sorprendido, le dice: “Me conforta tu música. Pediré a tu padre que te deje aún conmigo” (1S 16,14-22).

Una corriente de simpatía une a los dos. De este modo David se queda a vivir con Saúl, que llega a amarlo de corazón. Cada vez que le oprime la crisis de tristeza, David toma el arpa y toca para el rey. La música acalla el rumor de los sentidos y alcanza la fibras del espíritu con su poder salvador. David con su arpa es medicina para Saúl, pero su persona termina siendo la verdadera enfermedad de Saúl. La espada, colgada a la espalda del rey, brilla amenazadora. Cuando Saúl se siente bien despide a David, que vuelve a pastorear su rebaño. Cuando el mal espíritu asalta a Saúl, David es llamado y acude de nuevo a su lado (1S 16,23).

c) David perseguido por Saúl

Saúl, para responder al ataque de los filisteos, llama a las armas a sus mejores hombres. David, el pequeño, es excluido de nuevo. Sólo sus hermanos mayores van al campo de batalla. Con él no se cuenta en los momentos importantes. Es la historia del elegido de Dios, olvidado de los hombres por su insignificancia, pero amado y escogido por Dios para desbaratar los planes de los potentes. Un día Jesé manda a David a visitar a sus hermanos. Les lleva trigo tostado y unos panes, y también unos quesos para el capitán del ejército. Cuando llega al campamento, las tropas se hallan dispuestas en círculo, prontas para la batalla. Israel y los filisteos se encuentran frente a frente sobre dos colinas separadas por el valle del Terebinto. David descubre en el campamento de los filisteos a un guerrero de estatura gigantesca, con un yelmo de bronce en la cabeza y una coraza de escamas en el pecho. En una mano lleva la lanza y en la otra una flecha; le precede su escudero. La arrogancia de su desafío es un insulto ignominioso para Israel. A David le llega la voz atronadora de Goliat: “Elegid uno de vosotros que venga a enfrentarse conmigo. Si me vence, todos nosotros seremos esclavos vuestros; pero, si le derroto yo, vosotros seréis esclavos nuestros. Mandad a uno de vuestros hombres y combatiremos el uno contra el otro”. Ante la figura y las palabras de Goliat, “Saúl y todo Israel” es presa del pánico (1S 17,1-11).

Goliat es la encarnación de la arrogancia, de la fuerza, de la violencia frente a la 68

debilidad, que Dios elige para confundir a los engreídos. Pequeñez y grandeza se hallan frente a frente. Pero la pequeñez tiene a sus espaldas la mano de Dios, sosteniéndola. David no soporta el ultraje que se hace a Israel y a su Dios y exclama: “¿Quién es ese filisteo incircunciso para ofender a las

huestes del Dios vivo?”. Los soldados le cuentan: Todos los días sube varias veces a provocar a Israel. A quien lo mate el rey lo colmará de riquezas y le dará su hija como esposa, y librá de tributo a la casa de su padre. David replica: “El Señor me ayudará a liquidarlo”. Alguien corre a referir a Saúl las palabras de David y el rey le manda a llamar. Cuando David llega a su presencia, confirma al rey sus palabras: “Tu siervo irá a combatir con ese filisteo”. Saúl mide con la mirada a David y le dice con conmiseración: “¿Cómo puedes ir a pelear contra ese filisteo si tú eres un niño y él es un hombre de guerra desde su juventud?” (1S 17,26-33).

También Saúl se fija en la pequeñez de David, que considera desproporcionada para enfrentarse con la imponente de Goliat. Pero David no se acobarda ante las palabras del rey, sino que con voz firme cuenta al rey y a los generales sus aventuras: “Cuando tu siervo estaba guardando el rebaño de su padre y venía el león o el oso y se llevaba una oveja del rebaño, yo salía tras él, le golpeaba y se la arrancaba de sus fauces, y si se revolvía contra mí, lo sujetaba por la quijada y lo golpeaba hasta matarlo. Tu siervo ha dado muerte al león y al oso, y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos, pues ha insultado a las huestes del Dios vivo. El Señor, que me ha librado de las garras del león y del oso, me librá de la mano de ese filisteo” (1S 17,34-37). Para convencer al rey, David apela a su condición de pastor. El buen pastor cuida el rebaño, sabe defenderlo, combatiendo contra las fieras que lo atacan (Jn 10,11-13). Aunque Goliat se muestre como una bestia, un pastor puede enfrentarlo y arrojar su carne a las fieras.

Impresionado por el tono decidido con que habla David, el rey acepta que salga a combatir en nombre de Israel. Manda que vistan a David con sus propios vestidos, le pone un casco de bronce en la cabeza y le cubre el pecho con una coraza. Le ciñe su propia espada y le dice: “Ve y que Yahveh sea contigo”. David sale de la presencia del rey, pero al momento vuelve sobre sus pasos. No quiere presentarse al combate con la armadura del rey, sino ir al encuentro del gigante como un simple pastor: “No puedo caminar con esto, me pesa inútilmente. A mí me bastan mis armas habituales” (1S 17,37-39). Para Saúl es necesaria la armadura; para David es superflua, un obstáculo. Uno confía en la fuerza, el otro pone su confianza en Dios. David se despoja de ella y sale en busca de Goliat con su cayado y su honda. David rechaza los símbolos del poder y la fuerza para enfrentarse al adversario con las armas de su pequeñez y la confianza en Dios, que confunde a los potentes mediante los débiles. Saúl y David muestran sus diferencias. El rey y el pastor. El “más alto” y el “pequeño”. La espada y la honda. El rechazado por Dios y su elegido. Saúl, el fuerte, tiene miedo y no combate en defensa de su pueblo, pues no cuenta con Dios; David, en cambio, en su pequeñez, hace lo que debería hacer Saúl: como pastor ofrece su vida para salvar la grey del Señor.

Libre de la armadura de Saúl, David baja la pendiente de la colina. Al llegar al valle, que separa los dos campamentos, David recoge cinco piedras del

torrente. Mientras avanza hacia el campamento filisteo, Goliat sale como de costumbre a insultar a Israel. Precedido de su escudero, Goliat avanza hacia David. Cuando le distingue a través de su yelmo, ve que es un muchacho y lo desprecia: “¿Acaso me tomas por un perro que vienes contra mí con un cayado? Si te acercas un paso más daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo” (1S 17,40-44). David le replica: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre de Yahveh Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. Hoy mismo te entrega Yahveh en mis manos y sabrá toda la tierra que hay Dios para Israel. Y toda esta asamblea sabrá que no por la espada y por la lanza salva Yahveh, porque de Yahveh es el combate y os entrega en nuestras manos” (1S 17,45-47). Con la confianza puesta en Dios, el Señor de los últimos, que no necesita de ejércitos para derrotar a los enemigos, David se enfrenta a Goliat. El, el pastor, ahora se presenta como una oveja indefensa ante las fauces del león que desea devorarlo, pero que no lo logrará porque el verdadero pastor, el Señor de los ejércitos, arrancará la presa de su boca.

Ante las palabras de David, Goliat se enfurece y levanta los ojos al cielo con desprecio. Al levantar la cabeza descubre su frente. David se adelanta, corre a su encuentro, mete la mano en el zurrón, saca de él una piedra, la coloca en la honda, que hace girar sobre su cabeza y la suelta, hiriendo al filisteo en la frente; la piedra se le clava y cae de bruces en tierra. La boca, que ha blasfemado contra Dios, muerde el polvo. David corre hasta él y pone su pie contra la boca blasfema. Luego toma la espada misma de Goliat y con ella le corta la cabeza (1S 17,48-54). Una pequeña piedra ha bastado para derribar la montaña vacía de Goliat, montaña de arrogancia sin consistencia ante el Señor. Y, al final, de bruces y sin cabeza, Goliat queda en tierra como Dagón, el ídolo filisteo derribado en su mismo templo “por la presencia del arca del Señor” (1S 5,3-4). Ante el Señor cae la hueca potencia de la idolatría, derribada con la pequeña piedra de la fe. Los hijos de Israel prorrumpen en gritos de júbilo por la inesperada victoria, mientras que los filisteos se dan a la fuga. Israel se levanta y, lanzando el grito de guerra, persigue a los filisteos hasta sembrar el campo con su cadáveres.

Después de dar muerte a Goliat, la fama de David se divulga por todo el reino. David es cantado por las mujeres y amado por todo el pueblo. Cuando los soldados regresan victoriosos, la población les sale al encuentro con cantos de fiesta:

Saúl ha vencido a mil, pero David a diez mil.

Esta aclamación provoca los celos del rey Saúl, envidioso del triunfo de David: “Han dado a David diez mil y a mí sólo mil. Sólo falta que le den el reino” (1S 18,6-9). Los celos le trastornan la razón y la rivalidad se hace irracional en su lucidez. La envidia se transforma en odio y deseo de venganza. Saúl, para alejar a David, le promueve como capitán de diez mil hombres y, con

este ejército, vence muchas batallas contra los filisteos. David tiene éxito en todo lo que emprende, “pues Dios estaba con él” (1S 18,14). David se gana la amistad de Jonatán, hijo de Saúl y la mano de su hija Mikal. David vuelve a tocar el arpa para calmar a Saúl. Pero un día, mientras toca con su mano el arpa, Saúl, que tenía en su mano la lanza, la arroja contra él. David la esquivo y la lanza va a incrustarse en la pared (1S 19,9-10). David está inerme ante el rey armado. La fuerza y la debilidad están frente a frente: el amor, hecho canto, frente a la violencia del odio y la envidia. David comprende que Saúl realmente desea matarlo y huye del palacio.

Así Saúl comienza a perseguir a David, que se ve obligado a huir a los montes. El Señor se compadece de él y lo salva. David, tiene muchas ocasiones en que puede matar a Saúl, pero no lo hace. David y sus hombres están escondidos en el fondo de una cueva, en la que entra Saúl, solo, a hacer sus necesidades. Los hombres de David le dicen: “Mira, este es el día que Yahveh te anunció: Yo pongo a tu enemigo en tus manos, haz de él lo que te plazca”. Pero David les replica: “Nunca me permita el Señor devolverle el mal que me hace. No alzaré mi mano contra el ungido del Señor. Yahveh será quien le hiera, cuando le llegue su día”. David, el hombre según el corazón de Dios, rechaza la violencia y, una vez más, no se toma la justicia por su mano (1S 24). Como elegido, David espera la hora de Dios, sin querer anticiparla. Le duele el odio de Saúl, pero no puede dejar de amarlo como ungido del Señor. Pide dos cosas al Señor: “No me entregues, Señor, en manos de mis enemigos, y que Saúl no caiga en mis manos, para que no me asalte la tentación de matar a tu ungido” (1S 26; CEC 436).

Obsesionado por perseguir a David, Saúl se olvida de los filisteos, que vuelven a someter a Israel. En la batalla de Gelboé las tropas israelitas son aniquiladas, mueren los tres hijos de Saúl y él mismo, gravemente herido, se suicida. Cuando le llega la noticia de la muerte de Saúl, David llora por él y por su hijo Jonatán (2S 1).

d) David, un hombre según el corazón de Dios

Después de la muerte de Saúl, David es consagrado rey de Judá y de Israel. Y lo primero que hace como rey es conquistar Jerusalén, que estaba en poder de los jebuseos y trasladar a ella el Arca del Señor. David y todo Israel “iban danzando delante del arca con gran entusiasmo”, “en medio de gran alborozo”; “David danzaba, saltaba y bailaba” (2S 6,5.12.14.16). El gozo se traduce en aclamaciones de sabor litúrgico: “David y todo Israel trajeron el arca entre gritos de júbilo y al son de trompetas” (2S 6,15). El Señor está con David en todas sus empresas. Sus victorias sobre los enemigos son incontables (2S 8). Pero el rey se ha vuelto indolente y perezoso. Mientras envía a Joab con sus veteranos a combatir a los ammonitas, David pasa el tiempo durmiendo largas siestas, de las que se levanta a eso del atardecer. Y un día, ¡al atardecer!, David

se levanta y se pone a pasear por la azotea de palacio. Entonces sus ojos caen sobre una mujer que se está bañando. David se queda prendado de ella y manda a preguntar por ella. Le informan: “Es Betsabé, hija de Alián, esposa de Urías, el hitita” (2S 11,1-4).

David sabe que la mujer está casada con uno de sus más fieles oficiales, que se encuentra en campaña. Sin embargo manda que se la traigan; llega la mujer y David se acuesta con ella, que acaba de purificarse de sus reglas. Después Betsabé se vuelve a su casa. Queda encinta y manda este aviso a David: “¡Estoy encinta!”. El rey de Israel, aclamado por todo el pueblo, el hombre según el corazón de Dios, se siente estremecer ante el mensaje. Pero no levanta los ojos al Señor. Para salvar su honor, intenta por todos los modos encubrir su delito. A toda prisa manda un emisario a Joab: “Mándame a Urías, el hitita” (2S 11,6).

Cuando llega Urías, para poder atribuirle el hijo que Betsabé, su esposa, ya lleva en su seno, le insta: “Anda a casa a lavarte los pies”. Pero el soldado no es como el rey. No va a su casa. Duerme a la puerta de palacio, con los guardias de su señor. David se muestra amable. Ofrece a Urías obsequios de la mesa real. El rey insiste: “Has llegado de viaje, ¿por qué no vas a casa?”. Urías, en su respuesta, marca el contraste entre David, que se ha quedado en Jerusalén, y el Arca del Señor y el ejército en medio del fragor de la batalla. Las palabras de Urías denuncian el ocio y sensualidad de David: “El Arca, Israel y Judá viven en tiendas; Joab, mi señor, y los siervos de mi señor acampan al raso, ¿y voy yo a ir a mi casa a comer, beber y acostarme con mi mujer? ¡Por tu vida y la vida de tu alma, no haré tal!” (2S 11,7-13).

Urías retorna al campo de batalla llevando en su mano, sin saberlo, su condena a muerte. Un pecado arrastra a otro pecado. David, por medio de Urías, manda a Joab una carta, en la que ha escrito: “Pon a Urías en primera línea, donde sea más recia la batalla y, cuando ataquen los enemigos, retiraos dejándolo solo, para que lo hieran y muera”. Joab no tiene inconveniente en prestar este servicio a David; ya se lo cobrará con creces y David, chantajeado, tendrá que callar. A los pocos días, Joab manda a David el parte de guerra, ordenando al mensajero: “Cuando acabes de dar las noticias de la batalla, si el rey monta en cólera por las bajas, tú añadirás: Ha muerto también tu siervo Urías, el hitita” (2S 11,14-21).

El rey indolente y adúltero se ha vuelto también asesino. Al oír la noticia se siente finalmente satisfecho y sereno. Así dice al mensajero: “Dile a Joab que no se preocupe por lo que ha pasado. Así es la guerra: un día cae uno y otro día cae otro. Anímalo”. Muerto Urías, David puede tomar como esposa a Betsabé y así queda resuelto el problema del hijo. Cuando pasa el tiempo del luto, David manda a por ella y la recibe en su casa, haciéndola su mujer. Ella le dio a luz un hijo (2S 11,22-27).

Ha habido un adulterio y un asesinato y David se siente en paz. El prestigio del rey ha quedado a salvo. Pero Dios se alza en defensa del débil agraviado. Ante su mirada no valen oficios ni dignidades. Y aquella acción no le agradó a Dios. En medio del silencio cómplice de los súbditos se alza una voz. El Señor envía al profeta Natán, que se presenta ante el rey y le cuenta una parábola, como si presentara un caso ocurrido, para que el rey dicte sentencia: “Había dos hombres en una ciudad, el uno era rico y el otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes. El pobre, en cambio, no tenía más que una corderilla, sólo una, pequeña, que había comprado. El la alimentaba y ella iba creciendo con él y sus hijos. Comía de su pan y bebía en su copa. Y dormía en su seno como una hija. Pero llegó una visita a casa del rico y, no queriendo tomar una oveja o un buey de su rebaño para invitar a su huésped, tomó la corderilla del pobre y dio de comer al viajero llegado a su casa”. A David, que ha logrado acallar su conciencia, ahora, con la palabra del profeta, se le despierta y exclama: “¡Vive Yahveh! que merece la muerte el hombre que tal hizo”. Entonces Natán, apuntándole con el dedo, da un nombre al rico de la parábola: “¡Ese hombre eres tú!” (2S 12,1-7).

La palabra del profeta es más tajante que una espada de doble filo; penetra hasta las junturas del alma y el espíritu; desvela sentimientos y pensamientos. Nada escapa a su luz. Es a ella a quien David tiene que dar cuenta. David no ha ofendido sólo a Urías, sino que ha ofendido a Dios, que toma como ofensa suya la inferida a Urías. Así dice el Señor, Dios de Israel: “Yo te ungué rey de Israel, te libré de Saúl, te di la hija de tu señor, puse en tus brazos sus mujeres, te di la casa de Israel y de Judá, y por si fuera poco te añadiré otros favores. ¿Por qué te has burlado del Señor haciendo lo que El reprueba? Has asesinado a Urías, el hitita, para casarte con su mujer. Pues bien, no se apartará jamás la espada de tu casa, por haberte burlado de mí casándote con la mujer de Urías, el hitita, y matándolo a él con la espada ammonita. Yo haré que de tu propia casa nazca tu desgracia; te arrebataré tus mujeres y ante tus ojos se las daré a otro, que se acostará con ellas a la luz del sol. Tú lo hiciste a escondidas, yo lo haré ante todo Israel, a la luz del día”. Ante Dios y su profeta David confiesa: “¡He pecado contra el Señor!” (2S 12,8-13).

La palabra de Dios penetra en el corazón de David y halla la tierra buena, el corazón según Dios, y da fruto: el reconocimiento y confesión del propio pecado abre la puerta a la misericordia de Dios. La miseria y la misericordia se encuentran. El pecado confesado arranca el perdón de Dios: “El Señor ha perdonado ya tu pecado. No morirás” (2S 12,13). Cumplida su misión, Natán vuelve a casa. Y David, a solas con Dios, arranca a su arpa los acordes más sinceros de su alma: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa...” (Sal 51).

Natán escucha la confesión de David y le anuncia el perdón del Señor. Pero el pecado siempre tiene sus consecuencias amargas: “Has asesinado. La espada no se apartará jamás de tu casa. En tu propia casa encontrarás tu desgracia. Y

lo que tú has hecho a escondidas, te lo harán a ti a la luz del día” (2S 12,10,12). David no olvidará su pecado. Lo tiene siempre presente. Y no es sólo el adulterio o el asesinato. A la luz de este doble pecado, David entra dentro de sí y ve su vida de pecado, “desde que en pecado lo concibió su madre”. Desde lo hondo de su ser grita a Dios: “Señor, ¿quién conoce sus propios extravíos? Líbrame de las faltas ocultas” (Sal 19,13).

Desde su pecado, David comprende que los juicios del Señor son justos. Su arrogancia cede ante el Señor, que le hace experimentar la muerte que ha sembrado su pecado. El niño, nacido de su adulterio, cae gravemente enfermo. David, entonces, suplica a Dios por el niño, prolongando su ayuno y acostándose en el suelo: “Señor, he pecado y es justo tu castigo. Pero no me corrijas con ira, no me castigues con furor. Yahveh, ¿hasta cuando? Estoy extenuado de gemir, cada noche lavo con mis lágrimas el lecho que manché pecando con Betsabé. Mira mis ojos hundidos y apagados, y escucha mis sollozos” (Sal 6). Siete días ha orado y ayunado David, hasta que al séptimo día el niño murió. Entonces David se lavó, se ungió y se cambió de vestidos. Se fue al templo y adoró al Señor; luego volvió al palacio y pidió que le sirvieran la comida. Los servidores, sin entender la conducta del rey, le sirvieron y él comió y bebió. Luego se fue a consolar a Betsabé, se acostó con ella, que le dio un hijo. David le puso por nombre Salomón, amado de Yahveh. Este hijo era la garantía del perdón de Dios. Cuando en su interior le asalten los remordimientos y las dudas sobre el amor de Dios, Salomón será un memorial visible de su amor, figura del Mesías (2S 12,15- 25).

Cuando David se establece en su casa y Dios le concede paz con todos sus enemigos, llama al profeta Natán y le dice: “Mira, yo habito en una casa de cedro mientras que el Arca de Dios habita bajo pieles. Voy a edificar una casa para el Señor”. Pero aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán: “Anda, ve a decir a mi siervo David: Así dice el Señor: ¿Eres tú quien me vas a construir una casa para que habite en ella? Desde el día en que saqué a Israel de Egipto hasta hoy no he habitado en una casa, sino que he ido de acá para allá en una tienda. No he mandado a nadie que me construyera una casa de cedro. En cuanto a ti, David, siervo mío: Yo te saqué de los apriscos, de detrás de las ovejas, para ponerte al frente de mi pueblo Israel. He estado contigo en todas tus empresas, te he liberado de tus enemigos. Te ensalzaré aún más y, cuando hayas llegado al final de tus días y descanses con tus padres, estableceré una descendencia tuya, nacida de tus entrañas, y consolidaré tu reino. El, tu descendiente, edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre.

Yo seré para él padre y él será para mí hijo. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia” (2S 7,1-17).

Al escuchar esta profecía de labios de Natán, David se postra ante el Señor y dijo: “¿Quién soy yo, mi Señor, para que me hayas hecho llegar hasta aquí? Y,

como si fuera poco, haces a la casa de tu siervo esta profecía para el futuro. ¡Realmente has sido magnánimo con tu siervo! ¡Verdaderamente no hay Dios fuera de ti! Ahora, pues, Señor Dios, mantén por siempre la promesa que has hecho a tu siervo y a su familia. Cumple tu palabra y que tu nombre sea siempre memorable. Ya que tú me has prometido edificarme una casa, dignate bendecir la casa de tu siervo, para que camine siempre en tu presencia. Ya que tú, mi Señor, lo has dicho, sea siempre bendita la casa de tu siervo, pues lo que tú bendices queda bendito para siempre” (2S 7,18-29).

Salomón, don de Dios a David, como señal de paz tras su pecado, es el “rey pacífico” (1Cro 22,9; Si 47,12), símbolo del Mesías, el hijo de David, el "Príncipe de paz", anunciado por Isaías (9,5). San Agustín comenta: Cristo es el verdadero Salomón, y aquel otro Salomón, hijo de David, engendrado de Betsabé, rey de Israel, era figura de este Rey pacífico. Es El quien edifica la verdadera casa de Dios, según dice el salmo: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores” (Sal 127). Salomón, hijo y sucesor de David (1R 1,28-40), recoge la promesa de Dios a su padre, que él mismo oye repetida: “Por este templo que estás construyendo, yo te cumpliré la promesa que hice a tu padre David: habitaré entre los israelitas y no abandonaré a mi pueblo Israel”. Cuando el templo estuvo terminado, Salomón hizo llevar a él las ofrendas que había preparado su padre: plata, oro y vasos, y los depositó en el tesoro del templo, bendiciendo al Señor: “¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel! Que a mi padre, David, con la boca se lo prometió y con la mano se lo cumplió” (1R 8,15). Este templo es tipo y figura de la futura Iglesia, que es el cuerpo del Señor, tal como dice en el Evangelio: “Destruid este templo y yo lo levantaré en tres días”. Cristo, verdadero Salomón, se edificó su templo con los creyentes en él, siendo El la piedra angular y los cristianos las “piedras vivas” del Templo (1P 2,4-5).

La promesa de Dios y la súplica de David suscitó en Israel una esperanza firme. Incluso cuando desaparece la monarquía esta esperanza pervive. Podían estar sin rey, pero, algún día, surgiría un descendiente de David para recoger su herencia y salvar al pueblo. Esta esperanza contra toda esperanza, fruto de la promesa gratuita de Dios, basada en el amor de Dios a David, se mantuvo viva a lo largo de los siglos. La promesa de Dios es incondicional. El Señor no se retractará. El rey esperado, el hijo de David, no será un simple descendiente de David. Será el Salvador definitivo, el Ungido de Dios, el Mesías (Is 11,1-9; Jr 23,5-6; Mi 5,1- 3).

David es figura del Mesías. “Es el hombre según el corazón de Dios” (1S 13,14; Hch 13,22). Con el barro de David, profundamente pasional y carnal, circundado de mujeres, hijos y personajes que reflejan sus pecados, Dios plasma el gran Rey, Profeta y Sacerdote, el Salmista cantor inigualable de su bondad. Los salmos exaltan al rey futuro, el Mesías, el Rey salvador (Sal 89; 131). David, el rey pastor, encarna, en figura, al Rey Mesías: potente en su pequeñez, inocente perseguido, exaltado a través de la persecución y el sufrimiento, siempre fiel a Dios que le ha elegido. De las entrañas de David saldrá el Ungido

que instaurará el reino definitivo de Dios. El “hijo de David” será “el salvador del mundo”, como testimonia todo el Nuevo Testamento (Mt 1,1ss; 9,27; 20,30-31; 21,9; Lc 1,78-79; Jn 8,12; 1P 2,9; 2Co 4,6; Ap 5,5; 22,16...).

David, el más pequeño de los hermanos, es el elegido por Dios como rey. Dios confunde con los débiles a los fuertes (1Co 1,27-29). Esta actuación de Dios culmina en el Mesías, prefigurado en David, que nace como él en la pequeña ciudad de Belén y en la debilidad de la carne; en su kénosis hasta la muerte en cruz realiza la salvación de la muerte y el pecado. A Juan, que llora ante la impotencia de abrir el libro de la historia, sellado con siete sellos se le anuncia: “No llores más. Mira que ha vencido el león de la tribu de Judá, el vástago de David, y él puede abrir el libro y los siete sellos” (Ap 5,5).

Gabriel anuncia a María que Jesús será rey y heredará el trono de David. Zacarías espera que la fuerza salvadora suscitada en la casa de David acabe con los enemigos y permita servir al Señor en santidad y justicia. Los ángeles lo aclaman como salvador, aunque haya nacido en pobreza, débil como un niño: “Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Cristo” (Lc 2,11). Simeón lo ve como salvador y luz de las naciones. Pedro lo confiesa como el Mesías, Hijo de Dios. También lo hace Natanael: “Maestro tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel” (Jn 1,49). Cada día podemos cantar con Zacarías:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitando una fuerza de salvación
en la Casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas” (Lc 1,68-70).



Elías profeta alimentado por los cuervos (icono ortodoxo)

9. PROFETAS ANTERIORES AL EXILIO

a) Elías y Eliseo

David se siente anciano, pronto para marchar a reunirse con sus padres (Sal 39). Antes de morir nombra como sucesor suyo a Salomón según la promesa hecha a su madre: “Vive Yahveh, que como te juré por Yahveh, Dios de Israel, diciendo: Salomón tu hijo reinará después de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, ¡así lo haré hoy mismo!”. Salomón se sienta en el trono de David al son de flautas (1R 1,28-40).

Salomón marca la época gloriosa de la monarquía de Israel. Su sabiduría, el esplendor de sus construcciones, sobre todo del Templo (1R 6; CEC 2580), y sus inmensas riquezas (1R 10,14-29) cubren de fama a Salomón (1R 5,9-14). Pero en su vejez, el corazón de Salomón, arrastrado por sus mujeres, se desvía del Señor, sin mantenerse fiel como su padre David. Sin embargo, el Señor mantiene su palabra, “en consideración a mi siervo David y a Jerusalén, mi ciudad elegida” (1R 11,1-13). El Señor dejará una tribu a la descendencia de Salomón “para que mi siervo David tenga siempre una lámpara ante mí en Jerusalén” (1R 11,36). La memoria de David queda en Israel como signo de esperanza eterna, pues a él está ligada la promesa del Señor. Cuando todo parezca venirse abajo por culpa de los reyes malvados, Dios perdona “en consideración a mi siervo David”. La promesa de Dios es irrevocable. La lámpara de David sigue encendida ante el Señor en Jerusalén hasta que llegue “el que ha de venir”, el Mesías, “hijo de David” (Mt 1,1).

El reinado de Salomón se divide en dos tiempos: uno de gloria y otro de ignominia (Si 47,12-12). Con la sabiduría de sus primeros años contrasta el lujo y lujuria de su ancianidad. Mientras se mantiene en el temor de Dios todo le va bien; cuando se aparta de Dios, abandona también la sabiduría. De ahí se sigue el deshonor y la ira de Dios. Su hijo mantiene vivas las promesas de Dios, pero también sufre las consecuencias de su necedad y Dios le castiga dividiendo el reino, sin destruir al pueblo ni la dinastía davídica: “El Señor no retiró su fidelidad ni permitió que fallaran sus promesas. El no aniquila la descendencia de sus elegidos ni destruye la estirpe de sus amigos, sino que dejó un resto a Jacob, y a David un brote de su estirpe. Salomón descansó con sus padres, y después de él dejó a uno de sus hijos, lo más loco del pueblo, falto de inteligencia, Roboam, que apartó de su cordura al pueblo. Surgió uno -no se pronuncie su nombre- que pecó e hizo pecar a Israel; él señaló a Efraím el

camino del pecado. Desde entonces se multiplicaron sus pecados tanto que expulsaron al pueblo de su tierra. Enorme fue su pecado, se entregó a toda maldad” (Si 47,18-25).

Jesús Ben Sira no quiere ni que se nombre a Jeroboam. Con Roboam y Jeroboam se divide el pueblo de Dios en dos reinos: Israel en el norte y Judá en el sur (1R 12). De los reyes que les suceden, sólo Ezequías y Josías se mantienen fieles a la alianza del Señor. No obstante su infidelidad, Dios mantiene la promesa hecha a David. Siempre queda un resto fiel, depositario de la promesa; es el resto “que no dobla las rodillas ante Baal”. Salomón ha construido un templo a Dios, “donde viva para siempre” (1R 8,13). Pero Dios no se deja “encerrar” en un templo (Hch 7,45-51), es el Dios que acompaña al pueblo en su historia. Frente a los reyes, que arrastran a Israel a la idolatría, Dios suscita sus profetas, que en su nombre invitan al pueblo a mantenerse fiel a la Alianza. Los profetas transmiten la palabra de Dios con su boca, con su vida, con los gestos simbólicos que realizan. A la luz de Dios iluminan los acontecimientos del pueblo. Denuncian el pecado y llaman a conversión.

En el reino del norte, durante el reinado de Ajab (874-853) y de su esposa Jezabel, hija del rey de Tiro, la fidelidad del pueblo a la Alianza del Señor se ve amenazada por la introducción del culto a Baal. Sobre el monte Carmelo Elías declara: “Sólo quedo yo como profeta del Señor, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta” (1R 18,22). Miqueas irónicamente ve como símbolo de estos profetas la boca, no porque de ella salga la palabra de Dios, sino porque traga todo: “anuncian la paz sólo si tienen algo que morder entre los dientes” (Mi 3,5).

Entonces surge el profeta Elías, “cuya palabra abrasa como horno encendido” (Si 48,1-11). Su nombre *Eli Yahu* (Yahveh es mi Dios) indica su misión. Elías, “el hombre de Dios”, se alza para defender la fe de Israel contra la idolatría. Enfrenta al pueblo con el dilema de servir a Yahveh o a Baal: “Si Yahveh es Dios, seguidle; si lo es Baal, seguidle a él”. Elías comienza presentándose ante el rey Ajab para anunciarle, en nombre de Yahveh, que “no habrá ni rocío ni lluvia sino por la palabra de Dios” (1R 17,1). La sequía será total. Baal, entronizado por Ajab, dios de la lluvia y de la fecundidad de la tierra, no podrá hacer nada frente a Yahveh, de quien en realidad depende la lluvia que fertiliza la tierra. “Por tres años y seis meses se cerró el cielo y hubo gran hambre en todo el país” (Lc 4,25). Una vez anunciado el mensaje al rey, Elías se esconde en una cueva del torrente Querit, al este del Jordán. Allí Dios provee a su sustento: “los cuervos le llevan por la mañana pan y carne por la tarde, y bebe agua del torrente” (1R 17,2-7).

Al cabo de un tiempo, habiendo cesado totalmente las lluvias, se seca el torrente. Dios entonces indica al profeta que se traslade a Sarepta. Allí vive gracias al milagro de la harina y del aceite de una viuda, a quien Elías anuncia en nombre de Dios: “No faltará la harina que tienes en la tinaja ni se agotará el

aceite en la alcuza hasta el día en que Yahveh haga caer de nuevo la lluvia sobre la tierra”. La viuda hace lo que le dice el profeta y se cumple “lo que había dicho Yahveh por Elías” (1R 17,7-16). “Muchas viudas había en Israel en los días de Elías y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón” (Lc 4,26).

Pasados los tres años de sequía, Dios saca a Elías de su ocultamiento y le envía de nuevo a Ajab, quien apenas le ve le increpa: “¿Eres tú, ruina de Israel?”. Y Elías responde: “No soy yo la ruina de Israel, sino tú y la casa de tu padre, apartándoos de Yahveh para seguir tras los baales” (1R 18,1-19). Elías indica a Ajab que convoque en el Carmelo a todos los profetas de Baal. Ante ellos Elías habla a todo el pueblo: “¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies, danzando en honor de Yahveh y de Baal?” (1R 18,21).

Elías, único profeta fiel a Yahveh, se enfrenta en duelo con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Pero no tiene miedo: el duelo es entre Yahveh y Baal. La prueba, que Elías propone, consiste en presentar la ofrenda de un novillo, él a Yahveh; los otros, a Baal. Colocarán la víctima sobre la leña, pero sin poner fuego debajo. “El dios que responda con el fuego, quemando la víctima, ése es Dios” (1R 18,24). Con gritos, danzas y sajiéndose con cuchillos hasta chorrear sangre invocan a Baal sus profetas, de quienes se burla Elías. Al atardecer toca el turno a Elías. Levanta con doce piedras el altar de Yahveh, que había sido demolido, dispone la leña y coloca el novillo sobre ella, derramando agua en abundancia sobre él y la leña. Luego invoca al Señor: “Yahveh, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se sepa hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he hecho estas cosas”. Al terminar su oración cae el fuego de Yahveh que devora el holocausto y la leña. Todo el pueblo, al verlo, cae rostro en tierra y exclama: “¡Yahveh es Dios, Yahveh es Dios!”. A una indicación de Elías, el pueblo se apodera de los profetas de Baal y los degüella en el torrente Cisón (1R 18,20-40).

Elías dice a Ajab: “Sube a comer y a beber, porque ya suena gran ruido de lluvia” (1R 18,41). Elías ora al Señor y el cielo se cubre de nubes. “La oración ferviente del justo, comenta el apóstol Santiago, tiene mucho poder. Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto” (St 5,17).

Después de su victoria contra los profetas de Baal, Elías es perseguido por Jezabel, que no le perdona la muerte de sus profetas. Elías, para salvar su vida, huye, sube a las fuentes de la Alianza, al monte Horeb, la montaña donde Dios selló su Alianza con Israel. El retorno de Elías a la cuna del nacimiento del pueblo de Dios es el signo característico de todos los profetas. Pero no se llega al Horeb sin cruzar el desierto. Elías, como el pueblo liberado de Egipto, camina por el desierto bajo el implacable sol. Solo, devorado por el hambre y la sed, cae rendido y se duerme a la sombra de una retama. Es tal el cansancio que se

desea la muerte: “¡Basta, Yahveh! Lleva ya mi alma, que no soy mejor que mis padres” (1R 19,4). Dios, que alimentó a Israel con el maná y le dio el agua de la roca, reconforta ahora al profeta, dejando a su cabecera una torta cocida y una jarra de agua. El Señor le espera en el Horeb: “Levántate y come, porque te queda aún mucho camino” (1R 19,5). Con la fuerza de la comida del Señor caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte Horeb.

En el Horeb, Elías se refugia en una cueva. El Señor con su palabra le saca fuera: “Sal y ponte en el monte ante Yahveh que va a pasar delante de ti” (1R 19,9-18). Ante Elías pasa un viento impetuoso que quiebra las peñas, pero no está Yahveh en el viento ni en el terremoto ni en el fuego. Luego viene un ligero susurro de viento. Al oírlo, Elías se cubre el rostro con el manto, se pone en pie a la entrada de la cueva y oye la voz de Yahveh que le envía de nuevo a Israel para ungir a Jehú como rey de Israel y a Eliseo como profeta, sucesor suyo. Elías halla a Eliseo, que está arando con doce yuntas. Pasando junto a él, le echa su manto y Eliseo, dejando los bueyes, corre tras él y le dice: “Déjame ir a abrazar a mi padre y a mi madre y te seguiré” (1R 19,20). Elías le responde: “Vete y vuelve, ¿qué te he hecho?”. Eliseo vuelve atrás, toma el par de bueyes y los sacrifica; con el yugo y el arado de los bueyes cuece la carne e invita a comer a sus gentes. Después se levanta, se va tras Elías y entra a su servicio. En la mente de Jesús está presente esta escena cuando declara: “Nadie que pone la mano sobre el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios” (Lc 9,62; CEC 2582- 2584).

El espíritu de Elías pasa a Eliseo. Discípulo y maestro marchan hacia Jericó. Elías trata de alejar de su presencia a Eliseo, pero éste no lo abandona. Con su manto abre Elías las aguas del Jordán y los dos pasan a la otra orilla. Elías dice a Eliseo: “Pídeme lo que quieras que haga por ti antes de que sea apartado de ti”. Y Eliseo le dice: “Dame dos partes de tu espíritu”. Replica Elías: “Difícil cosa has pedido. Si logras verme cuando sea arrebatado de ti, lo tendrás; si no, no lo tendrás”. Mientras caminan y hablan, un carro de fuego separa a uno del otro, y Elías es arrebatado al cielo en el torbellino. Eliseo mira y clama: “¡Padre mío! ¡Carro de Israel y auriga suyo!”. Y ya no ve más a Elías. Entonces Eliseo agarra su túnica y la rasga en dos; luego recoge el manto, que se le ha caído a Elías, se vuelve y con el manto de Elías golpea las aguas del Jordán, diciendo: “¿Dónde está Yahveh, el Dios de Elías?”. Las aguas se dividen y Eliseo las cruza. Al verlo, los hermanos profetas comentan: “Se ha posado sobre Eliseo el espíritu de Elías” (2R 2).

Al nombre de Eliseo se vincula la desaparición del reino del norte: “Cuando Elías fue arrebatado en el torbellino, Eliseo recibió dos tercios de su espíritu. En vida ni príncipe ni nadie pudo dominar su espíritu. Nada era imposible para él. Durante su vida hizo prodigios, y después de su muerte fueron admirables sus obras. Y, con todo, el pueblo no se convirtió, ni se apartó de sus pecados, hasta que fueron deportados de su tierra y esparcidos por el mundo entero. Sólo quedó

un pueblo reducido, con un príncipe de la casa de David. Algunos de ellos hicieron lo agradable a Dios, pero otros multiplicaron los pecados” (Si 48,12-16).

Como en la noche oscura emiten su resplandor las estrellas, así brillan Elías y Eliseo en medio de aquella sociedad idolátrica y corrompida del siglo IX. Ambos combaten la idolatría. La palabra ardiente de Elías le hace ser una antorcha que ilumina en medio de las tinieblas. Lo mismo afirma Jesucristo de Juan Bautista, que le precede con el espíritu de Elías (Jn 5,35; Lc 1,17). Los evangelistas aplican la profecía de Malaquías (Ml 4,5-6) a Juan Bautista. El ángel presenta a Juan como precursor del Mesías, que camina “en el espíritu y poder de Elías” para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto, y “reducir los corazones de los padres a los hijos y los rebeldes a los sentimientos de los justos” (Lc 1,17). Y cuando los discípulos preguntan a Jesús sobre la venida de Elías, les responde que Elías ha venido ya (Mt 17,10-13; Mc 9,10-12), refiriéndose a Juan Bautista (Mt 11,10; Mc 1,2). A Elías alude también cuando exclama: “He venido a traer fuego a la tierra y como desearía que estuviera encendido” (Lc 12,49). Durante la transfiguración de Jesús, Elías aparece junto a Moisés, representando el testimonio que la Ley y los profetas dan de Cristo (CEC 555). Y Eliseo, con sus prodigios, en favor de Israel y de los extranjeros (curación de Naamán el sirio), es figura del Salvador, enviado como “luz para iluminar a los gentiles y gloria de Israel” (Lc 2,32). Jesús, el verdadero profeta de Dios, repite *centuplicados* los milagros de Eliseo (2R 4,42-44; Mt 14,16-20; Lc 9,13; Jn 6,9-12; 1R 5,1ss; Lc 4,27).

b) Amos y Oseas

En el siglo VIII (2R 14,23ss), también en el reino del Norte, aparecen los profetas Amós y Oseas. Amós, el pastor de Tecua, nos narra su vocación: “Yahveh me arrancó de detrás del ganado y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel” (7,15). Para ser su profeta, Dios le revela sus planes: “No hace cosa Dios sin revelar su plan a sus siervos los profetas. Ruge el león. ¿quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?” (3,7-8). El Señor es el león, que ruge antes de lanzarse sobre la presa; el profeta es la voz de ese rugido, que denuncia el pecado e invita a conversión; si Judá no escucha su palabra y se convierte, el león atraparé su presa. La vocación de Dios es irresistible. Amós no puede sustraerse a ella.

Bajo el reinado de Jeroboam II (783-743), Israel alcanza la cima del poder y prosperidad. El eclipse de las grandes potencias durante este período dejó algún respiro a los pequeños reinos. En el reino del Norte encuentra Amós abundancia y esplendor en la tierra, elegancia en las ciudades y lujo en los palacios. Los ricos tienen sus residencias de invierno y de verano adornadas con costosos marfiles y suntuosos sofás con almohadones de damasco, sobre los que se reclinan en sus magníficos banquetes (3,13-15). Han plantado viñas y se ungen con preciados aceites; las mujeres se dan al vino (4,1-3). A los pobres se les

explota y hasta se les vende como esclavos. Los jueces están corrompidos. En este momento, arrancado por Dios de su vida tranquila en el campo, Amós, cuidador de higos de sicómoro, es enviado desde Jerusalén, morada del Señor, al reino del Norte a denunciar el pecado de Israel y anunciar su inminente catástrofe.

Amós recuerda a Israel los prodigios realizados por el Señor en su favor para que resalte más el pecado de su infidelidad. Les recuerda que el Dios de Israel es el Dios que acompañaba a su pueblo en la marcha por el desierto (2,10). La vida en tiendas creaba una hermandad entre todos, pendientes de la mano de Dios. Ahora, en la tierra, surgen las desigualdades entre ellos por el olvido de Dios (5,4-6). Con la paz que el Señor les ha concedido, a Israel le ha llegado la prosperidad; pero con ella ha entrado el lujo, la confianza en los bienes de la tierra y la corrupción. El pueblo se prostituye con el culto a los Baales, dioses de la fertilidad, en cuyo honor eleva altares o estelas en cada colina. Ahora el Señor, que ha elegido a Israel, le toma cuentas. Amós ve a Dios actuando en la historia. En lo oscuro del presente distingue los signos de una acción de Dios ya en marcha. Las cinco visiones (7- 9) muestran cómo el profeta percibe el significado de unos acontecimientos que los demás consideran insignificantes. Una invasión de langostas, una sequía, una plomada, unos frutos maduros, un terremoto son signos donde el profeta descubre la actuación de Dios.

La ira divina se alza contra el pecado. Dios no soporta a quienes unen el culto y la iniquidad: “Escuchad, hijos de Israel, esta palabra que dice el Señor a todas las familias que saqué de Egipto: A vosotros solos os escogí, entre todas las familias de la tierra; por eso os tomaré cuentas por vuestros pecados” (3,1-2). El amor de predilección al ser despreciado duele. Por ello “el Señor ruge desde Sión, alza la voz desde Jerusalén” (1,2). Esta es la profecía de Amós, fuente de esperanza. Israel busca a Dios, El va a encontrarse con Israel. Dios mismo suscita el hambre y la sed de su palabra: “He aquí que vienen días en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahveh” (8,11). El Señor salvará a un resto de supervivientes gracias a su fidelidad a la elección de Israel. El Señor castigará a su pueblo, pero no lo destruirá; lo enviará al destierro, pero un resto se salvará y volverá a poseer la tierra prometida: “Los plantaré en su campo y no serán arrancados del campo que yo les di, dice el Señor tu Dios” (9,15). “Así dice Yahveh: Como salva el pastor de la boca del león dos patas o la punta de una oreja, así se salvarán los hijos de Israel” (3,12). “He aquí que los ojos del Señor están sobre el reino pecador; voy a exterminarlos de la faz de la tierra, aunque no exterminaré del todo a la casa de Jacob” (9,8).

Oseas es el profeta de la decadencia y caída del reino del Norte que sigue a la muerte de Jeroboam II. Con sus sucesores, -cinco reyes en diez años-, Israel se prostituye, contaminándose en alianzas con Asiria y Egipto. Dios se lamenta: “Todos los reyes han caído; no hay entre ellos quien me invoque” (7,7). Oseas,

como los demás profetas, se opone al culto vano que se rinde a Dios en el templo. No se opone al culto; busca más bien la autenticidad cultural. Lo que no soporta es el divorcio entre el culto y la vida. El profeta vincula el culto verdadero con la existencia auténtica del pueblo de Dios. Oseas critica a los sacerdotes, no por ser sacerdotes, sino por no serlo: “Vuestra piedad es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora. Deseo amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos” (6,4-6; CEC 2100).

Oseas no se cansa de acusar el pecado capital de Israel: la infidelidad al Señor, que presenta como prostitución y adulterio. Esta infidelidad se muestra ante todo en el culto a los ídolos, con sus altares y sacrificios, los cultos de fertilidad y la prostitución sagrada. En segundo lugar acusa la alianzas de Israel con Egipto y Asiria, que es otra forma de infidelidad a Dios. Oseas grita a Israel que la confianza en Egipto y Asiria les llevará más bien al exilio: “Retornarán a la tierra de Egipto y Asiria será su rey, pues se niegan a volver a mí” (11,5). Sin embargo el amor de Dios por Israel es indestructible. Dios es incapaz de abandonar al pueblo que ama entrañablemente (11,8). Oseas no ha sido enviado a anunciar la destrucción, sino a llamar a conversión para que Israel vuelva al amor primero: “Cuando Israel era un niño, yo lo amé, y llamé a mi hijo de Egipto. Yo fui quien enseñó a caminar a Efraím, lo alcé en mis brazos, con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía a mí, me inclinaba y le daba de comer” (11,1-6). Oseas añora el tiempo de los esponsales de Israel con Dios en el desierto. A Israel, la esposa, que ha roto la Alianza, Dios le dice: “Yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón, y me responderá allí como en su juventud, como el día en que la saqué de Egipto” (2,16; 12,10).

Oseas canta el amor de Dios como esposo y como padre. En la experiencia personal del adulterio e infidelidad de su esposa, Oseas comprende profundamente el amor de Dios: la infidelidad del pueblo a la alianza es un adulterio, pues el amor de Dios es el amor apasionado de un esposo, capaz de perdonar todo y de volver a comenzar de nuevo. Oseas revela los designios de Dios con su propia persona (1-3). Su matrimonio es símbolo vivo de las relaciones de Dios con su pueblo. Con su amor a “una mujer adúltera” proclama el amor con que “Dios ama a los hijos de Israel” (3,1). Dios ama a Israel, esposa infiel, aunque con sus adulterios e idolatrías provoca sus celos y su furor. Tras probarla, ocultando su rostro por un instante, le devolverá las alegrías del primer amor: “Voy a ocultarme hasta que busquen mi rostro. En su angustia me buscarán” (5,15). Para atraer y seducir de nuevo a la esposa infiel la colma de dones: amor, compasión, justicia y fidelidad, hasta hacerla digna de su amor. Aquel día, -oráculo del Señor-, me llamará “Esposo mío”, no me llamará más “Baal mío”. Arrancaré de su boca los nombres de los ídolos y no se acordará de invocarlos. Aquel día haré para ellos una alianza. Me desposaré contigo en matrimonio perpetuo, me desposaré contigo en amor y compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahveh. Me compadeceré de “No-

Compadecida” y diré a “No-es-mi-pueblo”: “Tú eres mi pueblo”, y él dirá: "Tú eres mi Dios" (2,16-25).

El matrimonio de Oseas ha sido escogido por Dios para constituir un mensaje tangible, visible, dirigido a Israel, para representar proféticamente la fidelidad de Dios a la alianza. La fidelidad conyugal de Oseas, mantenida contra viento y marea, es algo sorprendente, inaudito, y por tanto elocuente. Es algo muy cercano a los gestos de Jesucristo en el Evangelio. En la vida matrimonial, Oseas, guiado por la experiencia existencial de lo que Dios representa para Israel, ha llevado a cabo su misión, en la que vemos un anticipo, aún velado, de la visión sacramental del matrimonio en el Nuevo Testamento. San Pablo lo expresa con la fuerza de Oseas: “Maridos amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin mancha ni arruga, sino santa e inmaculada... Gran misterio es este, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia” (Ef 5,25ss; CEC 762; 796; 2380).

c) Isaías y Miqueas

En el reino del Sur, durante el mismo siglo VIII, se encuentran los profetas Isaías y Miqueas. Durante el largo reinado de Uzías, Judá alcanza la cima del poder (2R 15). Su éxito lo convierte en el gobernante más grande de Judá desde la división del Reino. Pero su fortaleza se convierte en su debilidad, al llenarlo de orgullo. En su arrogancia intenta usurpar el poder del sacerdocio, hasta entrar en el Templo del Señor para quemar incienso en el altar, una misión reservada al Sumo Sacerdote. Al oponérsele los sacerdotes monta en cólera y, mientras la ira va en aumento, la lepra comienza a brotar en su frente. “Y el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y por ser leproso habitó en una casa apartada, pues fue excluido de la casa del Señor” (2Cro 26,18-21).

Isaías recibe su llamada como profeta en el año de la muerte de Uzías. En su nombre, “Yahveh salva”, lleva marcada su misión: “Aquí estamos yo y los hijos que me ha dado Yahveh como señal para Israel” (8,18). La intervención de Dios en la vida de Isaías le “aparta de seguir la ruta que sigue el pueblo” (8,11). El drama de su predicación es que el plan de Dios choca con los planes humanos. Son planes que distan el uno de los otros como el cielo y la tierra. Los planes de los hombres son inconsistentes. El profeta toma conciencia del plan de Dios cuando es enviado con la misión de anunciarlo (6,9-13). Esta misión consiste en invitar a los hombres a que abandonen los planes inútiles, a los que prestan tanta atención, y que dirijan sus miradas al designio, el único eficaz, de Dios. El plan de Dios, a primera vista, es extraño, misterioso, pero cuando se lo comprende resulta admirable (28,29). La obra de Yahveh pasa, como la del labrador, por la devastación, la aniquilación, la muerte; pero de ello brota la vida (6,13).

Como los reyes de Judá alardean de su orgullo y arrogancia de corazón (2R 16-17), el territorio de Judá es devastado y Jerusalén sitiada. “El corazón del rey Ajaz y el corazón de todo el pueblo se conmovieron como los árboles del bosque se agitan con el viento” (7,2). En ese momento Isaías transmite la palabra de Dios al rey: “¡Alerta, pero ten calma! No temas ni desmaye tu corazón por ese par de cabos de tizones humeantes” (7,4), que planean conquistar Judá. El temor del rey no disminuye con la palabra del profeta. En un intento de convencer al rey, Isaías se ofrece a confirmar sus palabras con un signo: “Pide para ti una señal de Yahveh tu Dios en lo profundo del abismo o en lo alto de los cielos”. Pero Ajaz replica: “No la pediré, no tentaré a Dios” (7,11). Ajaz, sitiado y acosado por sus enemigos, decide que es más prudente ser “hijo y siervo” del rey de Asiria que hijo y siervo del Dios invisible. Así Judá se rinde a los pies de Asiria. El rey, para llegar a un acuerdo con la potencia más grande del mundo, está dispuesto a abandonar la fe en Dios, “concertando un pacto con la muerte” (28,15). Isaías, que ve la historia como escenario de la acción de Dios, donde los reinos e imperios surgen por un tiempo y luego desaparecen, percibe un designio más allá de las sombras del momento: “Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que la virgen está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (7,14; Mt 1,23; 2R 18-20).

El profeta grita (40,6) la palabra de Dios; pero también la comunica con gestos. Camina por Jerusalén con vestidos de esclavo, como símbolo de lo que espera a los pueblos en que Judá pone su confianza. Isaías se opone a toda alianza con Asiria o con Egipto: “Sólo volviéndoos a Dios seréis salvados; en la quietud y confianza está vuestra fuerza” (30,15). “Los egipcios son hombres y no Dios; sus caballos, carne y no espíritu” (31,3). La preocupación de Isaías no es la política de Judá, sino el estado interior de Israel. La gente compra, vende, se regocija, pero Isaías está consumido por la angustia. No puede quedarse indiferente ante los crímenes que contempla: opresión de los pobres y adoración de los ídolos. Jerusalén, “la ciudad fiel se ha tornado una prostituta” (1,21). Isaías contempla la aflicción de Dios, que se siente abandonado por sus hijos: “Hijos crié y saqué adelante y ellos se rebelaron contra mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, Israel no conoce, mi pueblo no discierne. Han abandonado al Señor, han despreciado al Santo de Israel” (1,2-3). El hombre ha llegado a ser una carga y aflicción para Dios, que odia su culto y celebraciones (1,11-20). Pero todas estas acusaciones no son más que la expresión de su amor herido. Son “sus hijos” (1,2), aunque sean “hijos rebeldes” (30,1). Su enfado dura un instante, no perdura para siempre. Y en ese instante de ira el Señor invita a su pueblo a esconderse para no perecer: “Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras y cierra tus puertas tras de ti, escóndete un instante hasta que pase la ira” (26,20). La aflicción de Dios es lo que nos describe la canción de la viña de Dios, “Amigo” de Israel (5,1-7; 27,2-5).

También Miqueas, contemporáneo de Isaías, se siente llamado a “declarar a Jacob su delito y a Israel su pecado” (3,8). El pueblo, peregrino por el desierto bajo la protección de la nube de Dios, en Canaán se ha instalado; los israelitas

sestean “cada cual bajo su parra y su higuera” (4,4). Miqueas ataca a los poderosos que abusan del pobre; a los potentes que oprimen con su codicia a los súbditos; a los jueces que se dejan corromper con regalos y a los profetas a sueldo. Miqueas es el primero en anunciar la destrucción de Jerusalén. Los dirigentes están “edificando a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad. Por eso Sión será arada como un campo, Jerusalén será un montón de ruinas” (3,10.12). La gente se inclina idolátricamente a la obra de sus manos, es inevitable la desgracia.

Sin embargo, esta no es la última palabra de Miqueas. Como Isaías, también Miqueas anuncia la salvación: “Aquel día reuniré a los dispersos, a los que afligí. Ellos serán el resto sobre los que reinará el Señor en el monte Sión desde ahora y por siempre” (4,6-8). La angustia del destierro no es angustia de muerte, sino angustia de parto, creadora de una vida nueva. El dolor es camino de salvación; en la aflicción el pueblo experimentará la salvación de Dios (4,9-10), cuando “dé a luz la que ha de dar a luz”. Con ojos de profeta, Miqueas ve la gloria de Belén, patria de David y de su descendiente, el Mesías: “Y tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el salvador de Israel” (5,1-7). Entonces el hombre agradecerá a Dios, haciendo lo que El desea: “que ames la misericordia y que camines humildemente con tu Dios” (6,8). Con gozo concluye: “¿Qué Dios hay como tú, que perdonas el pecado y absuelves la culpa al resto de tu heredad? No mantendrá por siempre la ira, pues se complace en la misericordia. Volverá a compadecerse y arrojará a lo hondo del mar todos nuestros pecados” (7,18-20).

d) Sofonías, Nahúm, Habacuc y Jeremías

En el siglo VII, cuando Jerusalén se encamina hacia la catástrofe, sostienen al pueblo los profetas Sofonías, Nahúm, Habacuc y Jeremías (2R 22-25). El rey Josías es el gran restaurador de Jerusalén; proscribire el culto de los santuarios locales y desarraiga los restos de la idolatría. Sofonías colabora con él en esta obra renovadora. Sofonías, recogiendo la tradición de los anteriores profetas, es el profeta del “resto” formado por los pobres de Yahveh, creyentes que escuchan su palabra y se apoyan en su Nombre (3,13). Al final proclama el gran anuncio de salvación: “Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos. El Señor será el rey de Israel, en medio de ti, y ya no temerás... El Señor se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta” (3,14-18).

Mientras Nahúm canta la ruina de un imperio (Asiria), Habacuc contempla la aurora de otro (Babilonia). Los dos cantan al Señor que dirige el curso de la historia. El impío se hincha, confía en su propio poder, y perece; el justo, en cambio “vivirá por su fe” (Ha 2,4). Ni la opresión presente, ni el futuro turba la confianza del justo que se gloria, no en sus fuerzas, sino en el auxilio del Señor:

“Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré en el Señor, me gloriaré en Dios mi salvador. El Señor es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas” (Ha 3,17-19).

Jeremías, el gran profeta de este siglo VII, se sabe llamado por Dios desde el seno materno: “La palabra del Señor se reveló a mí diciendo: Antes que te formara en el vientre te conocí, y antes que nacieras te consagré; yo te constituí profeta de las naciones” (1,5). De nada le vale apelar a su corta edad: “¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho”. El Señor le replica: “No digas: Soy un muchacho, porque donde te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No tengas miedo, pues yo estoy contigo para salvarte” (1,6-8). Jeremías describe su llamada como seducción por parte de Dios: “Me sedujiste y me dejé seducir” (20,7). La vocación de Dios sumerge a Jeremías en una dolorosa soledad (15,17). Pero, como profeta, testigo de Dios, toma parte en el consejo de Dios, donde es informado de sus secretos (23,18.22). Es Dios mismo quien pone sus palabras en sus labios (1,9): imposible no hablar.

Jeremías es enviado a anunciar el hundimiento de Jerusalén. Pero él no piensa que el mal sea inevitable. Por encima de la ceguera del hombre está el prodigio de la conversión, el pasillo abierto por Dios para que el hombre vuelva a él. Jeremías grita: “Vuélvete, Israel apóstata; no estará airado mi semblante contra vosotros, porque soy piadoso y no guardo rencor para siempre” (3,12). Sin embargo, todos sus intentos son vanos. Lleno de orgullo, el pueblo desoye sus palabras. Sus ojos de profeta contemplan cómo se tambalean los muros de Jerusalén. Por ello llama, grita, llora, urge al pueblo a arrepentirse, pero no es escuchado. Consciente de la hora que llega, acusa al pueblo de provocar la ira de Dios: “Los hijos de Judá no hacen más que provocarme a la ira por la obra de sus manos” (32,30-35).

Heredero espiritual de Oseas, Jeremías toma de nuevo el símbolo nupcial y opone la infidelidad de Israel al amor eterno de Dios. El pecado del pueblo, su infidelidad, su idolatría y los excesos sexuales ligados al culto de los dioses cananeos quedan estigmatizados en la alegoría de la unión conyugal. Recuerda con nostalgia el tiempo del desierto: “Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierras yermas” (2,2). Pero la vida ulterior ha cambiado por completo: “Sobre todo collado y bajo todo árbol frondoso te acostaste como una prostituta” (2,20), o peor, “igual que una mujer traiciona a su marido, así me traicionó Israel” (3,20). Y lo peor es que, después de tanta iniquidad, tiene la osadía de afirmar: “No estoy contaminada” (2,23), “soy inocente, yo no he pecado” (2,35). Por ello, Jeremías tiene que convencer al pueblo de la gravedad de sus acciones. Con imágenes cargadas de colores oscuros y fuertes describe el libertinaje de la esposa infiel (2,20-25; CEC 1611).

Sin embargo, a pesar de todas las amenazas, Jeremías termina señalando la fidelidad del amor de Dios: “Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad; te reconstruiré y quedarás construida, capital de Israel” (31,3-4). Dios no sólo perdonará a Israel su pecado, sino que lo transformará. Dios dará a su pueblo un corazón nuevo y un camino nuevo para que nunca más se aparten de El: “Mirad, yo los congregaré de todos los países por donde los dispersó mi ira. Los traeré a este lugar. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Les daré otro corazón y otro camino. Haré con ellos alianza eterna y no cesaré de hacerlos bien. Pondré mi temor en su corazón para que nunca más se aparten de mí” (32,37-44). Jeremías quiere inculcar en el pueblo el amor de Dios: “Te he amado con amor eterno, por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificar y serás reedificada” (31,3ss), “pues yo soy un padre para Israel, y Efraím es mi primogénito” (31,9). En la promesa de reconstrucción de Israel se vislumbra la nueva y definitiva alianza, que constituye la cumbre del mensaje de Jeremías: “Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (31,33; CEC 218-220).

La vida y pasión de Jeremías, a quien Dios acrisoló con el sufrimiento, es como una anticipación de la de Cristo (Hb 2,10-18; 4,15; 5,7-10). El Señor y su palabra hieren el corazón de Jeremías, pero también sufre por Israel: debe condenar a quien ama. Para realizar su misión, el muchacho débil y sensible, arrancado de la paz apacible de Anatot, una pequeña aldea rural, es transformado en la antítesis de su personalidad: “He aquí que yo te pongo hoy como ciudad fortificada, por columna de hierro, por muro de cobre, contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra” (1,18). Jeremías es llamado a desarraigar, derribar, destruir y arruinar antes de confortar, ofrecer esperanza, edificar y plantar (1,10). A él, que ama entrañablemente a su pueblo, hasta entregar su vida para salvarlo, se le considera un enemigo del pueblo y, como a tal, se le persigue: “Ni he prestado ni me han prestado y todos me maldicen” (15,10). Los mismos hombres de Anatot, su pueblo siempre añorado, claman contra él y tratan de matarlo (11,21). Con angustia confiesa: “Yo, como cordero llevado al matadero, no sabía los planes homicidas que tramaban contra mí: cortemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que su nombre no se pronuncie más” (11,18-19). Su vocación llega a hacerse intolerable, arrancando a Jeremías los más terribles lamentos e imprecaciones: “¿No habría sido mejor no nacer?” (20,7-18). El profeta necesita que Dios le conforte para mantenerse fiel a su misión, que termina con el destierro a Egipto, “donde no se invoca el nombre de Yahveh”.

Los profetas se caracterizan por su atrevimiento. Su palabra lleva el convencimiento de que no es palabra humana, sino Palabra de Dios, que no puede dejar de cumplirse. “Hombres como eran, hablaron de parte de Dios, movidos por el Espíritu Santo” (2P 1,19-21). Invadidos por el Espíritu Santo, vida y mensaje del profeta quedan fundidos. Rechazar su palabra es rechazarles a ellos. Jesús dice: “Jerusalén, que matas a los profetas” (Mt 23,37). El martirio

es el sello que da autenticidad a la profecía. Discutidos siempre, con frecuencia perseguidos, los profetas son los testigos de Dios en medio del pueblo. Cuando callan los profetas, al pueblo le falta la palabra de Dios (1M 4,46; 9,27; Sal 74,9). El silencio de Dios, al faltar los profetas, aviva el deseo y la esperanza del Profeta prometido (1M 14,41): “Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él dirá todo lo que yo le mande” (Dt 18,18; Hch 3,22). Ya en el Nuevo Testamento, la cercanía de Dios se anuncia con Juan Bautista, “profeta y más que profeta” (Lc 7,26), precursor del Profeta esperado (Jn 1,25;6,14): “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Hb 1,1). Tras la multiplicación de los panes, que recordaba el maná del Exodo y el milagro de Eliseo, las gentes se pusieron a gritar: “Este es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo” (Jn 6,14). Al oír sus palabras las gentes dijeron: “¡Este es realmente el profeta!” (Jn 7,52). Jesús no sólo es la boca de Dios, sino la Palabra de Dios encarnada. Escucharle, acogerle es escuchar y acoger al Padre que le ha enviado (CEC 64).

Y, con el don del Espíritu Santo en Pentecostés, en el seno de la Iglesia se da una renovación permanente de la profecía. Todos sus miembros están llamados a recibir el don del Espíritu Santo que les hace profetas (Hch 8,15-18; 10,44-46). Y además, dentro de la comunidad cristiana, algunos miembros se distinguen por ese don y reciben el nombre de profetas. Con sus palabras y gestos edifican la asamblea de los fieles (Hch 21,10; CEC 1286- 1287).



El Profeta Isaías

10. EXILIO Y PROFETAS DEL EXILIO

a) Jeremías, testigo de la caída de Jerusalén

Jeremías es testigo de una de las épocas más duras del pueblo de Dios. El país camina irremediabilmente hacia su ruina. La catástrofe se ha hecho inevitable. Jeremías está convencido de la inutilidad de toda resistencia frente a Babilonia, que avanza pisoteando los reinos de los alrededores. Los profetas de la paz no son enviados de Dios. Con sus ilusiones de que todo va bien alejan al pueblo de la conversión a Dios. Jeremías, que comprende que la desgracia está decretada por Dios, desea impedir que Jerusalén se defienda de Babilonia.

Nabucodonosor, cansado de las provocaciones de Yoyaquim, decide acabar con él. Pero antes de llegar a Judá, Yoyaquim muere de muerte violenta. Su hijo Joaquín, de dieciocho años sube al trono y reina durante tres meses. Nabucodonosor llega a Jerusalén y la cerca. El asedio dura poco más de un mes y acaba el 16 de marzo del año 597. Joaquín se rinde y, por ello, como prisionero, es tratado mejor de lo que después será tratado el rey Sedecías. Pero Joaquín, con su madre, sus ministros, generales y funcionarios, es deportado a Babilonia. Y con él son deportados los personajes importantes y los artesanos capaces de trabajar el metal, unos siete mil hombres, junto con sus familias, y un botín enorme (2R 24,10-16).

Tras la deportación del rey Joaquín, Nabucodonosor establece en Jerusalén un rey a su gusto, el tío del rey destronado, hijo de Josías. Es otro joven, de veintiún años, que recibe en su coronación el nombre de Sedecías (2R 24,17). Vasallo de Babilonia, presta juramento de fidelidad a Nabucodonosor (2Cro 36,13). Sus primeros años transcurren con relativa calma. Pero en el 588, obligado por sus consejeros, se niega a pagar el tributo a Babilonia. Nabucodonosor le declara la guerra. En el año 587, diez años después de la primera deportación, se cierra de manera definitiva el ciclo de la monarquía de Judá y de Israel. Sedecías, más por cobardía que por convicción, lleva a Jerusalén y a sus habitantes a la ruina total.

El cinco de enero del 587 comienza el asedio de Jerusalén. El ejército de Nabucodonosor acampa frente a ella y construye torres de asalto a su alrededor (Jr 52,4). El hambre aprieta en la ciudad y no hay pan para la población (52,6). En julio se abre la primera brecha en la muralla. Tras año y medio de resistencia, la capital se rinde el 19 de julio del 586 (39,1-3). En el mes de agosto Jerusalén es destruida. Los conquistadores la saquean y la incendian. El templo de Salomón arde en llamas. Jeremías es ahora, en el momento de la aflicción, la voz del pueblo: “¡Ay de mí, qué desgracia! ¡me duele la herida! Mi tienda ha sido

saqueada, y todos mis tensores arrancados. Se han ido los hijos y no queda ni uno. No hay quien despliegue ya mi tienda ni quien sujete mis toldos” (10,19-20). Sobre estos acontecimientos del día de la caída de Jerusalén, Baruc escribe la crónica (39,1-10; 52,6-14; 2R 25,4-7).

La liturgia de la sinagoga proclama las Lamentaciones en la celebración conmemorativa de la destrucción del templo. La *primera Lamentación* comienza con una pregunta que sube hasta el cielo y se precipita hasta la tierra sin respuesta: “¿Cómo?”. Se trata del lamento, de la oración hecha de preguntas entre sollozos. Es una lamentación personal y comunitaria; cada orante siente el dolor punzante en su corazón; y la nación entera, con una única voz coral, eleva el llanto común. Es el llanto que resuena desde Jerusalén hasta los canales de Babilonia, donde los desterrados “nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras guitarras. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores a divertirlos: Cantadnos un cantar de Sión. ¿Cómo cantar un cantar del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías” (Sal 137).

La *segunda Lamentación* repite la confesión de fe en Dios como Señor de la historia: es él quien ha destruido la ciudad (Lm 2,1-9) y la causa han sido nuestros pecados (Lm 2,10- 18). Pero en esta segunda Lamentación aflora algo nuevo: la súplica al Señor para que tenga misericordia (Lm 2,19-22). En la *tercera Lamentación* se invita a examinar la propia conducta y a volver al Señor, elevando a él el corazón y las manos (Lm 3,40-44). La *cuarta Lamentación* parece ser la narración de un superviviente de la catástrofe, que no logra quitarse de sus ojos las escenas que ha contemplado. Pero al final se alza, para borrar todo el horror, el anuncio de la esperanza y del perdón: “¿Se ha borrado tu culpa, hija de Sión, no seguirás en el destierro!” (Lm 4,21-22). Es la súplica humilde de la *quinta Lamentación*, que pide al Señor que renueve a su pueblo los antiguos prodigios: “Tú, Yahveh, eres rey por siempre, tu trono dura de generación en generación. ¿Por qué has de olvidarnos para siempre, por qué nos abandonarás por toda la vida? ¿Señor, haznos volver a ti y volveremos! Renueva los días pasados” (Lm 5,19-22).

Jeremías, que asiste a la caída de Jerusalén, al incendio del templo, al derrumbamiento de Judá, tiene dos focos de atención: los desterrados y los que quedan en Jerusalén. A ambos grupos invita a aceptar que Dios les ha entregado en poder de un rey extranjero. Para los desterrados esto equivale a renunciar a la esperanza de un pronto retorno. Para los habitantes de Judá equivale a renunciar a la independencia y someterse a Babilonia. Esa es la voluntad de Dios (27,5-11). Jeremías despide a los desterrados con un aviso que les permita salvar su fe exclusiva en Dios. La victoria del emperador de Babilonia parece demostrar la superioridad de sus dioses; además, faltándoles el culto al Señor en tierra extranjera, el pueblo puede sentirse atraído por el

esplendor de las ceremonias religiosas de sus nuevos señores. Jeremías les inculca, deseando que lo lleven grabado en su corazón, que los ídolos son hechura de manos humanas, mientras que el Señor ha hecho cielo y tierra. Se dirige a ellos con el título de Israel, pueblo elegido de Dios, al que siguen perteneciendo, aunque se hallen lejos de la tierra de Israel: “Israelitas, escuchad la palabra que Yahveh os dirige: No imitéis el proceder de los gentiles, ni os asusten los signos celestes que asustan a los gentiles. Porque las costumbres de los gentiles son vanidad” (10,1-11). Los ídolos son algo tan muerto y falso como un espantapájaros en un pepinar (10,12-16; 51,15-19).

Jeremías les escribe además dos cartas, advirtiéndoles que, contra lo que anuncian los falsos profetas, el destierro será largo; no deben alentar falsas esperanzas, sino aceptar su situación. “Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed de sus frutos; tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; casad a vuestros hijos y dad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas” (29,5-6). Es una palabra de Dios, que sigue considerando a los desterrados como su pueblo. Cada hijo que nazca en Babilonia será un acto de confianza en Dios, que les asegura un futuro. Cuando llegue el momento previsto, Dios realizará una salvación superior a la del primer éxodo: “Al cumplir setenta años en Babilonia, yo os visitaré y cumpliré con vosotros mi promesa de traeros de nuevo a este lugar; mis designios sobre vosotros son designios de paz y no de desgracia. Me invocaréis, vendréis a rogarme, y yo os escucharé. Me buscaréis, y me encontraréis cuando me busquéis de todo corazón; me dejaré encontrar de vosotros; devolveré vuestros cautivos, os recogeré de todas las naciones y lugares a donde os desterré” (29,10-14).

Jeremías alberga la certeza de la redención de Israel. Dios es más potente que todas las potencias de este mundo. El centro de la historia no se encuentra en Asiria, que ha caído, ni en Egipto, que se halla debilitado, pero tampoco en Babilonia, que ahora emerge con toda su fuerza. Asiria, Egipto y Babilonia no son más que criaturas sometidas a Dios. La victoria final es de Dios y de su pueblo. El vínculo que une a Dios con su pueblo no se afloja con la caída, sino que se estrecha con más fuerza. Dios es fiel a su alianza. La caída de Israel se ha hecho necesaria, pero no para su desaparición, sino para su recreación (CEC 710; Lc 24,26). La caída queda integrada en el marco de la alianza; es el camino de salvación para Israel como pueblo de Dios. Paradójicamente, la vida está en alejarse de Jerusalén; y la muerte está en quedarse aferrado a Jerusalén. Seguir a Dios, en vez de confiar en el lugar, es el camino de la vida. El que lo pierde todo por Dios encuentra la vida (Jn 12,25). El camino de la vida o de la muerte lo traza Dios. La voluntad de Dios, aunque pase por la muerte, es el único camino que lleva a la vida: “Yo os pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte. Los que se queden en esta ciudad, morirán de espada, de hambre y de peste. Los que salgan y se entreguen a los caldeos, que os cercan, vivirán. Porque esta ciudad será entregada al rey de Babilonia, que la incendiará” (21,8-10).

Jeremías recibe el encargo de Dios de dejar por escrito, como testimonio de sus designios, el anuncio de la salvación futura: “Escribe todas las palabras que te he hablado en un libro, pues he aquí que vienen días en que haré tornar a los cautivos de mi pueblo” (Jr 30,1-3). Es una palabra de salvación, que Dios no quiere que se olvide nunca. Sobre Jerusalén y Judá pesa el juicio aniquilador de Dios, pero Dios mira a lo lejos y consigna por escrito la visión. No termina la historia. Habrá un futuro de paz y felicidad. Jeremías anuncia la salvación a través de la prueba, la curación a través de la herida. La vuelta será extraordinaria, obra de la potencia de Dios, siempre fiel a su pueblo: “Llegará el día en que griten los centinelas en la montaña de Efraín: ¡En pie, subamos a Sión, a visitar a Yahveh, nuestro Dios. Pues así dice Yahveh: Gritad jubilosos por Jacob, alegraos por la capital de las naciones; hacedlo oír, alabad y decid: ¡Ha salvado Yahveh a su pueblo, al resto de Israel! Yo os traeré del país del norte, os recogeré de los confines de la tierra. Retornarán el ciego y el cojo, la preñada y la parida. Volverá una gran asamblea. Porque yo soy para Israel un padre y Efraín es mi primogénito” (31,6-9).

El exilio no prueba que Dios haya muerto. La conversión a él puede suscitar de nuevo la esperanza de una recreación del pueblo. Con el hundimiento de Jerusalén no ha terminado la historia de la salvación. Dios es capaz de sacar la vida de la muerte (2Co 4,12). El anuncio de salvación es luminoso, irrumpe y colma de alegría. En Judá, ahora arruinada, volverán a verse todas las expresiones de alegría: amor, fecundidad, familia; se oirán los cantos de los salmos, alabando la bondad de Dios (Jr 33,6-13). El Señor, en aquellos días, suscitará a David un vástago legítimo, que establecerá la justicia y el derecho. Jerusalén entonces será realmente Jerusalén, ciudad donde reina la paz; todos la llamarán “Señor-nuestra-justicia” (Jr 33,14-22).

Dios, que rige con solicitud y fidelidad el cielo y la tierra, la noche y el día, es el Señor de la historia y mantiene su fidelidad a su pueblo, que “en aquel día” será recreado (*rahamim*) (33,23-26). Durante sus cuarenta años de ministerio, Jeremías ha comprobado que el “corazón es engañoso”, “está viciado”. El hombre, “acostumbrado a hacer el mal”, es incapaz de curar la enfermedad de su corazón. El, como profeta, puede dar una palabra nueva, pero no un corazón nuevo. Es Dios quien puede “dar un corazón para conocerle, pues él es Dios” (Jr 24,7). Dios dará un corazón nuevo y con ese corazón hará una alianza nueva: “Mirad que vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto, que ellos rompieron y yo hice estrago en ellos. Esta será la alianza que yo pactaré con la casa de Israel: pondré mi Ley en su interior, la escribiré en sus corazones, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (31,31-33). El imperio de Babilonia pasará, pero la alianza de Dios con Israel durará por siempre. Llegará el día en que los hijos de Israel y de Judá irán juntos en busca de Yahveh, su Dios: “Vamos a unirnos a Yahveh con alianza eterna, irrevocable” (50,4-5). Jeremías, después de tanto destruir y arrancar, termina edificando y plantando la promesa de una alianza

nueva, que no significa sólo el perdón del pecado, sino la conversión radical de Israel. Dios dará a su pueblo “un corazón y un camino” y sellará una alianza que será eterna (32,39-40), que nunca será violada (50,40).

Dios, Señor de la historia, mantiene su fidelidad. A Israel, disperso por todas las naciones, le hará retornar a Jerusalén. El se encargará de que un resto retorne a Sión. El número será reducido: “uno de una ciudad, dos de una familia”, pero ese germen mantendrá viva la esperanza. Dios suscitará para ellos pastores “según su corazón”: “Os iré recogiendo uno a uno de cada ciudad, dos de cada familia, y os traeré a Sión. Os pondré pastores según mi corazón que os den pasto de conocimiento y prudencia” (3,14-15). Después del retorno, Israel tiene como excelentes pastores a Zorobabel, a Esdras y Nehemías. Pero todos ellos no son más que figura del Buen Pastor, el Mesías. “En aquellos días”, cuando llegue el Mesías, Israel se multiplicará hasta constituir una comunidad numerosa. Entonces no será necesaria el arca, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. No sentirán nostalgia de ella ni necesitarán las tablas de la ley, ni el templo, pues Dios llenará con su presencia los corazones de sus fieles, donde llevarán escrita la nueva ley. Toda la ciudad será llamada “trono de Yahveh”. Y hacia la nueva Jerusalén confluirán todos los pueblos (Je 3,16-18). La nueva Jerusalén no tendrá templo, ni necesitará del sol ni de la luna, porque Dios y el Cordero harán sus veces para los bienaventurados (Ap 21,23).

b) Ezequiel, el profeta en el exilio

El 19 de julio del año 586, tras abrir brecha en las murallas, los generales babilonios entran en Jerusalén y dividen al pueblo en tres grupos: los que quedarán en libertad, los que serán deportados y los que deben ser juzgados personalmente por Nabucodonosor. Un nuevo grupo de judíos -832 personas- es deportado (2R 25), engrosando las filas de los que marcharon al exilio de Babilonia el 597. Entre los deportados va Ezequiel.

Ningún profeta describe como Ezequiel la irrupción de Dios en la vida del profeta: “La mano de Yahveh cayó sobre mí” (Ez 8,1). Por siete veces anota esta irrupción de Dios en su vida. El espíritu de Dios entra en él, lo coge, lo arrastra, lo lleva, lo tira, lo deja o lo mantiene en pie. La voz de Dios resuena en su interior con tal fuerza que lo aplasta, lo derrumba; sólo se mantiene en pie gracias al espíritu (2,1). Es la experiencia de Dios la que le hace testigo de Dios, voz de su palabra. Si Jeremías está ávido de la palabra (Jr 15,16), Ezequiel la devora (2,8-10). Ezequiel, de familia sacerdotal, recibe su formación en el Templo, donde oficia como sacerdote hasta el momento del destierro. Su misión en los primeros años consiste simplemente en destruir las falsas esperanzas. Es vano confiar en Egipto, la catástrofe está a las puertas. La caída de Jerusalén confirma su profecía. Durante el asedio de la ciudad, muere su esposa. Como el celibato de Jeremías, la viudez de Ezequiel es signo profético del exilio del pueblo. Ezequiel se niega a llevarle luto para señalar la desgracia todavía

mayor que va a ocurrir (24,15-27). Ezequiel se encierra en su casa, mudo y atado con sogas; de este modo remeda en su persona el asedio de la ciudad (3,24-27).

Reclinado sobre un lado y luego sobre otro, representa el estado de postración en que caerán los dos reinos (4,4-17). Con la barba y los cabellos cortados sugiere el destino trágico del pueblo (5,1-3). Cargando con un saco de emigrante, anuncia la marcha al destierro de los habitantes de Jerusalén (12,1-16). Se alimenta con una comida miserable como signo de la suerte que espera al pueblo (12,17-20). Uniendo en su mano dos varas, que representan el reino del Sur y el del Norte, anuncia la unificación futura de los dos reinos (37,15-28). Palabra y gesto se unen para transmitir el mensaje del Señor. La palabra y el gesto se hacen parábola elocuente en el anuncio del asedio de Jerusalén (24,1-14).

Ezequiel, profeta y sacerdote, vive en su carne la experiencia de dolor del pueblo, tiene verdaderamente una “cura de almas” (3,16-21). Ezequiel expresa la fuerza transformadora del culto en el poema de la fuente que brota del templo y que corre a curar, transformar y fecundar la tierra entera (47,1-12). Pero Ezequiel contempla cómo la gloria de Dios, que había llenado el Templo ante los ojos de Salomón, abandona el lugar santo para seguir al pueblo en su exilio (10,18). Dios no abandona al pueblo. El mismo va en exilio con Judá (3,12-13; 10,18-22; 11,22,25). En el exilio Ezequiel comienza a pronunciar sus oráculos contra las naciones, para arrancar del corazón de Israel toda confianza en los poderes humanos. Luego pasa a suscitar una esperanza nueva, fundada únicamente en la gracia y fidelidad de Dios.

Ezequiel, lejos del Templo, contempla la historia como una inmensa liturgia en la que Dios se da a conocer en su vida. El exilio le ha sacado del Templo, del lugar que daba sentido a su vida. En esta situación existencial Ezequiel proyecta en el futuro la imagen del Templo, como centro de la vida del pueblo de Dios. Pero ya en el presente descubre en la historia lo que antes encontraba en el Templo. Es en la historia donde se da el “conocimiento de Dios”. Todos los árboles del campo (17,2), toda carne (21,4), todos los habitantes de Egipto (29,6), los hijos de Amón, de Moab, de Edom, los filisteos (25,5-17), todas las naciones (36,23) reconocerán en la historia que Dios es el Señor. Igualmente, en el perdón inmerecido conocerá la infiel Jerusalén que El es Dios (16,61). La vuelta a la vida de la casa de Israel, tan descarnada como un montón de huesos, dará a conocer a Dios como el salvador de Israel (37,1-14). En el retorno a la vida de un pueblo al que creían irremediabilmente perdido, las naciones reconocerán a Dios como Señor de la historia (17,24; 36,23.36; 37,28; 39,7). La historia se hace teofanía, revelación de Dios.

Ezequiel, en la larga y lírica alegoría del capítulo 16, lleva a su culminación el símbolo del matrimonio introducido por Oseas y Jeremías. Con ternura y realismo describe a Jerusalén como una niña recién nacida, desnuda

y abandonada en pleno campo, cubierta por su propia sangre, sin nadie que le proporcione los cuidados necesarios. El profeta piensa en el desierto, en el tiempo en que nació el primer amor entre Yahveh e Israel, cuando se celebraron los esponsales. Jerusalén, por su origen cananea, pagana, a punto de morir, es salvada gratuitamente por Dios, que pasa junto a ella, la recoge y cuida hasta llegar a enamorarse. La descripción es ampliada con los múltiples y valiosos regalos, que le otorgan el esplendor y la majestad de una reina. Estos regalos ratifican la elección. Y siendo el matrimonio una alianza, se confirma con juramento. La unión se refuerza por el nacimiento de hijos e hijas. Ezequiel insiste en la gratuidad de todos estos dones. Se trata de un matrimonio enraizado en el amor; esta unión indisoluble no soporta la idea de infidelidad, que sería un crimen imperdonable contra la alianza de Dios. Pero ésta es la tragedia, que entra en escena con un dramatismo conmovedor: “Te engreíste de tu belleza y, amparada en tu fama, fornicaste y te prostituiste con todo el que pasaba” (16,1-26).

En sus fornicaciones olvida por completo la historia pasada: “Con todas tus abominables fornicaciones, no te acordaste de tu niñez, cuando estabas completamente desnuda, agitándote en tu propia sangre”; y hacías esto “para irritarme”. Es más, en lugar de recibir el precio por sus prostituciones, ella misma ofrece las joyas de su matrimonio para atraer a los amantes: “A las prostitutas les hacen regalos; tú, en cambio, diste tus regalos de boda a tus amantes; los sobornabas para que acudieran de todas partes a fornicar contigo. Tú hacías lo contrario que las otras mujeres: a ti nadie te solicitaba, eras tú la que pagabas” (16,22-34).

Ezequiel presenta en dos cuadros minuciosos el contraste entre la fidelidad pasada y la infidelidad presente. Describiendo los cuidados y cariños de Dios, Ezequiel pretende reavivar la memoria de tantos particulares olvidados y, así, hacer ver el crimen que supone la infidelidad actual. Es el intento de llamar al pueblo al arrepentimiento y a volver al Señor, que permanece siempre fiel y no olvida: “Yo me acordaré de la alianza que hice contigo en los días de tu juventud y haré contigo una alianza eterna. Tú te acordarás de tu conducta y te sonrojarás. Yo mismo haré alianza contigo, y sabrás que soy el Señor, para que te acuerdes y te sonrojes y no vuelvas a abrir la boca de vergüenza, cuando yo te perdone todo lo que hiciste” (16,60-63). Pero en el final del capítulo Ezequiel insiste en la gratuidad del amor de Dios, concedido a Israel no en virtud de su arrepentimiento, que vendrá después de la alianza, sino por pura benevolencia. La unión conyugal definitiva, ligada a una fidelidad recíproca, es la esperanza final en la alianza de gracia. Orienta ya el espíritu hacia el tiempo “escatológico”, hacia la unión que se completará cuando Cristo aparezca y muestre su amor a la Iglesia, su Esposa (Ef 5,21-33).

Jesucristo es el esposo fiel y es también el buen pastor que Ezequiel anuncia: “Como un pastor vela por sus ovejas cuando se encuentran dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las sacaré de en medio de los pueblos, las

apacentaré en buenos pastos. Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma. Yo suscitaré para ponerlo al frente un solo pastor que las apacentará” (34,11-31; Jn 10). Y Jesús es quien inaugura el culto espiritual que el profeta, por dos veces, promete de parte de Dios: “Yo os recogeré de en medio de los pueblos, os congregaré de los países en los que habéis sido dispersados, y os daré la tierra de Israel. Yo os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo. Quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne para que caminen según mis preceptos y así sean mi pueblo y yo sea su Dios” (11,17-21; 36,26; Jn 4,19-24).

c) El libro de la consolación de Isaías

Isaías anuncia la recreación de la alianza rota. En los cantos del libro de la Consolación (c. 40-55) aparece el símbolo profético del matrimonio, desarrollado en la perspectiva inmediata del retorno solemne de la esposa abandonada a la casa de Yahveh. Oseas, Jeremías y Ezequiel han profetizado que la ruptura no es definitiva, Isaías anuncia el cumplimiento de esas predicciones: “Pero Sión dice: Yahveh me ha abandonado. El Señor me ha olvidado. ¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho? Pues aunque ella llegase a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada. Por mi vida, oráculo de Yahveh, como con velo nupcial te vestirás y te ceñirás como una novia” (49,14-26). “Así habla Yahveh: ¿dónde está esa carta de divorcio de vuestra madre, a quien repudié? ¿A cuál de mis acreedores os vendí? Mirad que por vuestras culpas fuisteis vendidos y por vuestras rebeldías fue repudiada vuestra madre” (50,1). Sión, la exiliada, no ha recibido carta de repudio, la ruptura no ha sido definitiva. Isaías canta el retorno al hogar de la esposa abandonada y el matrimonio definitivo que Yahveh contrae con su pueblo: “Porque tu Esposo es tu Creador y el que te rescata, el Santo de Israel. Porque como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor. La mujer de la juventud ¿es repudiada?, dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné, pero con gran cariño te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor eterno me he compadecido de ti, dice Yahveh, tu Redentor” (54,5-8).

Se trata de recrear las relaciones conyugales. El Esposo de Israel es el Creador. Yahveh es el Dios del comienzo absoluto, el Dios que renueva todo. Como Esposo de Israel, su Creador puede recrear radicalmente la vida conyugal, por maltratada que esté: “Tu Redentor será el Santo de Israel” (54,5). El nuevo matrimonio prolonga la alianza, establecida una vez por todas, pero ahora constituye un comienzo absoluto. Este matrimonio, restablecido por una creación, por una actuación salvadora de Dios, es un gesto que renueva absolutamente todo, creando algo sorprendente: “¡Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no has tenido los dolores, porque más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice

Yahveh. Porque a derecha e izquierda te expandirás. Tus hijos heredarán naciones y ciudades despobladas poblarán” (54,1-3).

La nueva situación será inmensamente fecunda en amor y descendencia. Serán tiempos de amor permanente: “No se retirará de ti mi misericordia ni mi alianza de paz vacilará” (54,10). La esposa de Yahveh no será sólo el pueblo de Israel, sino la humanidad entera transformada por la gracia. Yahveh, protector de Israel, es ahora considerado como el Creador del universo y de todos los pueblos. De este modo, la idea de que “el Creador de cielo y tierra” es ahora el Esposo de Israel va a otorgar dimensiones universales a la raza escogida (54,3).

Se trata de una visión simbólica de la nueva Jerusalén de esplendores futuros, descritos en la última parte del libro: “Porque los montes se correrán y las colinas se moverán, pero mi amor de tu lado no se apartará y mi alianza de paz no se moverá.

Pobrecilla, azotada por los vientos, mira que yo asiento en carbunclos tus piedras y voy a cimentarte con zafiros. Haré de rubí tus baluartes, tus puertas de piedras de cuarzo y todo tu término de piedras preciosas, todos tus hijos serán discípulos de Yahveh y será grande la dicha de tus hijos” (54,10-13). La unión esponsal entre Dios e Israel triunfa por encima de todas las infidelidades del pueblo: “Ya no te llamarán Abandonada. A ti te llamarán Mi favorita, y a tu tierra Desposada, porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido. Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; y con gozo de esposo por su esposa se gozará por ti tu Dios” (62,4-5).

El símbolo está maduro para pasar de ser figura a realidad histórica, cumplimiento al que le llevará Jesucristo. Con Cristo, la omnipotencia creadora de Dios purificará realmente a la Iglesia y la preparará para las bodas definitivas con Cristo. Isaías nos describe esta recreación de Dios como un segundo Exodo, más glorioso que el primero. El primer Exodo, en cuanto acontecimiento, tuvo sus limitaciones; pero, en cuanto salvación divina, no se agota, sino que se trasciende al futuro. La salvación de Dios penetra la historia y la desborda hacia una plenitud eterna. Con imágenes y símbolos nos proyecta Isaías a la salvación mesiánica y escatológica. Dios es el Dios creador y señor de la historia: crea siempre algo nuevo y saca la vida de la muerte.

Estas bodas, recreación del amor de Dios a los hombres, se realizan en la cruz de Jesucristo. Es lo que ya anuncia Isaías en los cuatro cánticos del Siervo de Yahveh. Sus sufrimientos y su agonía son los dolores de parto de la salvación que, según el profeta, está por venir. El Señor está por desnudar su brazo ante los ojos de todas las naciones (52,10). Si el hombre sufre como castigo por sus pecados, Dios sufre como redentor de los pecadores. Su Siervo tiene la misión de cargar con los pecados y dolencias de los hombres para sanarlos: “Mirad, mi Siervo tendrá éxito. Como muchos se maravillaron de él, porque estaba desfigurado y no parecía hombre ni tenía aspecto humano. Le vimos sin aspecto

atrayerente, despreciado y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se vuelve el rostro. ¡Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El cargó el castigo que nos trae la salvación y con sus cardenales hemos sido curados” (52,112-16).

Se trata de pasar a la vida por la muerte. Israel ha de entrar en la muerte para experimentar la resurrección. Es el anuncio que Dios confía a Jeremías. Israel ha de morir, no como las demás potencias, que desaparecen con sus dioses, barridos por el soplo del nuevo imperio de turno. Israel muere, pero su Dios no muere. Su Dios vive para resucitar a su pueblo transfigurado. Jeremías anuncia el decreto inmutable e incomprensible: el reino de Judá está condenado a muerte, la santa ciudad será arrasada y el mismo templo destruido. El pecado del viejo Israel, que ha rechazado la mano de Dios, no puede subsistir. Dios no quiere una conversión a medias, un cambio superficial de conducta. Dios busca un corazón totalmente fiel. El hombre es incapaz de darse este corazón enteramente fiel a Dios. Así, pues, el viejo Israel tiene que morir para que Dios cree un Israel nuevo, de corazón dócil y fiel. El verdadero culto que Dios desea prescindirá del templo, de la ciudad santa, del rey, del sacerdote, pues será un culto interior y personal, un culto en espíritu y verdad (CEC 2581).

En las orillas del Eufrates se formará el Israel nuevo, renacido según el corazón de Dios. Ezequiel, el joven deportado, es ahora el profeta elegido para seguir manteniendo viva la Palabra de Dios. Jeremías, símbolo de la muerte de Israel, muere en Egipto. Ezequiel, símbolo de la nueva generación de los desterrados, verá caer a Babilonia y a Israel liberado de sus cadenas. Ezequiel anuncia la llegada del reino nuevo de Dios. Sus ojos de profeta, iluminados por Dios, ven a lo lejos el gran misterio de los huesos secos que se levantan y caminan penetrados por el espíritu de Dios. La palabra de Dios, que un día llamó al ser a la creación entera, llama ahora a los muertos para que resuciten de la muerte (Ez 37,1-14; Mt 22,29-32; 1Co 15; Ap 20,4-6).

Cuando todas las esperanzas se desvanecen y todo el engreimiento se hace pedazos, el hombre comienza a añorar lo que tanto ha despreciado. En la oscuridad, Dios se hace más claro y se siente más cercano. Cuando se abandonan todas las pretensiones se comienza a sentir el peso de la culpa. Es más fácil volver desde una distancia extrema que desde la complacencia de una buena conciencia. Dios golpea y restaura, hiere y cura, “arranca y destruye para plantar y reconstruir” (Jr 1,10). La fidelidad de los profetas es la encarnación de la fidelidad de Dios en este mundo. En su persona, Dios se reviste de “la forma de hombre” y anuncia la venida de Otro profeta más grande que todos los demás profetas. El mantendrá su fidelidad a la palabra hasta la muerte en cruz (Flp 2,8). Su persona y su palabra anuncian que la victoria germina de la derrota, que de la muerte nace la vida; a través de los dolores de parto germina la nueva vida; con su muerte el grano de trigo da fruto. “El exilio lleva ya la sombra de la Cruz y el resto de pobres que vuelven del exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia” (CEC 710; 769).



El Profeta Jonás en el vientre de la ballena

11. VUELTA DEL EXILIO

a) Retorno a Jerusalén

A la vuelta del exilio todo se renueva. El Cronista escribe de nuevo la historia de Israel. Largas listas genealógicas desde Adán a Esdras unen el pequeño resto de repatriados con las generaciones pasadas. Los débiles judíos del siglo V son los descendientes del Israel elegido por Dios. Las genealogías muestran la fidelidad de Dios, que no ha dejado extinguirse a su pueblo; lo ha acompañado siempre con la bendición de Abraham y de David. Jerusalén y el Templo son el punto de entronque con la historia de salvación. En la celebración se actualiza la historia (CEC 1099). El culto, memorial de la historia de salvación, se hace canto de alabanza y motivo de oración confiada para el tiempo presente de reconstrucción. De este modo la comunidad de Israel mantiene su identidad de generación en generación.

Con el exilio, la tierra prometida queda desolada. Pero Dios, Señor de la historia, es el Creador, puede comenzar de nuevo. El Señor que incitó a Nabucodonosor para llevar a su pueblo al destierro, ahora suscita a Ciro para devolverlo a la tierra de sus padres. “El corazón del rey es una acequia a disposición de Dios: la dirige a donde quiere” (Pr 21,1). Jeremías, con palabras y gestos, anunció el destierro y la vuelta. Pero el gran cantor de la vuelta es Isaías, que vio en la lejanía el destino de Ciro y lo anunció como salvador del pueblo de Dios. El anuncia la buena noticia con toda su fuerza salvadora. Jerusalén está esperando sobre las murallas la vuelta de los cautivos. Un heraldo se adelanta al pueblo que retorna de Babilonia. Cuando los vigías divisan a este mensajero, dan gritos de júbilo que resuenan por la ciudad y se extienden por todo el país: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia la salvación, que dice a Sión ya reina tu Dios” (Is 52,7-9; 40.9).

El heraldo pregona la victoria de Dios. La salvación de Israel viene con la palabra del anuncio. Yahveh pone en la boca del mensajero la noticia que alegra el corazón del pueblo. La hora de la actuación de Yahveh ha irrumpido. La salvación de Dios es realidad. Dios libera a los cautivos y congrega a los dispersos. El llanto se cambia en gozo. Las ruinas de Jerusalén exultan. Las cadenas se rompen. Hasta la aridez del desierto florece para saludar a los que retornan. Ya reina tu Dios; ya puedes celebrar tus fiestas (Ne 2,1). El anuncio se hace realidad en el decreto de Ciro: “En el año primero de Ciro, rey de Persia, el Señor, para cumplir lo que había anunciado por boca de Jeremías, movió a Ciro a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra y me ha encargado

construirle un templo en Jerusalén de Judá. Los que pertenezcan a ese pueblo, que su Dios los acompañe y suban a Jerusalén de Judá para construir el templo del Señor, Dios de Israel, el Dios que habita en Jerusalén” (Esd 1,1-4).

De este modo comienza la vuelta de los desterrados en procesión solemne hacia Jerusalén. No vuelven todos, sino sólo los que Dios mueve. Algunos prefieren las seguridades adquiridas en Babilonia y allí se quedan. El “resto”, en oleadas sucesivas, emprenden el retorno, en busca de la tierra prometida por el Señor y dada a sus padres. El nuevo Exodo, como el primero, es obra de Dios, que mueve al rey y también a los israelitas. Como en la liberación de Egipto, también ahora Dios acompaña a su pueblo, le abre caminos, movido por su amor. Los que se han contagiado con los ídolos y han perdido la esperanza en la salvación se quedan en Babilonia, lejos de Jerusalén, la santa ciudad de Dios. Los ricos, que confían en sus riquezas, no ven el milagro de la presencia salvadora de Dios. Sólo los pobres de Yahveh, que confían únicamente en El, se ponen en camino y suben a reedificar el templo de Jerusalén.

Lo primero que levantan es el altar para ofrecer en él holocaustos matutinos y vespertinos en la fiesta de las Tiendas. A los dos años de su llegada a Jerusalén comienzan la reconstrucción del Templo. Al ver puestos los cimientos, todo el pueblo alaba al Señor con cantos de alegría. Pero pronto cunde el desaliento ante la oposición de los enemigos de Israel. Las obras se suspenden durante quince años. Dios entonces suscita los profetas Ageo y Zacarías para alentar al pueblo a continuar la tarea comenzada. “El templo se terminó el día veintitrés del mes de Adar, el año sexto del reinado de Darío. Los israelitas -sacerdotes, levitas y el resto de los deportados- celebran con júbilo la dedicación del templo, ofreciendo un sacrificio expiatorio por todo Israel” (Esd 6,15-17). Levantado el templo, la nueva etapa se inaugura, como en el primer Exodo, con la celebración solemne de la Pascua: “Los deportados celebraron la Pascua el día catorce del primer mes. Los levitas, junto con los sacerdotes, inmolaron la víctima pascual para todos los deportados. La comieron los que habían vuelto del destierro y todos los que se unieron a ellos para servir al Dios de Israel. Durante siete días festejan al Señor, que les ha dado fuerzas para trabajar en el templo del Dios de Israel” (Esd 6,19-22).

“Después de estos acontecimientos” (Esd 7,1), sube de Babilonia a Jerusalén Esdras, descendiente de Aarón, el escriba versado en la ley del Señor. Esdras inaugura una misión de suma importancia en la reconstrucción de la comunidad de Israel. Como escriba, lee, traduce y explica la Torá al pueblo (Ne 8,8). “La mano bondadosa de Dios estaba con él” (Esd 7,6.9). Esdras aplica su corazón a escrutar la Ley de Yahveh, a ponerla en práctica y a enseñarla a Israel. En el Eclesiástico tenemos la más bella descripción del escriba: “Se entrega de lleno a meditar la Ley del Altísimo; escruta la sabiduría de sus predecesores y dedica sus ocios a estudiar las profecías. Desde la mañana pone su corazón en el Señor, su Creador y ora ante el Altísimo: ante El abre su boca para pedir perdón por sus pecados. Si el Señor lo quiere, él será lleno de espíritu

de inteligencia. Dios le hará derramar como lluvia las palabras de su sabiduría, y en la oración dará gracias al Señor. Dios guiará sus consejos prudentes, y él meditará sus misterios. Comunicará la enseñanza recibida y se gloriará en el Señor. Muchos alabarán su inteligencia y su recuerdo perdurará por generaciones. La comunidad comentará su sabiduría y la asamblea cantará su alabanza. Mientras viva, tendrá fama entre mil, que le bastará cuando muera” (Si 39,1-11).

Con el escriba Esdras va unido para siempre el nombre de Nehemías, nombrado Gobernador. “También es grande la memoria de Nehemías, que nos levantó las murallas en ruinas, puso puertas y cerrojos y reconstruyó nuestras moradas” (Si 49,13). Así lo narra él mismo en sus confesiones autobiográficas: “El mes de diciembre del año veinte me encontraba yo en la ciudadela de Susa cuando llegó mi hermano Jananí con unos hombres de Judá. Les pregunté por los judíos que se habían librado del destierro y por Jerusalén. Me respondieron: Los que se libraron del destierro están pasando grandes privaciones y humillaciones. La muralla de Jerusalén está llena de brechas y sus puertas consumidas por el fuego. Al oír estas noticias lloré e hice duelo durante varios días, ayunando y orando al Dios del cielo” (Ne 1,1-4).

Nehemías abandona la corte de Artajerjes, donde es copero del rey, para visitar a sus hermanos, se interesa e intercede ante Dios por ellos. Al llegar a Jerusalén inspecciona el estado de la muralla y comprueba que está derruida y las puertas consumidas por el fuego. Entonces se presenta a los sacerdotes, a los notables y a la autoridades y les dice: “Ya veis la situación en que nos encontramos. Jerusalén está en ruinas y sus puertas incendiadas. Vamos a reconstruir la muralla de Jerusalén para que cese nuestra ignominia” (Ne 2,17). Todos ponen manos a la obra con entusiasmo, aunque pronto tienen que vencer las burlas y oposición de los samaritanos, que siembran la vergüenza, el desánimo y el miedo entre el pueblo (Ne 3,34-36).

En menos de dos meses, a pesar de la oposición externa y las dificultades internas, se termina la reconstrucción de la muralla. La obra es un milagro de Dios, que infunde confianza en sus fieles: “A los cincuenta y dos días de comenzada, se terminó la muralla. Cuando se enteraron nuestros enemigos y lo vieron los pueblos circundantes se llenaron de admiración y reconocieron que era nuestro Dios el autor de esta obra” (Ne 6,15). Para inaugurar la muralla buscan levitas por todas partes para llevarles a Jerusalén y celebrar una gran fiesta de acción de gracias, al son de arpas y cítaras. Una inmensa procesión gira en torno a la muralla para entrar en la ciudad y dirigirse al templo. Los cantores entonan salmos: “Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones” (Sal 48), “El Señor rodea a su pueblo ahora y por siempre” (Sal 125). “Ha reforzado los cerrojos de sus puertas y ha bendecido a sus hijos” (Sal 147). La fiesta fue solemne y alegre “porque el Señor les inundó de gozo. La algazara de Jerusalén se escuchaba de lejos” (Ne 12,43).

Rodeada la ciudad de su muralla almenada, “como corona real” (Is 62,3), se aprecian los vacíos internos, por falta de casas y vecinos: “La ciudad era espaciosa y grande, pero los habitantes eran escasos y no se construían casas”. La repoblación de Jerusalén es la siguiente tarea de Nehemías, para que sea la “ciudad bien compacta” descrita por el salmista (Sal 122,3). Una ciudad poblada de numerosos habitantes es lo que había anunciado Isaías: “Porque tus ruinas, tus escombros, tu país desolado, resultarán estrechos para tus habitantes. Los hijos que dabas por perdidos te dirán otra vez: mi lugar es estrecho, hazme sitio para habitar” (Is 49,19-20). También lo había anunciado Ezequiel: “Acrecentaré vuestra población, serán repobladas las ciudades y las ruinas reconstruidas” (Ez 36,10.33). Nehemías se encarga con celo de repoblar Jerusalén: “Las autoridades fijaron su residencia en Jerusalén, y el resto del pueblo se sorteó para que, de cada diez, uno habitase en Jerusalén, la ciudad santa, y nueve en los pueblos. La gente colmó de bendiciones a todos los que se ofrecieron voluntariamente a residir en Jerusalén” (Ne 11,1-2).

b) Ageo, Zacarías, Malaquías, Abdías y Joel

Esdras levanta los muros del Templo y Nehemías repara las brechas de la muralla. Pero para reconstruir el pueblo de Dios no basta la reconstrucción exterior. Es necesario renovar interiormente al pueblo. La comunidad de Israel se reconstruye y adquiere hondura espiritual con la proclamación de la Palabra de Dios, la celebración penitencial, la celebración de las fiestas y la renovación de la Alianza con Dios: “Todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que se abre ante la Puerta del Agua. Esdras, el escriba, pidió que le llevaran el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado a Israel. Desde el amanecer hasta el mediodía estuvo proclamando el libro a la asamblea de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Todos seguían la lectura con atención. Esdras y los levitas leían el libro de la Ley del Señor, traduciéndolo e interpretándolo para que todos entendieran su sentido. Al oír la Palabra de Dios, la gente lloraba. Esdras, Nehemías y los levitas dijeron al pueblo: Hoy es un día consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis. Al mediodía les despidieron: Id a casa, comed manjares exquisitos, bebed vinos dulces y enviad porciones a los que no tienen nada, porque hoy es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes que la alegría del Señor es vuestra fuerza. El pueblo hizo una gran fiesta, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado” (Ne 8).

En el libro de la Ley se encuentran con la fiesta, para ellos olvidada, de las Tiendas. Con gozo inaudito la celebran, viviendo durante siete días al aire libre bajo las tiendas de ramas. Durante los siete días Esdras sigue proclamando en voz alta el libro de la Torá. El octavo día celebran solemnemente la liturgia penitencial, con ayuno, vestidos de saco y polvo. La asamblea confiesa sus pecados y los de sus padres ante el Señor, su Dios (Ne 9). Con la confesión del pecado, el pueblo renueva la Alianza con Dios, aceptando su Ley, como lo hizo la

asamblea de Israel en el Sinaí: “Haremos cuanto ha dicho el Señor” (Ne 10). Los pobres, tantas veces humillados, se han hecho humildes. Esta humildad les abre el corazón al amor de Dios, sellando con confianza la alianza con El. Abiertos a los caminos de Dios, estos pobres acogerán al Salvador. En Jesús de Nazaret, que no tiene donde reclinar la cabeza, verán la salvación de Dios. “Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres. Ha escogido Dios lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte” (1Co 1,25ss).

Desde finales del siglo V a mediados del siglo III se suceden los profetas posteriores al exilio: Ageo, Zacarías, Malaquías, Abdías y Joel. Son los profetas de la reconstrucción de Israel al retorno del exilio. Con Ageo comienza una nueva era. Antes del destierro, los profetas anuncian el castigo; durante el exilio, los profetas son los consoladores del pueblo. A la vuelta del exilio, los profetas llaman al pueblo a la reconstrucción del templo y de la comunidad de Israel. Ageo es el primero en invitar a los repatriados a reconstruir el Templo: El Templo está en ruinas, su reconstrucción garantizará la presencia de Dios y la prosperidad del pueblo (Ag 1-3).

Zacarías anuncia el comienzo de la nueva era de salvación, puesta bajo el signo del Templo reconstruido. De nuevo la tierra es santa en torno al Templo y el pueblo tiene a Dios en medio de ellos. Esta nueva era es una profecía de la era mesiánica: “Alégrate, hija de Sión, canta, hija de Jerusalén, mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso; modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica” (9,9-10; Mt 21,5; 11,29). El rey Mesías instaurará un reino de paz sin necesidad de caballos de guerra. “Aquel día derramaré sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia. Me mirarán a mí, a quien traspasaron, harán llanto como llanto por el hijo único, y llorarán como se llora al primogénito” (12,9-10; Jn 19,37).

Malaquías, “mensajero del Señor”, cierra los labios con los ojos abiertos hacia el que ha de venir: “Mirad: os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor. Convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, para que no tenga que venir yo a destruir la tierra” (3,23-24). Joel -que significa “Yahveh es Dios”- toma como punto de partida de su profecía una catástrofe del campo: una terrible plaga de langosta que asola las cosechas. Con esta visión el profeta invita al ayuno y penitencia para implorar la compasión de Dios. Acogida su invitación, Dios responde anunciando la salvación del pueblo: “No temas, haz fiesta. Hijos de Sión, alegraos y festejad al Señor, vuestro Dios, que os da la lluvia temprana y la tardía a su tiempo. Alabaréis al Señor que hace prodigios por vosotros. Yo soy el Señor, vuestro Dios, no hay otro, y mi pueblo no quedará defraudado. Además derramaré mi espíritu sobre todos: vuestros hijos e hijas profetizarán” (2,21-27). “El Señor será refugio de su pueblo, alcázar de los israelitas. Y sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo. Jerusalén será

santa. Aquel día los montes manarán vino, los collados fluirán leche, las acequias de Judá irán llenas de agua y brotará un manantial del Templo del Señor, que regará el valle de las Acacias” (4,16-21). Y Abdías, “siervo del Señor”, anuncia el “Día de Yahveh”, que será terrible para las naciones (2-15), pero en el monte de Sión quedará un resto santo (17): “Estos pobres israelitas desterrados serán dueños de Canaán hasta Sarepta. Subirán vencedores al monte Sión y el reino será del Señor” (19-21).

c) Jonás, Tobías, Rut

La pequeña comunidad de Israel, a la vuelta del exilio, consciente de su elección y deseosa de mantenerse fiel a la ley de la alianza, se encierra en sí misma, rompiendo todo lazo con los otros pueblos que la han oprimido. Replegada en sí misma, excluye a las naciones de la salvación. La elección no es vista ya como un servicio, sino como un privilegio. Expulsan a las mujeres extranjeras, descartan a los samaritanos y condenan a las naciones a la destrucción. El Dios de los profetas, que desea la salvación de todos los pueblos, es visto únicamente como el Dios de su nación. No quieren ver más allá de los límites de su santuario, de su ciudad y de su país. Pero Dios parece burlarse de Israel. El, que ha inspirado y bendecido la actuación de Esdras, Nehemías, Joel y Abdías, ahora inspira el delicioso libro de Rut, que exalta a una mujer extranjera, que ha elegido al Dios de Israel como su Dios y que se convertirá en raíz de la que brotará el mismo Mesías. Y Dios inspira igualmente el libro de Jonás, que busca romper las fronteras de Israel, llevando la salvación a las naciones, incluso a Nínive, expresión máxima del extranjero y enemigo de Israel.

Jonás es la expresión de Israel, que Dios quiere abrir a la misión. El Dios que llama a Jonás, que le cierra el camino de la huida, que le lleva a Nínive y le habla al corazón ante sus protestas, es el Dios que quiere la salvación de los paganos. Pues Israel tiene una misión: ser instrumento de salvación para todos los pueblos. Jonás sabe que esta es la intención de Dios al enviarle a Nínive (Jon 4,2). Pero a Jonás no le interesa la salvación de los ninivitas. Es más, la rechaza y se enoja ante ella. A sus ojos, los ninivitas son impuros. Apenas recorre un día sus calles y se aleja de la ciudad, aunque el sol le achicharre y esté a punto de desvanecerse (Jon 4,5).

El libro de Jonás denuncia la falsa fe de quienes quieren apropiarse a Dios. Estamos ya a un paso del Nuevo Testamento. Dios no es solamente Dios de Israel, es también Dios de los paganos, porque no hay más que un solo Dios. A pesar de su resistencia, Jonás es la expresión del primer envío misionero a los paganos. Jonás huye, pero en su huida conduce a Yahveh a los tripulantes de la nave, que pertenecen a “las naciones” y, después, a los ninivitas, que se convierten a Yahveh y experimentan su perdón. Israel, los profetas de Israel y todos los llamados por Dios son elegidos para llevar un mensaje de salvación a

las naciones: dar a conocer a Dios a todos los pueblos de la tierra. Cuando quieren acaparar para sí la salvación, negándose a la misión de salvación para todos los hombres, son rechazados por Dios. Cuando Israel se niega a su misión, Dios le rechaza y en su lugar entran las naciones.

Jonás, un profeta, servidor de la palabra de Dios, pretende quedarse con ella, en lugar de llevarla a sus destinatarios. Le irrita que la palabra trabaje por su cuenta y produzca el fruto que él no quiere (Jon 4,1). Mientras la palabra alberga un propósito de vida, él lo tiene de muerte. El, llamado a ser mensajero de la misericordia para todos, apenas siente misericordia por sí mismo y por el ricino. Pero, echado en brazos de la muerte, al pedir que le arrojen al mar, es salvado precisamente por un pez monstruoso. Dios salvó al profeta de la muerte para salvar por él a un pueblo pagano. Dios salvó a Cristo, resucitándolo de la muerte, para salvar con esa muerte y resurrección a todos los pueblos de la tierra. Tres días y tres noches pasa Jonás en el vientre del pez. Esto mismo se cumple plenamente en Jesucristo, el nuevo Israel. Jesús no se ha negado a su misión, sino que ha asumido sobre sí todas nuestras flaquezas e infidelidades. Como Siervo de Yahveh desciende al vientre del pez, a los infiernos, pasa tres días y tres noches en el corazón de la tierra para, desde allí, resucitar, abriendo para todos los hombres un camino de vida en el muro de la muerte. La resurrección acontece al alba del tercer día, el día después del sábado, el día de la nueva creación, el día eterno, día sin noche, día sin fin.

Jesucristo, entregándose a la muerte, la vence: cumple la voluntad del Padre y salva al mundo. Esto es verdad también para la Iglesia, para cada cristiano. La Iglesia vive en el mundo perseguida y, no resistiéndose al mal, carga con el pecado del mundo; muriendo por sus enemigos, cumple su misión y salva al mundo: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna” (Jn 12,24-25). “Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida” (2Co 4,7-12).

Esta es la vida del cristiano. El bautismo es entrar en la muerte con Cristo para resucitar con él. Este misterio, que se vive en el sacramento, se actualiza en toda la vida. Tres días y tres noches es la vida presente. Toda la vida del

cristiano consiste en entrar en la muerte y, en ella, experimentar la victoria de Cristo sobre la muerte. Ser entregados al mar, como víctima de propiciación por los hombres, es la misión del cristiano. El cristiano, como el chivo expiatorio, es arrojado todos los días al desierto para rescatar a los hombres del peso del pecado. En nuestras aflicciones y debilidades Dios es glorificado. La cruz de cada día, en Cristo, se hace gloriosa. Da gloria a Dios. La muerte no es muerte, sino la puerta de la resurrección, de la vida nueva, de la salvación para nosotros y para el mundo. El bautismo de cada día nos sumerge en las aguas de la muerte y, a través de las aguas, experimentamos un nuevo nacimiento. La muerte es sepultura y útero de nueva vida. Jonás es un símbolo bautismal. Y el salmo de Jonás ha tenido en la Iglesia un significado bautismal. El cántico de Moisés, en el paso del mar Rojo (Ex 15), celebra la salvación de Israel. El cántico de Jonás anuncia la salvación futura en Cristo de cuantos se sumergen en las aguas bautismales. Entrando en las aguas, Jonás salva la nave y los marineros. El hombre, que se sumerge en las aguas del bautismo, es salvación para la Iglesia y para el mundo.

El mal puede tragarse al profeta, pero el profeta es un alimento indigesto. El pez no logra digerir a Jonás: lo vomita sobre tierra firme. La muerte no logra digerir a Cristo. Desciende a los infiernos, pero el infierno no puede retenerlo. Al tercer día resucita esplendente de gloria para no morir más. La muerte no tiene poder alguno sobre él ni sobre los que mueren en Cristo: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras. Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos? Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (1Co 15,3-4.12.20).

En medio de los profetas llamados por Dios para predicar la conversión de su pueblo, Jonás es el predicador de los gentiles. Mateo, Marcos y Lucas le citan en el Nuevo Testamento: “Esta generación perversa y adúltera pide un signo, y no le será dado sino el signo de Jonás. Como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Los Ninivitas se alzarán a condenar en el juicio a esta generación, porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás; y aquí está alguien más grande que Jonás” (Mt 12,39-41). Dios es compasivo y misericordioso por encima de la ruindad de su profeta. A Jonás le molesta que Dios tenga tan gran corazón que es capaz de dejar mal a su profeta, perdonando a los ninivitas convertidos por sus amenazas de destrucción. Pero Dios se ríe de sus enfados, pues le ama con el mismo corazón con que ha perdonado a los Ninivitas. Jonás se sienta a la sombra de un ricino, que le protege del ardor del sol. Pero el Señor envía un gusano, que seca el ricino. Jonás se lamenta de la muerte del ricino hasta desear también su muerte. El Señor le dice: “Tú te lamentas por el ricino, que no cultivaste con tu trabajo, y que brota una noche y

perece a la otra y yo, ¿no voy a sentir la suerte de Nínive, la gran ciudad, donde habitan más de veinte mil hombres?” (Jon 4,11).

Jesucristo rompe toda frontera. El creyente en Cristo es un hombre nuevo, en quien se recrea la imagen de Dios, desfigurada por el pecado: “Revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro, escita, esclavo ni libre, sino que Cristo es todo en todos. Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor, vínculo de la perfección” (Col 3,10-14).

Sólo la revelación plena del amor de Dios, manifestado en Cristo, ha derribado el muro que separaba a los hebreos de los paganos. Donde la salvación se muestra absolutamente gratuita cesan todos los privilegios. Si Dios salva por ser misericordia y perdón, sin mérito alguno de parte del hombre, caen todas las fronteras entre los hombres. Este es el Dios que se revela en el libro de Jonás, abriendo el camino a la manifestación de Jesucristo. El mismo Jesucristo chocó con el escándalo de Jonás, como muestran las parábolas del hijo pródigo y la de los obreros de la viña. La gratuidad del amor de Dios es sorprendente, escandalosa. La conducta del Padre, al acoger al hijo pródigo, “perdido y encontrado de nuevo”, escandaliza al hermano mayor, que al igual que Jonás “se irrita y no quiere entrar en la casa”, donde se celebra el banquete del perdón (Lc 15,25-30). Igualmente se escandalizan los obreros de la primera hora, que se lamentan de que el patrón dé a los obreros del atardecer idéntico salario que a ellos (Mt 20,1-15).

El libro de Jonás llega hasta el corazón de Dios, que salva al hombre, no por sus méritos, sino por gracia. Dios se sirve de todo -Jonás, los marineros, el mar, el pez, los ninivitas, el sol, el ricino, el gusano- para manifestar su amor salvador. El Dios de Israel no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. La conversión del pecador es la alegría de Dios: “Os digo que en el cielo hay más alegría por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión” (Lc 15,7).

Israel cumple su misión de pueblo de Dios, portador de salvación para todas las naciones, cuando disperso en todas esas naciones, proclama la unicidad de Dios, da a conocer al Dios verdadero. En su dispersión cumple su misión, como testimonia el libro de Tobías: “Entonces Rafael llevó aparte a los dos y les dijo: Bendecid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido, para bendecir y cantar su Nombre. Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarle. Bueno es mantener oculto el secreto del rey y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios” (Tb 12,6-7). Y dijo: “¡Bendito sea Dios, que

vive eternamente, y bendito sea su reinado! Porque él es quien castiga y tiene compasión; el que hace descender hasta el más profundo Hades de la tierra y el que hace subir de la gran Perdición, sin que haya nada que escape de su mano. Confesadle, hijos de Israel, ante todas las gentes, porque él os dispersó entre ellas y aquí os ha mostrado su grandeza. Exaltadle ante todos los vivientes, porque él es nuestro Dios y Señor, nuestro Padre por todos los siglos. Os ha castigado por vuestras injusticias, mas tiene compasión de todos vosotros y os juntará de nuevo de entre todas las gentes en que os ha dispersado. Si os volvéis a él de todo corazón y con toda el alma, para obrar en verdad en su presencia, se volverá a vosotros sin esconder su faz. Mirad lo que ha hecho con vosotros y confesadle en alta voz. Bendecid al Señor de justicia y exaltad al Rey de los siglos. Yo le confieso en el país del destierro, y publico su fuerza y su grandeza a gentes pecadoras” (Tb 13,1-6).

d) Los sabios de Israel

Desde la conquista de Oriente por Alejandro Magno (340-326), la comunidad de Israel se encuentra con un mundo cultural que pone a prueba su fe. El helenismo entraña el peligro de llevar a los israelitas al sincretismo religioso, al politeísmo y a la inmoralidad. Antíoco Epifanes, en su celo por helenizar todos sus dominios, saquea el templo de Jerusalén (1M 1,6-7; 2M 5,15-16; Dn 11,24-28), decreta la abolición de la ley judía bajo pena de muerte para quienes la sigan e instaura el culto de Zeus en el templo de Jerusalén (1M 1,44- 45; 2M 6,1-2; 10,5; Dn 11,31; 8,12). El pueblo judío comprende que está en juego su vida como pueblo de Dios y reacciona para defender su fe. Los Macabeos luchan y dan su vida por defender su fe (2M 7).

Ha desaparecido la dinastía de David y también los profetas. Pero Dios, siempre fiel, los reemplaza por los escribas, cuya vida consiste en escrutar la palabra de Dios y comunicarla a los demás. El reino mesiánico no será un reino político, sino espiritual. Cristo, la Palabra encarnada, es el “escriba del Reino de los cielos, que saca del arca lo nuevo y lo viejo” (Mt 13,52). En su reino no alzarán las espadas pueblo contra pueblo. Se cumplirá la profecía de Isaías: “Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte de Yahveh, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos. Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahveh. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra. Casa de Jacob, andando, y vayamos, caminemos a la luz de Yahveh” (Is 2,2-5).

Los sabios escriben los libros de Job, Proverbios, Cantar de los Cantares, Rut, Tobías, Ester, Eclesiastés, Eclesiástico, Daniel, Judit, Sabiduría. Jesús Ben Sira, nacido y criado en Jerusalén, es uno de estos escribas suscitado por Dios. En sus últimos años, a principios del siglo II a.C., dirige una escuela en Jerusalén, impartiendo a los jóvenes sus conocimientos y comunicándoles su amor a las Escrituras, así como la sabiduría que ha adquirido con su experiencia. Entonces compone su libro para defender la herencia espiritual de Israel de la fascinación que ejerce la cultura helenística sobre muchos judíos y que los gobernantes extranjeros quieren imponer. Su nieto lo traduce del hebreo al griego para los judíos de la diáspora, con el fin de que su lectura les ayude a mantenerse firmes en la fe de los padres, con cuyo elogio termina el libro (Si 44-50). Busca ante todo prevenir a sus discípulos, para que no se dejen contaminar de las costumbres depravadas de los gentiles.

Jesús Ben Sira quiere inculcar a los hebreos la estima de su herencia y ofrecer a los demás la sabiduría de la revelación, para que unos y otros progresen en su vida según la Torá. Desea alertar a sus discípulos sobre los riesgos que corren ante la nueva civilización con sus teatros, gimnasios, escuelas y templos. Esta influencia, que ya intuye Jesús Ben Sira, algo más tarde provoca la crisis que nos atestigua el segundo libro de los Macabeos: “Era tal el auge del helenismo y el progreso de la moda extranjera que ya los sacerdotes no sentían celo por el servicio del altar, sino que despreciaban el Templo; descuidando los sacrificios, en cuanto se daba la señal con el gong se apresuraban a tomar parte en los ejercicios de la palestra contrarios a la ley. Sin apreciar en nada las glorias patrias, tenían por mejores las glorias helénicas” (2M 4,13-15).

Dios lleva adelante su historia de salvación. No se agota su potencia creadora. Cuando parecía acabada la inspiración profética, Dios suscita también a Daniel que, con la apocalíptica, recoge la herencia de la profecía. Con sus visiones interpreta la historia, predice el destino de los Imperios y mantiene la esperanza en Dios, salvador de toda opresión. La lectura que hace de la historia, viendo el sucederse de los Imperios que han dominado a Israel, es fuente de esperanza para Israel, que en su pequeñez no pasa, porque Dios permanece para siempre y es fiel. El final es siempre victorioso. El Señor de la historia instaurará su reino definitivo y universal. La historia es apocalipsis, revelación de Dios.

Con relatos y leyendas, revestidos de imágenes grandiosas y plásticas, nos presenta el desenvolverse de la historia. La estatua gigantesca que rueda por tierra al simple toque de una piedrecita que se desprende desde la montaña (Dn 2), el emperador convertido en fiera (Dn 4), el festín del emperador Baltasar (Dn 5), los jóvenes en el horno de fuego (Dn 3), Daniel en el foso de los leones (Dn 6), las cuatro fieras con el anciano de figura humana (Dn 7) son algunas de las imágenes con las que nos describe la larga historia de los pueblos, que se

alzan y caen, yendo en escala descendente cada vez menos potentes. De este modo reaviva la fe en el Señor de la historia.

El pueblo de Dios puede estar en la prueba, contemplar su insignificancia, pero sabe que todo el poder, toda estatua, “hechura de manos humanas”, termina en polvo. El futuro está en las manos de Dios. El emperador, aunque en su arrogancia se sienta dios, se verá transformado en una fiera, apartado de los hombres, compartiendo la hierba como los toros, mojado de relente. El hombre que se exalta, sin mantener su lugar ante Dios, es humillado a la condición animal. Pierde el reino, el paraíso, para habitar en el desierto (Dn 4,1ss). Los humildes, en cambio, los fieles del Señor, aunque pasen por el fuego, el Señor no permite que se les queme un solo cabello de su cabeza. Salen intactos de la prueba. Los tres jóvenes, Sidrac, Misac y Abdénago, en medio del horno de fuego pueden cantar a Dios el himno de toda la creación (3,46ss).

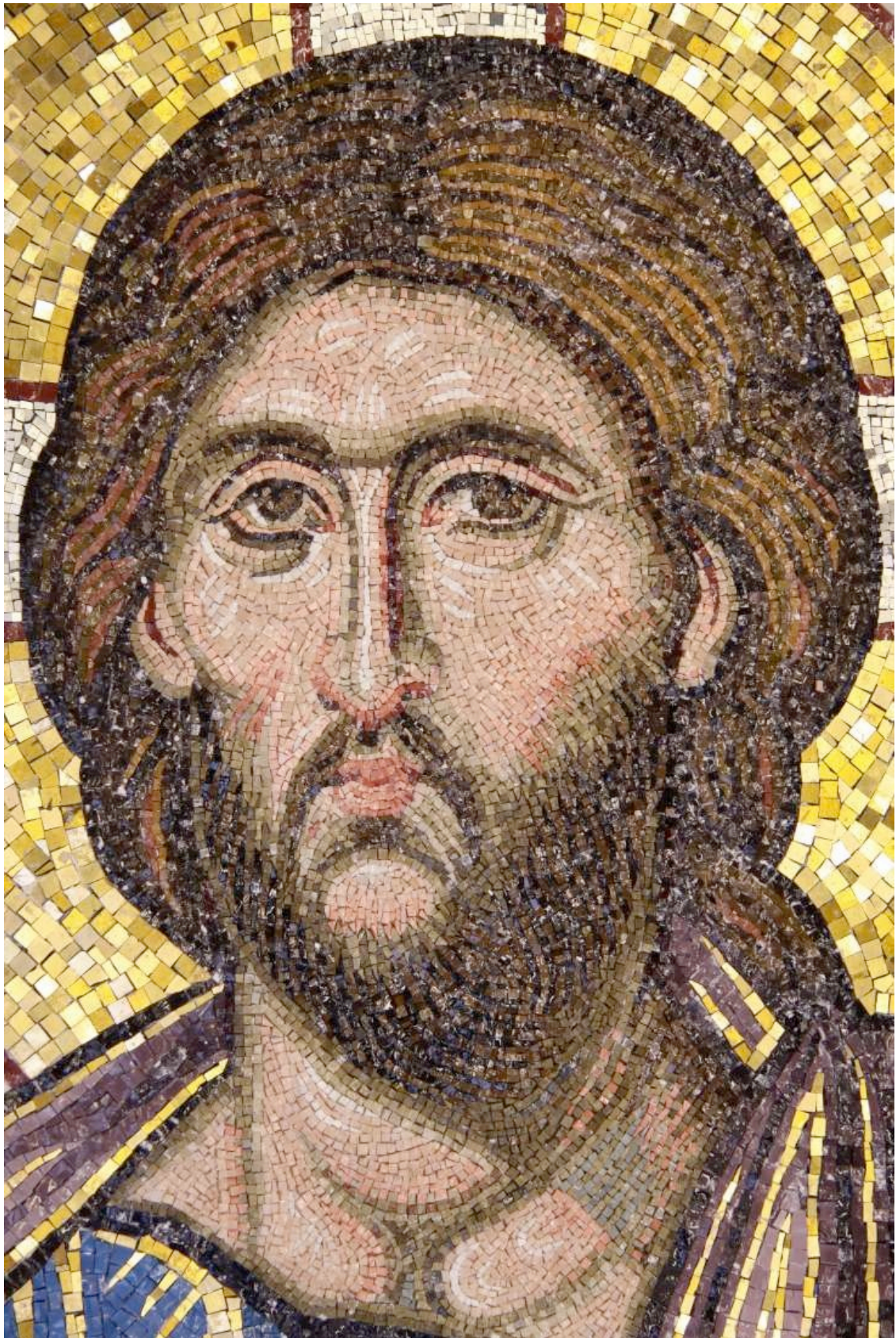
Daniel mismo es puesto a prueba y salvado por Dios. El rey mandó traer a Daniel, acusado de no seguir sus órdenes de adorarlo a él solo, y le arrojó al foso de los leones, diciéndole: “¡Que te salve ese Dios a quien tú veneras con tanta constancia!”. De en medio de los leones sale Daniel sin un rasguño, “porque había confiado en Dios” (6,25). El mismo rey lo confiesa: “El Dios de Daniel es el Dios vivo que permanece siempre. Su reino no será destruido, su imperio dura hasta el fin. El salva y libra, hace signos y prodigios en el cielo y en la tierra. El ha salvado a Daniel de los leones” (6,27-28). Y como Daniel, es salvada de la prueba Susana, el Israel débil y fiel, que pone su confianza únicamente en Dios, que desbarata los planes de potentes y malvados (Dn 13).

Frente a los sueños del emperador se alza el sueño de Daniel. Daniel contempla cuatro bestias: un león con alas de águila; un oso con tres costillas en la boca, entre los dientes; un leopardo, con cuatro alas en el lomo y cuatro cabezas; y una cuarta bestia terrible con dientes de hierro y diez cuernos. Por encima de todo, sentado sobre un trono, Daniel contempla un Anciano: “Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana purísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas. Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él”. Mientras sigue mirando, “he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo del hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (Dn 7).

Jesús se da a sí mismo el título de Hijo del hombre (Mt 8,20). El Hijo del hombre, que no tiene donde reclinar la cabeza, “será entregado en manos de los hombres, le matarán y al tercer día resucitará” (Mt 17,22-23). Su triunfo inaugura el reino eterno, que no tendrá fin. El Hijo del hombre “será levantado para que todo el que crea en él tenga vida eterna” (Jn 3,14s). Esteban, mientras sufre el martirio, mirando fijamente al cielo, le contempla en pie a la derecha de Dios (Hch 7,55-60). También lo contempla Juan mientras se halla deportado en

la isla de Patmos por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de su fe en Jesús. Detrás de él oye una potente voz, como de trompeta: “Me volví y vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros como a un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, ceñido al talle con un ceñidor de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana, como la nieve; sus ojos como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso acrisolado en el horno; su voz como voz de grandes aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Me dijo: No temas, soy yo, el Primero y el Ultimo, el que vive; estuve muerto, pero estoy vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1,9-16).

Dios, Señor de la historia, se prepara un resto, “los pobres de Yahveh” (So 2,3; 3,11- 13; Is 61,1-4; 25,1-5; 52,13-53,12; Sal 13; 22; 34; 69; 73; 131). Estos pobres, que no pueden confiar en sí mismos, abren el corazón a Dios, de quien esperan la salvación. Ellos son quienes, abiertos siempre a los insondables designios de Dios, verán la salvación de Dios, reconociéndola en un pobre como ellos, Jesús de Nazaret (Lc 2,25-38).



Mosaico Cristo Pantocrator en Iglesia San Martin de Wales in Roath (UK)

12. JESUCRISTO

a) Cristo, Dios y hombre, plenitud de la historia

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4,4-5). A esta plenitud de salvación apunta como término la historia de Israel. Después de la liberación de Egipto, después del don de la tierra prometida, después del establecimiento del reino de David y Salomón, todavía queda algo por esperar; por otra parte, esto significa que también en el exilio, en medio de los enemigos, frente a la muerte, todavía queda una esperanza. Esta espera de la salvación empapa la vida, la oración y la fe de Israel. Se acerca en el sufrimiento mismo, en el fracaso, en el crisol de la prueba, que prepara el *día del Señor*. Al ser Dios el Señor de la historia, la historia de salvación siempre queda abierta a realizaciones nuevas de la promesa divina, a una salvación siempre mayor. Israel no da un nombre a Dios ni se lo figura (Ex 34,17), no cree en un Dios a su medida, tal como él pudiera imaginárselo. Vive, por ello, abierto a la revelación, a la manifestación de Dios.

La genealogía de Jesús, en Mateo, se remonta hasta Abraham. En Lucas es más universal y enlaza a Cristo con Adán. De Adán y de Cristo se dice: “hijo de Dios” (Lc 3,23.38). De este modo se establece la relación entre Jesús, nuevo Adán, y el Adán primero, padre de todos los hombres. Un árbol genealógico que llega hasta Adán nos muestra que en Jesús no sólo se ha cumplido la esperanza de Israel, sino la esperanza del hombre, del ser humano. En Cristo el ser herido del hombre, la imagen desfigurada de Dios, ha sido unido a Dios, reconstruyendo de nuevo su auténtica figura. Jesús es Adán, el hombre perfecto, porque “es de Dios”.

En la persona de Eva la promesa está destinada a la humanidad entera (Gn 3,15). Poco a poco la promesa se concentra y se dirige a una raza, la de Sem (Gn 9,26); a un pueblo, el de Abraham (Gn 15,4-6;22,16-18); a una tribu, la de Judá (Gn 49,10); a un clan, el de David (2S 7,14). La promesa se precisa y el grupo se estrecha; se construye una pirámide profética en búsqueda de su cima: María, “de la que nació Jesús, llamado Cristo” (Mt 1,16). María se ha dejado plasmar por el amor de Dios y por ello es “bendita entre todas las mujeres”, “todas las generaciones le llamarán bienaventurada”. En María se ha cumplido plenamente el designio creador y salvador del Padre para todo hombre.

Las dos genealogías unidas nos dicen que Jesús es el fruto conclusivo de la historia de la salvación; pero es El quien vivifica el árbol, porque desciende de lo alto, del Padre que le engendra en el seno virginal de María, por obra de su

Espíritu Santo. Jesús es realmente hombre, fruto de esta tierra, con su genealogía detallada, pero no es sólo fruto de esta tierra, es realmente Dios, hijo de Dios, como señala la ruptura del último anillo del árbol genealógico: "...engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo" (Mt 1,16). Israel, nación materna, es bendita entre todas las naciones, pues lleva a Cristo en su seno, mientras los paganos están "sin Cristo" (Ef 2,12).

Dios se manifiesta en la historia como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como el Dios que guarda fidelidad a sus promesas y las lleva a cumplimiento (Lc 1,54). En el apocalipsis de la historia se manifiesta como el Padre de Jesucristo. El Señor, por quien todo fue hecho, es el fin de la historia humana, punto al cual tienden los deseos de la historia. Vivificados por su espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con el amoroso designio de que "todo tenga a Cristo por cabeza" (Ef 1,10). "He aquí que dice el Señor: Vengo presto y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin" (Ap 22,12-13).

La encarnación de Cristo es la epifanía del amor de Dios al pecador (CEC 458, 516, 604, 609). Siendo Él la vida "bajó del cielo para dar vida al mundo" (Jn 6,33-63), para "hacernos partícipes de la vida eterna", pasándonos "de la muerte a la vida" (Jn 5,24). Él es Jesús: "Yahveh salva" (Mt 1,21). Por ello, "ha venido a llamar a los pecadores" y "a salvar lo que estaba perdido" (Mc 2,17; Lc 19,10). Nuestra condición humana en el nacer y nuestra existencia en situación de esclavitud han sido libremente aceptadas por el Hijo de Dios, que quiso participar de nuestra condición humana plenamente, "igual en todo a nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4,15). Se revistió del hombre, que había caído, para que "como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, alcanzando a todos los hombres, así también la gracia de Dios se desbordara sobre todos por un solo hombre: Jesucristo" (Rm 5,12-21; 1Co 15,21-22).

Cristo, verdadero Dios, se ha hecho verdadero hombre. Esta es la fe de la Iglesia. Si Jesús no es realmente Dios encarnado, verdaderamente hombre, no tienen sentido ni la muerte ni la resurrección: no nos ha redimido y seguimos en nuestro pecado (1Co 15,12-17). "Jesucristo se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser Dios. Es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban" (CEC 464). "La fe en la verdadera encarnación del Hijo de Dios es el signo distintivo de la fe cristiana" (CEC 463). "La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. Él es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor" (CEC 469).

Jesús es el Hijo de Dios que hizo suyo desde dentro nuestro nacer y nuestro morir. El Hijo de Dios no fingió ser hombre, no es un "dios" que, con ropaje

humano, se pasea por la tierra. Como niño fue débil, lloró y rió. Dios se hizo hombre y tuvo hambre y sed, se fatigó y durmió, se admiraba y enojaba, se entristecía y lloraba, padeció y murió. “En todo igual a nosotros menos en el pecado”. En el himno a la kénosis (Flp 2,6-11) Pablo nos muestra a Cristo, que recorre el camino inverso al del hombre (Gn 3) para liberar al hombre de la ley, del pecado y de la muerte. El orgullo del hombre, al querer ser “como Dios”, le lleva a la desobediencia y con ella a perder la vida, que le viene de Dios, experimentando la esclavitud de la concupiscencia, el pecado y la muerte. Cristo, siendo Dios, por el camino de la humillación, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, siendo por ello exaltado como Señor. Cristo abre así al hombre el acceso a Dios. No es la autonomía de Dios lo que lleva al hombre a la libertad y a la gloria, sino la obediencia al Padre, que se complace en sus hijos, que confían en El, y les hace partícipes de su misma naturaleza, concediéndolos vivir en su seno con el Hijo Amado (Jn 17,24).

b) Siervo de Yahveh e Hijo del hombre

Jesús es el Siervo de Yahveh, que según los cantos de Isaías (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4- 11; 52,13-54,12) es sostenido por Dios, ha recibido una lengua de discípulo, no tiene aspecto humano, ha cargado con los pecados del mundo... Jesús, como Siervo de Yahveh, es la piedra de escándalo, rechazada por los constructores, pero preciosa a los ojos de Dios y constituida en piedra angular. Para unos es piedra de tropiezo y caída y para otros es levantamiento salvador (1P 2,21-25). “Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (Isaías). Estos Cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús. Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de Vida” (CEC 713). “La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente. Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (Mt 20,28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús y luego a los propios apóstoles” (CEC 601). “Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores, vio y señaló a Jesús como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero y carga con el pecado de las multitudes y el cordero pascual símbolo de la redención de Israel cuando celebró la primera pascua. Toda la vida de Cristo expresa su misión: Servir y dar su vida en rescate por muchos (Mc 10,45)” (CEC 608).

Jesús, como Siervo de Yahveh e Hijo de Dios, dice amén incondicionalmente a la voluntad del Padre, haciendo de ella su alimento (Jn 4,34). En obediencia al Padre consume la redención en la cruz, cargando con nuestros pecados. Muere como un cordero llevado al matadero sin resistencia. Por ello agradó a Dios y salvó a los hombres. El Padre, resucitándolo de la muerte, acredita el camino de su Siervo como camino de la vida y de la resurrección de la muerte. En el Siervo de Yahveh encuentra el cristiano

cumplido el Sermón del Monte: “Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: No resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra. Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan” (Mt 5,38-48). Jesús lo vive en su carne, al morir perdonando a los que le crucificaban, remitiendo su justicia al Padre. Cuando venga el Espíritu le hará justicia “convenciendo al mundo de pecado, por no haber creído en El y condenando al Príncipe de este mundo” (Jn 16,8-11). El, el Siervo, aparece en la gloria a la derecha del Padre como el Cordero inmolado.

El título de Siervo de Yahveh va unido al de Hijo del hombre. Ambos títulos definen a Jesús como Mesías, que trae la salvación de Dios. El es “el que había de venir” que ha venido. Con El ha llegado el Reino de Dios y la salvación de los hombres. Pero, Jesús, frente a la expectativa de un Mesías político, que El rechaza, se da a sí mismo el título de Hijo del hombre. El trae la salvación para todo el mundo, pero una salvación que no se realiza por el camino del triunfo político o de la violencia, sino por el camino de la pasión y de la muerte en cruz. Jesús es el Hijo del hombre, Mesías que entrega su vida a Dios por todos los hombres (Mc 2,10.27; 8,31; 9,31; 10,33.45; 13,26; Lc 7,34; 9,58; 12,8-9; Mt 25,32; CEC 440).

El Mesías, de este modo, asume en sí, simultáneamente, el título de Hijo del hombre y de Siervo de Yahveh, cuya muerte es salvación “para muchos”. Jesús muere “como Siervo de Yahveh”, de cuya pasión y muerte dice Isaías que es un sufrimiento inocente, aceptado voluntariamente, querido por Dios y, por tanto, salvador. Al identificarse el Hijo del hombre con el Siervo de Yahveh se nos manifiesta el modo propio que tiene Jesús de ser Mesías: entregando su vida para salvar la vida de todos. En la cruz, Jesús aparece entre malhechores y los soldados echan a suertes su túnica (dos rasgos del canto del Siervo de Isaías 53,12). Y en la cruz, sin bajar de ella como le proponen el pueblo, soldados y ladrones, Jesús muestra que es el Hijo del hombre, el Mesías, el Salvador de todos los que le acogen: salva al ladrón que se reconoce culpable e implora piedad, toca el corazón del centurión romano y hace que el pueblo “se vuelva golpeándose el pecho” (Lc 23,47-48).

Pilato, con la inscripción condenatoria colgada sobre la cruz, proclama a Jesús ante todos los pueblos como Rey. Pero su ser Rey consiste en ser don de sí mismo a Dios por los hombres. Es el Rey que tiene como trono la cruz. Así es como entra en la gloria, con sus llagas gloriosas: “¿no era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” (Lc 24,26). Cristo es Rey en cuanto Siervo y Siervo en cuanto Rey. Servir a Dios es reinar. Porque el servicio a Dios es la obediencia libérrima del Hijo al Padre.

Cristo Siervo de Yahveh, que carga con nuestros pecados y dolencias, dando la vida por ellos, deja al cristiano unas “huellas luminosas” (1P 2,21-25), para que camine por ellas hacia la gloria. Quien se entrega al servicio de los demás, el que pierde su vida, vaciándose de sí mismo por Cristo y su evangelio

es el verdadero hombre, que llega a la estatura adulta de Cristo, crucificado por los demás. Esta unión entre servicio y gloria es lo que canta Pablo en su carta a los Filipenses (2,5-11). Cristianos adultos son aquellos que “llevan los unos las cargas de los otros” (Ga 6,2; CEC 618).

Dios, resucitando a Jesús, ha cambiado la muerte ignominiosa de la cruz en motivo de esperanza, de gloria y de salvación. La cruz ya no destruye al hombre unido a Jesucristo por la fe. La cruz “escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles”, para el cristiano es “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1Co 1,17-25). En el misterio de la cruz se juntan la verdad y la vida: verdad revelada por Dios a los pequeños y vida ofrecida por el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. Todo lo que tiene aspecto de cruz o muerte ha sido asumido por Jesús y transformado en camino de gloria. La cruz aparece, pues, como la luz radiante del rostro del Padre. Marcado con ella, el cristiano lleva en sí el signo de la elección por parte de Dios.

En la cruz de Cristo aparece el amor insondable de Dios, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rm 8,32.39; Jn 3,16), para reconciliar en El al mundo consigo (2Co 5,18-19). Cada cristiano puede decir con Pablo: “El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20). La cruz es el símbolo por excelencia del cristiano. Marcado con la cruz en el bautismo, el cristiano levanta la cruz en todo tiempo y lugar, como símbolo de su pertenencia a Cristo crucificado. Como Pablo no quiere “conocer cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado” (1Co 2,2).

La cruz es también un escándalo. La cruz es signo de salvación y signo de contradicción, piedra de escándalo. Ante ella se definen quienes están con Cristo y quienes en contra de Cristo. A cada paso nos encontramos con la cruz en la vida, como piedra, en que nos apoyamos, o como piedra, en la que tropezamos y nos aplasta: Cristo crucificado es la señal de contradicción, “puesto para caída y elevación de muchos” (Lc 2,34). Ante la cruz quedan al descubierto las intenciones del corazón (Lc 2,35). Es inevitable “mirar al que traspasaron” (Jn 19,37), “como escándalo y necesidad” o “como fuerza y sabiduría de Dios” (1Co 1,17-25). La cruz es la piedra “que desecharon los arquitectos, pero que ha venido a ser piedra angular” (CEC 272-273; 2015).

La salvación de Dios no se nos ofrece sino bajo la forma de cruz. Sólo por la cruz seguimos a Cristo: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y que me siga” (Mc 8,34). Confesar a Cristo crucificado significa decir que estoy crucificado con Cristo. El bautismo nos incorpora a la muerte de Cristo, para seguirle con la propia cruz hasta la gloria, donde El está con sus llagas gloriosas (Rm 6,3-8). “Llevamos siempre y por todas partes en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2Co 4,10-12).

c) Muerto y Resucitado

Jesucristo muerto y resucitado es la obra de Dios que se nos ofrece gratuitamente para que nuestros pecados sean destruidos y nuestra muerte sea aniquilada. Jesús es el camino que Dios ha abierto en la muerte. Por el poder del Espíritu Santo, el hombre puede pasar de la muerte a la vida, puede entrar en la muerte, sabiendo que no quedará en ella; la muerte es paso y no aniquilación. Al actuar así, Dios ha mostrado el amor que nos tiene. No decía la verdad la serpiente al presentar a Dios como enemigo celoso del hombre. En la obediencia filial a la voluntad de Dios reside la vida y la libertad del hombre. En la desobediencia y rebelión del hombre contra Dios, sólo puede hallarse muerte (CEC 599-602; 613-615).

Cristo va a la pasión siguiendo los designios del Padre, en obediencia a la voluntad del Padre: “Cristo, siendo Hijo, aprendió por experiencia, en sus padecimientos, a obedecer. Habiendo llegado así hasta la plena consumación, se convirtió en causa de salvación para todos los que le obedecen” (Hb 5,8-10). En su sangre se sella la alianza del creyente y Dios Padre: “Tomando una copa y, dadas las gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (Mc 14,23-24), “para el perdón de los pecados”, añaden Mateo y Lucas. Esto es lo que Pablo ha recibido de la tradición eclesial, que se remonta al mismo Señor, y que él, a su vez, transmite: “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado..., después de cenar, tomó la copa, diciendo: Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebáis, hacedlo en memoria mía. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1Co 11,23-26).

En todos estos textos aparecen las palabras “por vosotros”, “por muchos”, que expresan la entrega de Cristo a la pasión en rescate nuestro. El es el Siervo de Yahveh, que carga sobre sí nuestros sufrimientos y dolores, azotado y herido de Dios y humillado. Herido, ciertamente, por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas, soportando El el castigo que nos trae la paz, pues con sus cardenales hemos sido nosotros curados. El tomó, pues, el pecado de muchos e intercedió por los pecadores (Is 52,13-53,12).

La hora de la pasión es la hora de Cristo, la hora señalada por el Padre para la salvación de los hombres: “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en El, sino que tengan vida eterna” (Jn 3,16). Siendo, pues, la hora señalada por el Padre, la pasión es la hora de la glorificación del Hijo y de la salvación de los hombres (Jn 12,23-28). La pasión es la hora de pasar de este mundo al Padre y la hora del amor a los hombres hasta el extremo (Jn 13,1). Por ello es también la hora de la glorificación del Padre en el Hijo (Jn 17,1). Con la entrega de su Hijo a la humanidad,

Dios se manifiesta plenamente como Dios: Amor en plenitud.

Dios no se ha dejado vencer en su amor por el pecado del hombre. Su amor se ha manifestado en la resurrección de Jesús, -hecho pecador-, más fuerte que todos nuestros pecados. En realidad Dios no nos ha visto como malvados, a pesar de nuestros pecados. Dios nos ha amado porque nos ha visto esclavos del pecado, sufriendo bajo el pecado. El hombre, más que pecador, es un cautivo del pecado (CEC 1825; 545). Jesús reprochará a los fariseos el cumplimiento de la Ley como pretensión de autojustificación ante Dios y defenderá, en cambio, a los pecadores que están agobiados por el peso de la Ley y del pecado. Dios en Cristo nos ha manifestado su amor al pecador (Rm 5,6-11). La muerte en cruz era una maldición. Cristo se hizo maldito para librarnos de la maldición a nosotros, a quienes la Ley condenaba a muerte: “Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose El mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito el que es colgado de un madero. Así, en Cristo Jesús, pudo llegar a los gentiles la bendición de Abraham” (Ga 3,13-14).

El Dios de la misericordia, que ofrece el Reino a los pobres, es la esperanza de todos los oprimidos por el mal. Dios nos ha amado primero (1Jn 4,19). Como buen Pastor, Cristo “da su vida por las ovejas” (Jn 10,15). “Se entrega a sí mismo como rescate por todos” (1Tm 2,6), “entregándose El por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso” (Ga 1,4), que “yace en poder del Maligno” (1Jn 5,19). El, que no conoció pecado, se hizo por nosotros pecado, para que en El fuéramos justicia de Dios (2Co 5,21). En resumen, “El, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (2Co 8,9).

Y no sólo buen Pastor, Jesús es también nuestro Cordero pascual inmolado (1Co 5,7), “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29), “rescatándonos de la conducta necia heredada de nuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, Cordero sin defecto ni mancha” (1P 1,18-19). “Digno eres, Cordero degollado, de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes sobre la tierra” (Ap 5,9-10).

d) Constituido Kyrios

Con el anuncio de Cristo muerto y sepultado, que descendió a los infiernos y fue resucitado, de quien la cruz gloriosa es signo permanente en la vida del cristiano, se comienza a iluminar la historia como historia del amor de Dios, manifestado en su mismo Hijo. De aquí se pasa a reconocer con agradecimiento a Cristo como Kyrios, Señor a quien todo está sometido (CEC 446-451). Desde la experiencia de la salvación se pasa a la confesión de Jesucristo como Dios. En el poder del resucitado se reconoce su divinidad.

La resurrección de Jesús de entre los muertos, expresada en la fórmula pasiva -“fue resucitado”-, es obra de la acción misteriosa de Dios Padre, que no deja a su Hijo abandonado a la corrupción del sepulcro, sino que lo levanta y lo exalta a la gloria, sentándolo a su derecha (Rm 1,3-4; Flp 2,6-11; 1Tm 3,16). Cristo, por su resurrección, no volvió a su vida terrena anterior, como lo hizo el hijo de la viuda de Naím o la hija de Jairo o Lázaro. Cristo resucitó a la vida que está más allá de la muerte, fuera, pues, de la posibilidad de volver a morir. En sus apariciones se muestra *el mismo* que vivió, comió, habló a los Apóstoles y murió, pero *no lo mismo*. Por eso no lo reconocen hasta que El mismo “les abre los ojos” y “mueve el corazón”. En el resucitado reconocen al crucificado y, simultáneamente, confiesan: “Es el Señor” (Jn 21,7).

Cristo Resucitado busca a los apóstoles, rompe el miedo, atraviesa las puertas cerradas y transforma su vida con el don del Espíritu Santo. Ellos, antes encerrados por el miedo a la muerte, ahora, despreciando la muerte, testimonian la resurrección de Jesucristo confesándole como Señor: “Nadie puede decir Jesús es Señor sino con el Espíritu Santo” (1Co 12,3). Esta nueva situación, que viven los Apóstoles con el Resucitado, es idéntica a la nuestra. No le vemos más que en el ámbito de la fe. Con la Escritura enciende nuestro corazón y al partir el pan nos abre los ojos para reconocerlo, como a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Ser cristiano es experimentar y reconocer a Jesucristo como Señor, vivir sólo de El y para El, caminar tras sus huellas, en unión con El, en obediencia al Padre y en entrega al servicio de los hombres, en primer lugar anunciándoles a Cristo como Señor. Ser en Cristo, vivir con Cristo, por Cristo y para Cristo es amar en la dimensión de la cruz, como El nos amó y nos posibilitó con su Espíritu (CEC 450).

En efecto, quienes antes de creer en el Señor Jesús sirvieron a los ídolos (Ga 4,8; 1Ts 1,9; 1Co 12,2; 1P 4,3) y fueron esclavos de la ley (Rm 7,23.35; Ga 4,5), del pecado (Rm 6,6.16-20; Jn 8,34) y del miedo a la muerte (Hb 2,14), por el poder de Cristo fueron liberados de ellos, haciéndose “siervos de Dios” y “siervos de Cristo” (Rm 6,22-23; 1Co 7,22), “sirviendo al Señor” (Rm 12,11) en la libertad de los hijos de Dios, que “cumplen de corazón la voluntad de Dios” (Ef 6,6), “conscientes de que el Señor los hará herederos con El” (Col 3,24; Rm 8,17).

El Resucitado se presenta como vencedor de la muerte y así se revela como Kyrios, como el Señor, cuya glorificación sanciona definitivamente el mensaje de la venida del Reino de Dios con El. Con la Ascensión, sentándolo a su derecha, el Padre selló toda la obra del Hijo: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo es SEÑOR para gloria de Dios Padre” (Flp 2,6- 11).

Cristo, habiendo aniquilado a los enemigos con su pasión, sube victorioso a sentarse a la derecha del Padre. A la derecha del Padre está Cristo “sentado en el trono de la gloria” como Señor (Mt 19,28;25,3) o “en pie”, como Sumo Sacerdote, que ha entrado en el Santuario del cielo, donde intercede por nosotros en la presencia de Dios (Hb 9,24; 10,11-14; Hch 7,55).

Con la resurrección y exaltación de Jesucristo a la derecha del Padre, se inaugura el mundo nuevo: somos ya hombres celestes, porque Cristo, Cabeza de la Iglesia está en el cielo. Pero el Reino de Dios se halla todavía en camino hacia su plenitud. La Iglesia peregrina en la tierra, esperando anhelante la consumación final, confesando y deseando la Parusía del Señor, la segunda venida de Jesucristo: “¡Maranathá, ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20).



La Virgen María y los Apóstoles el día de Pentecostés

13. LA IGLESIA SACRAMENTO DE SALVACION

a) La Iglesia como misterio

La historia de salvación culmina en Cristo. Juan Bautista lo anuncia con los mismos términos de Isaías: llega el nuevo y definitivo éxodo: “Preparad el camino del Señor” (Lc 3,4; Is 40,3). Jesús realiza el nuevo éxodo, llevando al pueblo de Dios de la esclavitud del pecado a la casa del Padre, al reposo eterno de Dios mismo (Hb 4,9ss). Cristo “lleva a los hijos a la gloria, guiándolos a la salvación” (Hb 2,10). Jesús en persona es el camino: en Él los hombres llegan a la vida eterna. Él entra el primero a través del camino de la cruz. Y a través de su carne abre la senda que lleva a los discípulos a participar en la gloria de la resurrección. Cristo es “el camino nuevo y vivo” para entrar en el “santuario celeste” (Hb 10,19-22). El caminar de Abraham, la marcha del pueblo hacia la tierra prometida, la vuelta del exilio y el seguimiento de Dios en la ley, culminan en Jesucristo, camino de vida, en el Espíritu, que lleva al Padre: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6)

Pero el misterio de Cristo se vive en la Iglesia. La historia de la salvación, culminada en Cristo, se prolonga en la Iglesia. Jesucristo, “luz de las gentes”, ilumina a todos los hombres con la claridad que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, enviada por Él a anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15). “La contemporaneidad de Cristo con el hombre de todos los tiempos se realiza en su cuerpo, que es la Iglesia” (VS 25). El cristiano vive “su vocación en Cristo” en la Iglesia, que es la convocación de los fieles en Cristo. La vida cristiana se vive en Iglesia, comunitariamente. La incorporación sacramental a la Iglesia por el bautismo es el signo sacramental que realiza la incorporación a Cristo. La vida cristiana es la vida del hombre que ha sido acogido en la comunidad de la Iglesia y de este modo se ha configurado con Cristo. El misterio de Cristo, la Iglesia lo profesa y lo celebra para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre (CEC 2558).

Al recibir en el bautismo el nuevo ser, fruto de la reconciliación con Dios por la sangre de Jesucristo, el creyente se incorpora a la comunidad de la Iglesia, que vive en la comunión con el Señor en la Eucaristía. Esta comunión con el Señor engendra la comunión entre todos los que “comen el mismo e idéntico pan”, haciendo de ellos un “único cuerpo” (1Co 10, 17), un “único hombre nuevo” (Ef 2,15). Este único cuerpo es el cuerpo eclesial de Cristo. Nadie puede ser cristiano en solitario. Es imposible creer y abrirse al Evangelio por sí

mismo. Es preciso que alguien nos anuncie el Evangelio y nos transmita (*traditio*) la fe. En la Iglesia se nos sella la fe en el bautismo y ésta fe es sostenida con el testimonio de los hermanos en la fe y con la Eucaristía.

La Iglesia es el sacramento, es decir, el signo y el instrumento de la acción del Espíritu Santo. Es más, la fe enraíza a la Iglesia en el misterio de Dios Uno y Trino. Así es como nos la presenta el Concilio Vaticano II, citando a San Cipriano: “La Iglesia es el pueblo reunido en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Ya desde el comienzo el Credo confiesa que se entra en la Iglesia por el bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). La Iglesia es, pues, sacramento de salvación. En la Iglesia está visible el misterio salvador de Dios, hecho presente en el mundo por Jesucristo y actualizado en el corazón de los fieles por el Espíritu Santo (Ef 3,3-12; Col 1,26-27). La Iglesia tiene la profunda conciencia de que no es ella, sino su divino Fundador, quien irradia la luz sobre las naciones. Pero ella sabe también que esta irradiación llega a toda la humanidad reflejándose en su rostro, y de este modo baña a los hombres en la claridad, que sólo brota de Dios. Es lo que afirma San Pablo en su texto sobre la gloria trasformante del Señor: “Mas nosotros todos, con el rostro descubierto, reverberando como espejos la gloria del Señor, nos vamos trasformando en la misma imagen, de gloria en gloria, conforme a como obra el Espíritu del Señor” (2Co 3,18).

La Iglesia trasmite esta luz a los hombres con la predicación de la Buena Nueva a toda criatura. El fin único de la Iglesia es la gloria del Señor. La Iglesia no se coloca, pues, a sí misma en el sitio del Salvador. La Iglesia existe desde Cristo y en Cristo. La Iglesia es, no sólo efecto de un remoto acto fundacional de Cristo, sino “su continuación terrestre”. Cristo es no sólo fundador sino cabeza real, aunque invisible, de la Iglesia, que es así el cuerpo animado por El y que recibe de El vida y acción. Cristo es nuestro origen y nuestro camino, Cristo es nuestra esperanza y nuestro fin. La Iglesia, por la Eucaristía y el Espíritu, prolonga la encarnación y obra redentora de Cristo; prolonga la acción divinizante de Cristo que, insertándose en la carne humana, inserta al hombre en la vida divina.

La Iglesia es la pervivencia pneumática de la encarnación, redención y amor vivificante de Cristo a la humanidad de siempre. La Iglesia vive en una total referencia a Cristo, no sólo de origen, sino de perduración. En la Iglesia el divino Redentor realiza la salvación. No es la Iglesia “Lumen gentium”, sino Cristo. La Iglesia no tiene luz propia, sino que cual luna misteriosa junto al sol, devuelve reflejada hacia los hombres la claridad de Cristo, que resplandece en su rostro (CEC 748). Pura transparencia, porque, desapareciendo, posibilita ver a Cristo, presencia viviente en ella; forma personal a quien tiene que conformarse; cabeza del cuerpo único, que ambos forman (CEC 562; 788-795). No es la Iglesia, sino Cristo, luz-camino-vida del mundo. La Iglesia no gira en torno a su voluntad, sino en torno a la persona de Cristo. Su acción es obediencia. Su existencia es fidelidad. Su vivir es re-vivir a El.

La Iglesia, sacramento de salvación, se edifica y se nutre con los sacramentos. Decir que la Iglesia es sacramento es afirmar que en ella se realiza la salvación en forma visible y eficaz, comunitaria e histórica. La acción salvífica de Cristo, mediante el Espíritu Santo, está presente en la Iglesia, de un modo particular en sus sacramentos. La Iglesia, con sus siete sacramentos, es el signo visible y eficaz, escogido por Dios, para realizar en la historia su voluntad eterna de salvar a toda la humanidad. El Espíritu Santo y la Iglesia hacen presente en el mundo la voluntad salvífica de Dios.

Con la efusión del Espíritu Santo, en Pentecostés, se inaugura el tiempo de la Iglesia, en el que Cristo manifiesta, hace presente y comunica su obra de salvación por medio de los sacramentos. Cristo vive y actúa en la Iglesia, comunicando a los creyentes los frutos de su misterio pascual: “Sentado a la derecha del Padre y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por El para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo” (CEC 1084). “El día de Pentecostés, por la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia se manifiesta al mundo (Cf LG 2). El don del Espíritu inaugura un tiempo nuevo en la ‘dispensación del Misterio’: el tiempo de la Iglesia, durante el cual Cristo manifiesta, hace presente y comunica la obra de su salvación mediante la Liturgia de su Iglesia, ‘hasta que él venga’ (1Co 11,26). Durante este tiempo de la Iglesia, Cristo vive y actúa... por los sacramentos” (CEC 1076).

La palabra predicada lleva a los sacramentos, donde la palabra es sellada y cumplida. “Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: ‘por los sacramentos que les han hecho renacer’, los cristianos han llegado a ser ‘hijos de Dios’ (Jn 1,12; 1Jn 3,1), ‘partícipes de la naturaleza divina’ (2P 1,4)... Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para llevar en adelante esta vida nueva” (CEC 1692). La iniciación cristiana es el gradual descubrimiento y vivencia, mediante el don del Espíritu Santo, de la vida filial. La Palabra y los Sacramentos, que la sellan, llevan al cristiano a vivir toda su existencia como vida de hijo de Dios, reproduciendo en la propia historia la imagen del Hijo Unigénito del Padre. Cristo es el “sacramento primordial” y de El brotan los sacramentos de la Iglesia, como su don sponsal a la Iglesia: “Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera” (SC 5). En efecto, como dice San León Magno “lo que era visible en nuestro Señor ha pasado a sus misterios” (CEC 1115). Los sacramentos perpetúan en el tiempo de la Iglesia el misterio de Cristo. Mediante los sacramentos de la Iglesia llega al hombre de todos los tiempos la obra de salvación de Cristo. Los sacramentos forman un organismo en el cual cada sacramento particular tiene su lugar vital. En este organismo, la Eucaristía ocupa un lugar único, en cuanto ‘sacramento de los sacramentos’: todos los otros sacramentos están ordenados a éste como a su fin” (CEC 1211)

El Espíritu de Dios une la Palabra y los Sacramentos. El Espíritu da testimonio de Cristo junto con los apóstoles y actualiza para nosotros la palabra anunciada, interiorizándola en los corazones de quienes la escuchan y la acogen con fe. Así el anuncio de Cristo, muerto y resucitado, se hace presente, se realiza para nosotros en los sacramentos. Sin los sacramentos, Cristo se reduciría a un modelo externo a nosotros, que tendríamos que reproducir en la vida con nuestro esfuerzo. También vale lo contrario: los sacramentos sin evangelización previa se convierten en puro ritualismo vacío, que no agrada a Dios ni da vida a los hombres. El comienzo de la vida filial se da en el bautismo, pero, como dice Orígenes: “Cuanto más entendamos la Palabra de Dios más seremos hijos suyos, siempre y cuando esas palabras caigan en alguien que ha recibido el Espíritu de adopción”.

El Espíritu Santo hace eficaces las acciones sacramentales de la Iglesia, actualizando e interiorizando la salvación de Cristo en los creyentes (Cf LG 50; PO 5). En los sacramentos se da un movimiento de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia Dios; este movimiento parte del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo y asciende desde el Espíritu por el Hijo hasta introducirnos en la gloria del Padre. La salvación, como vida del Padre en Cristo, se nos da en el Espíritu Santo. Y el Espíritu santo nos lleva siempre a Cristo, que nos presenta como hermanos suyos al Padre, que nos acoge como hijos.

b) Comunión vital entre Cristo y la Iglesia

Este ser de la Iglesia supone y expresa la comunión vital entre Cristo y la Iglesia, como aparece en las múltiples imágenes bíblicas, que la expresan (CEC 753). La *Lumen Gentium* agrupa las imágenes de la Iglesia en torno a cuatro temas: la vida pastoril, la vida agrícola, la construcción y la vida familiar. Lo que cuenta no es el número exhaustivo de imágenes, sino la orientación. Se trata no sólo de presentar a la Iglesia “a partir de” la Biblia, sino “según” el mismo lenguaje bíblico, sirviéndose de alegorías, signos, símbolos, que irradian la realidad del misterio presente en ellas. Estas imágenes son epifanías de la acción carismática del Espíritu Santo en la Iglesia. Pues, al mismo tiempo que el Espíritu Santo habla al hombre por estas imágenes, su Palabra -por su valor sacramental- realiza lo que significa. Así hace de los hombres una casa, un templo, un cuerpo, un pueblo (CEC 753-757).

San Juan escoge la vieja imagen bíblica de la *viña del Señor* (Jr 2,25; Is 61,1-4;5,1-7) para decir que “Cristo es la verdadera vid que da la vida y la fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros que por medio de la Iglesia permanecemos en El y sin El nada podemos hacer” (Jn 15,1-5; CEC 755; 1108).

San Pablo llama a la Iglesia *Cuerpo de Cristo* (CEC 790-795). En sus primeras cartas, a los corintios y a los romanos, San Pablo, con la imagen del cuerpo, expresa la unidad y pluralidad de una sociedad multiforme, que

persigue un único objetivo (1Co 12,12-31; Rm 12,4-14). En ambas cartas llega a la misma conclusión: “sed unánimes entre vosotros” (Rm 12,16; 1Co 12,24-26). De aquí que también esta descripción del cuerpo único de Cristo aparezca espontáneamente en el bello canto sobre el supremo don del Espíritu, el amor que informa a la Iglesia (1Co 14,12). Con esto el Apóstol no quiere decir otra cosa sino que nosotros, en la Iglesia, formamos todos juntos un pueblo, y que este pueblo cristiano, con la diversidad de gracias recibidas y de los ministerios que le han sido confiados, pertenece sólo a Cristo, es regido sólo por Cristo y es animado y llevado por su único Espíritu (1Co 12,4-6).

En las epístolas posteriores, especialmente en las dirigidas a los efesios y a los colosenses, San Pablo da un paso más. Advierte expresamente que el mismo Cristo es la cabeza de este cuerpo; que la Iglesia, como cuerpo, está unida a aquella Cabeza y que forma con ella el Cristo total (Col 1,18-19). “La Iglesia vive de la palabra y del cuerpo de Cristo y de esta manera viene a ser ella misma Cuerpo de Cristo” (CEC 752). Desde la resurrección de Cristo la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Cuando el plan de salvación sobre el pueblo de Dios se realiza en Cristo, este pueblo se convierte en el cuerpo de Cristo. El Espíritu de Cristo se da a la Iglesia porque es su cuerpo. Así un mismo Espíritu anima a todo el cuerpo: cabeza y miembros. “Cristo nos concedió participar de su Espíritu, que siendo uno en la cabeza y los miembros, de tal modo vivifica todo el cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los santos Padres con la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano” (CEC 797-798).

San Pablo amplía la imagen del cuerpo, al mismo tiempo que la corrige bajo un cierto aspecto, con la imagen de la Iglesia como *Esposa de Cristo* (CEC 796;1602; 1616-1617). En el Antiguo Testamento, la alianza de Dios con Israel fue a menudo cantada bajo la forma del amor conyugal. Oseas inaugura este tema y Ezequiel lo desarrolla en la bellísima narración de un rey que en el desierto encontró a una doncella desamparada, la tomó como esposa y la atavió, y cuando ella, al igual que el pueblo de Israel, se dio a la prostitución -idolatría y apostasía-, el rey, a pesar de sus pecados, la perdonó (Ez 16; 23). San Pablo ha aplicado a la Iglesia este tema nupcial en la carta a los efesios (5,21-33), donde, ante todo, pretende manifestar el “gran misterio” del amor y unidad “de Cristo y la Iglesia”; y también en la segunda carta a los corintios (11,2-3). Cristo es el esposo fiel que purifica y santifica a la esposa pecadora, embelleciéndola y haciéndola casta. Por medio de la Eucaristía se ha hecho alimento de su esposa, carne de su carne, para no formar con ella más que “una sola carne”.

La imagen de la esposa subraya un aspecto del misterio de la Iglesia: la distinción entre Cristo y la Iglesia, conservando la íntima unión que los une. La Iglesia es la esposa del Señor, compuesta de hombres llamados y justificados, pero pecadores: “Santa por la gracia y el Espíritu, que habita en ella, se debe, sin embargo purificar y renovar constantemente. Así, consciente de la condición

peregrina, lejos del Señor (2Co 5,6), camina en la tribulación hasta que aparezca con su Señor en la gloria (Col 3,1-4)” (CEC 769; 1045).

Esta imagen pone de relieve el carácter interpersonal de las relaciones entre Cristo y la Iglesia, mejor que la imagen del pueblo-comunidad, y mejor que la imagen del cuerpo y sus miembros. Subraya el carácter de libertad en el amor y de reciprocidad en el don. Insiste en la libre respuesta de la esposa al amor del esposo. Al amor de iniciativa de Dios responde el amor libre y agradecido de la Iglesia. Esta imagen resalta también los dones permanentes del esposo a la esposa: Evangelio, Sacramentos y, sobre todo, su Espíritu, que la permite permanecer fiel. La Iglesia, en este mundo, tendrá siempre necesidad de purificarse, pero, gracias al don del Espíritu de Cristo, jamás llegará a traicionar a su esposo. Ya que Cristo ama a la Iglesia, su esposa, como su propio cuerpo, la Iglesia está unida indisolublemente a El. El esposo y la esposa ya no se separarán más. Los miembros pueden substraerse libremente a la influencia vivificante del Espíritu, como la enfermedad puede afectar a un miembro del cuerpo humano, pero nada es capaz de separar al esposo de la esposa.

El símbolo de la tienda-tabernáculo reafirma la presencia divina, que como columna de fuego precede al pueblo de Dios en su peregrinar a través del desierto. Durante la marcha a través del desierto la presencia de Dios se manifestaba en la columna de nube y de fuego (Ex 13,22). Después se daba la habitación de Dios en la Tienda de la Reunión (Ex 40,35; Nm 9,18.22; 10,34) sobre la que reposaba la nube. En la Encarnación la nube divina cubre el seno de la Virgen María, la Tienda o Arca de Dios. Se trata, pues, de una presencia de Dios en la historia de la humanidad. Esta presencia se afirma de nuevo por el símbolo del Templo, referido tanto a la Iglesia como a cada uno de sus miembros; aquí descubrimos la dialéctica de la persona y de la comunidad, que la acción edificadora del Espíritu respeta (CEC 809). El símbolo del Paraíso terrestre en los últimos capítulos del Apocalipsis une el origen de la Iglesia antes de los tiempos con su consumación en el Reino de Dios. La Iglesia permanece, en efecto, una realidad escatológica, siempre igual a sí misma en su fuente y en su desarrollo a través la historia de la salvación hasta su consumación en Dios. El pueblo histórico de Dios es un pueblo llegado a ser Cuerpo de Cristo. A través de esta multitud de símbolos descubrimos el misterio vivo de la Iglesia.

c) La Iglesia continúa la misión de Cristo

La Iglesia, unida vitalmente a Cristo, no existe, pues, para sí misma. Existe para Cristo y, en consecuencia, para los hombres. Debe continuar la misión de Cristo, que ha venido para salvar a los hombres. No son los hombres quienes deben venir hacia ella. Ella debe ir hacia los hombres, como hizo Cristo. Es la perspectiva nueva de la Iglesia abierta a la humanidad. Cristo es el Siervo de Dios y, por lo mismo, el servidor de los hombres. La voluntad del Padre, el

plan de salvación del Padre, está en el centro de la existencia de Cristo, es el móvil de su vida, su alimento, su inspiración, su misión y su gloria. Encarnado a causa de esta voluntad del Padre, Cristo no vive para sí, sino para la misión recibida del Padre.

La Iglesia, penetrada del Espíritu de Cristo, prolonga el misterio de Cristo siervo. Vive en el mundo, hasta la Parusía, al servicio del designio de salvación del Padre. El Concilio ha insistido repetidamente sobre esta actitud de “servicio” de la Iglesia. En Cristo Servidor, ella vive no para buscar su propia gloria e intereses propios, sino la gloria e intereses de “Aquel que ha enviado” y resucitado a Cristo. La Iglesia no vive para sí. Ella es el lugar de la comunión con el Padre y con los hombres. En esta etapa peregrinante de su misterio, en la medida en que interioriza esta comunión con el Padre, se va dejando penetrar y mover por el designio del Padre y despojándose de lo que no esté ligado a este designio. Con Cristo debe esforzarse por no buscar otra cosa más que el servicio al plan de amor de Dios Padre. No se preocupará de sí misma más que en la medida en que este plan ya se realiza en ella en su ser de comunión y caridad. Por ello, no ha de defender sus propios intereses ni reivindicar sus derechos ante el mundo más que cuando la voluntad del Padre esté comprometida más allá de ella misma.

Esta comunión significa comunión y respuesta a la llamada de Dios, que quiere salvar a todos los hombres, hasta el punto de no haber dudado en darles su propio Hijo Unigénito. Esta conciencia de servicio al plan de salvación del Padre suscita en la Iglesia su tensión misionera. Ya la primera frase de la LG define su orientación misionera: “Siendo Cristo la luz de las gentes, este sagrado concilio, reunido en el Espíritu de Cristo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres con su claridad que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura (Mc 16,5)” (LG 1). Después define a la Iglesia como sacramento, es decir, como “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano...; éste es su ser y su misión universal”. Esta misión de evangelización universal vendrá después formalmente enunciada para concluir con la afirmación vigorosa de la tensión misionera de todo el pueblo de Dios hacia la plenitud escatológica. Debido a la presencia activa de Cristo en su seno, “la Iglesia ora y trabaja al mismo tiempo para que el mundo entero se transforme plenamente en Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo y para que en Cristo, Cabeza de todos, se tribute todo honor y gloria al Creador y Padre universal” (LG 16 y 17).

La Iglesia cumple este servicio, fiel a su misión, en el amor universal a los hombres. Cristo aparece en el mundo como sacerdote, rey y profeta de la nueva alianza. Como sacerdote, rey y profeta, El continúa en su Iglesia. Hace participar al pueblo de Dios de su sacerdocio, de su misión profética y de su misión real (CEC 783-786). “Para continuar su misión de salvación, Cristo, sacerdote sumo, se eligió un pueblo sacerdotal, pueblo consagrado que, en la diversidad y común acción de presbíteros y laicos, hace presente la obra

redentora de Cristo en la Eucaristía y demás sacramentos, en cuya celebración la Iglesia renace constantemente” (CEC 782). Cristo hace de su pueblo una comunidad consagrada (1P 2,9). En cada fiel, en cada miembro del Pueblo de Dios, Cristo quiere continuar su misión. Todo el que entra en la Iglesia por el sacramento del bautismo, recibe, por ese mismo hecho, esta consagración sacerdotal.

Este sacerdocio es designado por la *Lumen Gentium* con el término “sacerdocio común” (LG 10). Es el sacerdocio universal porque es común a todos los fieles. Sería inexacto llamarle sacerdocio de los laicos. No es propiamente de los laicos, pues los fieles que reciben el sacramento del Orden permanecen revestidos de este sacerdocio primordial. El mismo es condición de toda consagración ulterior. Toda participación en el sacerdocio de Cristo no es sino el desarrollo ulterior de esta incorporación fundamental.

La *Lumen Gentium*, antes de hablar de la jerarquía (c. 3), trata de todo el pueblo de Dios y de su sacerdocio universal (c. 2). El sacerdocio real y profético es común a todos los bautizados, si bien lo poseen de una manera única los ministros, y entre ellos los obispos en plenitud suma, quienes, como vicarios de Cristo, rigen las Iglesias y en medio de los fieles lo presencian como Maestro, Pastor y Pontífice (LG 20-27). Cabeza y fuente del que mana toda gracia en el pueblo de Dios (LG 50), Cristo permanece con los cristianos constituyendo una familia (LG 51), en la que no es sólo hermano, sino maestro y ejemplo de toda santidad (LG 40). Sólo después de afirmar esta fraternidad e igualdad fundamental, la *Lumen Gentium* pasa a tratar de los dones particulares, de las vocaciones especiales y de las funciones que se encuentran en el seno de la comunidad. Cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada una de sus partes se enriquecen por la mutua intercomunicación de todos y su colaboración conjunta para conseguir la plenitud en la unidad.

El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, “llevando a todas partes su testimonio vivo, especialmente mediante la vida de fe y de caridad” (LG 12). Participando de la misión de Cristo, heraldo de la verdad, los fieles son responsables del anuncio del Evangelio en todos los campos de la vida “para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social (LG 35). “Cristo, gran Profeta, que proclamó el Reino de Dios no sólo por el testimonio de su vida, sino también por la fuerza de su palabra, continúa cumpliendo su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo por medio de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su autoridad, sino también por medio de los seglares, a los que con este fin ha constituido testigos y dotado con el sentido de la fe y con la gracia de la palabra (Hch 2,17-18; Ap 19,10)” (LG 35).

Esta participación en la misión profética de Cristo supone y exige una conversión continua, a fin de que la perfección evangélica aparezca en toda su

pureza a través de la vida y de la palabra del testigo. Los fieles están ayudados y asistidos por el Espíritu de verdad en sus esfuerzos por dar este testimonio. Esto es cierto hasta el punto de que los fieles en conjunto no pueden errar en la fe: “Con ese sentido de la fe que el Espíritu Santo mueve y sostiene, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio, al que sigue fielmente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino la verdadera palabra de Dios, se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre (Judas 3), penetra profundamente en ella mediante un juicio recto y la aplica más plenamente en la vida” (LG 12).

Cristo ha sido enviado por el Padre como sacerdote y como profeta. Pero la *Lumen Gentium* pone constantemente esta doble misión en relación con la función real que Cristo tiene que realizar. También esta función Cristo la comunica al Pueblo de Dios. Entrando en la gloria de su Reino, Cristo, a quien todo está sometido (Ef 1,22), comparte sus atribuciones con sus discípulos (LG 36).

La dignidad real de los discípulos de Cristo comporta, en primer lugar, una libertad de orden espiritual. Los discípulos de Cristo encuentran en Cristo la fuerza para vencerse a sí mismos y poner término a la dominación del pecado (Rm 6,12). Esta misma libertad les posibilita la acción apostólica: sirviendo a Cristo en la persona del prójimo, los fieles llevan a sus hermanos, en la humildad y la paciencia, hacia el Rey, cuyos servidores son, a su vez, reyes. Cristo se sirve de sus colaboradores para extender su Reino, que es reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz, reino en el que la creación misma será liberada de la esclavitud, de la corrupción, e introducida en la libertad de los hijos de Dios (Rm 8,12). Este servicio real de Cristo supone una concepción cristiana de la vida y del mundo, un conocimiento del sentido profundo de toda la creación, de su valor y de su destino final, que es la gloria de Dios. Este enfoque cristiano de las cosas y de los hombres hará a los fieles descubrir progresivamente el papel central de Cristo en la historia del mundo. Una actitud tal por parte de los fieles tendrá como consecuencia que el mundo se impregnará más del espíritu de Cristo, en la justicia, la caridad y la paz, condiciones indispensables para que El logre su fin (LG 36).

d) La Iglesia es santa, católica, una y apostólica

La Iglesia de Cristo es santa. La Iglesia es la escogida por Dios, predestinada a la heredad del Reino, gloriosa como Esposa y Cuerpo de Cristo glorificado, habitada por el Espíritu Santo, del que es Templo santo (Ef 2,21; 1Co 3,16-17; 2Co 6,16). Jesucristo, “el Santo de Dios” (Mc 1,24), se entregó por la Iglesia, para hacerla “santa e inmaculada” (Ef 5,27); sus miembros son “los santos” (Hch 9,13.32.41; Rm 2,27; 1Co 6,1).

La Iglesia es la nueva Eva, que nace del costado abierto de Cristo, nuevo Adán dormido en la cruz. De su costado traspasado brotan el agua y la sangre, el agua del bautismo que lava a los fieles, que renacen como hijos de Dios, y la sangre de la Eucaristía, en la que sellan su alianza eterna con Dios. Así la Iglesia es la novia ataviada para las bodas con el Cordero (Ap 21,9ss), “con sus vestidos lavados y blanqueados en la sangre del Cordero” (Ap 7,14), Esposa fiel, porque su Esposo, Cristo, le ha hecho el gran don de su Espíritu, que la santifica constantemente, la renueva y rejuvenece perpetuamente, adornándola con sus dones jerárquicos y carismáticos, coronándola con sus frutos abundantes (Ef 4,11-12; 1Co 12,4; Ga 5,22).

la Iglesia es siempre la santificada por Dios, la Iglesia santa en la que indefectiblemente está presente entre los hombres la santidad del Señor. Los fieles del Señor son siempre la vasija de barro, que hace brillar la santidad del Señor: “para que se manifieste que este tesoro tan extraordinario viene de Dios y no de nosotros” (2Co 4,7).

La Iglesia es santa porque es de Dios y no del mundo (Jn 17,11.14-15). El Dios santo es fiel a la Iglesia y no la abandona a los poderes del mundo (Mt 16,18); a ella ha unido indisolublemente a su Hijo Jesucristo (Mt 28,20), gozando para siempre del don del Espíritu Santo (Jn 14,26; 16,7-9). Como santa, la Iglesia o sus miembros, los cristianos, son invitados a vivir lo que son: “sed santos”. Pero la Iglesia santa comprende también a los pecadores; todos los días tiene que rogar a Dios: “perdónanos nuestras deudas” (Mt 6,12): “la Iglesia encierra en su propio seno a los pecadores y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (LG 8).

La santa Iglesia es católica, se manifiesta católica tanto en el tiempo, la misma siempre, como también en el espacio, la misma en todos los lugares. Ella ha sido enviada a todo el mundo para anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15; Mt 28,19-20). Como pueblo de Dios se edifica, como construcción de Dios (1Co 3,9), sobre la piedra rechazada por los constructores, pero convertida en piedra angular: Cristo Jesús (Mt 21,42; Hch 4,11; 1P 2,7). Sobre este fundamento levantan los apóstoles la Iglesia (1Co 3,11) y de El recibe firmeza y cohesión. Como edificación de Dios es llamada “casa de Dios” (1Tm 3,15), en la que habita su “familia”, habitación de Dios en el Espíritu (Ef 2,19-22), “tienda” de Dios con los hombres (Ap 21,3), “templo” santo del que los fieles son “piedras vivas” (1P 2,5), siendo piedras fundamentales los Doce Apóstoles (Ap 21,12-14; Ef 2,20). El verdadero fundamento de la Iglesia es la cruz y resurrección de Jesucristo, sello de Dios a la Nueva Alianza (Mc 14,24; Lc 22,20; 1Co 11,25; Jn 19,34). Y con el envío del Espíritu Santo en Pentecostés, la Iglesia es el pueblo de Dios unido, que congrega a todas las naciones, proclamándoles las maravillas de Dios (Hch 2). Del Cenáculo, impulsada por el Espíritu, la Iglesia se extiende por toda la tierra.

La Iglesia es, por tanto, católica, la Iglesia una, que vive en la unidad de sus miembros, por encima de sus diferencias de edad, sexo, condición social e ideas. Es la Iglesia local, reunida en torno al Obispo (LG 26) o en torno al presbítero (LG 28), que escucha la Palabra, celebra la Eucaristía, vive la unidad del amor en el Espíritu Santo y la comunión con los Pastores, que viven la comunión con Pedro, que mantiene la comunión y unidad con la Iglesia universal. La comunión de las Iglesias locales con la Iglesia universal hace que cada una de ellas sea Iglesia católica, universal. Este es el servicio del obispo de Roma que “preside la comunión de todas las Iglesias extendidas por toda la tierra”. La unidad de la fe que Pedro, como primer testigo de la resurrección (1Co 15,5; Lc 24,34), está llamado “a confirmar” (Lc 22,32) para no “correr en vano” (Ga 1,18; 2,2-10). La fidelidad a la Palabra y la comunión en la mesa común de la Eucaristía hacen de la Iglesia el signo de la presencia de Cristo como Salvador del mundo.

La unidad de la Iglesia católica es fruto del único Espíritu, que hace de ella el Cuerpo de Cristo. La unidad del Espíritu crea el vínculo entre los cristianos dispersos por el mundo. Esta unidad hace que los creyentes en Cristo vivan unánimes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (Hch 2,42; 4,32-35). Así la Iglesia manifiesta a Jesucristo presente en ella para la salvación del mundo.

La Iglesia se confiesa apostólica, es decir, en continuidad con los Apóstoles y con las comunidades fundadas por ellos. Para ello goza de una triple garantía: una misma fe, símbolo de comunión, transmitida en una fiel y continua Tradición; una misma Escritura, fiel al Canon de las Escrituras, que expresan la revelación hecha por Jesucristo y predicada por sus Apóstoles; y una jerarquía de sucesión apostólica. Los Apóstoles confiaron las comunidades cristianas que fundaron a quienes hicieron depositarios de su doctrina. La cadena ininterrumpida de Obispos garantiza la continuidad apostólica.

Esta comunión apostólica, unida a Pedro, goza de la promesa del Señor: “Tú eres 122

Pedro y sobre esta piedra edificaré la Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella” (Mt 16,18). No prevalecerán contra ella porque el Resucitado ha comprometido su palabra: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).



La Ascensión de Cristo (Icono Ortodoxo)

14. HISTORIA DE LA IGLESIA (I)

a) La historia de la Iglesia es historia de salvación

La historia de la Iglesia es historia de salvación, pues Dios es Señor de la historia y como tal la conduce. La encarnación de Dios (Jn 1,14) es la base de la Iglesia y el principio de su historia. Cristo anunció la extensión de su reino como un crecimiento inesperado (Mt 13,31), sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas (Ef 2,10) y bajo la dirección del Espíritu Santo (Jn 16,13). Este desarrollo de la Iglesia se manifiesta en el culto, en la teología, en la administración, en la doctrina y en la comprensión de sí misma, siempre mayor a lo largo de los siglos. El contacto con los diversos pueblos y culturas ha provocado en la Iglesia cambios profundos. Este desarrollo no siempre ha seguido una línea recta. Pero “Dios escribe derecho con líneas torcidas”, pues este desarrollo se ha llevado a cabo bajo la asistencia del Espíritu Santo (Mt 16,18; 28,20). El concilio Vaticano II nos recuerda que “la Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como fiel esposa de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo”, sin embargo, la Iglesia sabe muy bien que “no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios” y sabe también que aún hoy día “es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de sus mensajeros, a quienes está confiado el Evangelio” (GS 43; CEC 853).

La Iglesia desde el principio está llamada a extenderse en todos los pueblos “hasta los confines de la tierra” (Mt 28,19-20). Sólo al fin de los tiempos irrumpirá el reino de Dios con toda su plenitud. Hasta entonces es Iglesia de pecadores, necesitada de renovación todos los días. Pero en su esencia, a lo largo de su historia, la Iglesia permanece fiel a sí misma, infalible en su núcleo e inequívocamente inmutable. La historia de la Iglesia no puede olvidar que es historia de la Iglesia de Dios, que tiene su origen en Jesucristo, con un orden jerárquico y sacramental establecido por El, que camina en el tiempo asistida por el Espíritu Santo y se orienta a la consumación escatológica. Esta identidad de la Iglesia se mantiene a través de todos los cambios de forma en que se manifiesta a lo largo de todas las épocas.

Nosotros somos herederos y protagonistas de la historia de la Iglesia. En ella conocemos nuestros orígenes. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y nosotros somos sus miembros con nuestras cualidades y defectos. Nada extraño que en su historia nos encontremos con deficiencias y pecados. Pero en esa historia está la acción de Dios, “pues el Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos, está presente en esta evolución” (GS 26). Para mirar al

futuro con esperanza necesitamos ahondar en nuestras raíces, conocer la historia, con sus grandezas y miserias, de la que procedemos. Amar a nuestra Madre, la Iglesia, significa asomarnos a su historia, conocer el ayer de nuestra comunidad de fe, esperanza y amor, que nos engarza a través de las diversas generaciones con Jesucristo, nuestro Señor. Tantos santos, tantos misioneros han mantenido viva la tradición de la Buena Noticia para que llegara hasta nosotros: “Cristo, el único mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia. La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (LG 8), anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que El venga. Se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor (CEC 771).

El nombre de Jesucristo y su salvación se han ido transmitiendo de generación en generación durante veinte siglos hasta llegar a nosotros. Esta transmisión se realiza mediante la comunidad de los que escucharon la llamada de Dios proclamada por Jesucristo. Por eso, en la tradición de la Iglesia, en su historia, nos encontramos con Jesucristo. Los acontecimientos y personas, que constituyen la historia de la Iglesia, nos interesan hoy a nosotros, que entramos en esa historia de salvación. La historia no es el pasado, sino el pasado que llega vivo hasta el presente. El tiempo que media entre Cristo y su *parusía* es el tiempo de la Iglesia en el mundo. Tiempo misterioso de crecimiento y de lenta madurez, semejante al grano de mostaza (Mt 13,31). Como el grano de trigo germina y brota, echa tallo y espiga, pero permanece siempre trigo (Mc 4,28), así la Iglesia realiza su ser y misión en el proceso histórico con formas diversas, pero permanece siempre igual a sí misma. La semilla sembrada por Cristo está madurando hasta llegar a su plenitud “para completar en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo” (Col 1,24). Es el camino del hombre hacia Dios. Cristo quiso que la Iglesia fuera comunidad de hombres, bajo el gobierno de hombres. Sin embargo, no la abandonó a sí misma. Su fuerza vital, interior, es el Espíritu Santo que la preserva de error, crea y mantiene en ella la santidad y la puede acreditar con milagros. Es la continuación de los Hechos de los Apóstoles, donde la Iglesia aparece como acontecimiento de salvación que se realiza en el tiempo y en el espacio. La Iglesia, comunidad de santos, se presenta como un cuerpo en continuo crecimiento. La Historia de la Iglesia llegará a su término cuando la obra comenzada por Dios Padre en la creación se realice plenamente y se cumpla el designio de la voluntad salvífica de Dios: recapitular todas las cosas en Cristo (Ef 1,10). El cuerpo de Cristo es, pues, el verdadero sujeto de la historia.

b) Iglesia apostólica

La vida y la obra de Jesús es el fundamento de la Iglesia. Dado que sus palabras fueron pronunciadas para todos los tiempos (Mt 24,35) y él mismo prometió estar con los suyos hasta el fin del mundo (Mt 28,20; Jn 15,1; 8,12), todo lo que él es y lo que dijo e hizo es la base de la Iglesia, que él mismo funda. Jesús, tras su bautismo, comienza el anuncio del Reino llamando a los primeros apóstoles, destinados a continuar su obra (Mc 1,16-20). Esta primera llamada la completa con la elección de los Doce (Mc 3,13-19), a quienes constituye apóstoles “para que estén con El y enviarles a anunciar el Evangelio del Reino, con poder de expulsar demonios” (Mc 6,7-13). Los apóstoles prolongan la misión de Cristo, que “recorrió toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios” (Mc 1,39), pues “es preciso que el Evangelio sea predicado a todas las gentes” (Mc 13,10). El tiempo de la predicación del Evangelio es el tiempo de la Iglesia.

El misterio pascual de Cristo es el acontecimiento culminante de su vida. Jesús muere y resucita en Jerusalén. También en Jerusalén se aparece a los once apóstoles (Lc 24,49-52; Hch 1,4-12). Sus discípulos permanecen en Jerusalén “unánimes en la oración con las mujeres y María, la madre de Jesús y sus hermanos” (Hch 1,14). Eran unos 120 hombres (Hch 1,15) los que estaban reunidos esperando el don del Espíritu Santo, prometido por Jesús. Este es el núcleo de la primitiva comunidad de Jerusalén. A ellos se unirán los convertidos por la predicación de Pedro el mismo día de Pentecostés (Hch 2,5-41; 4,4). Los convertidos a Cristo forman una comunidad que “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” (Hch 2,42-47). Es la Iglesia modelo para todos los tiempos, pues su descripción forma parte de la revelación.

Cristo, el esposo divino, hace a la Iglesia, su esposa, el gran don de su Espíritu. En efecto, “terminada la obra que el Padre había encomendado al Hijo realizar en la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, para que santificara constantemente a la Iglesia” (LG 4). Los Apóstoles han sido constituidos “testigos de Cristo en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta el confín de la tierra” (Hch 1,8; Ef 2,20; Ap 21,14). La historia de los Hechos de los Apóstoles narra el cumplimiento de esta palabra, al difundirse del Evangelio, concluyendo con la llegada a Roma de Pedro, el “Príncipe de los apóstoles”, y de Pablo, el “Apóstol de las gentes”, sellando con su sangre la fe en Cristo que predicaban.

La Iglesia no se puede pensar sin Cristo o al margen del Espíritu. “El Espíritu Santo es la memoria viva de la Iglesia” (CEC 1099). “En la liturgia de la Palabra, el Espíritu Santo recuerda a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. De este modo, el Espíritu Santo despierta la memoria de la Iglesia, suscitando la acción de gracias y la alabanza” (CEC 1820; 1716-1724). El origen de la Iglesia en el Espíritu es el misterio de Pentecostés. Por irremplazable que haya sido la fundación institucional de la Iglesia por Cristo mismo, - elección de los apóstoles, designación especial de Pedro, educación progresiva de los Doce y envío a la misión (LG 9)-, la Iglesia no hubiera sido lo que Jesús quería, sin la misión del Espíritu Santo (Jn 16,7-15). El testimonio de los Hechos sobre la función del Espíritu Santo es explícito: nada fue hecho hasta que el Espíritu, enviado por Cristo desde el Padre, dio a la institución eclesial su vida “de arriba” (Hch 1,6-11).

La venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles produce en ellos una transformación interior profunda y permanente. Los incultos y medrosos pescadores son transformados en apóstoles, confesores, predicadores del Evangelio y en mártires de su fe en Cristo. Esta transformación afecta al núcleo del judaísmo. Esos hombres que esperaban la instauración del reino de Israel, con la luz interior del Espíritu Santo, que les lleva a la verdad plena, comprenden el espíritu del Sermón de la Montaña, la interioridad de la fe, la pobreza de espíritu, la mansedumbre, la renuncia y la tontería de la cruz. El Espíritu les concede proclamar a Jesús como único Señor (1Co 12,3) y que sólo en el nombre de Jesús está la salvación (Hch 4,12). Los Hechos de los Apóstoles son el testimonio del Espíritu Santo impulsando a la Iglesia en su misión evangelizadora.

El Espíritu irrumpe en Pentecostés sobre los discípulos y con Pentecostés arranca el anuncio de Jesucristo y su Evangelio. En la evangelización, el Espíritu Santo guía a los apóstoles hasta marcándoles el itinerario (Hch 16,6-7; 19,1; 20,3.22-23; 21,4.11). El Espíritu Santo interviene en cada uno de los momentos decisivos de la misión de los apóstoles. San Lucas va señalando una especie de pentecostés sucesivos: en Jerusalén (Hch 2; 4,25-31), en Samaría (8,14-17); en Cesarea (10,44-48; 11,15-17); en Efeso (19,1-6).

La Iglesia vive para la misión. Es un pueblo en camino, itinerante en sus enviados a anunciar el Evangelio hasta los extremos de la tierra. Vive en este mundo en la diáspora, en exilio, sin hogar permanente (St 1; 1P 1,1; 2,11; Hb 3,7-4,11; 11,8-16.32-34). Así pasa por el mundo haciendo presente a Jesucristo Profeta, Sacerdote y Rey para los hombres (1P 2,4-10). La Buena Noticia es el anuncio del Reino, como realidad presente en Jesucristo, pero encaminada a su culminación futura en la Iglesia y mediante la Iglesia. Para este anuncio Jesús instruye a sus Apóstoles (Mt 9,35-10,42). En las parábolas del Reino (Mt 13) aparece ya la Iglesia en misión.

La Iglesia es el campo en el que se siembra la Palabra, como germen del Reino, pero en el que crece la cizaña con el trigo hasta el final; la Iglesia es igualmente la red que recoge toda clase de peces, en vistas al juicio que separará los buenos de los malos. En la pequeñez de la semilla escondida bajo tierra, como grano de mostaza, o como levadura que desaparece en la masa, la Iglesia encierra un tesoro, una perla preciosa, que es capaz de hacer fermentar toda la masa o de cobijar a todos los hombres (Mt 13). Merece la pena venderlo todo por ella, para ser “discípulo del Reino”. La vida de los discípulos es una novedad de solicitud, amor en la verdad, comunión con Dios y perdón mutuo (Mt 18). Esta vida, en Cristo, es la garantía de la bendición final: “Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo” (Mt 24-25).

c) Iglesia primitiva

La edad antigua corre desde el s. I al s. V y se caracteriza por la primera difusión y por las formas de vida que asume la Iglesia en el mundo helenístico-romano. Lo más sobresaliente es el principio de unidad interna y externa (Jn 17,11-21) que en esta época presenta la Iglesia. Con esta unidad sobrepasa los límites del suelo nativo de Judea y se difunde por el Imperio hasta los confines de Occidente, aunque no sea reconocida por el poder civil y sea perseguida por él hasta los tiempos de Constantino el Grande.

La Iglesia, sobre la palabra de Cristo y sus apóstoles, crea las formas fundamentales de su propia vida interna: piedad, liturgia y organización. Los Padres apostólicos buscan la edificación de la comunidad cristiana. Consideran a la Iglesia unida a la persona de Cristo, como la prolongación sacramental de sus acciones salvíficas. La vida de las primeras generaciones cristianas se funda en la catequesis y la predicación, que enseñan a los cristianos la responsabilidad de su nueva dignidad. El fin de la Iglesia es el anuncio del misterio de Cristo en vistas de la conversión. Sigue la catequesis, que detalla los elementos de la fe y de la vida cristiana. Y en tercer lugar, la didascalía que consiste en una enseñanza superior de profundización y análisis del misterio de Cristo. Los Padres se limitan a transmitir la herencia recibida (Flp 4,9; Ap 22,18), sin preocuparse de presentar un sistema de doctrina organizada. Así aparece en la *Didajé* que, con la doctrina de “los dos caminos”, muestra a los cristianos cómo deben alejarse de la vía del mal para elegir la vía del bien. La vía del bien, que conduce a la vida, es el Sermón de la montaña.

La persona de Jesús, gracias a los discípulos de los apóstoles, sigue influyendo directamente en la comunidad cristiana hasta el año 130 aproximadamente. Esta inmediatez con las fuentes del cristianismo da a los cristianos una fuerza singular. La imagen y hasta casi la voz del Señor, en labios de sus testigos oculares, actuaban como algo próximo y vivo. Esto explica la inconcebible pujanza de expansión de esa “pequeña grey” (Lc 12,32),

aparentemente perdida e insignificante, en medio de la potencia mundial de la Roma pagana. El entusiasmo de la fe y el amor entre los hermanos son algo contagioso. Desde Palestina la fe en Cristo pasa a Samaría, Siria, Asia menor, Macedonia, Grecia, Antioquía, Roma y España, que se considera “el fin de la tierra”.

Con la toma de Jerusalén en el año 70 desaparece el judaísmo como pueblo, dispersándose por todo el Imperio romano. Con ello la Iglesia se ve libre del que ha sido su principal enemigo hasta entonces, tanto en cuanto judaísmo rígido, enemigo de los cristianos, como en cuanto cristianismo judaizante, que se infiltraba en las comunidades cristianas, suscitando dudas y divisiones (Rm 2; Ga 2,14; 5,1ss). Pero la toma de Jerusalén también significó la dispersión de la primitiva comunidad cristiana más allá de Palestina. La Iglesia comienza a vivir en medio del mundo helénico romano. La Iglesia, sin ser del mundo, comienza a vivir en medio del mundo (Jn 18,36). Es el tiempo de los Padres apologistas, que elaboran su concepto de Iglesia frente al Estado que persigue a la Iglesia y con vistas a impugnar las herejías. Cuando la Iglesia entra en contacto con el mundo de los filósofos, aparece en la comunidad cristiana una problemática nueva, modos de pensar y métodos nuevos. El cristianismo debe dar una respuesta a las críticas que se le hacen. Los Padres apologistas deben contrastar la vida cristiana con los vicios paganos del mundo en que viven insertos. Clemente de Alejandría y Orígenes, en Oriente, y, más tarde, Ambrosio de Milán y Agustín, en Occidente, sirven de intermediarios entre la filosofía griega y la revelación cristiana. Con los apologistas griegos del s. II, el cristianismo entra en contacto con la cultura y religión helenístico-romana, se sirve de la filosofía griega para la formulación del dogma trinitario y cristológico en los cuatro primeros concilios ecuménicos.

El cristianismo se difunde rápidamente en el imperio romano. Desde Palestina, la buena nueva pasa a Asia menor, que se convierte en el primer país cristiano. Los centros principales de la vida cristiana en los primeros siglos son Africa del norte y Roma. El Evangelio se extiende con los soldados, los comerciantes y los evangelizadores a lo largo de las vías de comunicación del imperio, que en principio es tolerante con todas las religiones. Pero ya en el año 64 la Iglesia comienza a sufrir la persecución. Nerón lleva al martirio a Pedro y a Pablo. Se cumple, desde el principio, lo que había predicho Jesús a sus discípulos: “Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros. Entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y

seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, ése se salvará” (Mt 10,16-22).

La vida de los cristianos se nos describe en la carta a Diogneto: “Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad”.

Los cristianos son acusados de ateos, lo que les hace enemigos del Estado. San Policarpo, por ejemplo, se niega a proclamar al Cesar como Señor y la muchedumbre grita: “Es el aniquilador de nuestros dioses”. Obedientes a las leyes del Estado se niegan a reconocer como Señor a otro que no sea Cristo. Esto les vale el martirio. Con firmeza se mantienen fieles a Cristo en medio de los tormentos (Mt 10,28; Mc 8,38). De Blandina, mártir en Lyón, se dice en las actas del martirio: “Ella, la pequeña y débil cristiana despreciada, revestida del grande e invencible Cristo, tenía que derribar al adversario en muchas batallas y en la lucha ser ceñida con la corona de la inmortalidad”. Con el testimonio de fe de los mártires se difunde cada día más el cristianismo. Se ha hecho famosa la frase de Tertuliano: “La sangre de los cristianos se convirtió en semilla de cristianos”.

El emperador Trajano (98-117) describe la situación de los cristianos con estas palabras: “Hasta ahora he procedido así contra aquellos que me eran indicados como cristianos: les preguntaba si eran cristianos. Si confesaban, les hacía dos o tres veces la misma pregunta, amenazándoles con la misma muerte. Si continuaban obstinados, los mandaba ajusticiar. Pues no dudaba en absoluto

que, cualesquiera que fuesen sus faltas, se debía castigarlos por su terquedad e inflexible obstinación”. Bajo Trajano murió Ignacio de Antioquía. Sus cartas son para nosotros la más preciosa fuente de la situación de la Iglesia de su tiempo. La fe en Cristo le lleva a desear el martirio para estar con el Señor: “Busco al que ha muerto por nosotros; quiero al que ha resucitado por nosotros. Mi nacimiento es inminente”.

Bajo el imperio de Marco Aurelio (161-180) murió Justino. Y en Lyón, en 177, tuvo lugar la sangrienta persecución de innumerables mártires. Más sistemática aún fue la persecución de Septimio Severo (193-211), que trató de impedir el crecimiento del cristianismo, prohibiendo las conversiones a él. En Egipto es encarcelado Leónidas, el padre de Orígenes. En Cartago son martirizadas Perpetua y Felicidad, cuyas actas de martirio son una muestra de la fe de los cristianos. Bajo el reinado de Decio (249-251) se desencadenó la primera persecución general, pretendiendo aniquilar el cristianismo en todo el Imperio. En Roma mueren mártires el Papa Sixto II y su diácono Lorenzo y en Cartago Cipriano, el gran defensor de la unidad de la Iglesia.

Sólo el confesarse cristiano era motivo de condena a muerte. El odio a los cristianos, considerados como “enemigos de la humanidad”, llevó a considerarles responsables de todas las calamidades públicas. Las calumnias o falsas interpretaciones de las prácticas supuestamente antinaturales de los cristianos en sus reuniones secretas alimentaron el odio contra ellos. Se les acusaba de ateos, porque no participaban en los ritos idolátricos de los templos paganos; se les consideraba bárbaros porque, en sus reuniones nocturnas, sacrificaban a un niño y comían su carne y bebían su sangre. Se les acusaba de inmorales, pues se reunían en la noche hombres y mujeres juntos. San Justino, en sus apologías, responde a estas acusaciones, describiendo las celebraciones eucarísticas de los cristianos.

De todos modos, a paganos del Imperio romano, con su panteón lleno de dioses, el cristianismo les pareció algo completamente desconocido, algo inaudito. Hasta los espíritus más elevados vieron en la fe cristiana algo totalmente nuevo. Con su oposición a la idolatría y al culto al emperador se ganaban el reproche de ateos. Y el ateísmo significaba un atentado contra el Estado. Y sobre todo les llamaba la atención la vida de los cristianos. Nunca antes habían visto un amor semejante. Ante ellos no podían contener la exclamación: “Mirad cómo se aman” (Jn 13,34-35). La unidad entre fe y vida era algo único nunca antes visto. La fe para los cristianos no es algo reservado al templo y a unos momentos, sino que abarca toda la vida en todo lugar y tiempo.

Las persecuciones se suceden hasta que subió al poder Constantino el Grande (312- 337). Con Constantino, tras la victoria de Monte Milvio (312) y el edicto de Milán (313), y sobre todo con Teodosio (394) el cristianismo se convierte en la religión del Imperio. La celebración de los cultos paganos es declarada delito de lesa majestad. Desde este momento la organización de la

Iglesia se apoya en las regiones en las que está dividido el Imperio; los concilios ecuménicos llevan el sello de concilios imperiales y la posición preeminente del obispo de Roma mantiene la comunión con los patriarcas orientales. Durante este tiempo, en que la Iglesia vive en armonía con el Estado, el emperador pasa a ser considerado como enviado de Dios, defensor de la Iglesia contra los herejes e incrédulos. Los escritores formados en la filosofía neoplatónica griega ven a la Iglesia como maestra de la verdad. Mientras que los teólogos que viven en contacto con la filosofía popular romana, de tendencia más bien práctica, ven principalmente a la Iglesia como sociedad jurídica con su autoridad y leyes precisas

Con el rápido crecimiento del número de cristianos, que supuso la libertad de la Iglesia, no se puede evitar que la cristianización resulte frecuentemente muy superficial. Los paganos no dejan sus vicios en las aguas del bautismo. Pero Cristo y el testimonio de vida cristiana de los mártires que les han precedido florece también ahora, dando frutos en los confesores de la fe. El culto litúrgico se celebra con mayor solemnidad, aunque con menos participación interior. En este período tenemos grandes santos obispos y teólogos, que forman como verdaderos pastores a sus comunidades. En Milán está San Ambrosio y en el norte de Africa, San Agustín. Con ellos hay que recordar a San Jerónimo, que vive durante dos años como ermitaño en Oriente y difunde el monacato en Occidente.

d) El monacato

El siglo IV es el siglo del monacato. Con la libertad de la Iglesia, terminada la época de las persecuciones, se dieron las conversiones en masa y esto hizo que descendiera el nivel de la vida cristiana. Entonces surge el monacato para mantener vivo el Evangelio. Al comienzo, los eremitas viven al margen de la Iglesia visible, entregados sólo a la meditación de la Palabra de Dios y a la penitencia. Pero su oración y su palabra inspirada sirve a muchos de apoyo, de fuerza nutricia para la vida de la Iglesia. Ya en la mitad del siglo III, en Egipto, por el deseo de una vida más perfecta, nace y se desarrolla una floreciente vida eremítica.

El primer eremita del que tenemos noticia es Paulo, cuya vida escribe San Jerónimo. Pero el más célebre es Antonio, nacido hacia la mitad del siglo III de una familia acomodada de Egipto. Hacia los veinte años abandona la familia, vende sus bienes y se retira, primero a un lugar cercano a su pueblo natal, después a una localidad más alejada, terminando por asentarse en el desierto entre el Nilo y el Mar Rojo, donde permanece hasta su muerte hacia el 356. Antonio apenas se movía, si no era para visitar a sus discípulos, que se habían instalado no muy lejos de él a lo largo del curso del Nilo. Antonio no es sacerdote ni clérigo, pero son muchos los que se dirigen a él buscando consejo. En sus últimos años se le unen otros ascetas para tomar de él consejo y

dirección. Así surgen los primeros impulsos para la vida comunitaria (cenobitismo) de estos ermitaños: “Una gran cantidad de hombres santos, que se concentran en lugares inhabitables, como en una especie de paraíso”, los define San Jerónimo.

Antonio tiene muchos imitadores, cuya vida conocemos por los escritos recogidos en los libros *Vidas de los Padres*, *Historias de los Monjes* y las colecciones de dichos de los Padres. El más importante es el libro escrito por Atanasio *Vida de San Antonio*. San Agustín se hace eco de este libro en sus *Confesiones*. En general los eremitas llevan una vida ascética bastante dura. La perfección es vista en la penitencia física. Pero tampoco falta una sincera piedad, nutrida de oración continua, de la participación a los sacramentos, de humildad, paciencia, caridad y amor al trabajo. Muchos “dichos de los Padres” atestiguan su profunda vida interior.

Pacomio tiene una gran importancia en la evolución del monacato. Licenciado del servicio militar, permanece tres años bajo la dirección del eremita Palemon y después funda una pequeña comunidad en el alto Egipto hacia el año 320. Pacomio da forma a un sistema de vida que pretende conservar los valores de la vida anacoreta, añadiéndole los frutos de la comunión: “La voluntad de Dios es que te pongas al servicio de los hombres para invitarlos a ir a El”, siente que le dicen en su interior. En la oración el Señor le aclara: “Reúne todos los monjes jóvenes, habita con ellos y dales leyes, según las normas que te dictaré”. En seguida se multiplicaron los monasterios. La novedad introducida por Pacomio es la de la vida común bajo la guía de un abad, con la ventaja sobre la vida eremítica de recibir una edificación mutua entre los monjes, llevar una vida más equilibrada sin tantas singularidades y buscar la perfección en el sacrificio del propio yo a través de la obediencia. Junto a la oración, el trabajo ocupa una buena parte del día. La vida en comunidad hace necesario un reglamento. Pacomio lo escribe, naciendo así la *primera regla monástica*, que sirve de modelo para otras reglas posteriores. Lo que Pacomio desea es que la comunidad viva a imagen de la primitiva comunidad de Jerusalén “con un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Por eso, los hermanos se ayudan mutuamente a imagen de Cristo, que se hizo servidor de todos: “El amor de Dios -decía- consiste en sufrir unos por otros” (Col 3,12-15; Ga 6,2; 1Ts 5,11).

La vida monástica comunitaria en la soledad pasa de Egipto a Palestina y Siria. Se debe a San Basilio en el Asia Menor, a finales del siglo IV, un progreso ulterior en la concepción de la vida monástica. San Basilio atenúa las mortificaciones físicas y pone como base de la vida religiosa la obediencia: la perfección ya no se hace consistir en el esfuerzo físico, sino en el sacrificio de la propia voluntad mediante la obediencia, considerada como la primera virtud y fuente de las demás. Pero no es que con San Basilio desaparezcan las otras formas de vida eremítica, con sus excesos o formas singulares y extrañas como la de los *estilitas*, que pasan la vida o largos períodos sobre una columna, como

San Simeón el Viejo. El criterio fundamental para reconocer la autenticidad de estos carismas es, como lo ha sido siempre, la humildad y la obediencia a la jerarquía. Simeón el Viejo, por ejemplo, apenas recibe la orden del Obispo de abandonar la columna, sin la menor duda se dispone a descender de ella. Superada la prueba, el Obispo le autoriza a continuar sobre ella.

En Occidente, el monacato se difunde a partir de la vida de san Antonio escrita por Atanasio, que es exiliado de Oriente a Roma y Tréveris. Se fundan varios eremos en las islas del Mediterráneo, suscitando sospechas y desprecios. Más tarde aparecen comunidades cenobitas, que dedican gran parte de la jornada al estudio y la caridad. Así aparece un cenobio en Roma bajo la guía de san Jerónimo, que defiende la vida monástica contra todos los detractores. San Agustín instituye en Africa, en Hipona, una forma de vida común, escribiendo él mismo las bases de una regla monástica, que ejerce un gran influjo en varios institutos religiosos de la Edad Media.

En Francia el monje más conocido es sin duda San Martín de Tours. Nacido en el año 316, presta primero servicio militar en el ejército romano y a los dieciocho años recibe el bautismo, ejerce como exorcista con San Hilario de Poitiers, se hace monje y termina como obispo de la diócesis de Tours. Incluso como Obispo trata de conciliar los deberes pastorales con la vida monástica, que promueve en Galia, España y Britania. En la Galia meridional, San Honorato, Obispo de Arlés, funda hacia el año 410 el famoso monasterio de Lerín (cerca de Niza), del que salen muchos Obispos. El monasterio de Lerín no sólo es semillero de Obispos, sino también de escritores, como Silvano de Marsella, Fausto de Riez y Vicente de Lerín, conocido sobre todo por su doctrina sobre la evolución del dogma, distinguiendo entre cambio y progreso.

Poco después, Casiano, que se ha formado en un monasterio de Belén y ha pasado varios años entre los anacoretas egipcios, funda en Marsella dos monasterios, convirtiéndose en puente entre el monacato oriental y el occidental. En la mitad del siglo VI, Cesáreo de Arlés escribe unas excelentes reglas para monjes y monjas: muy rígido en cuanto a la clausura, los ayunos, oficios, pero sin olvidar subrayar el valor de la obediencia y la caridad.

San Benito es quien da al monacato de Occidente una organización estable. San Benito, nacido en Nursia hacia el 480 de familia noble, comienza sus estudios en Roma, pero muy pronto se retira a Affile y luego a Subiaco como anacoreta. Desde Subiaco, San Benito reúne en doce monasterios a las personas que aspiran a una vida monástica bajo su dirección. Ante la hostilidad del clero local tiene que alejarse de Subiaco y, en el año 529, llega a Monte Casino donde edifica un monasterio conforme a sus deseos. Allí muere en el año 547.

El mayor mérito de San Benito es la composición de la *regula monachorum* moderada en su contenido y clara en su forma literaria. Benito se inspira sobre todo en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres latinos, sirviéndose además

para su composición de las muchas reglas monásticas ya existentes, imprimiéndolas un nuevo espíritu. En la regla se subraya la autoridad del Abad, que se parece más al *pater familias* que al señor feudal. Por parte de los monjes se señala fuertemente la obediencia como la virtud más necesaria para el monje “como la vía más segura para llegar al Señor”. Es esencial para el monje la permanencia estable en la abadía en que ha ingresado, oponiéndose en esto a la tendencia bastante común de los religiosos giróvagos sin ocupación fija y sin el freno de la autoridad.

El monasterio de San Benito es también un vasto organismo, posee todo lo necesario para vivir con autonomía material: agua, molino, huerto, horno y artes diversas. Con esto se evita todo pretexto de salida del monasterio, aunque la pobreza está a la base de la vida del monje, que ha de renunciar a cuanto posee, pasando todo a ser propiedad del monasterio. San Benito se muestra moderado en relación a la comida y al descanso nocturno. El fin principal del monje es el *opus Dei* (el oficio divino), a lo que se subordina todo lo demás. El rezo del oficio divino está minuciosamente reglamentado; a él se añade la oración personal, es decir, la lectura meditada de la Escritura. Además de la oración, los monjes se dedican al trabajo en los campos o en casa, según las necesidades: “De este modo serán verdaderamente monjes, si viven del trabajo de las propias manos, como nuestros Padres y los Apóstoles. Pero todo esto hágase con moderación, para no desanimar a los pusilánimes”. “Ora et labora” es la enseña de los benedictinos. La lectura y el rezo del oficio divino suponen la existencia de libros en el monasterio y también la necesidad de enseñar a leer a quienes ingresan sin saberlo. Así, estos lugares de huida del mundo se convirtieron en centros de configuración del mundo para la Iglesia, el Estado y la ciencia.

Un punto importante de la regla benedictina es el de la hospitalidad: “Todos los huéspedes que llegan al monasterio serán acogidos como Cristo”. Para acoger a los huéspedes, los monasterios tienen la hospedería y el abad come con ellos. Gradualmente, hacia mitad del siglo VIII, la regla benedictina se impone en los monasterios occidentales y San Benito es considerado como “cabeza e inspirador de todos los monjes occidentales”. Todas las ramas de monjes occidentales que surgen después acogen y practican la regla de San Benito.



Todos los Santos, de Fra Angélico, s. XV

15. HISTORIA DE LA IGLESIA (II)

a) Edad Media

La Edad Media comprende diez siglos, mil años de vida de la Iglesia (s. V-XIV). Es la época de las catedrales, las cruzadas, las luchas contra el Islam. Es la época de la cristiandad, de la formación de la civilización europea basada en el cristianismo. Nacen las universidades, donde enseñan los grandes maestros de la Escolástica como San Anselmo, Alejandro de Hales, San Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto... Es el tiempo de la Evangelización de los países eslavos por Cirilo y Metodio.

La gran migración de los pueblos en los siglos IV, V y VI hace derrumbarse el marco en que se ha desenvuelto hasta ahora la historia de la Iglesia, en el antiguo Imperio Romano. Hacia el 375 comienza la irrupción de los pueblos germánicos. En diversas oleadas, desde el este del Rin y desde el norte del Danubio, pueblos radicalmente diversos emigran en masa desde el noroeste hacia el sureste. Unos atraviesan Macedonia, Grecia, Italia septentrional, Galia y España, hasta penetrar en el norte de Africa. Otros apenas se desplazan más allá de sus fronteras, ocupando Galia, Grecia, el Nórico y también Bretaña. Estos hechos amplían el escenario de la historia de la Iglesia. Estos pueblos enteramente nuevos brindan a la semilla de la Palabra de Dios una nueva tierra: los pueblos germánicos de Europa central y Escandinavia y, más tarde, los eslavos de los Balcanes, Rusia y Polonia...

Con las invasiones de los bárbaros, el mundo europeo entra en un proceso de cambio. La antigua unidad del Imperio como tal y su unión con la Iglesia imperial ya no existe. Es el comienzo de una edad nueva, configurada por los obispos, el papado, la herencia teológica de San Agustín, el monacato y los pueblos germánicos. De estos elementos nace la *cristiandad medieval*. La Iglesia, libre de las ataduras del Imperio romano, emprende una acción misional de los nuevos pueblos. La evangelización y conversión de los pueblos nuevos es la tarea fundamental de la Iglesia durante el primer período de la Edad Media. La Iglesia de Cristo, con su vocación misionera y estos pueblos jóvenes con su indigencia cultural y religiosa se encuentran.

Sin embargo no hay que olvidar que los pueblos bárbaros se convierten masivamente siguiendo a sus jefes: los visigodos con Recaredo, los francos con Clodoveo, los longobardos con Teodolinda y lo mismo los otros pueblos: “iban al bautismo como a la batalla, detrás de sus jefes”. No se trata de una conversión personal, con un camino catecumenal que preceda al bautismo, sino de un paso como pueblos a la Iglesia, con la idea de que poco a poco irán conociendo los

rudimentos de la doctrina cristiana y aceptando las exigencias de la fe. En las ciudades y, sobre todo en el campo, el paganismo sobrevive en múltiples formas, como atestiguan los sermones de San Cesáreo de Arlés y los escritos de San Martín de Braga o la correspondencia de Gregorio el Grande y los Concilios de Toledo.

Los misioneros itinerantes tienen una inmensa importancia en la evangelización de los germanos. Estos misioneros estaban dispuestos a arrostrar inimaginables penalidades para llevar a cabo su misión itinerante en la Germania, poblada de bosques. Para la historia de la Iglesia medieval, tienen una gran importancia las dos Iglesias de las Islas Británicas con la actividad evangelizadora de sus misioneros itinerantes. Irlanda es la isla de los santos: San Patricio, San Columbano y tantos monjes que parten de la isla para evangelizar el continente europeo.

Importante en todo este período es la actividad pastoral del papa Gregorio VII, el primero en llamarse: Siervo de los siervos de Dios. Pero después de él, en los siglos IX y X, la Iglesia vive el triste período llamado “edad de hierro del Pontificado”. Es la época de la lucha entre la Iglesia y el Estado a causa de las investiduras, con sus problemas de simonía y concubinato del clero. Triste es también el período del exilio de los Papas en Aviñón.

En ese momento, las órdenes religiosas tienen un papel providencial en la historia de la Iglesia. Sus fundadores se sienten animados por el deseo de renovar la Iglesia. En ellos es como si la conciencia de la Iglesia se despertara en su deseo de fidelidad a Dios. Siempre que la vida de la Iglesia se inclina hacia lo que en ella es periférico y accidental, subrayando la ley sobre el espíritu, Dios suscita algunos heraldos suyos. Son los profetas del Nuevo Testamento, que hacen presente la voz de Dios en el mundo y el grito de la humanidad ante Dios. Las órdenes religiosas son las ayudas extraordinarias y visibles que el Señor manda a la jerarquía para dar un nuevo impulso a la Iglesia, bajo la dirección y aprobación de los guías establecidos por el Señor. Carisma y ministerio unidos dan a la Iglesia estabilidad y vitalidad, continuidad y renovación. El carisma salva la vitalidad de la relación personal con Dios con la imprevisibilidad típica del soplo del Espíritu; la institución, el ministerio jerárquico, salva la estabilidad y continuidad de la Iglesia.

Desde Lerín la vida monástica sube hasta Irlanda con San Patricio. En Irlanda evangeliza por unos treinta años con abundantes frutos. A su muerte, toda la isla es cristiana, con una fuerte marca monástica. Los monasterios son el centro de toda la vida religiosa y cultural. Muchos de sus monjes pasan de la isla al continente como misioneros itinerantes por toda Europa central y septentrional. El más famoso monasterio irlandés es el de Bangor, desde donde parte San Columbano con sus doce compañeros en una gran misión por Bretaña, Suiza e Italia.

La Iglesia, en su búsqueda de una reforma radical, recibe un fuerte impulso en Cluny, donde se da una reforma genuinamente monástica y auténticamente religiosa, que llega a crear un nuevo ideal de Iglesia. El movimiento de Cluny pasa del ámbito monacal al papado y al episcopado, influyendo en la tendencia necesaria de buscar la liberación de la Iglesia de manos de los señores feudales. Cluny se esfuerza por comprender y vivir de una forma adecuada la perfección cristiana, buscando la esencia del mensaje evangélico. Los cluniacenses vuelven a ser realmente monjes según la Regla de San Benito. Su vida se centra en el *opus Dei* de la liturgia, el tiempo dedicado al oficio divino, hasta hacer de él casi la única ocupación de los monjes. Los cluniacenses hacen del oficio coral una especie de oración perenne. Con el rezo en común del coro va anejo otro factor importante de formación religiosa: la lectura espiritual en común. En los monasterios cluniacenses cada año se lee toda la Sagrada Escritura. A ello se añade la lectura de los escritos de los Santos Padres, vidas de santos y las *passiones* de los mártires. La lectura del coro se prolonga en muchos casos en el refectorio. Pero lo fundamental es la salmodia en el coro.

Cluny vive un período de gran florecimiento monástico, convirtiéndose además en estímulo para toda la Iglesia, una invitación a buscar la libertad y la independencia del poder temporal. Cluny es el alma de la reforma de la Iglesia, el centro de la historia de la Iglesia de los siglos X y XI. Los Papas y numerosos Obispos llaman a los cluniacenses para reformar los conventos a ellos sometidos. Al difundir las mismas formas de vida por todo el Occidente, Cluny promueve la unidad del Occidente cristiano, favoreciendo siempre la comunión con el Papa. Cluny es “como una capa blanca que se extiende sobre la Iglesia”.

Desde finales del siglo XI y principios del XII la cristiandad experimenta una gran renovación espiritual. El antiguo ideal de la *vida apostólica* se presenta con aspectos nuevos, acabando por convertirse en el ideal del seguimiento radical de Cristo en una vida según el Evangelio. Surge, así, el deseo de tomar a la letra el Evangelio. Junto a los círculos monásticos, aparecen también nuevas formas de vida contemplativa, que dan a la Iglesia un fuerte impulso de reforma. Estas nuevas formas tienen en común el alejamiento del mundo, la estima de la obediencia y la vida en común. San Romualdo funda los Camaldulenses al comienzo del siglo XI. San Bruno funda los Cartujos al final del mismo siglo. Para la renovación del clero dedicado a la cura pastoral nacen los *canónigos regulares*: canónigos por estar incardinados a una diócesis y regulares por vivir en común según una regla. Así surgen los *Victorinos* en París. Y San Norberto funda los *Premostratenses*.

Dentro del marco del monacato tradicional, pero con un fuerte impulso de renovación, surge el nuevo monasterio del desierto de Citeaux, que supera en fecundidad a todas las otras fundaciones. Los *Cistercienses* se desarrollan rápidamente. Su regla recibe el nombre de *Charta Charitatis*, que intenta salvar el espíritu de pobreza y el equilibrio entre la oración y el trabajo. El

prestigio de esta nueva orden se debe a la entrada en ella, casi al comienzo, de San Bernardo de Claraval, que es una de las figuras claves de la Edad Media en general y de la historia de la Iglesia en particular. En 1113 hace su profesión solemne. En 1115 es enviado como abad, con doce monjes, a fundar Claraval, que queda unido a su nombre. Enorme es su actividad como predicador y también como escritor de importantes tratados teológicos. Profundamente arraigado en la piedad y el pensamiento del tiempo anterior, es mérito particular de Bernardo el haber plasmado y propagado una íntima y afectuosa veneración a la humanidad del Señor dentro de la devoción general a Cristo: “Es insípido todo manjar espiritual que no esté condimentado con este bálsamo... Tanto si escribes como si hablas, no me gusta si no resuena el nombre de Jesús”.

Al comienzo del siglo XIII, la sociedad europea se halla agitada; los municipios reivindican su independencia, la burguesía adquiere mayor poder político, el comercio se desarrolla proporcionando un mayor tenor de vida y el desarrollo intelectual y artístico. Este flujo de riqueza genera un cierto materialismo práctico y, como reacción, la aspiración a una pobreza más de acuerdo con el Evangelio. Esto provoca el nacimiento de movimientos que se oponen a la jerarquía y terminan en la herejía. Pero también, en este contexto social y eclesial, surgen las órdenes mendicantes, por obra sobre todo de San Francisco de Asís y de Santo Domingo de Guzmán.

Francisco reúne en seguida a unos cuantos discípulos y comienzan a vivir en pobreza, dedicados a la predicación. En San Damián, oye al crucifijo que le dice: “Francisco, ve y reconstruye mi casa que, como ves, se desmorona”. A esta tarea dedica toda su vida. No desea sino “vivir el Evangelio sin glosa alguna”. La resonancia del franciscanismo en la Iglesia es algo extraordinario. En los mismos años, y con un espíritu similar a San Francisco, aunque también con muchas diferencias, Santo Domingo (1170-1234) reúne en torno a sí una comunidad de misioneros diocesanos. Aceptando la regla de San Agustín, la adapta con la acentuación de la oración y la pobreza, naciendo así los Dominicos, la Orden de los Hermanos Predicadores.

Características esenciales de las órdenes mendicantes, que diferencian al fraile del monje, son la pobreza no sólo individual sino comunitaria: no sólo el fraile no puede poseer nada, sino que tampoco puede poseer nada la comunidad (aunque las dificultades prácticas hizo que esto desapareciera muy pronto, al comienzo del siglo XIV); una segunda característica es la importancia dada a la actividad pastoral y, por consiguiente, el abandono de la estabilidad en el convento; los frailes son misioneros itinerantes; esto exige una mayor centralización del gobierno; todas ellas cuentan con la institución de una tercera orden, llamando a los laicos a colaborar en el apostolado y mostrándoles la posibilidad de una vida cristiana perfecta en su propio estado.

b) Edad Moderna

Ya al comienzo del siglo XIV, los hombres se dan cuenta de que algo está cambiando en el modo de entender la vida, el arte, la literatura, la política, la teología y hasta la piedad. Dante escribe un libro, cuyo título es significativo: *Vita nuova*. Es decir, se está gestando una vida nueva, una Edad nueva. La edad Media llega a su ocaso. Se está derrumbando el edificio que la unidad Iglesia-Estado ha construido, la universalidad que los teólogos y universidades han levantado en sus sumas, la piedad común que las órdenes y el pueblo han admirado y, de algún modo, vivido. El ámbito unitario de Occidente se abre y rompe con las nuevas rutas del comercio y los descubrimientos de nuevas tierras por españoles y portugueses. La cristiandad pierde por un momento hasta su centro geográfico de unidad: el Papa deja Roma por Aviñón. El Imperio se divide con el nacimiento de los nuevos estados nacionales. El mismo poder unitario y universal de la Iglesia es contestado por las herejías antieclesiales de Wiclef y de Hus. Y, desde dentro de la misma Iglesia, por todas partes surge un clamor de reforma, de vida nueva en la Cabeza y en los miembros. Es el grito también de los concilios de la época. Todos estos brotes culminan en el humanismo del Renacimiento, que caracteriza la Edad Moderna.

En el campo intelectual y en el espiritual se impone cada vez con más fuerza el juicio personal, subjetivo, del individuo. Es el punto disgregador de la última escolástica y también de los movimientos espirituales incontrolados, que culminarán en el Protestantismo. Frente al clericalismo surgen fuerzas independientes de espiritualidad desligadas del control de la jerarquía. Todas estas conmociones de la conciencia nacional que despierta, de la crítica subjetiva, de la secularización como reacción a la clericalización y fruto de la expansión del comercio y de la nueva burguesía, que se está formando, llevan a una especie de democracia ideológica y popular que no sólo penetra en el pueblo cristiano, sino también en la misma jerarquía de la Iglesia. El Papado de Aviñón, dependiente de la Francia nacional, y los Papas del cisma de Occidente, que se excomulgan unos a otros, rompen la unidad de la Iglesia.

El despertar general de los pueblos de Occidente enciende el ansia de renovación eclesiástica y civil. Se reflexiona sobre los valores de la lengua popular y se dirige la mirada a la propia historia. En los pueblos de Italia despierta el interés por la antigua cultura de Roma, anhelando el renacimiento de su grandeza. Por todas partes se piensa que puede ser fecunda una mirada retrospectiva al pasado. Dentro y fuera de la Iglesia late el mismo espíritu de reforma, de renacimiento. Desde todos los ángulos de la cristiandad se levanta un clamor incesante que pide la reforma de la Iglesia. A la reforma protestante se opone la contra- reforma de la Iglesia Católica con el concilio de Trento. Dios suscita a San Ignacio de Loyola, que funda la Compañía de Jesús. Favorecen la reforma y renovación una serie de santos, que se suceden en este tiempo, como Santa Teresa de Avila, San Juan de la Cruz, San Felipe Neri, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl... Los grandes descubrimientos de América, Africa y

Asia amplían el campo de misión de la Iglesia. Los misioneros implantan la Iglesia más allá del Mediterráneo.

En Europa, donde se dan estos frutos de santidad y celo misionero, con el humanismo, que caracteriza la Edad moderna, el hombre se siente dueño de sí y de cuanto le rodea, liberado de los dogmas físicos, sociales y religiosos de la Edad Media. El fenómeno cultural de la Ilustración, endiosando la razón, rompe con los valores anteriores, dando lugar a la modernidad, que se define por el gusto por lo individual (individualismo), por la vuelta a la naturaleza (naturalismo), por la búsqueda del riesgo y la aventura (nuevos descubrimientos), por el deseo de devolver al hombre el centro perdido con los descubrimientos de Copérnico y Galileo, por el interés de la observación (experimentación).

Liberado de la fe, del mismo Dios y de la omnipresencia de la Iglesia, el hombre entra en la “modernidad”, en la que la razón ocupa el lugar de Dios. Los pasos siguientes son la ilustración, el absolutismo, la revolución francesa, la revolución industrial inglesa, el marxismo. Todas las tradiciones religiosas y culturales se conmueven desde los cimientos. En síntesis: del cristianismo se pasa a una religión natural; del espiritualismo al materialismo; de la metafísica a la ciencia empírica, al positivismo; del estaticismo social a la dinámica de la lucha de clases y cambios revolucionarios; de la religión y la cultura, como claves de la historia, a la programación económica; de la atención a la conciencia al análisis del subconsciente, como clave de la conducta humana; de unas civilizaciones agrarias contemplativas a unas sociedades urbanas tecnificadas; de unos regímenes autoritarios a la democracia.

En la secularización se da el paso de unas concepciones o experiencias nacidas de la fe al dominio de la razón humana. En este proceso desaparece el mundo metafísico o trascendente y no queda más que el mundo histórico, social, humano, finito. La secularización, en su radicalidad, se hace secularismo, como ideología tendenciosa y cerrada que, para afirmar la absoluta autonomía del hombre y la ciencia, excluye toda referencia o vinculación a Dios en las diversas esferas de la vida. El hombre, sin Dios, se cree capaz de resolver sus problemas con la ciencia y la técnica. Este endiosamiento del hombre se quiebra con las dos grandes Guerras mundiales, que hunden a la humanidad en el vacío existencial, llevando al hombre a la desesperación y desconfianza: nada tiene sentido. La experiencia del absurdo de la vida desemboca en el pesimismo o nihilismo. Todos los valores caen por tierra. La crisis vital del hombre moderno le hace sentirse desamparado y desarraigado. El desarrollo de los medios técnicos, en que había puesto su confianza, se han transformado en medios de destrucción. El hombre moderno se balancea entre el entusiasmo científico-técnico y el miedo a la obra de sus manos: bomba atómica, genética, bacteriológica, manipulación genética...

De estas raíces brota el ateísmo actual. La afirmación de sí mismo, llevada hasta el extremo, desemboca en la negación de Dios. Con Feuerbach y Marx y, más tarde, con Nietzsche y Freud, el ateísmo se convierte en una visión del mundo, que alcanza dimensiones universales. Este ateísmo del hombre actual se manifiesta, no sólo en el ateísmo declarado, sino en la indiferencia o alejamiento práctico de la vida de fe. Para muchos Dios es completamente irrelevante en su existencia. Viven en un divorcio total entre fe y vida. La fe no tiene nada que ver con la vida. Una fe inmadura, apoyada en el ambiente social, no resiste los embates de la secularización, la urbanización, el anonimato, las relaciones funcionales despersonalizadoras o movilidad de la sociedad actual. El éxodo del campo a la ciudad, la emigración a un país extranjero como refugiado o exilado o por razones de trabajo, quitan el apoyo sociológico de la fe, y el aislamiento o el nuevo ambiente adverso o indiferente a la fe provocan el abandono o el alejamiento de la propia creencia. El bombardeo de ideas, costumbres y valores del nuevo ambiente sacuden la fe del hombre, sumiéndolo en el indiferentismo. El hombre actual es víctima constante de los medios de comunicación que le inoculan un nuevo estilo de vida, en el que la fe en Dios se sustituye por otros valores como el consumismo: el afán de poseer, el poder, el placer. Los ídolos de la riqueza, el dominio y el sexo se levantan hasta sustituir a Dios que no admite que “se sirva a dos señores”. Hoy el ateísmo se ha impuesto en la sociedad. El Vaticano II es consciente de esta realidad, que considera “como uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo y que, por ello, debe ser examinado con toda atención” (GS 19-20)

El progreso de las ciencias exactas ha llevado al hombre a no admitir más que aquello que se puede probar empíricamente y a negar, por tanto, a Dios. El avance de la tecnología, al suministrar al hombre poder sobre la naturaleza y aún sobre los mecanismos psicológicos y sociales, persuade al hombre de su omnímoda capacidad de reemplazar o sustituir a Dios para organizar su vida. Dios es una hipótesis inútil e innecesaria. La creciente independencia o autonomía a todos los niveles ha confirmado en el hombre actual el sentimiento de autosuficiencia. El hombre se basta a sí mismo, sin necesidad de recurrir a un Dios, que está en el cielo. Pero todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy sorprendentes y útiles que sean, no pueden calmar la ansiedad del hombre. La técnica, con sus avances, está transformando la faz de la tierra e intenta la conquista de los espacios interplanetarios. La medicina curativa y preventiva, puede alargar la vida del hombre, pero la prórroga de la longevidad no puede satisfacer ese deseo de vida sin fin que surge ineluctablemente en el corazón del hombre.

La Iglesia hoy, en su evangelización, se enfrenta con este hombre moderno, racional y secularizado, técnico y hedonista, pero que no ha resuelto el problema de su vida, pues no sabe cuál es el sentido de su existencia. ¿Cómo salvar a este hombre? ¿Cómo anunciarle el amor de Dios? En un mundo cargado de sospechas acerca de Dios, la *nueva Evangelización* debe levantar la luz de la fe en el Dios amor, manifestado en la cruz de Jesucristo y presente en su Iglesia

en medio del mundo. En esta situación existencial del hombre, esclavo por el temor a la muerte, es necesario que resuene el kerigma, el anuncio de la resurrección de Jesucristo como Buena Noticia. Jesucristo, entrando en la muerte, ha roto el círculo de la muerte con su resurrección. Ha abierto al hombre un camino hacia la vida y la libertad. Sin el miedo a la muerte por el don del Espíritu Santo, habiendo quedado “vencido el señor de la muerte”, el hombre puede pasar libremente la barrera que le separa del otro y amarlo. “La muerte ha sido devorada en la victoria” (1Co 15,54-57). En el hombre liberado del temor a la muerte nace el amor cristiano: amor hasta la muerte, amor en la dimensión de la cruz, amor al enemigo (Jn 15,12-13; Mt 5,43-48).

c) Vaticano II: Nueva imagen de la Iglesia

El Concilio Vaticano II se propone presentar un rostro renovado de la Iglesia. La Constitución sobre la Iglesia es el fruto mayor del Vaticano II. Es el texto central, el corazón del Concilio, alrededor del cual giran todos los demás. La *Lumen gentium* es como la encarnación del espíritu que ha animado a los padres conciliares; por ello da sentido y medida a los demás. Su significación trascendental para la historia de la Iglesia radica en ser el primero y más amplio documento en el que un concilio trata explícitamente de la Iglesia en el horizonte total en que nos lo ofrece la revelación, sin que sus declaraciones se limiten a exponer verdades amenazadas por la herejía y, por tanto, sin que sus perspectivas estén condicionadas por intereses apologéticos. La *Lumen gentium* es la expresión de la conciencia que la Iglesia tiene de su misterio y de su misión. Presenta la doctrina sobre la Iglesia con un lenguaje bíblico y en forma positiva, de modo que la Iglesia se haga estimar por lo que es en sí misma, más que por su oposición a las ideas que otros tienen de ella.

El Papa Juan XXIII marca claramente esta finalidad en su discurso de apertura: “La Iglesia se opuso siempre a los errores. Frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la severidad. Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos”. Pablo VI acepta esta herencia de Juan XXIII y la desarrolla al inaugurar la segunda sesión del Concilio: “Nos parece que ha llegado el momento en que la verdad acerca de la Iglesia de Cristo debe ser más y mejor estudiada, comprendida y formulada, quizás no a través de esas afirmaciones solemnes que se llaman definiciones dogmáticas, pero sí mediante declaraciones por las que la Iglesia manifieste con más claras y ponderadas enseñanzas lo que piensa de sí misma. Esperamos que el Espíritu de verdad otorgue una mayor luz en este concilio ecuménico a la Iglesia docente e inspire una doctrina más clara sobre la misma Iglesia, de tal modo que, como Esposa de Cristo que es, busque su imagen en El mismo y en El mismo trate, movida por su encendido amor, de descubrir su propia naturaleza, es decir, esa hermosura que El mismo quiso que resplandeciera en su Iglesia”.

La reflexión de la Iglesia sobre sí misma la hace descubrir sus fundamentos en Cristo y en el Espíritu. No es la suya, pues, una autocontemplación morbosa, sino pura referencia a Cristo, de quien le llega la vida y de quien se sabe con la obligación de ser espejo viviente; pura referencia al Espíritu, agente de este conocimiento de la Iglesia y de su caminar en Cristo hacia el Padre. La Iglesia, olvidándose de sí misma, se sumerge en Aquel que constituye el fondo de su misterio. No es una contemplación narcisista y egoísta, sino una *eucaristía* consciente a Cristo, que vive en ella. Por esto, su misma reflexión conciliar es obra del Espíritu Santo: “El Espíritu está aquí, y queremos recordar esta doctrina fundamental y esta presencia viva para experimentar de nuevo y de modo absoluto y casi infalible la comunión con Cristo vivo, puesto que el Espíritu nos une con El. Afirmamos esta presencia del Espíritu porque ha llegado la hora en que la Iglesia ha de decir de sí misma lo que Cristo quiso y pensó al instituirlo y lo que devota y fielmente han ido desarrollando los Padres, los Pontífices y los Doctores en esa especie de sabia meditación. Es preciso que la Iglesia se defina a sí misma y que de esta genuina consciencia extraiga la doctrina que el Espíritu Santo la confió, según la promesa del Señor: El Espíritu Paráclito, que el Padre mandará en mi nombre, os enseñará y os recordará todo cuanto yo os he dicho (Jn 14,26)”.

“Pero que nadie piense -continúa Pablo VI- que, al contemplarse a sí misma, la Iglesia va a recrearse en sí misma y va a olvidarse de Cristo, de quien recibe y a quien debe todo, o del género humano, para cuyo servicio ha nacido. La Iglesia se sitúa entre Cristo y la humanidad pero no prendada de sí misma, no como un cristal opaco que impide la visión, no como constituyéndose en su propio fin, sino muy al contrario, preocupada constantemente por ser toda de Cristo, en Cristo y para Cristo; por ser toda de los hombres, entre los hombres, para los hombres”. El fin último de la historia humana no es la Iglesia, sino el Reino de Dios, reunión definitiva de todos bajo la guía y la paz de Cristo. La Iglesia es, en la obediencia y en la fe, una referencia viviente al verdadero centro de toda la creación: Cristo (Col 1,15-20). Por esto se describe a sí misma “como un reflejo de aquella luz, que es Luz de todas las gentes” (LG 1).

La *Lumen gentium* trata del misterio de la Iglesia en su presencia concreta en la historia, que va desde la Pascua a la Parusía. El hecho de tratar de la Iglesia como Pueblo de Dios, antes de tratar de la jerarquía, de los laicos y de los religiosos, tiene una gran importancia. Si la Iglesia es un misterio, ninguna estructura particular puede considerarse como totalizante de ella. La vida eclesial se desarrolla en la riqueza de la comunión total de todos los que, reunidos por el Espíritu, viven como Iglesia. Esto es anterior a toda diversificación de oficio o estado. Se establece, ante todo, la igualdad fundamental de todos los miembros de la iglesia. La responsabilidad no queda reservada a una sola categoría de personas, sino a todos, según las modalidades diversas de participación en la única corresponsabilidad. La autoridad aparece en esta visión, no como poder, sino como servicio, que coordina el ejercicio de la responsabilidad común intereclesial.

La imagen de la Iglesia de la contra-reforma semejaba a una pirámide. En la cima estaba el Papa. En él se concentraba, por decirlo así, toda forma de existencia de la Iglesia. Debajo estaban los obispos, después los sacerdotes, los religiosos y, finalmente, los laicos, que consentían a esta pirámide apoyarse sobre la tierra. Se trata de una imagen, que no puede tomarse a la letra, pero responde a una mentalidad. La nueva imagen del Pueblo de Dios, dada por el Vaticano II, ha cambiado esta visión. Su imagen es la de los círculos concéntricos. La Iglesia es el conjunto de los bautizados y confirmados. Bajo este punto de vista, papa, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos son iguales, porque todos ellos son “fieles”, es decir, santificados por la fe en Cristo. Todos son discípulos de Cristo, los “santos” de que habla San Pablo, los “elegidos”, “hermanos”. Todos unidos constituyen un “sacerdocio real” (CEC 1546-1547).

En el interior de este Pueblo de Dios, se encuentran los presbíteros, que, permaneciendo “fieles”, se distinguen de los laicos por una consagración especial para hacer presente a Cristo en la Iglesia en su función de Cabeza de la Iglesia. En el interior de este círculo se encuentran los obispos. Ellos poseen la plenitud del sacerdocio. Representan a Cristo como “Pontífice Supremo” (LG 21). Reunidos en colegio, ejercen el servicio de la autoridad suprema de la Iglesia. Representan a Cristo en las respectivas Iglesias extendidas por el mundo. Dentro se encuentra el Papa. El ha recibido la misión de “presidir la asamblea de la caridad”, testimoniando la unidad (LG 13). Esta misión de unidad comporta un primado de jurisdicción, que no le puede separar de sus “hermanos en el episcopado”, pues él es también miembro del Colegio Episcopal, ni de los demás “fieles”, pues él pertenece también al Pueblo de Dios.

El Concilio Vaticano II concibe a la Iglesia apoyada sobre cuatro puntos: la revelación, la liturgia, la vida de la Iglesia y el hombre actual. Esta orientación aparece en sus cuatro constituciones: *Dei Verbum*, *Sacrosantum concilium*, *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*. En el Documento sobre la formación de los presbíteros propone: “Ordénese la teología de forma que, ante todo, se propongan los *temas bíblicos*; aprendan también a reconocerlos presentes y operantes en las *acciones litúrgicas* y en toda la *vida de la Iglesia*; y a buscar la solución de los *problemas humanos* bajo la luz de la revelación, aplicando las verdades eternas a la variable condición de las realidades humanas y a comunicarlas de un modo apropiado a los *hombres de nuestro tiempo*” (OT 16).

Es la Palabra anunciada, acogida y celebrada la que convoca, alimenta y sostiene a la comunidad cristiana. Es la Liturgia la que hace viva y eficaz la Palabra, llevando a los fieles de la división a la comunión, formando un Cuerpo, que tiene a Cristo como cabeza. Es la comunidad eclesial la que anuncia y celebra agradecida la Palabra cumplida en ella. La fe creída, celebrada y vivida se hace testimonio para el mundo. De la vida surge necesariamente la misión: “Quienes con la ayuda de Dios han acogido la llamada de Cristo y han respondido libremente a ella, se sienten por su parte urgidos por el amor de Cristo a anunciar por todas partes en el mundo la Buena Nueva. Este tesoro

recibido de los apóstoles ha sido guardado fielmente por sus sucesores. Todos los fieles de Cristo son llamados a transmitirlo de generación en generación, anunciando la fe, viviéndola en la comunión fraterna y celebrándola en la liturgia y la oración” (CEC 3).

El Catecismo de la Iglesia Católica, síntesis de la fe de la Iglesia, que busca “la renovación de la vida eclesial, deseada y promovida por el concilio Vaticano II”, se basa igualmente sobre la Palabra de fe, la celebración litúrgica de la misma fe y la traducción de esa fe en la vida, sostenida por la gracia de Dios implorada en la oración. Estas son las cuatro partes del Catecismo. Y esta es la descripción de la Iglesia primitiva: “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2,42).

d) En el umbral del tercer milenio

La Iglesia tiene siempre necesidad de renovarse, de volver a las fuentes, para ser la Iglesia que Cristo quiso al fundarla. Constituida por hombres, que viven en medio del mundo, se contagia fácilmente del espíritu del mundo, pero el Espíritu Santo no cesa de infundir en ella el deseo de santidad, de fidelidad a Cristo. Y, para ello, no cesa de suscitar santos que ayudan a toda la Iglesia a realizar el deseo de Jesucristo. En el umbral del tercer milenio del cristianismo Juan Pablo II, el incansable apóstol de la nueva evangelización para la renovación de la Iglesia, nos invita a confiar en el Espíritu Santo que, “con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo” (LG 4).

En este breve recorrido por la historia de la salvación aparece una constante del actuar salvífico de Dios. De la masa pecadora de la humanidad separa a Abraham para hacerlo “bendición para todas las naciones”. De las naciones se elige un pequeño pueblo, con el que se une en alianza, para salvar a todos los pueblos. De la dispersión del exilio entre las naciones rescata un resto para llevar adelante la salvación. Jesús elige “doce para que estén con él y enviarlos en misión” hasta los confines de la tierra. Cuando las masas entran en la Iglesia, Dios separa a los monjes y religiosos para que, separados del mundo, vivan con él y evangelicen al mundo. Dios siempre saca de la masa la levadura y vuelve a mezclarla con la masa, para que toda ella sea fermentada. Hoy, en nuestra sociedad secularizada y atea, Dios sigue actuando de igual modo. Su fidelidad es eterna. Hoy, en el umbral del tercer milenio, el Espíritu Santo sigue suscitando santos y fundadores de movimientos y nuevas comunidades para la renovación de la Iglesia y la evangelización del mundo. En la vigilia de Pentecostés de 1998, con gozo indecible, lo testimoniaba el Papa Juan Pablo II:

El pueblo de Dios se prepara para cruzar el umbral del tercer milenio de la era cristiana. Los movimientos y nuevas comunidades representan uno de los frutos más significativos de la primavera de la Iglesia que anunció el concilio

Vaticano II, pero que, desgraciadamente, a menudo se ve entorpecida por el creciente proceso de secularización. Su presencia es alentadora, porque muestra que esta primavera avanza, manifestando la lozanía de la experiencia cristiana fundada en el encuentro personal con Cristo. A pesar de la diversidad de sus formas, se caracterizan por su conciencia común de la “novedad” que la gracia bautismal aporta a la vida, por el singular deseo de profundizar el misterio de la comunión con Cristo y con los hermanos, y por la firme fidelidad al patrimonio de la fe transmitido por la corriente viva de la Tradición. Esto produce un renovado impulso misionero que lleva a encontrarse con los hombres y mujeres de nuestra época, en las situaciones concretas en que se hallan, y a contemplar con una mirada rebosante de amor la dignidad, las necesidades y el destino de cada uno.

Lo que sucedió en Jerusalén hace dos mil años, se renueva esta tarde en esta plaza, centro del mundo cristiano. Como entonces los Apóstoles, también nosotros nos encontramos reunidos en un gran cenáculo de Pentecostés, anhelando la efusión del Espíritu. Aquí queremos profesar con toda la Iglesia que “uno sólo es el Espíritu, uno sólo el Señor, uno sólo es Dios, que obra todo en todos” (1Co 12, 4-6). El Espíritu Santo está aquí con nosotros. El es el alma de este admirable acontecimiento de comunión eclesial. El Espíritu Santo, que ya actuó en la creación del mundo y en la antigua alianza, se revela en la Encarnación y en la Pascua del Hijo de Dios, y casi “estalla” en Pentecostés para prolongar en el tiempo y en el espacio la misión de Cristo Señor. El Espíritu constituye así la Iglesia como corriente de vida nueva, que fluye en la historia de los hombres.

Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra, cambia radicalmente a las personas y la historia. Algunos carismas suscitados por el Espíritu irrumpen como viento impetuoso que aferra y arrastra a las personas hacia nuevos caminos misioneros al servicio radical del Evangelio, proclamando sin cesar las verdades de la fe, acogiendo como don la corriente viva de la tradición y suscitando en cada uno el ardiente deseo de la santidad.

En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial.

Los verdaderos carismas no pueden menos de tender al encuentro con Cristo en los sacramentos. Las realidades eclesiales a las que os habéis adherido os han ayudado a redescubrir vuestra vocación bautismal, a valorar los dones del Espíritu recibidos en la confirmación, a confiar en la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación y a reconocer en la Eucaristía la fuente y el culmen de toda la vida cristiana. De la misma manera, gracias a esta fuerte experiencia eclesial, han nacido espléndidas familias cristianas abiertas a la vida, verdaderas iglesias domésticas; han surgido muchas vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida religiosa, así como nuevas formas de vida laical inspiradas en los consejos evangélicos. En los movimientos y en las nuevas comunidades habéis aprendido que la fe no es un discurso abstracto ni un vago sentimiento religioso sino vida nueva en Cristo, suscitada por el Espíritu Santo.

Jesús dijo: “He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!” (Lc 12, 49). Mientras la Iglesia se prepara a cruzar el umbral del tercer milenio acojamos la invitación del Señor, para que su fuego se encienda en nuestro corazón y en el de nuestros hermanos. Hoy, en este cenáculo de la plaza de San Pedro, se eleva una gran oración: “¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven y renueva la faz de la tierra! ¡Ven con tus siete dones! ¡Ven, Espíritu de vida, Espíritu de verdad, Espíritu de comunión y de amor! La Iglesia y el mundo tienen necesidad de ti! ¡Ven, Espíritu Santo, y haz cada vez más fecundos los carismas que has concedido! Da nueva fuerza e impulso misionero a estos hijos e hijas tuyos aquí reunidos. Ensancha su corazón y reaviva su compromiso cristiano en el mundo. Hazlos mensajeros valientes del Evangelio, testigos de Jesucristo resucitado, Redentor y Salvador del hombre. Afianza su amor y su fidelidad a la Iglesia”.



La Parusía (Icono Ortodoxo)

16. PARUSÍA

a) Venida de Cristo en poder y gloria

Con Cristo se ha puesto en marcha una nueva era de la historia de la salvación: “la plenitud de los tiempos”. El presentó a Dios el sacrificio aceptable que lleva a plenitud la salvación en nombre de toda la humanidad. En Cristo, don del Padre al hombre y al mundo, el hombre y el mundo encuentran su plenitud escatológica. De ahora en adelante, toda la humanidad está frente a El, a fin de participar en esta salvación, hasta convertirse ella misma en expresión sacramental de la salvación. Pero ello será plenamente realizado sólo al final de los tiempos, cuando los hijos de Dios sean recibidos en la gloria plena y Dios sea todo en todos.

La escatología tiene su fundamento en el misterio pascual de Cristo; la escatología es Cristo muerto y resucitado y la comunión del cristiano con El, ya realizada por el bautismo y la potencia del Espíritu Santo. El bautismo inaugura nuestra comunión con Cristo y la Parusía la consuma. Pero ya ahora poseemos una “prenda de nuestra herencia” (Ef 1,14) como garantía de la herencia total; Dios ha infundido “las arras del Espíritu en el corazón de los fieles” (2Co 1,22). La Iglesia es el Reino de Dios en su fase germinal. Por eso tiende a la consumación gloriosa de este Reino, que ella tiene la misión de anunciar y establecer entre los hombres (CEC 541).

La Iglesia vive su misterio en Cristo Señor. Pertenece a la etapa de la historia abierta por la Pascua y orientada a la consumación de todas las cosas en la gloria de la Parusía. Tiempo de camino hacia la plenitud. Tiempo del Espíritu de Pentecostés, actuando la salvación en el mundo. El Espíritu Santo, que habita en ella y la vivifica, le comunica la vida de Cristo, implantando en ella el germen de la gloria, pero siempre dentro del dinamismo de la Pascua, haciéndola pasar por la muerte a la vida. La Iglesia es, al interior de la humanidad, el signo sacramental del acontecimiento Muerte-Resurrección de Cristo. En ella el Espíritu Santo hace que la “una vez por todas” del acto de Cristo permanezca eficiente en el mundo hasta el fin de los tiempos.

La Escritura alude al momento final de la historia con diversas expresiones. Pero la más específica es la palabra parusía (Mt 24,3.27.37.39; 1Ts 2,19; 3,13; 2Ts 2,1.8; 2P 1,16; 3,4.12; 1Jn 2,28). Se trata de una palabra griega, que significa presencia o llegada de una persona o de un acontecimiento. Se usa para expresar una manifestación solemne, triunfal, festiva. En el Nuevo Testamento se usa para designar la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos. La parusía, pues, hace referencia al final del mundo. Este fin del

mundo implica una nueva creación, pues la parusía está unida con la resurrección (1Ts 4,15; 1Co 15,23) y con el juicio (1Ts 5,23; St 5,7.8.). La venida de Cristo pone en marcha todo el proceso de la consumación final: la resurrección de los muertos y el juicio, que comporta la destrucción de los enemigos, el fin del mundo presente y la nueva creación en la que Dios “será todo en todo” (1Co 15). La parusía de Cristo es con toda verdad venida en poder y gloria. Por ello comporta, por un lado, la derrota de los poderes adversos y, por otro, la glorificación de quienes ya ahora pertenecen a Cristo.

Cristo murió y resucitó para ser Señor de muertos y vivos (Rm 14,9). La Ascensión de Cristo a los cielos significa su participación, en su humanidad, en el poder de Dios mismo. Jesucristo es Kyrios, Señor, con poder en los cielos y en la tierra. El Padre “sometió bajo sus pies todas las cosas” (Ef 1,20-22). Cristo es el Señor del cosmos (Ef 4,10; 1; 1Co 15,24.27- 28). En El, la historia de la humanidad e incluso toda la creación encuentran su recapitulación (Ef 1,10), su cumplimiento transcendente. La parusía, consumando la historia, le da cumplimiento y revela su finalidad: “Esta será la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y resucitarán” (Jn 5,28-29). Cristo vendrá en su gloria acompañado de todos sus ángeles y serán congregadas delante de El todas las naciones. Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (Jn 12,49).

El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o dejado de hacer durante su vida terrena. El Padre, —único que conoce el día y la hora, pues sólo El decide su advenimiento—, pronunciará, por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (Ct 8,6; CEC 1038-1040.).

Por ello el Reino de Cristo, presente ya en la Iglesia, no está aún acabado. Espera el advenimiento a la tierra, “con gran poder y gloria” (Lc 21,27; Mt 25,31), del Rey. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (2Ts 2,7), a pesar de que estos poderes han sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (1Co 15,28), la “Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto, esperando la manifestación de los hijos de Dios” (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (1Co 11,26), que se apresure el retorno de Cristo (2P 3,11,12), suplicando: “Ven, Señor, Jesús” (1Co 16,22; Ap 22,17-20).

Pero “hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; mientras otros están ya glorificados, contemplando claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal cual es” (LG 49). Todos, sin embargo, participamos de la misma vida de Dios y cantamos unidos el mismo himno de alabanza a nuestro Dios. Pues “la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales” (LG 49).

Junto al término *parusía*, el Nuevo Testamento se refiere al acontecimiento final con la expresión “el Día del Señor” (1Ts 5,2; 2Ts 2,2; 1Co 5,5), en sus diversas formas: “el Día de nuestro Señor Jesucristo” (1Co 1,8), “el Día de nuestro Señor Jesús” (2Co 1,14), “el Día de Cristo” (Flp 1,10;2,16) o, simplemente “el Día” (1Co 3,13; Rm 2,16; 2Tm 1,18; 4,8). El Día del Señor designa fundamentalmente el juicio escatológico (1Co 1,8; 3,13;5,5; Flp 1,10; 2,16; 2Tm 1,18). Pero designa también la consumación de la obra salvífica inaugurada ya en la encarnación, muerte y resurrección de Cristo (Flp 1,6; 2Tm 4,8), así como el aspecto de manifestación triunfal de Cristo (Lc 17,24), esperada por los creyentes con gozosa expectación (2Co 1,14; Rm 13,12; Hb 10,25). Complementaria de esta expresión es la fórmula propia de los sinópticos: “venida del Hijo del hombre” (Mc 13,26; 14,62; Mt 10,23; 16,27; 24,44; 25,31; Lc 12,40; 18,8), que procede del libro de Daniel (c.7) y evoca también preferentemente el juicio. Pero evoca igualmente el carácter solemne de la venida del Señor con poder y gloria, manifestándose en las nubes rodeado de ángeles (Mc 13,26s; 14,62; Ap 1,7).

El Nuevo Testamento se sirve además de otras palabras para designar la *parusía*, como epifanía, manifestación y apocalipsis. Pablo, en sus cartas pastorales habla sobre todo de epifanía, refiriéndose indistintamente a la primera aparición de Cristo en la encarnación (2Ts 1,10; Tt 2,11; 3,4) o a su venida final (1Tm 6,14; 2Tm 4,1.8; Tt 2,13). Más tarde los Padres, inspirados en estos textos hablan de las dos venidas de Cristo, una en la debilidad de la carne y otra con poder y majestad. Pero, la venida gloriosa del Señor, con poder y majestad, no suscita el temor en los cristianos, sino la expectación gozosa, una feliz esperanza: “Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, vivimos aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo” (Tt 2,11-13). Como variante de epifanía se usan los términos apocalipsis y manifestación (1Co 1,7; 1P 1,7.13; 4,13), expresando el carácter glorioso de la manifestación del Señor. La vida cristiana se caracteriza por la esperanza de participar en la gloria de la *parusía* (1P 1,5; 5,1; Col 3,4).

b) Inminencia de la parusía

Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (Ap 22,20), aun cuando “no nos toca a nosotros conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad” (Hch 1,7; Mc 13,32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (Mt 24,44; 1Ts 5,2), pues tal acontecimiento está en las manos de Dios (2Ts 2,3-12), que sólo espera el día en que esté completo el número de sus elegidos (Ap 7,1- 8). Entonces el Hijo podrá entregar todas las cosas a su Padre (1Co 15,24).

Es preciso estar preparado, vigilante, porque el Señor viene “como un ladrón”, cuando menos se espere. No se puede dormir, quedarse sin aceite, porque viene y cierra la puerta del banquete. Sólo quien no conoce su amor puede vivir despreocupado u ocupado en otros afanes. Puede incluso burlarse de los creyentes, que esperan a que su Señor vuelva, diciendo: “¿Dónde está la promesa de su venida? Desde que murieron nuestros padres todo sigue igual” (2P 3,4). Pero se equivocan; la parusía está cerca, puede acontecer en cualquier momento; sólo que su cercanía no puede medirse en días o años humanos, porque Dios tiene otra medida: “ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor, pues, no tarda en cumplir la promesa, como algunos creen, sino que usa de paciencia con vosotros, pues no quiere que ninguno perezca, sino que a todos da tiempo para la conversión. Esta magnanimidad del Señor, juzgadla como salvación” (2P 3,8-15).

“El Reino de Dios viene sin dejarse sentir” (Lc 17,20), “porque, como relámpago fulgurante que brilla de un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día”. Por ello, esperararlo velando es la actitud del cristiano para que en la parusía pueda estar en pie ante el Señor: “Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de improviso sobre vosotros, como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra.

Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lc 21,34-36).

A esta luz la vida humana aparece como el tiempo de la sementera, tiempo ordenado a la cosecha que tendrá lugar en la parusía del Señor: “No os engaños: de Dios nadie se burla; lo que cada uno siembra, eso cosechará. Quien siembra en la carne cosechará corrupción; mas quien siembre en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. Así, pues, no nos cansamos de obrar el bien, sabiendo que, si no desistimos, al tiempo oportuno, cosecharemos” (Ga 6,7- 9). Quien siembra en la carne se presentará ante el Señor en su venida con la cosecha de “fornicaciones, impurezas, libertinaje, idolatrías, supersticiones, enemistades, discordias, divisiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas parecidas, y no podrá heredar el Reino de Dios” (Ga 5,19-21). En cambio, el que

camina en el Espíritu, guiado por el Espíritu, se presentará ante el Señor con el fruto del Espíritu: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Ga 5,22).

La venida del Mesías glorioso está vinculada al reconocimiento de Jesús como Mesías por Israel (Rm 11,26; Mt 23,39) y al desvelamiento del misterio de iniquidad en la prueba final de la Iglesia, que sacudirá la fe de numerosos creyentes (Lc 18,8; Mt 24,12; Lc 21,12; Jn 15,19-20; 2Ts 2,4-12; 1Ts 5,2-3; 2Jn 7; 1Jn 2,18.22). La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su resurrección (Ap 19,1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (Ap 13,8) en forma de un proceso creciente, sino por una intervención de Dios, que triunfará sobre el último desencadenamiento del mal (Ap 20,7-10) y hará descender desde el cielo a su Esposa (Ap 21,2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (Ap 20,12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (2P 3,12-13; CEC 668-677).

Como la conversión de Israel es un signo precursor de la parusía, a los judíos de Jerusalén, San Pedro, después de Pentecostés, les dice: “Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas” (Hch 3,19-21). Y San Pablo le hace eco: “Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?” (Rm 11,5). Judíos y gentiles unidos en Cristo “harán al Pueblo de Dios llegar a la plenitud de Cristo” (Ef 4,13; CEC 674).

La Parusía del Señor estará precedida además por el enfriamiento de la fe (Lc 18,8), por la aparición del Anticristo (2Ts 2,1ss; 1Jn 2,18-22; 4,1-4;2; Jn 7-9), por la predicación del Evangelio a todas las naciones (Mt 24,14). Pero estos signos no son señales que nos permitan conocer “el día o la hora”, que el Señor no ha querido darnos a conocer. Pero sí son una invitación a la perseverancia en la fidelidad, para que, cuando el Señor venga, no nos encuentre sin fe, dado que los poderes, que se oponen al reino de Dios, –el Anticristo como oposición a Cristo–, nos amenazan. Y, mientras llega la parusía del Señor, en el tiempo intermedio, la misión del cristiano es la evangelización de las naciones, esperando también la conversión del pueblo de Israel, que sigue siendo el pueblo elegido, a pesar de su oposición al evangelio. La fidelidad de Dios es más fuerte que la infidelidad del hombre (Rm 11). En Cristo se ha alargado la elección de Dios a todas las naciones. La unidad original del género humano ha sido restablecida en Cristo.

Cristo, cumplimiento del designio de Dios, entra en este combate con el Impío, que es llamado ahora el Anticristo. Su derrota final será el preludio de la venida gloriosa del Hijo del hombre. Pero la aparición de “falsos cristos”

inducirá, con sus seducciones, a los hombres a la apostasía (Mc 13,5s.21ss; Mt 24,11). En los últimos tiempos, el Adversario, al verse perdido, tomará, con impiedad, los rasgos del mismo Señor para llevar a la perdición a los hombres. Su manifestación precederá la parusía de Jesucristo, que con su llegada lo aniquilará (2Ts 2,3-12).

El Apocalipsis presenta al Adversario con rasgos de bestias: una blasfema contra Dios, se hace adorar y persigue a los verdaderos creyentes (Ap 13,1-10); la otra remeda al Cordero, obrando prodigios engañosos con los que seduce a los hombres para que adoren a la otra bestia (Ap 13,11-18). En la cartas de San Juan hallamos concretizado al Anticristo: quien niega que Jesús es Cristo, negando así al Padre y al Hijo (1Jn 2,22), quien no confiese a Jesucristo venido en la carne (1Jn 4,3; 2Jn 7) ese es el seductor, el Anticristo. Por la doble vía de la persecución y de la seducción el Adversario trata de hacer abortar el designio de salvación de Dios. “El Cordero, como es Señor de señores y Rey de reyes, le vencerá en unión con los suyos, los llamados y elegidos y fieles” (Ap 17,14). A estos testigos fieles les hará partícipes de su victoria, “concediéndoles sentarse conmigo en mi trono” (Ap 3,21).

En la consideración de la dimensión escatológica de la Iglesia hay que añadir que la Iglesia es una realidad mayor que la fracción de la misma que trabaja, gime y sufre aquí en la tierra; su parte más viva es la que ya reina con Cristo en la gloria (LG 49-50). Los santos nos testimonian que Dios ha sido fiel a su promesa. La Iglesia, en esa porción de ella misma que ha acabado su carrera y ha obtenido la recompensa, constituye la esposa perfectamente santa, que ha respondido plenamente a la llamada del Esposo. Aquí es donde el culto de los santos adquiere todo su sentido. Recuerda la fidelidad de Dios a sus promesas. Dios, realmente, nos ha dado el Espíritu; realmente ha cambiado el corazón indócil del hombre en un corazón dócil y fiel; realmente ha santificado a los hombres. Los santos testimonian a la Iglesia peregrina que la salvación anunciada se ha cumplido de verdad; que la Esposa ha sido fiel al Esposo; que Dios ha sido fiel, que su gracia es eficaz. La sangre de Cristo no se ha derramado en vano.

Entre los santos, la *Lumen gentium* destaca a María, que es la imagen y el comienzo de lo que será la Iglesia en su forma acabada. María es el icono escatológico de la Iglesia. La gloria a que María ha sido elevada está destinada a toda la Iglesia. La asunción de María es el comienzo, el símbolo, la prefiguración de lo que va a suceder a toda la Iglesia. María es el tipo de la Iglesia: en ella se manifiesta la seguridad que tenemos en Cristo; su suerte concretiza y evoca nuestro destino común. San Pablo, hablando de la resurrección, nos presenta a Cristo como el nuevo Adán, el celestial, cuya imagen llevamos, del mismo modo que llevamos la imagen del primero (1Co 15,45-49). “Y como en Adán hemos muerto todos, así también seremos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo; el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga” (1Co 15,22-23). Toda la Iglesia tendrá que esperar hasta la

Parusía, pero María, la nueva Eva, ya está íntimamente unida al Esposo. Y mientras el pueblo de Dios camina, en la espera del advenimiento del día del Señor, la Virgen María alienta nuestra esperanza, como signo escatológico del Reino.

c) En la espera de la parusía

La parusía del Señor implica el juicio escatológico. Toda intervención de Dios en la historia conlleva un juicio. Su intervención supone siempre un doble aspecto: salvífico y judicial. Pero la prioridad, en las intervenciones de Dios, la tiene el carácter salvífico. El juicio que Dios hace es, fundamentalmente, para la salvación. Las victorias de Israel, manifestaciones del poder de Yahveh, eran siempre juicios: condena de los enemigos y salvación de su pueblo. Yahveh juez es el salvador de su pueblo (Jc 11,27; 2S 18,31; Dt 33,21). Dios juez como salvador aparece también en el Nuevo Testamento (Mt 25,31ss; Lc 10,18; 2Ts 2,8; 1Co 15,24-28). El juicio de Dios es la victoria de Cristo sobre los poderes del mal. Así en el Credo aparecen siempre unidos la venida de Cristo y el juicio. La parusía es, al mismo tiempo, la instauración plena del Reino de Dios y el juicio del señor de este mundo.

El juicio es, pues, la intervención decisiva y consumadora de Cristo salvador, que comenzó su lucha al comienzo de su vida en el desierto. La sentencia del Padre le acredita como Hijo y Señor ante todos los hombres, que podrán contemplarlo victorioso. Este juicio provoca en el creyente en Cristo el gozo del triunfo de su Señor: “En esto ha llegado el amor a su plenitud en nosotros, en que tengamos confianza en el día del juicio...Y no hay temor en el amor, sino que el amor expulsa el temor” (1Jn 4,17-18).

Por ello, la comunidad cristiana primitiva se ha sentido firmemente atraída por la esperanza de la parusía del Señor. Esta esperanza penetra en todas las esferas de la vida cristiana. En primer lugar, se manifiesta en la celebración de la Eucaristía, como aparece en los relatos de la institución (Mt 26, 29; Mc 14,25; Lc 22,16-18) y en la alegría de la fracción del pan de la comunidad de Jerusalén (Hch 2,46). La Eucaristía se celebra como memorial de Cristo “hasta que El vuelva”. En la Eucaristía la comunidad proclama la fe en Cristo presente y la esperanza en su vuelta, con el *maranathá* (1Co 16,22; Ap 22,20). Así la Eucaristía es vista como anticipación del banquete del Reino, como un gustar durante el tiempo de peregrinación lo que será permanente al final de los tiempos.

Este gustar el Reino en sus primicias alimenta la esperanza y el deseo de su consumación: como el Señor ha venido ahora entre nosotros, respondiendo a la oración sacramental de la asamblea, así vendrá con gloria al término de la historia, acogiendo la invocación de la Iglesia que anhela su presencia gloriosa y manifiesta. Así, en toda celebración eucarística, la comunidad de creyentes

reafirma su esperanza en la venida gloriosa de Cristo, a la vez que confiesa su fe en la presencia actual bajo las especies sacramentales.

La Didajé recoge el *maranathá* de la celebración (10,6) y termina con la evocación de la venida del Señor “en las nubes del cielo”. Los Símbolos han recogido desde el principio la fe en la venida gloriosa de Cristo con la fórmula “ha de venir a juzgar”. Este “venir a juzgar” equivale a venir en poder, como se especificará más tarde: “ha de venir con gloria a juzgar”. En los Padres es constante la predicación de la esperanza escatológica.

Y el Concilio Vaticano II, en su vuelta a las fuentes, ha señalado la importancia de la Parusía para la fe y la vida de la Iglesia. En los números 48 y 49 de la *Lumen Gentium* recoge los más importantes elementos de la doctrina neotestamentaria y patrística sobre la Parusía: la existencia cristiana como vigilancia, el carácter triunfal de la venida de Cristo y, por tanto, la actitud de gozosa y confiada expectación con que los cristianos viven su vida actual. La parusía como plenitud y cumplimiento de la obra comenzada, en la Iglesia y en cada fiel cristiano, sólo “alcanzará su consumación” al final de la historia. El Reino de Dios “ya presente se consumará en la venida del Señor” (GS 39). La constitución sobre la liturgia señala que la participación en el culto litúrgico entraña la expectación de la manifestación final de Cristo, nuestra vida (SC 8). Y los nuevos textos litúrgicos recuperan la aclamación escatológica del *maranathá*: “¡Ven, Señor Jesús!”.

d) Parusía gloriosa de los cristianos

La Parusía del Señor es la manifestación plena, la desvelación de la obra realizada en Cristo. Es su presentación como Señor, victorioso sobre Satanás y sobre la muerte. Es la parusía del Resucitado. Así la parusía mostrará a todos que la muerte del Gólgota fue una victoria y no una derrota. El velo que cubre la realeza de Cristo se rasgará, desaparecerá la fe y le veremos cara a cara; hasta los que le traspasaron, le verán.

Pero la parusía no será sólo manifestación, será también el cumplimiento pleno del triunfo de Cristo. La parusía es el momento de la cosecha, de la que la resurrección de Cristo es primicia. Cristo Cabeza, ya resucitado y sentado a la derecha del Padre, unirá a sí mismo su cuerpo, la Iglesia, los cristianos con sus cuerpos gloriosos. Ante el Padre se presentará el Cuerpo total de Cristo. La resurrección de Cristo y la resurrección de los “que son de Cristo” es el acontecimiento final de su venida gloriosa (1Co 15,20-28). Así, pues, la venida gloriosa de Cristo supone una novedad, que Pablo hace consistir en que Cristo “nos manifestará a nosotros gloriosos con El” (Col 3,4), colocándonos “la corona inmarcesible de gloria” (1P 5,6), es decir, “seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2). Y con la manifestación de los hijos de Dios, la

creación entera se verá liberada de la esclavitud, siendo recreada como “nueva creación”.

La esperanza de la Parusía del Señor es la espera de la epifanía plena de su gloria (Tt 2,13), hecha ya presente en su resurrección y ascensión al cielo, y de la que nos hace ya participar incorporándonos a su muerte y resurrección (1Ts 4,17; 5,9; 2Co 4,16-18; 5,2-4.15). Pero esta participación en su gloria pasa, en el cristiano, por la confrontación con la muerte, por la entrega de sí mismo a la muerte en unión con Cristo, para participar de su victoria sobre la muerte, inicialmente en la tierra, y de forma plenamente consumada en la resurrección de la carne (1Co 15; Flp 3,8-11). En efecto, la resurrección de los muertos, en el “último día” (Jn 6,39-40.44.45; 11,24), “al fin del mundo” (LG 48), está íntimamente asociada a la parusía de Cristo: “Nosotros, los que vivimos, los que quedemos hasta la Venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor” (1Ts 4,15-17; CEC 1001).

El cristiano, unido a Cristo por el bautismo (Col 2,12), participa ya realmente de la vida celeste de Cristo, pero esta gloria está oculta y no llegará a ser manifiesta y gloriosa sino en la Parusía: “Porque habéis muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios, cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El” (Col 3,3-4). El Señor se ha ido a prepararnos un sitio en la casa del Padre; cuando lo haya preparado “volveré y os traeré conmigo, para que donde yo esté estéis también vosotros” (Jn 14,2-3).

Al cumplirse la promesa, la parusía revelará lo que todavía está oculto en la historia. A la luz de Cristo glorioso quedará de manifiesto la verdad de cada ser. La justicia de Dios se hará patente y realizará la aniquilación de las fuerzas del mal. Los justos, perseguidos en la tierra, brillarán como el sol en el cielo. La epifanía de la realeza de Cristo será la consumación de su obra redentora, llevando el Reino de Dios a su plenitud. La parusía será, pues, como el estadio último de nuestra transformación en Cristo, de nuestro asimilarnos a Cristo. Cristo, que “era, que es y que viene”, nos atrae hacia sí, para hacernos partícipes, en plenitud, de su gloria.

El cristiano, que ha experimentado ya la vida nueva en Cristo, espera anhelante su parusía, que lleve a plenitud esta nueva vida. Con Cristo “las velas del tiempo han comenzado a recogerse” (1Co 7,29-31). Ahora sólo queda la espera de su consumación, en la vivencia agradecida al Señor. Es la espera de la epifanía del Señor lo que cuenta: epifanía del Señor en la evangelización, en la celebración eucarística, en la vida de comunión y en su vuelta gloriosa para presentar al Padre el Reino conquistado al señor del mundo. La parusía

representa el culmen y la realización plena de la liturgia, que ya es parusía, acontecimiento de parusía en medio de nosotros. Cada eucaristía es parusía, venida del Señor, y cada eucaristía es, preponderantemente, tensión del anhelo de que el Señor revele su oculto resplandor. Tocando al Resucitado, la Iglesia toca la parusía del Señor, vive dentro de la parusía del Señor, pero, precisamente por ello, es la fiesta de la esperanza de la gloriosa venida del Señor. La liturgia nos dice que el Señor está cerca (Flp 4,5), que estamos en los últimos días (1Tm 4,1ss; 2Tm 3,1).

El Apocalipsis nos presenta al Cordero resucitado, rodeado de cristianos (5,11-14; 14,1-5;15,2ss), triunfantes con El en el cielo, de donde vendrá la Iglesia, Esposa gloriosa, (21,2) a la tierra donde la Iglesia, Esposa peregrina entre persecuciones (22,17), espera la venida del Esposo, para unirse a El en la gloria. Al final de la historia, la Esposa se presentará ante el Esposo con la túnica nupcial de lino blanco resplandeciente, tejida por las obras de los fieles. Mientras tanto, el Esposo, en cada celebración, repite a la Esposa: “Vengo pronto” y la Esposa le responde: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20).

NOTA FINAL

Versión electrónica sin fines de lucro creada por H. Guerrero para contribuir a la difusión y lectura de este documento, como un servicio a la Nueva Evangelización.

Las ilustraciones son una idea propia, para dar a conocer ese tipo de arte que expresa de manera única la vida de Jesús de forma visual.

1ª publicación: 13 de mayo del 2014

Encuentre más libros en <http://www.cruzgloriosa.org/libros/>



Presentación del Señor (detalle), Novgorod, s. XV